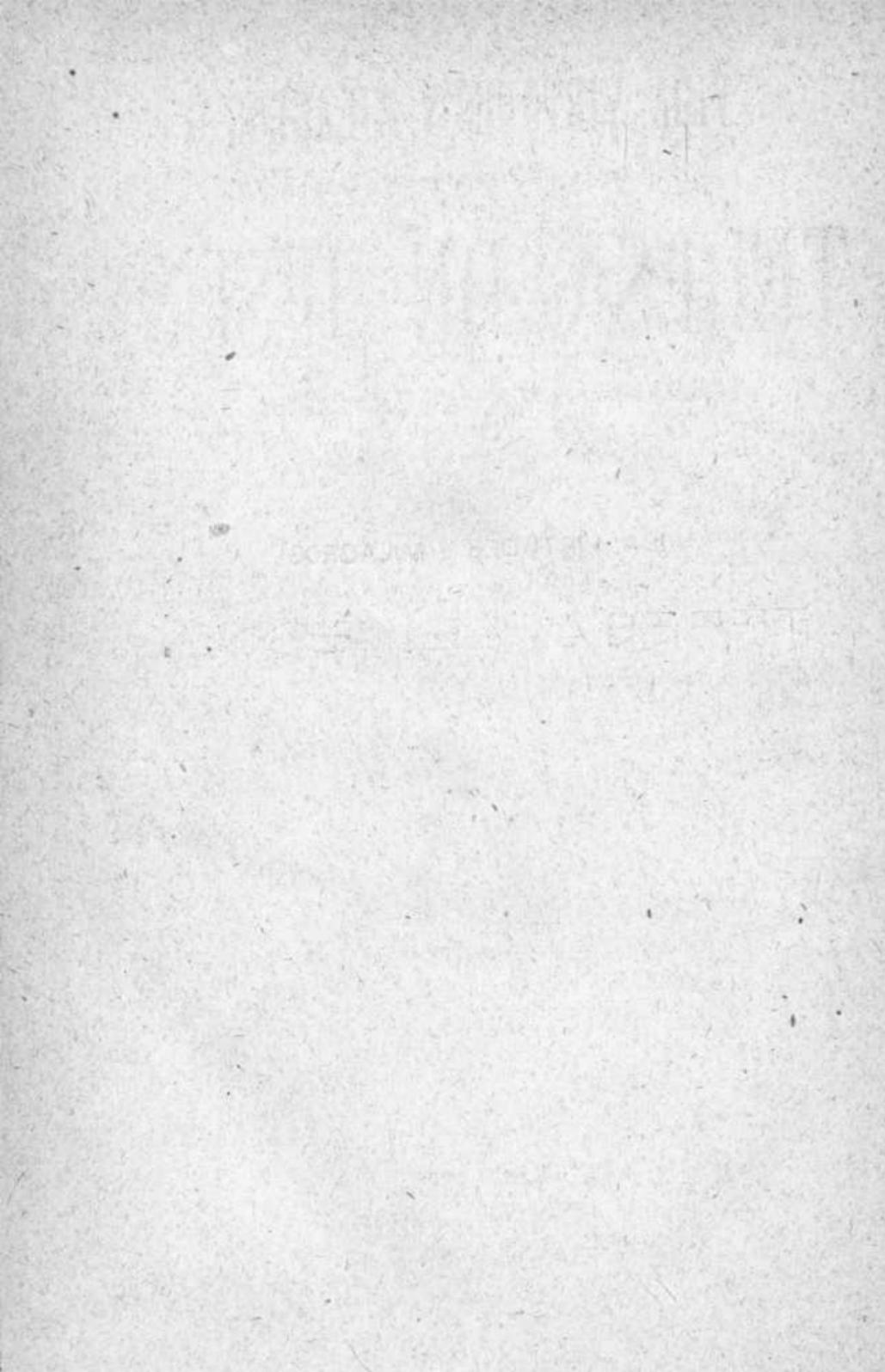


VIDA, VIRTUDES Y MILAGROS

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

TERESA DE JESÚS,



VIDA, VIRTUDES Y MILAGROS

DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN

TERESA DE JESÚS,

MADRE Y FUNDADORA DE LA NUEVA REFORMACION

de la Orden de los Descalzos y Descalzas

DE

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

por

FR. DIEGO DE YEPES,

*Religioso de la Orden de San Gerónimo, Obispo de Tarazona,
confesor del Rey de España D. Felipe II
y de la Santa Madre.*

TOMO II.

VALENCIA.—1876.

Imprenta de JUAN GUIX, Cavanilles, 3,
junto á la Universidad.

ALMA MATER & MILITARY

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN

LIBRO TERCERO.

Donde se trata de las virtudes heróicas y otros dones y gracias sobrenaturales con que Dios dotó á la bienaventurada Madre Teresa de Jesus.

CAPITULO PRIMERO.

De la perfeccion con que cumplió la bienaventurada Madre Teresa de Jesus los Mandamientos de la Ley de Dios.

Es el alma del justo morada y Templo de Dios, y en ella reside y tiene su palacio la divina Magestad del Rey del Cielo, y así como un Emperador en la tierra anda siempre rodeado de gente que le guarde, de criados que le sirvan de cortesanos que le acompañen, así (como San Agustin tambien lo enseña) el Rey de la gloria y Señor de todo lo criado, cuando viene por morador á las almas de los justos, trae consigo una real compañía y ejército de virtudes, dones y de otras gracias, ordenadas todas, unas para que le defiendan y guarden la puerta de sus enemigos, y otras para que sean fieles administradoras de su servicio. Y quanto mas unido y junto está Dios con el alma, tanto son mas crecidas y perfectas estas virtudes y dones. Y si alguna regla hay cierta, y al humano parecer infalible para medir los grados de amor y de amistad con Dios, que es en lo que consiste toda la perfeccion cristiana, ninguna lo es ni lo puede ser mas que el ejercicio de mortificacion y virtudes perfectas. Y así, descubriendo en este libro las virtudes heróicas y dones sobrenaturales con que el Espíritu Santo adornó el alma de esta Santa, por el consiguiente se echará de ver el estrecho vínculo y union de caridad que tenia con Dios. Pero ante todas cosas quiero prevenir al lector que no se espante

si acaso alguna vez topare en la tercera parte de este libro repetida alguna de las cosas que en los otros están ya dichas. Porque como aquí se pretende descubrir los hábitos de virtudes admirables que la Santa tuvo, y estos estén tejidos de las obras y acciones que por el discurso de su vida ejercitó (que es la materia de que hasta aquí ha tratado esta historia), no es posible contar sus virtudes sin tocar alguna vez en lo que antes habemos dicho. Y como estas estén de suyo tan encadenadas y juntas entre sí, suelen en una misma obra, segun diferentes razones y fines, concurrir y juntarse muchas y principales virtudes. Porque mirada esta misma por una parte, puede ser obra de caridad, por otra de fortaleza, y segun varias circunstancias, vestirse de varias formas y nombres de virtudes. Y así, habiendo de tratar de estas y de otras semejantes virtudes de esta Santa vírgen, y probarlas con las obras y ejemplos suyos, será lance forzoso repetir una misma cosa, descubriendo en una misma materia ó suceso diferentes operaciones y actos de las virtudes que en ella florecieron.

Mas porque el fundamento y sustancia de la vida Cristiana es el cumplimiento de la Ley de Dios, y la observancia de sus mandamientos y de las propias obligaciones, que son las primeras piedras de este espiritual edificio, ó por mejor decir, el fin á que se ordena toda la vida cristiana, todos los consejos evangélicos, todas las virtudes y dones, y la demás armonía espiritual (que es grande y divina la que hay dentro de nuestra alma, y toda ordenada al cumplimiento perfecto de la santísima voluntad de Dios, la cual se nos declara en su Ley y Mandamientos), como la Santa Madre tuviese esto bien entendido, allí procuró poner mas cuidado donde veia era mayor la obligación; que con aquel espíritu y discrecion del Cielo, sábiamente discernia entre el grano y la paja, las hojas y el fruto, y entre la sustancia y los accidentes. Y aunque cada cosa por mínima que fuese le hacia gran peso en su alma, pero siendo negocio que tocase en la Ley de Dios, de mil leguas lo reverenciaba. Y así le hizo Nuestro Señor tan señalada merced, que desde que nació hasta que murió, jamás traspasó los Mandamientos divinos en cosa grave, ni perdió aquella primera vestidura de bodas que le dieron en el bautismo, ni se vió hecha enemiga de Dios, ni apartada de él, que fué un

gran privilegio que el Señor le hizo; porque aunque siendo moza (como ya dijimos en el primer libro), dió suelta á algunas conversaciones y libertades, pero de tal manera la tenia Dios enfrenada y la hacia estar á raya el temor de ofenderle gravemente, que jamás en cosa que ella entendiase que llegaba á culpa mortal, ni la hizo ni la pensó hacer.

Para cumplir mas perfectamente la Ley y Mandamientos divinos, hizo una cosa rara y digna de su santidad y espíritu, y fué un voto con que se obligó en manos de su Prelado de no hacer advertidamente pecado venial, ni imperfeccion conocida, sino procurar en todo lo que fuese mas perfeccion y gloria de Dios, como mas largamente escribiremos adelante cuando tratemos de la grande caridad y amor de Dios que tuvo esta Santa vírgen. Y por quitar escrúpulos y no dejar lugar de perplejidad y de duda, quiso que este voto solo le obligase en cosas que eran de alguna gravedad é importancia. Este voto conservó y guardó por muchos años hasta su muerte. Y confirman bien esta verdad infinitos testigos en las informaciones de su canonizacion, los cuales juran que habiéndola tratado y comunicado muchos años (y muchos de ellos de las puertas á dentro), que jamás la vieron hacer cosa que fuese imperfeccion. Pues por el suceso y fruto del voto se echará de ver claramente que no lo hizo la Santa sin particular consejo é inspiracion divina, y así, precediendo esta, fué gran prudencia y cordura semejante voto, porque sin ella seria disparate y atrevimiento. Y el mayor testimonio que yo hallo de la admirable santidad y perfeccion de esta gloriosa Santa, es haber hecho y cumplido por tantos años un voto tan escelente y dificultoso. Y esto basta para que se entienda la perfeccion altísima con que cumplió los mandamientos y voluntad de Dios. Lo cual constará mas claramente cuando hubiéremos referido la diligencia y cuidado con que cumplió los consejos de Cristo, particularmente los mas principales, que son de obediencia, castidad y pobreza, los cuales todos se ordenan á la observancia de sus mandamientos.

CAPITULO II.

De la grande observancia que la Santa Madre Teresa de Jesus tuvo de los consejos Evangélicos, y primeramente del voto de la obediencia.

Para guardar con perfeccion la Ley de Dios, puso la Santa Madre sus ojos y su corazon en sus consejos; y aunque todós los guardó perfectísimamente, solo diremos aquí de los tres principales en que consiste la suma de la perfeccion religiosa, para que sobre el oro de la Cristiandad resplandezca el esmalte de la Religion, y primeramente diremos de la obediencia que tuvo tan grande y tan admirable á sus Superiores.

Solia decir la Santa Madre Teresa de Jesus, que el no tener obediencia era no ser Monja, pareciéndole (como es así) que todas las demás cosas, respecto del voto de la obediencia, son como accidentes comparados á la sustancia; porque la obediencia constituye al Religioso en sér de Religioso; y faltando esta, aunque otras muchas cosas tenga, le falta todo. Fué en esta virtud la Santa aventajadísima, como se verá por las cosas y obras tan heróicas que hizo de obediencia. Primeramente obedecia á sus Confesores, tanto como al mismo inmenso Dios. Y á su direccion y providencia dejaba sin contradiccion alguna el cuidado de su alma, como se puede ver en todo el discurso de su vida; particularmente á los principios cuando Nuestro Señor se le mostró con algunas visiones y le comenzó á hablar y dar á entender que era él; mandándole sus Confesores, no solo que resistiese á estas visiones, sino que á Cristo cuándo se le aparecia le diese higas, lo hacia como se lo mandaban, no sin grande dolor y sentimiento de su alma, y cautivaba y cegaba el entendimiento en aquellas cosas y la voluntad la rendia á la obediencia. Y no era mucho hiciese esto, porque estaba muy asentada en una verdad que lo es muy cierta (y fué en ella principio de todo su bien, y la solia ella decir, y yo tambien se lo of), que si todos los Angeles del Cielo se juntasen y le dijesen una cosa, y sus Perlados y Confesores otra, aunque supiese que eran Angeles, no haria sino lo que sus Perlados le mandasen. Porque esto (decia ella) es lo mas

seguro y que no puede engañarse el que se siguiere por aquí; pero lo otro puede ser ilusion y engaño. Y así, estando una vez la Santa Madre en el Convento de Veas (como escribimos mas largamente en el libro segundo, cap. 27, tratando de la fundacion de Sevilla), obedeció á su Perlado contra lo que ella habia entendido ser revelacion Divina, y preguntándole el Perlado ¿cómo teniendo revelacion de Dios en contrario se habia rendido á lo que él le habia mandado? «Sí tuve (dijo la Madre) revelacion de esto; pero en la revelacion me podré yo engañar, y en obedecer á V. R., que es mi Perlado, sé cierto que no voy engañada.» Volvióle á replicar el Padre que lo encomendase á Dios otra vez y que le dijese lo que sentia; la Madre lo hizo y le dijo: «Háme dicho Nuestro Señor que se hará la fundacion de Madrid, como antes me lo habia revelado; pero dice que por el medio que la obediencia me muestra se hará mucho mejor,» y con esto se partió á Sevilla. Por esta respuesta se echará de ver qué agena estaba esta Santa de casarse con su parecer y propio juicio, de creer á sus revelaciones cuando no venian registradas y selladas con el sello de la obediencia del Perlado ó del Confesor, y cuán lejos estaba de decir, el Perlado es hombre y se puede engañar, y yo sé cierto que me habla Dios, y que quiere y es su voluntad que se haga lo que me ha dicho; ya yo tengo esperiencia que todas estas revelaciones son ciertas y verdaderas, y hasta ahora no me he engañado en ninguna, y esta tiene los mismos efectos que las otras; pues locura será no obedecer mas á Dios que á los hombres, y por lo menos no me escuso de hacer fuerza al Perlado y proponerle todas estas razones; que al fin, si es de Dios lo que yo siento, el Perlado se rendirá y vendrá á hacer lo que yo y lo que Dios quiere. Ninguna cosa de estas dijo, sino como si Dios le hubiera dicho lo contrario, de esa misma manera, sin replicar ni proponer cosa alguna, siguió á ciegas la obediencia, como otro Abraham, no obstante las promesas y palabras que de Dios habia entendido.

No hubo en estas revelaciones contradiccion alguna, porque la primera vez cuando el Señor le significó su voluntad de que fuese á fundar á Madrid, fué aquella obediencia y mandamiento debajo de condicion, si no le mandaba lo contrario su Perlado, que estaba en su lugar en la tierra, que aunque la voluntad Divina se nos declare por revelacion (mientras esta

revelacion no estuviere aprobada por la Iglesia), por ser este camino extraordinario, y por ser nuestra ceguedad tanta que podemos fácilmente tropezar en él, quiso Dios (no sin particular providencia) sujetarlo al ordinario que él tiene puesto en la Iglesia, que es el mas cierto y seguro, y mas fundado en la infalibilidad y certidumbre de la fé, y así honró Dios este camino ordinario de la obediencia, mostrando con este ejemplo cuánto gusta que rindamos, no solo nuestro propio juicio, sino tambien sus revelaciones secretas, al juicio y disposicion de los Perlados que tienen sus veces en la tierra.

Siguiendo la Madre esta regla cierta de obediencia, tenia por estilo ordinario cuando el Señor le revelaba alguna cosa, particularmente si era cosa que le mandaba que ella la hiciese, proponer á su Confesor el negocio, sin decirle nada de la revelacion para que él lo mirase segun las reglas de la prudencia, y ella se ponía con grande indiferencia para obedecerle, aunque él mandase contra lo que en la revelacion habia entendido, haciendo mas caso de un punto de obediencia que de cuantas revelaciones tenia.

Mostró en esta y en otras muchas ocasiones el hábito que tenia tan perfecto y tan heróico de esta virtud, y cuán ciega era en el obedecer, cuán sin discurso en el sujetarse, que es lo que principalmente en esta virtud resplandece, en la cual los ojos del discurso ciegan la vista del alma; la prudencia es indiscrecion, y la discrecion es no tenerla, haciéndose el hombre jumento, y dejándose llevar del diestro donde el Perlado (que es el que hace las veces de Dios) le guia. No solo en estas ocasiones se descubrió la escelencia de esta virtud en la Santa, sino en otras muchas harto graves y dificultosas. Que el obedecer en cosas fáciles, ó en aquellas que vienen á medida de nuestro gusto, cosa es que en muchos se halla; pero cuando la obediencia saca sangre de las venas de la propia voluntad, del propio juicio y de las propias comodidades é intereses, se siente á veces mas que cuando el cirujano la saca de las venas naturales. Y así gustaba mucho la Santa Madre Teresa le mandasen cosas dificultosas y que le costasen trabajo, y solia decir que ninguna cosa le mandaria su Confesor que la dejase por cosa del mundo, y cuando no la hiciese como él la mandaba, pensaria andaba muy engañada. Pesábale mucho que sus Confesores la diesen razon de lo que la man-

daban, y así se lo pedia, porque gustaba grandemente de la obediencia simple, pronta y ciega, como se verá por los ejemplos que ahora diré.

Habiendo la Santa Madre Teresa escrito un libro de órden de un Confesor suyo sobre los cantares de Salomon, por sola una palabra que le dijo otro Confesor mandándole que quemase lo que habia escrito, luego al punto lo hizo, sin reparar en el trabajo que le habia costado y las cosas tan buenas que allí tenia escritas, y el fruto que del libro se podia esperar. Y casi lo mismo le hubiera acaecido con el que escribió de su vida (que es el que ahora anda impreso con notable provecho de muchas almas); porque como el P. M. Bañes, Confesor suyo, para probar su rendimiento, le diese á entender que convendria quemar aquel libro, la Santa, con grande igualdad de ánimo y prontitud de obediencia, le dijo que lo mirase, y que como á él le pareciese, lo quemaria luego al punto, de que quedó el Padre Maestro (como él confiesa en su dicho) no poco edificado y confundido. Y no fué menor la muestra que dió la Santa Madre Teresa de Jesus de la fé tan viva que tenia con la obediencia, en lo que le pasó al principio de la fundacion de San José de Avila, que (como en el libro segundo referimos) con saber ella tan claramente queria Dios se hiciese aquella fundacion, y desearlo tanto, siempre tuvo por mira y blanco en todas sus diligencias el no hacer cosa que saliese de la obediencia, y así se aseguró primero con muchos Teólogos de lo que podia hacer sin faltar un punto en la perfeccion de esta virtud.

Pero lo que mas admira es, que despues de tantos trabajos y sudor que le habia costado el salir á hacer su fundacion, cuando ya tenia labrada su casa y dado el hábito á cuatro novicias, cuando habia de comenzar á doctrinarlas y á dar principio con su ejemplo y calor á tan grande obra como habia comenzado, otro dia siguiente, despues de puesto el Santísimo Sacramento, enviándola á llamar la Priora de la Encarnacion (de quien ella todavia era súbdita), sin mas dilacion, sin poner ningun impedimento ni escusa, sin reparar en lo que habia de ser de aquellas pobres novicias sin religion, ni Maestra, ni Priora, ni en lo que habia de parar una fundacion que al tiempo de nacer le faltaba Madre, se partió con mucho contento (como ella lo escribe en su vida) á cumplir la obediencia

de su Perlada, donde estuvo seis meses sin volver á su fundacion.

Estando asimismo la Madre en su Monasterio de Medina del Campo, y habiéndose disgustado con ella un Provincial de los Padres Calzados del Cármen, porque no habia hecho una Priora que él pretendia, le envió un mandato con censuras que saliese luego de aquel Monasterio, juntamente con la Priora que habia elegido, que era la Madre Inés de Jesus; llegó este mandato un dia ya tarde, y por ser cerca de Navidad hacia una noche bien fria, y la Madre era enferma de perlesía, y actualmente tenia otras enfermedades; pero en recibiendo la obediencia y precepto de su Perlado, y pudiendo muy bien dilatar el cumplimiento de él para otro dia, ó darle razon de lo que habia hecho, no reparando en su salud ni en su vida, salió juntamente con la Priora (como lo mandaba el Provincial) con mucho contento y alegría; porque todo el que ella podia tener en esta vida, era el no hacer su voluntad. Y así, siempre que llegaba á sus Monasterios, en habiendo Priora se sujetaba á ella y á su Subpriora, y con ser fundadora, se sentaba en los mas humildes lugares.

Para perfeccionarse mas en esta virtud, procuraba mil invenciones muy santas. Cuando caminaba daba siempre la obediencia á los Religiosos ó Clérigos que iban en su compañía, y en los Monasterios donde estaba á la Priora, como mas largamente escribimos en el libro segundo. Y con toda esta perfeccion, como era tan humilde, le parecia que no hacia nada y que no habia comenzado á obedecer ni á ser Monja, y que seria bien (olvidando lo pasado) comenzar de nuevo en lo por venir. De esta manera aprendia á ser religiosa de nuevo y á comenzar el camino de la obediencia la que lo tenia tan trillado y era tan perfecta en ella.

CAPITULO III.

De la doctrina tan alta que la Santa Madre enseñaba de la virtud de la obediencia.

Ya que habemos visto cómo esta Santa enseñó con su ejemplo esta virtud tan alta y tan necesaria en la Religion, diremos ahora la doctrina que enseñó de obediencia, no toda,

porque esto sería muy largo, aunque si no saliera de mi intento, fuera de harto provecho y fruto ingerir aquí la doctrina que dió acerca de la obediencia, que como la habia aprendido por esperiencia, y habia gustado de los frutos y suavidad de ella, sabia bien hablar de esta virtud, enseñar y predicar los quilates y valor de ella. Llenos están sus libros de saludables documentos, que donde halla ocasion para tratar de ella, nunca la deja; particularmente en el libro de sus fundaciones, habla altísimamente de esta virtud, y por ser esa doctrina tan provechosa y llena de tanto desengaño y fruto para las personas que andan ocupadas en cosas exteriores por la obediencia ó caridad, me pareció escogerla entre otras, y ponerla aquí con las mismas palabras y estilo que la Santa Madre lo dejó escrito. Dice, pues, de esta manera en el libro de sus fundaciones (*Fundaciones cap. 5.*): «Lo primero quiero tratar (segun mi pobre entendimiento) en qué está la sustancia de la perfecta oracion; porque algunos he topado que les parece está todo el negocio en el pensamiento; y si este puede tener mucho en Dios, aunque sea haciéndose gran fuerza, luego les parece que son espirituales; y si se divierten (no pudiendo mas), aunque sea para cosas buenas, luego les viene grande desconsuelo y les parece que están perdidos. Estas cosas y ignorancias no las ternan los Letrados, aunque ya he topado con alguno en ellas, mas para nosotras las mujeres de todas estas ignorancias nos conviene ser avisadas.» Y mas adelante prosigue: «El aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho. Y si preguntáredes ¿cómo se adquirirá este amor? digo que determinándose un alma á obrar y padecer por Dios, y hacerlo cuando se ofreciere. Bien es verdad que de pensar lo que debemos al Señor, quién es y lo que somos, viene á hacerse un alma determinada, y es grande mérito y para los principios muy conveniente; mas entiéndese cuando no hay de por medio cosas que toquen en obediencia y aprovechamiento de los prógimos á que obligue la caridad, que en tales casos cualquiera de estas dos cosas que se ofrezcan piden tiempo para dejar el que nosotras tanto deseamos dar á Dios, que (á nuestro parecer) es estarnos á solas pensando en él, y regalándonos con los regalos que nos dá. De dejar esto por cualquiera de estas dos cosas, es regalarle á el Señor, y hacer por él dicho por su boca (*Matth. capi-*

tulo 25.): «Lo que hicistes por uno de estos pequeñitos, por mí lo hicistes.» Y en lo que toca á la obediencia, no querrá que vaya por otro camino que él, quien bien le quiere *obediens usque ad mortem*.

Pues si esto es verdad, de qué procede el disgusto que por la mayor parte dá cuando no se ha estado mucha parte del dia muy apartados y embebidos en Dios, aunque andemos empleados en estotras cosas? A mi parecer, por dos razones: la una, y mas principal, es por un amor propio que aquí se mezcla muy delicado, y ansí no se deja entender que es querernos mas contentar á nosotros que á Dios. Porque está claro que despues que un alma comienza á gustar «cuán suave es el Señor», que es mas gustoso estarse descansando el cuerpo sin trabajar y regalada el alma. ¡Oh caridad de los que verdaderamente aman á este Señor y conocen su condicion! ¡Qué poco descanso podrán tener si ven que son un poco de parte para que un alma sola se aproveche y ame mas á Dios, ó para darle algun consuelo, ó para quitarla de algun peligro! ¡Qué mal descansará con este descanso particular suyo! Y cuando no puede con obras, con oracion, importunando al Señor por las muchas almas que la lastima de ver que se pierden, pierde ella su regalo y ló tiene por bien perdido, porque no se acuerda de su contento, sino en cómo hacer mas la voluntad del Señor, y ansí es en la obediencia. Seria récia cosa que nos estuviere claramente diciendo Dios que fuésemos á alguna cosa que le importá, y no quisiésemos sino estarle mirando, porque estamos mas á nuestro placer; donoso adelantamiento en el amor de Dios es atarle las manos con parecer que no nos puede aprovechar sino por un camino.

Conozco algunas personas que he tratado (dejando como he dicho lo que yo he experimentado) que me han hecho entender esta verdad, cuando yo estaba con gran pena de verme con poco tiempo, y ansí las habia lástima de verlas siempre ocupadas en negocios y cosas muchas que les mandaba la obediencia, y pensaba yo en mí (y aun se lo decia), que no era posible entre tanta baraunda crecer el espíritu, porque entonces no tenian mucho. ¡Oh Señor, cuán diferentes son vuestros caminos de nuestras imaginaciones! Y como de un alma que está ya determinada á amaros y dejada en vuestras ma-

nos, no quereis otra cosa sino que obedezca y se informe bien de lo que es mas servicio vuestro, y eso desee, no há menester ella buscar los caminos ni escogerlos, que ya su voluntad es vuestra. Vos, Señor mio, tomáis ese cuidado de guiarla por donde mas se aproveche. Y aunque el Perlado no ande con este cuidado de aprovecharnos el alma, sino de que se hagan los negocios que le parece convienen á la Comunidad, vos, Dios mio, le teneis y vais disponiendo el alma y las cosas que se tratan, de manera, que (sin entender cómo) nos hallamos con espíritu y gran aprovechamiento, que nos deja despues espantadas. Así lo estaba una persona que ha pocos dias que hablé, que la obediencia le habia traído cerca de quince años tan trabajado en oficios y gobiernos, que en todos estos no se acordaba haber tenido un dia para sí, aunque él procuraba (lo mejor que podia) algunos ratos al dia de Oracion, y de traer limpia conciencia. Es un alma de las mas inclinadas á obediencia que yo he visto, y así la pega á cuántos trata. Hále pagado bien Nuestro Señor, que (sin saber cómo) se halló con aquella libertad de espíritu tan preciada y deseada que tienen los perfectos, á donde se halla toda la felicidad que en esta vida se puede desear; porque no queriendo nada, lo posee todo. Ninguna cosa temen ni desean de la tierra, ni los trabajos turban, ni los contentos los hacen movimiento; al fin nadie les puede quitar la paz, porque esta de solo Dios depende, y como á él nadie le puede quitar, solo el temor de perderle le puede dar pena, que todo lo demás de este mundo es (en su opinion) como si no fuese, porque ni le hace ni deshace para su contento. ¡Oh dichosa obediencia y distraccion por ella, que tanto pudo alcanzar!

No es sola esta persona, que muchas he conocido de la misma suerte, que no los habia visto algunos años habia, y hartos; y preguntándoles en qué se habian pasado, era todo en ocupaciones de obediencia y caridad; por otra parte, vilos tan medrados en cosas espirituales, que me espantaban. Pues ea, Hijas mias, no haya desconsuelo; mas cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores, entended que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior. Acuérdomé que me contó un Religioso, que habia determinado y puesto muy por sí, que ninguna cosa le mandase el Perlado que dijese que no, por trabajo que le

diese; y un dia estaba hecho pedazos de trabajar, y ya tarde que no se podia tener, y iba á descansar, sentándose un poco, topóle el Perlado, y díjole que tomase el azadon y fuese á cavar á la huerta; él calló, aunque bien afligido el natural, que no se podia valer; tomó su azadon, y yendo á entrar por un tránsito que habia en la huerta (que yo ví muchos años despues que él me lo habia contado, que acerté á fundar en aquel lugar una casa), le apareció Nuestro Señor con la Cruz á cuestras, tan cansado y fatigado, que le dió bien á entender que no era nada el que él tenia en aquella comparacion.

Yo creo, que como el demonio vé que no hay camino que lleve mas presto á la suma perfeccion que el de la obediencia, pone tantos disgustos y dificultades debajo de color de bien, y esto se note bien, y verán claro que digo verdad. En lo que está la suma perfeccion, claro está que no es en regalos interiores y en grandes arrobamientos, ni en visiones, ni en espíritu de profecía, sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa que entendamos que quiere que no la queramos, con toda nuestra voluntad y tan alegremente tomemos lo amargo como lo sabroso, entendiendo que lo quiere Su Magestad. Esto parece dificultosísimo, no el hacerlo, sino este contentarnos con lo que de todo en todo nuestra voluntad contradice, conforme á nuestro natural, y así es verdad que lo es; mas esta fuerza tiene el amor (si es perfecto) que olvidamos nuestro contento por contentar á quien amamos. Y verdaderamente es así, que aunque sean grandísimos trabajos, entendiendo contentamos á Dios se nos hacen dulces; y de esta manera aman los que han llegado aquí en las persecuciones y deshonoras y agravios. Esto es tan cierto y está tan sabido y llano, que no hay para qué me detener en ello. Lo que pretendo dar á entender, es la causa que la obediencia (á mi parecer) hace presto ó es el mejor medio que hay para llegar á este tan dichoso estado; y esta es, que como en ninguna manera somos señores de nuestra voluntad, para pura y limpiamente emplearla toda en Dios, hasta que la sujetamos á la razon, es la obediencia el camino verdadero para sujetarla; porque esperar á sujetarla con razones buenas, es nunca acabar, y es camino largo y peligroso; porque nuestro natural y amor propio tiene tantas, que nunca llegaremos allá; y

muchas veces, lo que es mayor razon (si no lo hemos gana) nos parece disparate con la poca gana que tenemos de hacerlo. Habia tanto que decir aquí, que no acabaríamos de esta batalla interior, y tanto lo que pone el demonio y el mundo, y nuestra sensualidad para hacernos torcer la razon. Pues ¿qué remedio? Que así como acá en un pleito muy dudoso se toma un Juez, y lo ponen en sus manos las partes cansadas de pleitear, tome nuestra alma uno que sea Perlado ó Confesor, con determinacion de no traer mas pleito, ni pensar mas en su causa, sino fiar de las palabras del Señor, que dice: «Quien á vosotros oye, á mí oye», y descuidar de su voluntad.

Tiene el Señor en tanto este rendimiento (y con razon, porque es hacerle señor del libre albedrío que nos ha dado), que ejercitándonos en esto, una vez deshaciéndonos, otra con mil batallas, pareciéndonos desatino lo que se juzga en nuestra causa, venimos á conformarnos con lo que nos mandan, con este ejercicio penoso; mas con pena ó sin ella, al fin lo hacemos, y el Señor ayuda tanto de su parte, que por la misma causa que sujetamos nuestra voluntad, y razon por él, nos hace señores de ella. Entonces (siendo señores de nosotros mismos) nos podemos con perfeccion emplear en Dios, dándole la voluntad limpia para que la junte con la suya; pidiéndole «que venga fuego del Cielo de amor suyo, que abrase este sacrificio», quitando todo lo que le puede descontentar, pues ya no ha quedado por nosotros, que aunque con hartos trabajos lo hemos puesto sobre el Altar, que (en cuanto ha sido en nosotros) no toca en la tierra. Está claro que uno no puede dar lo que no tiene, sino que es menester tenerlo primero. Pues créanme que para adquirir este tesoro, no hay mejor camino que cabar y trabajar para sacarlo de esta mina de la obediencia; que mientras mas cabaremos, hallaremos mas, y mientras mas nos sujetaremos á los hombres (no teniendo otra voluntad sino la de nuestros mayores), mas estaremos señores de ella para conformarla con la de Dios. Mirad, hermanas, si quedará bien pagado el dejar el gusto de la soledad. Yo os digo, que no por falta de ella dejareis de disponeros para alcanzar esta verdadera union que queda dicha; es hacer mi voluntad una con la de Dios Nuestro Señor. Esta es la union que yo deseo y querria en todas, que no unos embebimientos

muy regalados que hay, á quien tienen puesto nombre de union, y será así siendo despues de esta que dejo dicha; mas si despues de esta suspension queda poca obediencia y propia voluntad, estará unida con su amor propio (me parece á mí), que no con la voluntad de Dios. Su Magestad sea servido que yo lo obre como le entiendo.» Y mas adelante dice:

«Aquí, Hijas mias, se ha de ver el amor, que no en los rincones, sino en mitad de las ocasiones; y, creedme, que aunque haya mas faltas y aun algunas pequeñas quiebras, que sin comparacion es mayor ganancia nuestra. Miren que siempre hablo presuponiendo andar en ellas por obediencia y caridad, que (á no haber esto de por medio) siempre me resumo á que es mejor la soledad, y aunque hemos de deseirla, aun andando en lo que digo, á la verdad, este deseo él anda contínuo con las almas que de veras aman á Dios. Por lo que digo que es ganancia, es, porque no se dá á entender quién somos y hasta dónde llega nuestra virtud; porque una persona siempre recogida, por santa que sea á su parecer, no sabe si tiene paciencia y humildad, ni tiene como lo saber. Como si un hombre fuese muy esforzado, ¿cómo se ha de entender si no se ha visto en batalla? San Pedro hartó le parecia que era, mas miren lo que fué en la ocasion; mas salió de aquella quiebra, no confiando nada de sí, y de allí vino á ponerla en Dios Nuestro Señor, y pasó despues el martirio que vimos.

¡Oh, váleme Dios! Si entendiésemos cuánta miseria es la nuestra: en todo hay peligro, si no lo entendemos; y á esta causa es muy gran bien que nos manden cosas para ver nuestra baja. Y tengo por mayor merced del Señor un dia de propio y humilde conocimiento que nos haya costado muchas aflicciones y trabajos, que muchos de oracion; cuanto mas, que el verdadero amante en toda parte ama y siempre se acuerda del amado. Récia cosa seria que solo en los rincones se pudiese traer oracion; ya veo yo que no puede ser muchas horas; mas, ¡oh Señor mio, qué fuerza tiehe con vos un suspiro salido de las entrañas de pena, por ver que no basta que estamos en este destierro, sino que aun no nos dan lugar para eso, que podríamos estar á solas gozando de vos! Aquí se vé bien que somos esclavos suyos, vendidos por su amor de nuestra voluntad á la virtud de la obediencia, pues por ella dejamos (en

alguna manera) de gozar al mismo Dios, y no es nada si consideramos que él vino del seno del Padre por obediencia á hacerse esclavo nuestro. Pues con qué se podrá pagar, ni servir esta merced?

Es menester andar con aviso de no descuidarse de manera en las obras, aunque sean de obediencia y caridad, que muchas veces no acudan á lo interior á su Dios. Y créanme, que no es largo tiempo el que aprovecha el alma en la oracion cuando la obediencia y caridad llama á otras obras; gran ayuda es para que en muy poco espacio tenga mejor disposicion para encender el amor, que en muchas horas de consideracion. Todo ha de venir de su mano: sea bendito por siempre jamás.»

Traia tambien de ordinario en la boca la Santa Madre, «que la verdadera obediencia se probaba en las dificultades.» Y esta doctrina habíasele enseñado nuestro Señor, el cual le dijo: «No es obedecer, si no estás determinada á padecer. Pero pon los ojos en lo que yo he padecido, y todo se te hará fácil.» Y así ejercitaba siempre á sus Monjas en esta virtud, mandándoles cosas graves y dificultosas para sacarlas buenas Maestras en este ejercicio. Pareciéndole que con ninguna cosa se prueban y alcanzan mejor las virtudes que con las ocasiones grandes, que son los testigos fieles de lo que en el alma está concertado, y en las que se descubre como en un fino crisol si es todo oro lo que reluce y sólida virtud, ó sombra é imagen de ella lo que por de fuera parece.

CAPITULO IV.

Cómo la Santa Madre fué purísima en la observancia de la castidad.

No es negocio humano el ser una persona casta y guardar enteramente en esta parte la inocencia del Bautismo; antes es efecto particular de la gracia de Dios, á muy pocos concedido, estos muy escogidos, y particularmente aquellos en quien Dios pone los ojos para levantarlos á altísimo conocimiento y contemplacion de las cosas divinas. Que como con esta virtud se va purificando el corazon (al cual los deleites de la carne entorpecen, ensucian y abaten á las cosas de la tierra), cuando el

alma está mas libre de estos vicios, tanto está mas dispuesta, mas pura y tiene mas clara la vista para mirar las cosas celestiales y divinas. Pues como el Señor eligiese á la Santa Madre, entre otras cosas, para comunicaciones tan altas, para oracion tan subida, para contemplacion tan levantada, tomando la corriente de sus principios, quiso que fuese toda pura y limpia, para que con puro corazon y limpios ojos, viese á Dios, como en esta vida se permite. Fué esta bienaventurada Vírgen purísima y castísima; tanto, que no parecia, sino que lo que los Angeles tienen de su cosecha y naturaleza, ella lo habia alcanzado, parte por esta virtud y por gracia, y parte por particular privilegio divino.

Fué dotada de Dios esta Vírgen de limpieza y santidad perpétua, en la cual se conservó todos los dias de su vida. Y así los que la conocimos y tratamos, no la mirábamos como á persona de carne y sangre, sino como Angel que vivia en el mundo, sin que le tocase ni ensuciase la inmundicia de nuestra carne. Y por esta razon la solia llamar el P. M. Fr. Diego de Yangües (Confesor suyo y persona de las mas graves y doctas que tuvo su Orden de Predicadores) tesoro virginal.

Fué en esta virtud tan escelente, y túvola en un grado tan superior, que no solo conservó este precioso tesoro de la castidad todos los dias de su vida, sino que estaba tan pura, que no sentia las tentaciones molestas de la carne, mas que si no estuviera vestida de ella. Y esto mas fué singular privilegio que le concedió Dios, que victoria ganada á punta de lanza. Y así el P. Rodrigo Alvarez, Confesor suyo y hombre de los mas espirituales y graves que en aquellos tiempos hubo en la Compañía de Jesus, dijo á unos discípulos suyos (como ellos lo testifican en sus dichos), ¿veis estos antojos? Pues así como es imposible entrar aquí un mal pensamiento, así lo era en el alma de la Madre Teresa de Jesus, por particular privilegio y merced que Dios le habia concedido.

Lo que yo noté y espermenté en esta Santa en todo el tiempo que la conocí, fué, que aunque todas las virtudes resplandecian, no solo en sus costumbres y acciones, sino tambien en su semblante, pero particularmente la castidad y pureza de su alma se manifestaba mas en su rostro y compostura, y con ella traia y aficionaba á esta misma pureza á los que

hablaba y trataba. De manera, que la persuasion mas eficaz para la castidad que traia estampada en su rostro, era un retrato, ó por mejor decir, una sombra de su castidad y pureza interior; que era tan grande, que ni en la carne, ni en el espíritu, ni aun en la misma imaginacion, ni en vigiliass, ni en sueño, ni en tiempo, ni en ocasion alguna jamás se oia ni veia en ella rastro de este enemigo comun y casero; porque como profetizó Oseas, el Señor le habia quebrado el arco y la espada, y ahuyentado la guerra de su tierra, dándole lugar para que durmiese y reposase en sus brazos sin temor de estos enemigos. En fin, fué tanta la limpieza, no solo de su alma, sino tambien de su carne, que parece increíble; porque por privilegio particular, vivia con ignorancia de esta pasion. Y así muchas Religiosas afirman en sus dichos, que si acontecia que alguna como á Madre y Perlada le comunicaba alguna tentacion contra la honestidad y pureza, era la cosa donde se hallaba mas atajada, y decia la fuese á comunicar con alguna persona que la entendiese, que por no haber ella experimentado semejantes tentaciones, le parecia estaba inhábil para dar el remedio, lo que no respondia á otras ningunas que le comunicasen. Era amiga de toda honestidad, y ella era de tanta modestia, que componia á las personas que la miraban, y á las que veia muy castas y puras, amaba con particular aficion.

CAPITULO V.

De la pobreza estrecha que la Santa Madre guardó.

El espíritu que tuvo la Santa de pobreza Evangélica echará bien de ver quien hubiere leído en el libro segundo el discurso de sus fundaciones, y particularmente la del primer Monasterio, donde hizo tanta instancia, procurando la pobreza de él, como pudiera hacer otra persona que tuviera contrario espíritu del suyo, procurando hacienda y renta. Jamás bastaron pareceres á rendirla para que tuviese renta, hasta que sus Perladoss, despues de alguna esperiencia, acordaron que pudiesen tener renta sus Monasterios, atendiendo á algunas razones convenientes y justas. La fundacion que era mas pobre, era la mas apetecida de la Santa, y cuando le decian que era rica se resfriaba y entibiaba en procurarla. Todo lo que yo deseo decir

de la estima grande que la Santa tenia de la pobreza, con ninguna cosa lo declararé mejor que con poner aquí lo que ella escribe en su libro del camino de perfeccion, donde queriendo persuadir á sus Monjas que no tengan renta ni cuidado de la comida, ni de las cosas temporales, dice (*Camino de Perfeccion, cap. 2.*): «No penseis, hermanas mias, que por no andar á contentar á los del mundo os ha de faltar de comer; yo os aseguro (1). Jamás por artificios humanos pretendais sustentaros, que morireis de hambre y con razon. Los ojos en vuestro Esposo, que él os ha de sustentar; contento él, aunque no quieran, os darán de comer los menos vuestros devotos, como lo habeis visto por experiencia. Si haciendo vosotras esto muriéredes de hambre, bienaventuradas las Monjas de San José. Esto no se olvide por amor del Señor: pues dejais la renta, dejad el cuidado de la comida, si no todo va perdido.» Y mas abajo dice:

«Dejad ese cuidado á quien los puede mover á todos, que es el Señor de las rentas y de los renteros. Por su mandamiento venimos aquí; verdaderas son sus palabras que no pueden faltar, antes faltarán los Cielos y la tierra; no le faltemos nosotras, que no hayais miedo que falte; y si alguna vez os faltare, será para mayor bien, como faltaban las vidas á los Santos cuando los mataban por el Señor, y era para aumentarles la gloria por el martirio. Buen truco seria acabar presto con todo y gozar de la hartura perdurable.»

Hizo al principio de la fundacion de San José de Avila grandes pruebas, así en los vestidos como en la comida de las Monjas, probando si podrian pasar con vestido mas mortificado y pobre, con serlo tanto el que traen, que no es mas que de sayal ó jerga, y en la comida si se podrian pasar con solas legumbres, todo con fin de no dar ocasion á que se tuviesen rentas y dejasen el cuidado y solicitud, que cuando demasiado, es el cuchillo de la quietud y de la oracion; pero ya que no pudo salir con lo que pretendia al fin de muchas pruebas, vino al mayor extremo que ella pudo de pobreza, mortificacion y aspereza, cuanto es posible para la complexion y flaqueza de las mujeres. Quería asimismo que sus casas y alhajas de ellas

(1) Quiere decir, que quien profesa pobreza no ha de ganar con artificios solícitos las voluntades ajenas para que le den.

fuesen pobres, y así en las que hacia ponía cruces hechas de cañas y de palos toscos sin labrar. Encargó la pobreza y estrechura de los edificios de sus Monasterios, así para los Frailes como para las Monjas. Parecíale gran monstruosidad ver gente pobre y descalza en grandes edificios, y gran locura (como ella dice) que las casas de gente descalza hagan mucho ruido cuando se hayan de caer el día del juicio. Y en esta materia hablaba con el espíritu, con la verdad y entereza con que pudieran hablar un San Francisco ó un Santo Domingo, ó uno de aquellos antiguos Padres Anacoretas y Ermitaños, de los cuales cuenta el glorioso Padre San Gerónimo que vivían en casillas y chozuelas pobres, junto de las riberas del río Jordan, en la falda del Monte Carmelo. Y así hablando la Santa con sus Religiosos y Religiosas, dice de esta manera: (*Fundaciones cap. 14.*) «¡Oh, válgame Dios! ¡qué poco que hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior! Por su amor os pido, Hermanas y Padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas; tengamos delante á nuestros Fundadores que son aquellos Santos Padres, de donde descendemos, que sabemos que por aquel camino verdadero de pobreza y humildad gozan de Dios. Verdaderamente he visto haber mas espíritu, y aun alegría interior, cuando parece que no tienen los cuerpos cómo estar acomodados, que despues que ya tienen mucha casa y lo están; por grande que sea, qué provecho nos tiene, pues solo de una celda es lo que gozamos contino, que esta sea muy grande y bien labrada, ¿qué nos va? Sí, que no hemos de andar mirando las paredes. Considerando que no es la casa que nos ha de durar para siempre, sino tan breve tiempo como es el de la vida.» Y mas abajo añade: «Si decimos que son estos principios para renovar la Regla de la Virgen Señora y Patrona nuestra, no le hagamos tanto agravio, y á nuestros Santos Padres pasados, que dejemos de conformarnos con ellos; y aunque no podamos en todo, por nuestra flaqueza, en las cosas que no hacen ni deshacen para sustentar la vida, habíamos de andar con grande aviso, pues todo es un poco de trabajo sabroso.» Esto mismo encomienda con mucho encarecimiento en el capítulo segundo del Camino de perfeccion; dice de esta manera: «De edificios suntuosos se guarden, por amor de Dios, y por su sangre se lo pido yo; y si con conciencia puedo decir

que el día que tal hicieren, se torne á caer la casa, que las mate á todas, yendo con buena conciencia lo digo, y lo suplicaré á Dios. Muy mal parece, hijas mias, que de la hacienda de los pobrecitos se hagan grandes casas; no lo permita Dios, sino pobre en todo y chica; parezcámonos en algo á Nuestro Rey, que no tuvo casa, sino el portal de Belen, adonde nació, y la cruz adonde murió.»

Como la Santa Madre era tan pobre de espíritu y de corazón, y entendia lo mucho que importaba á su Religion el serlo todos, habla con tantos encarecimientos, ponderando siempre mucho el grave daño que es para gente pobre y mendiga levantar edificios curiosos y grandes, no sin mengua de la santa pobreza con que aquellos primeros Padres fundadores de su Orden (de quien ella tanto se precia de imitadora) vivieron y predicaron; y así siempre fué enemiga de las casas ricas, curiosas, profanas, adornadas con molduras, esculturas y otras superfluidades, que en los ojos de quien lo entiende afean la santa pobreza.

Este fué su lenguaje en su vida, estos sus intentos, y esta su observancia de la santa pobreza, en la cual puso grande conato, y con este celo y cuidado de dejar esta herencia á su Religion, se le arrancó aquella santísima alma; porque como estuviese ya para darla á quien tanto la amaba, que era Dios, en estas postrimerías encargó mucho á sus Monjas el amor y cuidado con esta virtud. Espíritu es este Evangélico con que Dios ha criado siempre los fundadores de las Ordenes Mendicantes, como se puede ver en el espíritu y celo de pobreza que tuvieron San Francisco y Santo Domingo, los cuales huyeron de las rentas, de la suntuosidad de edificios y de todo lo que era superfluidad como del infierno, buscando siempre en todo la humildad, la estrechura y pobreza; y lo que es de mucha consideracion, que á San Benito, á San Basilio, á San Bernardo, á San Bruno y á otros Santos Fundadores de Ordenes Monacales, dándoles Dios virtudes heroicas y levantadísimas, dones admirables y estraordinarios y otras gracias que no los hacen inferiores á ninguno de estos Santos, no les pone Dios este espíritu de pobreza que á ellos; porque como Dios dispone con suavidad y proporcion las cosas, y es amigo que correspondan los principios y medios con el fin á los que fundaban Ordenes Mendicantes, les dió este celo; porque Orden que pro-

fesa pobreza y se precia de ella, no puede parecer bien, ni á los ojos de Dios ni del mundo, que contradiga tan claramente con las obras la profesion del estado, y á costa de la sangre, quiero decir, de la limosna que se quita al pobre mendigo, que lo pide de puerta en puerta, quitándole el pan de la boca, hacer semejantes monstruosidades; y esto, aunque en su manera puede tambien tener lugar en las Ordenes Monacales, pues la superfluidad, las vanas curiosidades y la demasía en estas cosas, no solo en los Religiosos, pero en los seglares y Príncipes del mundo, son dignas de reprehension, y juicio, pero tienen una poca mas licencia, como su estado no es de mendicidad y pobreza en comun. Pues como á la Santa Madre eligiese Dios por Reformadora de una Religion (que fué la primera de las que sabemos, que con regla aprobada abrazó el vivir en pobreza, sin posesiones ni rentas, sino de limosna ó de trabajo de manos, como se ve en la Regla primera de Alberto), habiendo de ser ella la que la habia de restituir y levantar á su primer estado y fervor, era muy conforme á la divina providencia el darle Nuestro Señor este espíritu y deseos tan vivos de pobreza.

Confesaba la Santa, que por el bien de sus Monjas, le habia dado el Señor á entender los grandes bienes que hay en la santa pobreza, y trataba de ella con gran gusto y estima. «Es un bien (decia *Camino cap. 2.*) el de la pobreza, que todos los bienes de mundo encierra en sí, es un señorío grande en señorear todos los bienes del mundo. La verdadera pobreza trae consigo una honraza; no há menester á nadie, sino á él, y luego tiene muchos amigos en no habiendo menester á nadie. Nuestras armas son la santa pobreza, esta han de tener nuestras banderas, procurándola guardar en la casa, en vestidos, en palabras, y mucho mas en el pensamiento.»

Despues de algunos años, algunos graves letrados apretaron á la Santa Madre para que admitiese renta, diciéndole que pues el Concilio Tridentino la permitia, no era bien quisiese ella mas perfeccion que el Concilio pedia. Con estas y otras razones, la mudaron de su parecer, aunque no de su deseo y espíritu de pobreza; y esta es la causa que algunos Monasterios hoy viven con renta.

No solo guardó y honró la bienaventurada Madre la pobreza en comun (como habemos visto), sino tambien la ejercitó y

esperimentó en su persona. Dábale grande contento cuando estando en alguna fundacion le faltaba algo de lo necesario, de comida, de cama ó de otra cosa. Estando en la de Alba no tenían servilletas, y queriendo las Monjas enviárselas á pedir á la fundadora de aquel Monasterio, la Santa no lo consintió, por gozar de aquel privilegio. Y esto mismo le pasaba en mil ocasiones, y no queria que sus Monjas tuviesen mas alhajas de aquellas que eran tan necesarias, que no se podian escusar para acomodar la casa, y así dejaba el Monasterio y la Iglesia que fundaba con grandísima pobreza, hasta que los de fuera por su devocion, se movian á darles lo que tenían necesidad; en lo cual mostraba bien no solo su pobreza, sino su fé; y porque en el libro segundo, tratando de las fundaciones, en muchas partes apuntamos la pobreza que la Santa pasó y el contento con que la llevaba, en esto no me alargaré mas.

Era la Madre muy amiga de traer muy pobre el hábito, viejo y remendado, para ayudar tambien con la pobreza del vestido á la humildad y desasimiento interior; que aunque cualquiera singularidad en el vestido, que escede la condicion y uso del estado que cada uno profesa, no siempre es segura (aunque nunca se ha de condenar, y hemos de juzgar que lo hace por vana estimacion, el que puede tambien hacerlo por mayor mortificacion y menosprecio); pero cuando la profesion es pobre y penitente, parece bien (como cosa propia) la pobreza, la vileza y desprecio en las vestiduras; y si esto causa vanagloria, tambien la podrán causar todas las demás virtudes, y no por eso se han de dejar. Acaecíale á la Santa vestirse los hábitos viejos que otras dejaban, y cuanto mas iba en esto contra su natural inclinacion, que era de toda limpieza y aseo, tanto mostraba mas su mortificacion y el amor que tenía á la santa pobreza, y así, cuando andaba con un hábito roto, andaba la mas contenta del mundo. Abominaba en sus Monjas todo lo que olia á curiosidad, así en el hábito como en otras cosas, porque le parecia que de las vanidades ninguna podia ser mayor que el sayal y vestido que se trae para muestra del menosprecio del mundo, sacarle de su paso y adulterarle, buscando en él curiosidad y vanidad; y para que las Monjas estuviesen desasidas, así del hábito, celda, libros ó de otras cosas que se les permiten á uso (en las cuales suele cebar el demonio á al-

gunos con un asimiento y aficion, como si fueran propios, y con un alfiler y niñerías semejantes, impide á veces tanto el aprovechamiento, como si fueran grandes tesoros) para evitar estos inconvenientes, solia la Santa hacer que las trocasen y mudasen, quitando con esto el asimiento y aficion que del uso de estas cosas se suele pegar al corazón. Trabajaba siempre de manos (como ya hemos dicho) para ganar la comida, como pobre, y para dar ejemplo como maestra, que lo era, de lo que sus Monjas debian hacer.

No mostraba menos el espíritu que tenia de pobreza en no recibir joyas y otros dones de estima, como lo hizo en los que le presentó la Duquesa de Alba, que (como dijimos en el capítulo veinte y siete del libro segundo) se las volvió con el buen término y discrecion de que ella siempre usaba. Con ser tan amiga de la pobreza, era en las ocasiones, no solo misericordiosa con los pobres, sino larga y liberal, y esto, dentro de los límites de la pobreza, como lo mostró conmigo una vez que la encontré en el Burgo de Osma; y sospechando que iba pobre, y que llevaba pocos dineros para el camino, díome cien reales de lo poco que ella traia, y díjome que los prestaba, hasta que pidiese licencia á sus Perlados para podérmelos dar; yo los recibí por ser de tan buena mano, y tornárselos despues con el debido agradecimiento, porque no los habia menester.

CAPITULO VI.

De la penitencia y aspereza de vida de la Santa Madre Teresa de Jesus.

Sabida condicion es de los amigos de Dios, que por el propio caso que lo sean, han de ser enemigos de sí mismos, y como tales se aborrecen y hacen cruda guerra á su cuerpo á fuego y sangre; de suerte, que muchas veces es menester atarles las manos con las ataduras de obediencia y discrecion, para que no tomen la entera venganza de él, dando fin á su vida y remate á sus deseos. Bien sé que nace esto del grande amor que á Dios tienen, el cual arroja continuas centellas que encienden el alma en ansias de hacer y padecer. Todo se experimentaba bien en la Santa Madre, á la cual, como Dios habia

escogido para levantar una Religion de tanta estrechura y aspereza (como aquel que dispone todas las cosas con suavidad y proporcion), dióle un espíritu muy inclinado y amigo de la penitencia, y tal que pudiese ser maestra de esta virtud con las obras, como tambien lo fué de las demás que plantó en su Religion.

Ya dijimos algo en el libro primero (*Lib. I. cap. 9.*) de los grandes fervores y extremos de penitencia con que castigaba su cuerpo, y como en aquellos fervorosos principios se azotaba con llaves y hortigas; y para mayor castigo se revolcaba entre espinas, no perdonando parte ninguna (que no atormentase y llagase) de su cuerpo. Pues este rigor y penitencia no lo perdió de vista por todo el espacio de su vida; porque fijando los ojos de la consideracion en sus pecados, con un vivo deseo de imitar la vida de Cristo y llevar el camino Real de los Santos, buscando por todas partes (como solícito mercader) esta preciosa margarita de la penitencia, tomó por medio para satisfacer su deseo el profesar la Regla primera y fundar Monasterios, cuyo principal instituto fuese penitencia y oracion, que (como habemos dicho arriba) este fué uno de los principales motivos que tuvo para dar principio á la nueva Reformation, y así lo hizo; pero como al hidrópico el beber de nuevo no sirve mas de acrecentar la sed, así, aunque la Santa pensó alcanzar con la profesion de la aspereza de la nueva Regla el cumplimiento de sus deseos, no vió sino el crecimiento de ellos, porque con haber profesado Regla tan penitente y añadido Constituciones de tanto rigor y estrechura, tan contrarias á lo que es regalo y alivio de la carne, con todo no estaba contenta, porque habia gran distancia de lo que podian sus fuerzas á lo que le pedian sus deseos; pero por probarlo todo y experimentar con la obra más que con el temor y pusilanimidad, á lo que estas se estendian, parecióle en aquellos principios que la túnica interior que traia junto á las carnes (que entonces era de lana ó estameña), fuese de jerga; y así ella y todo su Convento se vistieron de estas túnicas, que no eran menos que un áspero silicio. Duró esto algun tiempo, con mucho consuelo de la Santa Madre y de todas sus hijas, que lo tenían entonces muy grande en todo lo que era penitencia y contrario á la carne. Pero fué tanto el daño y estrago que á todas hizo en la salud, que no les dieron licencia médicos ni

Confesores para pasar adelante con tan extraordinaria aspereza; y así volvieron á usar las túnicas de estameña, como antes lo hacian.

Duróle este fervor de Penitencia con que la Santa comenzó á fundar esta nueva Reformation por espacio de veinte años, que fué lo que duró su vida despues de la fundacion del primer Monasterio; porque en todo este tiempo, con estar cargada de enfermedades (porque era muy apasionada de mal de corazon, de dolor de hijada, de perlesía y de otros achaques compañeros de tantos duelos; y sobre todo, padeció por espacio de cuarenta años graves enfermedades y contínuos dolores, nacidos de tanto desconcierto y desproporción que tenia en los humores), jamás volvió las espaldas al rigor y penitencia, ni perdonó al mal tratamiento de su carne; porque en lugar de la cama regalada (que era bien necesaria para sus enfermedades), dormia en una poca de paja, y esto aunque le apretasen algunas de las enfermedades dichas, y si no era muy grave, apenas admitia colchon ú otro regalo de lienzo. Por mucho tiempo trajo tan áspero silicio, que le causaba en la carne muy lastimosas llagas, y este pocas veces le dejaba, cargada de años y de perlesía y otras enfermedades; su túnica era siempre de lana; sus vigiliass eran contínuas, en las cuales se le pasaba la mayor parte ó casi toda la noche en oracion, porque su sueño era tan escaso, que el reposo que daba al cuerpo enfermo y cansado de tantos negocios, y á veces de largos caminos, no escedia de tres horas, y á lo mas largo cuatro; en el ayuno y abstinencia era tan rigurosa como en lo demás; su comida ordinaria era un huevo ó sardinas, algunas legumbres, y otras veces unas puches ó talvina; y cuando sentia alguna necesidad, su regalo era un poco de pan frito con aceite; no bebió jamás vino; no comia carne sino con grave enfermedad, y esto habia de ser con estrecha obediencia de sus Confesores, y entonces comia un poco de carnero: porque mas que esto, le parecia grande esceso y regalo; y así purgándose un dia en Salamanca, le trajeron para comer de una gallina, y aunque se lo rogaron mucho sus hijas, diciéndole que mas las edificaria comiendo de ella que no con la abstinencia que hacia, no pudieron alcanzar de ella que la comiese, mas que de un poco carnero cocido. Guardó estrechamente los ayunos de la Orden, que son casi ocho meses del año; pero de esto no me maravillo, por-

que estaba tan absorta en Dios, que (como diremos adelante) tratando del grande amor que á este Señor tenia, no habia pena ni trabajo que así le hiciese perder los estribos, como el haber de forzarse á comer alguna cosa; y lo que mas admiraba es, que estando en la cama cargada de dolores y enfermedades, la vieron muchas veces, en tiempo que la Comunidad se disciplinaba, levantarse secretamente y hacer ella otro tanto en su celda. Tratábase de ordinario, no como Monja, sino como Ermitaña; no como enferma, sino como robusta y sana; no como inocente y pura (que lo habia sido su alma de culpa grave), sino como si hubiera sido la mujer mas profana y pecadora del mundo, y así en ninguna cosa perdonaba el mal tratamiento de su cuerpo.

Decia muchas veces la Santa que daba Dios gran gloria en premio de la penitencia que acá se hace; y que aunque no la hiciéramos, sino por imitar á Jesucristo, que no tuvo hora de descanso en esta vida, no la habíamos de dejar; y siempre hablaba de la penitencia de tal manera, que ponía á quien la oía mucha codicia y facilidad en hacerla.

Como la bienaventurada Santa entendia los grandes frutos y provechos de la penitencia, y cuán propia era del instituto y profesion que ella habia fundado, y por otra parte, conocia el ingenio y condicion natural de las mujeres, que de suyo es muelle é inclinado á toda blandura y regalo, queriendo acudir á donde tenia mas peligro, y á tapar los portillos por do esperaba el mayor asalto del enemigo, sus ordinarias pláticas y exhortaciones á sus Monjas eran de penitencia, que aunque ella sabia bien que la sustancia está en la caridad y virtudes interiores, deseaba que en este se pusiese mas cuidado, como en parte mas necesaria; pero como la que no ignoraba que la penitencia es medio para adquirir y conservar esta perfeccion de la caridad y de las demás virtudes, y la que mas peligraba, por razon de nuestro amor propio, allí acudia con mayor socorro donde temia mayor daño. Era enemiga de que las Monjas se regalasen, y dábale mucha pena cuando veia alguna que con cualquier achaquillo ó enfermedad rendia la espada de la observancia al enemigo capital de ella, que es el regalo y el amor propio; y así teniendo esto por un principio de grande relajacion en sus Monasterios, procura remediarlo en el libro

que escribió del Camino de Perfeccion, donde largamente trata del remedio de tan grave inconveniente, de donde sacaré yo algunas sentencias y palabras suyas.

Dice, pues, de esta manera (*Camino de Perfeccion, capítulo 10*): «Lo primero que tenemos de procurar de quitar de nosotras es el amor de este cuerpo, que somos algunas tan regaladas de nuestro natural, que no hay poco que hacer aquí, y tan amigas de nuestra salud, que es cosa para alabar á Dios la guerra que dan, á Monjas en especial, y aun á las que no lo son, estas dos cosas. Mas algunas Monjas no parece que venimos á otra cosa al Monasterio, sino á procurar no morirnos; cada una lo procura como puede. Aquí, á la verdad, poco lugar hay de eso con la obra, mas no queria yo hubiese el deseo. Determinaos, hermanas, que venís á morir por Cristo, y no á regalaros por Cristo, que esto pone el demonio ser menester para llevar y guardar la Orden, y tanto en hora buena se quiere guardar la Orden con procurar la salud para guardarla y conservarla, que se muere sin cumplirla enteramente un mes, ni aun por ventura un dia. Pues no sé yo á qué venimos; no hayan miedo que nos falte discrecion en este caso por maravilla, y luego temen los Confesores que nos hemos de matar con penitencia, y es tan aborrecida de nosotras esta falta de discrecion, que así lo cumpliésemos todo.»

Y despues de haber dicho otras cosas harto dignas de su espíritu, y que las Religiosas las tengan en la memoria, para no ser engañadas del demonio, dice mas abajo: «¡Oh, este quejar (en el mismo *cap. 10.*) (válgame Dios) entre Monjas! El me perdona, que temo es ya costumbre. Y si el demonio nos comienza á amedrentar con que nos faltará la salud, nunca haremos nada. Cosa imperfectísima me parece, hermanas mias (*cap. 11.*), este quejarnos siempre con livianos males; si podeis sufrirlo, no lo hagais. Cuando es grave el mal, él mismo se queja; es otro quejido y luego se parece.» Y mas abajo: «Mas unas flaquezas y malecillos de mujeres, olvidaos de quejarlas, que algunas veces pone el demonio imaginacion de estos dolores. Pongo tanto en esto, porque tengo para mí que importa y que es una cosa que tiene muy relajados los Monasterios, y este cuerpo tiene una falta, que mientras mas le regalan, mas necesidades descubre. Es cosa estraña lo que

quiere ser regalado, y como tiene algun buen color, por poca que sea la necesidad, engaña á la pobre del alma para que no medre. Acordaos qué de pobres enfermos habrá que no tengan á quién se quejar; pues pobres y regaladas no lleva camino. Acordaos tambien de muchas casadas (yo sé que las hay) y personas de suerte, que con graves males, por no dar enfado á sus maridos, no se osan quejar, y con muy graves trabajos; pues pecadora de mí, sé que no venimos aquí á ser mas regaladas que ellas.» Y mas abajo añade: «Acordémonos de nuestros Santos Padres pasados Ermitaños, cuya vida pretendemos imitar (*Vida cap. 11.*), ¿qué pasarían de dolores, y qué á solas, y qué de frios y hambre, y sol y calor, sin tener á quién se quejar sino á Dios? ¿Pensais que eran de hierro? Pues tan de carne eran como nosotras. Y creed, hijas, que en comenzando á vencer estos corpezuelos, no nos cansan tanto; hartas habrá que miren lo que habeis menester, descuidaos de vosotras, si no fuere á necesidad conocida. Si no nos determinamos á tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada; procurad de no temerla y dejáros todas en Dios, venga lo que viniere (1). ¿Qué va en que muramos? De cuantas veces nos ha burlado el cuerpo, ¿no burlaríamos alguna vez de él? Y creed que esta determinacion importa mas de lo que podemos entender.»

Por aquí se echará de ver cuán enemiga era del regalo, y cuánto temía no se le entrase la relajacion en los claustros de sus Monasterios por las puertas de los achaques y otros dolorcillos, que es imposible que en gente que profesa vida tan penitente falten muchos de estos, y hacer de ellos materia de regalo y ocasion de faltar á la observancia de la Regla y Constituciones, no es menos que destruir la Orden y espíritu con ella; que como las mujeres son tímidas (y si les falta el espíritu muy flacas para todo lo que es sufrir trabajos, por pequeños y ligeros que sean, y como nuestra carne por otra parte dá voces por el regalo, y el cuerpo apetece tanto todo lo que es blandura y descanso), no habiendo mucha fortaleza para hacer rostro á estos achaquillos, pueden hacer mucho estrago; porque, como la Santa dice, nunca falta un Médico de manga que

(1) Reprende el demasiado cuidado de la salud, que en los males graves ya ha dicho que se tenga cuenta con ella.

pronostique enfermedades graves, si no se curan las leves; y ¡qué de recetas de carne, lienzo y exención de Coro para toda la vida! que como á ellos les ha costado poco la regular observancia (que en los Monasterios á costa de la salud y de la sangre de los fundadores de ellas se ha plantado), fácilmente atropellan lo que no estiman ni entienden. Y queriendo preservar en adelante, dañan de presente, y curando una llaga, hacen muchas en la pobre Religion, en la cual, supuesto que por ser penitente ha de haber flaqueza, achaques y otras enfermedades que se pasan en pié, si todas se curan conforme á las reglas de Galeno y de Hipócrates, necesaria cosa es, que las Monjas han profesado (ó por mejor decir, la que Jesucristo les ha dado por medio de la Santa Madre) vaya por el suelo, y sobre todo, el mayor daño que yo hallo en los Monasterios, así de Frailes como de Monjas de esta Religion santa, es, cuando (ahora sea con ligeros, ahora con graves achaques) con un parecer de un Médico de que tienen necesidad de comer carne por toda la vida, se confirma un hombre en el suyo de regalarse por toda ella, y tenerse por jubilado del Coro, de los ayunos, de la abstinencia de las carnes y de las demás observancias de la Orden, y así, faltándoles la oracion y ejercicios comunes de la Regla, les falta el espíritu, y vienen á ser onerosos á la Religion y (como gente vaga y ociosa) la polilla de ella; y así debian los Perlados y Perladas hacerles probar, no una vez, sino muchas, á llevar el yugo que han profesado, sin permitir que ninguno se canonizase por enfermo perpétuo, haciéndoles que hasta el fin de la vida no cesen de tomar á prueba lo que han tomado por profesion; porque verdaderamente la esperiencia enseña ser muchos de estos temores vanos, hijos naturales del amor propio, reliquias del propio espíritu é imaginaciones confirmadas; y así es tan importante el poner remedio en esto, cuanto necesario la cura de los verdaderamente necesitados. De esto dejó buen ejemplo la Santa Madre á sus hijas, pues luego que pasaba lo mas récio y fuerte de la enfermedad, con estar cargada de otras muchas habituales, volvía á sus ayunos, á su Coro y á los demás ejercicios, como si estuviera muy sana; y decia que si no hacian esto las enfermizas, nunca harian nada.

Algo me he alargado en esto, porque veo lo que la Santa Madre lo temió en su vida, y lo dejó escrito con tanta ponde-

ración para después de su muerte. Pues volviendo ahora á la penitencia de la Santa, eran tan grandes sus deseos y el deleite que tenia en hacer penitencia, que es cosa increíble, y de esto soy yo buen testigo, pero con ningunas palabras podré mejor decir lo que siento, que con las que ella escribió en una relación breve de su vida: (*Carta 11. tom. 2.*) «Los ímpetus (dice) que me dan algunas veces y han dado de hacer penitencias, son grandes; y si alguna hago, siéntola tan poco con aquel gran deseo, que alguna vez me parece, y casi siempre, que es regalo particular, aunque haga poca, por ser muy enferma.» Y es así, que la era regalo particular la penitencia, porque, como ella confesaba, con estos rigores descansaba y mitigaba algún tanto los grandes ímpetus de amor que padecía por Dios; y era tanta la pena que sentía que sus Confesores le atasen las manos para que no pusiese en ejecución lo que deseaba, que Cristo nuestro Redentor le dijo para templarla en estos deseos, que era amor propio, como la Santa cuenta por estas palabras: «Estando una vez pensando la pena que me daba el comer carne y no hacer penitencia, entendí que algunas veces era mas amor propio que deseo de ella.» Porque era tanto el gusto que ella tomaba en vengarse de su cuerpo y en padecer por Dios, que buscando y deseando tanto la penitencia, parece que le quiso dar el Señor á entender que buscaba en aquello su gusto. (*Adiciones á la Vida núm. 15.*) Fué tanto lo que á la Santa apretaron estos deseos, y la pena de verse atadas las manos, que le pasó por el pensamiento si sería mejor el no obedecer á sus Confesores en esta parte (cosa que para ella era muy extraordinaria); y desengañóla Nuestro Señor, cómo ella cuenta en su libro: «Estando pensando una vez en la gran penitencia que hacia una persona muy Religiosa, y cómo yo pudiera haber hecho mas (según los deseos que me ha dado alguna vez el Señor de hacerlo) si no fuera por obedecer á los Confesores, que si sería mejor no les obedecer de aquí adelante en eso, me dijo: «Eso no, hija, buen camino llevas y seguro. ¿Ves toda la penitencia que haces? en mas tengo tu obediencia.»

Y aunque su penitencia fué tan grande, y respeto de sus pocas fuerzas (y de otras mas robustas) fué escesiva; pero el deseo y espíritu de penitencia de que Nuestro Señor la dotó, fué sin límite, porque en la salud y enfermedad, en el Monas-

terio y en los caminos, aspiraba siempre á penitencia y rigor, y cuando mas cargada de años y mas agravada de enfermedad, mas vivos tenia los aceros de penitencia. De suerte, que por todo el espacio de su vida que trató de servir al Señor de veras, en tan larga navegacion nunca perdió de vista la penitencia. Y es cierto que si la flaqueza de las fuerzas le dieran lugar para remar y tender velas, conforme sopla el espíritu y ardor de hacer penitencia, no quedara inferior en la obra y ejecucion á Santo ninguno la que fué igual al mas aventajado en el deseo y espíritu de penitencia y rigor.

CAPITULO VII.

Cómo la Santa Madre resplandeció maravillosamente en la virtud de la humildad.

En el alma donde Dios quiere labrar grande edificio, de ordinario comienza de la virtud de la humildad; porque cuan profunda fuere la humildad y conocimiento de sí mismo, tan copiosa suele ser y abundante la riqueza y tesoros divinos de las virtudes y dones, porque todo el vacío que esta virtud causa, aniquilando y deshaciendo el sugeto donde mora, todo lo ocupa y llena el Espíritu Santo con sus dones. Pues como el Señor determinase de hacer mercedes y favores tan singulares á esta Santa, y dotarla de tan maravillosas virtudes, puso primero en su alma la humildad, que si bien no es principio y origen de todas ellas, es, empero, la que desembaraça la posada, y la que es como aposentadora de todas. Si hubiera de decir todo lo que siento y sé en esta parte de la humildad que resplandeció en la Santa Madre, me hallara obligado á hacer un libro que tratara solamente de esto; porque así como fué santísima, fué tambien humildísima. Diré primero con la brevedad que pudiere de la humildad interior (que es la que merece este nombre), y despues de la exterior, que es efecto de la primera, y la que de ordinario la acompaña y sigue.

Solo bastará para dar á entender la grande humildad que puso Dios en su sierva, el haber querido el Señor con esta virtud hacer contrapeso á las grandes visiones y revelaciones que le comunicó, y á los extraordinarios dones y admirables

virtudes y gracias de que fué dotada, y á otros privilegios singulares, como son los de Doctora y Maestra de espíritu, fundadora de una Orden con que el Señor tanto la esclareció. A San Pablo dió Dios por contrapeso (como él cuenta) el estímulo de su carne, porque no le levantase ni desvaneciese la grandeza de las revelaciones. Y á otros Santos dió otros trabajos, para humillar por una parte lo que su gracia levantaba y perfeccionaba por otra, que ésta es condicion sabida de Dios, y muy necesaria para curar nuestra flaqueza echar á su gracia pensiones, no para disminuirla, sino para conservarla y aumentarla en los justos. Y así, con mucha razon son y se pueden llamar beneficios divinos, pues conservan los recibidos. El que Dios dió á la Santa Madre para guarda-polvo de tantos dones y gracias, fué un conocimiento propio tan profundo, una aniquilacion de sí tan grande, un sentir tan bajamente de sus obras y vida, que con recibir de mano del Señor tan grandes y contínuos favores, como en muchas partes habemos referido; con ver claramente tanto aprovechamiento y mudanza en su alma; con asegurarla sus Confesores, tan graves, tan santos y doctos; estaba por otra parte tan sumida en el abismo del propio conocimiento y de las ofensas que habia hecho á Dios, que no le parecia posible, y por lo menos dudaba mucho que Dios hiciese tantas mercedes á quien habia sido y era (á su parecer) tan mala y pecadora como ella. Y así al exceso de las revelaciones, arrobamientos, visiones y gracias que habemos dicho y diremos, correspondia ella con grande exceso de humildad.

Pues este conocimiento de su bajeza, y el no hallarse jamás digna de que Dios Nuestro Señor se acordase de ella, le hizo no asegurarse con favor ninguno que el Señor le hiciese, y fué causa para que comunicase, y diese á tantos hombres grave cuenta de sí. Y aunque muchas veces y por mucho tiempo la aseguraba Nuestro Señor, y ella lo estaba, de que eran prendas y mercedes suyas las que en su alma sentia cuando volvía los ojos á sí misma, y con particular luz del cielo ponderaba sus culpas (permitiéndolo Dios Nuestro Señor para mayor bien suyo), mudaba opinion, y no hallaba camino para juntar tantos favores con tantos pecados.

Menos le faltaba esta humildad en el tiempo que el Señor la aseguraba, y ella estaba persuadida de que eran bienes suyos

los que en su alma tan vivamente experimentaba, porque la misma virtud de la humildad y luz divina que la acompañaba, discernia y apartaba lo que era de Dios, de lo que era suyo, y de cada una de estas cosas buscaba su origen y principios, y de ambas sacaba profunda humildad; porque de las mercedes de Dios no se apropiaba á sí ni un pelo; todas las atribuia á aquella fuente de bondad de donde nacian, y solo hallaba en sí la de sus miserias, que era ella misma, donde manaba el cieno de sus pecados, que los traia siempre presentes, como si ellos fueran muy grandes, y aquel mismo dia los hubiera cometido todos, y esto la aterraba grandemente, y decia que las misericordias é influencias divinas eran como avenidas que pasaban presto; pero sus pecados era el cieno, cuyo hedor de continuo tenia presente en su alma, y así se aprovechaba tan bien de las mercedes de Dios, que se deshacia y humillaba mas con ellas que con sus pecados. Lo uno, porque las mismas mercedes causaban en su alma un gran peso de humildad y propio conocimiento (que esto tienen los dones de Dios, que luego dan señal, si son suyos, de humildad, de desprecio y de otras virtudes semejantes); lo otro, porque era tan agradecida, que mientras mas experimentaba aquella infinita bondad y liberalidad divina, cuanto mas muestras le daba el Señor de su amor, cuanto mas amigablemente la trataba, tanto mas ponderaba ella sus pecados, su dignidad y bajeza. Y así estaba y trataba muchas veces con Dios con tanta confusion y vergüenza, como lo hiciera una esposa que hubiese hecho traicion á su esposo, y él, despues de haberla perdonado el agravio, la amara y regalara mucho mas que antes; con esto, siendo ella agradecida, no sé qué mayor estímulo pudiera tener para amar á quien así le amaba, y para conocer quién ella habia sido.

De esta manera sacaba la Santa Madre de las mercedes de Dios mas humildad; y del conocimiento altísimo que tenia de Dios y de las cosas celestiales, descendia con mayor profundidad al de su bajeza y miseria; porque como ella muchas veces solia decir que era imposible que un alma conociese de veras á Dios y no fuese muy humilde, porque en ninguna cosa mas se descubre lo que somos que puestos juntos y comparados á Dios; y tenia así la Santa Madre, no solo la humildad de los pecadores, nacida de las caidas y pecados pasados, sino la de

los inocentes, que mana de la luz y bienes divinos que Dios comunica al alma, con los cuales le infunde una divina claridad, para que conozcan que todo lo bueno es de Dios, y que de su parte, ni son, ni pueden, ni valen nada, y esta es humildad mas generosa y perfecta, y de mas altos quilates que la humildad ordinaria, que es virtud moral, porque es una luz grande infundida de Dios en nuestro espíritu, con que se sujeta y humilla con una profunda reverencia en presencia de su Criador, reconociéndole prácticamente y por la esperiencia en todas sus obras, como autor y principio de todo bien; atribuyendo á él todo lo que en sí halla digno de alguna alabanza, sin apropiarse á sí ni un pelo de la gloria que á Dios es debida. A esta luz, que es un dón singular de Dios, acompaña de ordinario una claridad grande, con que sin discurso, ni industria, ni trabajo alguno en mendigar razones para conocerse, con un solo abrir de ojos vé el alma en un momento tanto de su miseria, cuanto no pudiera entender si muchos años anduviera juntando razones con la consideracion. De manera, que en un instante el que vive en esa region de luz, si levanta los ojos arriba, vé y reconoce la fuente eterna donde manan, y corren todos los manantiales de dones y gracias que á su alma descienden; y si los baja, descubre luego el abismo de su miseria y su nada. Esta luz del Cielo, que es principio de tantos bienes y dón tan excelente del Espíritu Santo, tuvo nuestra Santa en grado heróico y muy levantado: porque con una soberana plenitud y eminencia, y con un modo mas alto y divino que el ordinario de la virtud adquirida de la humildad, obraba en esta materia cosas increíbles á los ojos de aquellos que no han merecido ver esta luz por su casa.

Con ninguna cosa me parece que podré mejor mostrar por el camino que llegó la Santa Madre á esta altísima humildad, que aprovechándome de los grados que San Anselmo pone (*Anselmo in lib. de Simili. cap. 10, usque ad 181.*), que fueron para ella y son para todos los justos unas como escaleras para llegar á la cumbre de esta virtud. El primero es conocerse un alma por digna de toda abyeccion y menosprecio, y esto se manifiesta bien en la Santa Madre por las palabras que escribió en sus libros, que en todos ellos resplandece bien como en un retrato, su humildad; porque ver con el encarecimiento que habla de sus pecados, las veces que dice que me-

recia el infierno por ellos, y el estar tan aferrada en este sentimiento de que era digna de todo menosprecio, por haber sido tan ingrata y desconocida para con Dios, que jamás por mucho que la predicaban por santa, y por mucho aplauso y gente que la seguía y trataba como á tal, por muchas cosas maravillosas que obraba el Señor por su mano, nunca pudo creer que era buena, ni dejar de sentir tan bajamente de sí, como si actualmente fuera la mayor pecadora del mundo. Unas veces, cuando la estimaban y trataban como á santa, lo echaba en gracia y se reía; otras le daba mucha pena, pareciéndole que tenía engañada la gente. Tratándole de esta fama que tenía de santa un Religioso Descalzo de su Orden, que la acompañaba en la fundación de Búrgos, respondió la Santa: Tres cosas han dicho de mí en todo el espacio de mi vida: Que era, cuando moza, de buen parecer, que era discreta, y ahora dicen algunos soy santa. Las dos cosas primeras en algún tiempo las creí, y me he confesado de haber dado crédito á esta vanidad; pero en la tercera nunca me he engañado tanto que haya jamás venido á creerla. Todas estas fueron palabras de la Santa Madre, y á mi parecer, ó por decir mejor, al de los Santos, cuales son San Juan Crisóstomo y San Bernardo. Gran milagro y maravilla es ser uno pregonado en la boca y estima de todos por santo, y en la suya no perder el crédito de pecador y siervo inútil y sin provecho.

Esta opinion tan baja que tenía la Santa de sí, la conservó, no solo para que no tuviese vanagloria de las virtudes y obras heroicas que hacia, sino tambien para que no le pasase por pensamiento semejante vicio, como ella refiere en una relacion de su vida, donde dice de esta manera (*Cartas 11, tom. 2.*): «Vanagloria (gloria á Dios) que yo entienda, no hay por qué la tener; porque veo claro en estas cosas que Dios dá no poner nada de mí. Antes me dá Dios á sentir mis miserias, que con cuanto yo pudiere pensar, no pudiera ver tantas verdades como en un rapto conozco. Cuando hablo de estas cosas (de pocos dias acá) paréceme son poco de otra persona; antes me parecia algunas veces era afrenta que la supiesen de mí, mas ahora paréceme que no soy por esto mejor, sino mas ruin, pues tan poco me aprovecho con tantas mercedes. Y cierto por todas me parece no ha habido otra peor en el mundo que yo.» Y mas abajo, en la misma relacion, dice de

esta manera: (Allí *Cartas* 12.): «Páreceme que aunque con estudio quisiese tener vanagloria, que no podría, ni veo cómo pudiese pensar, que alguna de estas virtudes es mía; porque há poco que me ví sin ninguna muchos años, y ahora de mí parte no hago sino recibir mercedes, sin servir, sino como la cosa mas sin provecho del mundo. Y es ansí, que considero muchas veces, como todas aprovechan sino yo, que para mí ninguna cosa valgo. Esto no es cierto humildad, sino verdad; y conocerme tan sin provecho, me trae con temores algunas veces de pensar no sea engañada. Ansí que veo claro que de estas revelaciones y arrobamientos (que yo ninguna parte soy, ni hago para ello mas que una tabla) me vienen estas ganancias.»

Otras veces le parecia que servia á Nuestro Señor con tanta flojedad, y se via tan llena de imperfecciones, que algunos ratos quisiera estar sin sentido, por no entender tanto mal de sí como lo escribe en su vida, diciendo (*Vida cap.* 39.): «¿Qué hace, Señor mio, quien no se deshace todo por vos? ¿Y qué de ello, qué de ello, qué de ello, y otras mil veces lo puedo decir, me falta para esto? Por eso no habia de querer vivir (aunque hay otras causas), porque no vivo conforme á lo que os debo. ¡Con qué de imperfecciones me veo! ¡Con qué flojedad en serviros! Es cierto algunas veces me parece querria estar sin sentido, por no entender tanto mal de mí; el que puede, lo remedie.» Tambien decia que se maravillaba de quien le daba crédito en lo que hacia, y que, á su parecer, era disparate pensar que ella tenia entendimiento para acertar en cosa, y por eso holgaba de pedir su parecer á la mas pequeña Monja que hubiese, y todo lo que hacia era por consejo de sus Confesores. Hallaba en sí tantas faltas, y encarecíaslas de manera (aunque parecían y eran muy pequeñas), que quien lo entendia veia bien que eran miradas aquellas faltas, no solo con grande humildad y amor de Dios, sino tambien con luz del Cielo. Una vez le dijo una persona: Guárdese, Madre, de la vanagloria. Y respondió ella con santa humildad: «¿Vanagloria? No sé de qué; harto haré viendo quien soy en no desesperar.» Este conocerse la Santa Madre por sierva tan sin provecho, sé yo muy cierto, y lo mismo todos los que la trataron, que no solo eran palabras, sino un sentimiento muy nacido del corazon, y ya como connaturalizado en su alma.

Acerca del segundo grado que San Anselmo pone, que es dolerse de sus pecados, y de haber hecho por donde sea digno de menosprecio, no tenemos que cansarnos en mostrar la pena y sentimiento que la bienaventurada Madre tuvo de esto, por todo el espacio de su vida; pues con ser ellos tan pocos y tan leves, el dolor, la contrición y la pena fueron muy grandes, muy largos y continuados por todo el espacio de su vida, que no parece sino que cada pecado le habia hincado un clavo sin cabeza en el corazon, por donde ni jamás pudo perder la memoria ni el dolor de haberlos cometido.

El tercero, que es confesarse por pecadora y por indigna de todo bien, se podrá colegir de las palabras suyas que ahora referiremos, y de las que escribe en el capítulo décimo de su vida; donde hablando de su Confesor, dice de esta manera (*Vida cap. 10.*): «A quien suplico por amor del Señor lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida y pecados, lo publiquen, desde ahora doy licencia, y á todos mis Confesores, que así lo es á quien esto vá, y si quisieren luego en mi vida; porque no engañe mas al mundo, que piensan hay en mí algun bien; y cierto, con verdad digo, á lo que ahora entiendo de mí, que me dará gran consuelo. Para lo que de aquí adelante dijere (que son las misericordias y mercedes que el Señor le hizo) no se la doy; ni quiero, si álguien lo mostrare, digan quién es, por quien pasó, ni quién lo escribió, que por esto no me nombro, ni á nadie, sino escribirlo he todo lo mejor que pueda, por no ser conocida, y así lo pido por amor de Dios.»

En decir sus faltas y pecados tuvo siempre gran gusto y deleite, y lo hiciera muchas veces, sino que sus Confesores no le dimos licencia para ello. Y por el contrario, le daba gran pena cuando alguna persona sentia bien de su vida y de sus cosas, ó la juzgaba y reputaba por santa; porque le parecia que aquella persona estaba engañada con ella; y así no descansaba, ni se quietaba, hasta que, ó en confesion, ó fuera de ella, le venia á decir sus faltas, como abajo diremos. Y si acaso aquellas personas no perdian la buena reputacion que de la Santa Madre tenian, ó por no creer todo el mal que ella confesaba de sí, ó por saber las muchas virtudes que el Señor le habia dado, quedaba desconsolada, y algunas veces, viendo que no podia persuadir lo que ella tanto deseaba, se volvía á

Nuestro Señor, y le decía: «Señor, ¿que no me tiene de creer á mí esta gente? Allá os lo habed con ellos, que yo no sé qué me hacer mas.» En fin, andaba con el mismo cuidado y solitud, procurando persuadir sus faltas y pecados, con que otro muy ambicioso y soberbio anduviera acreditándose por virtuoso, y este es otro grado mas alto que encierra el cuarto que San Anselmo pone de humildad.

Y porque hay muchos que fácilmente dicen y creen mucho mal de sí, y con verdad lo confiesan, y desean que otros lo crean y se persuadan á esto; pero raros son los que sufren que los traten de palabra, conforme á lo que ellos han dicho y juzgado que merecen; porque es muy fácil el sufrirse á sí, y muy dificultoso el recibir golpes de mano ajena, y mas cuando dan en lo vivo de la honra y reputacion. Por tanto la humildad cuando es verdadera y perfecta, sube otra grada y escalon mas alto, que es ya el quinto escalon, que consiste en sufrir con paciencia el ser menospreciado y abatido de otros. En esto fué escelente su humildad, porque tuvo gran paciencia en todas las ocasiones de menosprecios y afrentas que se le ofrecieron, como se echará de ver mas claramente cuando lleguemos á tratar de su admirable paciencia; porque como estaba tan sumida en el abismo de humildad, y tan enterada de las muchas ofensas que habia hecho á Dios, y del gran castigo que merecia por ellas, ninguna cosa se le ofrecia de trabajo ni de menosprecio, por grande que fuese, que llegase á lo que ella sentia de sí. Y así estaba tan baja y tan honda, que por mucho que hiciesen y por mucho que cabasen en ella con las injurias, oprobios y menosprecios, no podian llegar al profundo donde ella estaba sumida; porque si le decian que era engañadora ó mala mujer, ú otros testimonios semejantes (que de estos no le faltaron muchos), aunque ella por la bondad de Dios echaba de ver que no tenia estas faltas; pero mirando sus pecados, le parecia que virtualmente en haber ofendido á Dios habia cometido toda maldad y pecado, y así hallaba (á su parecer) en sí mucho mas mal que el que le atribuian. Y por esta razon) que era la que hacia á la Santa tan humilde) le parecia que todos la tenian en cuanto mal podian imaginar y decir de ella. Y buscaba otras mil razones para disculparlos y para entender que era verdad todo cuanto de ella decian, y que tenian razon en cualquier mal tratamiento que le hacian; y este

es (como vamos diciendo) otro escalon mas alto y perfecto de la humildad, que es en el órden de San Anselmo el quinto y sexto grado, y el que llega aquí sufre con paciencia que corresponda el mal tratamiento no solo en palabras, sino tambien en obras, al conocimiento propio y bajo sentimiento que de sí tiene.

Pero sobre todos estos grados de humildad, el principal y altísimo es no ya llevar en paciencia los baldones é injurias que se ofrecen, cuanto tenerlas siempre en deseo, que es el sétimo y último escalon de esta virtud. Estado es este donde llegan pocos, y gracias y favor singular concedido á los muy amigos, y efecto particularísimo de la abundancia y riqueza de gracias y de otros tesoros divinos que el alma tiene en sí encerrados; porque á sola esta poderosa gracia es dado ser principio de tan gran mudanza de nuestra naturaleza, que no solo hace exenta del yugo pesado de sus leyes (cual es la inclinacion con que todos nacemos de honra y gloria humana), sino que tambien la mueve á buscar con tanta hambre y ardor los oprobios, afrentas y menosprecios (cosa terrible y espantosa á nuestra natural condicion), cuanto es el fuego y ardor de nuestro natural apetito, con que busca la honra, vanidad y estima. A este grado tan heróico de humildad llegó la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, á la cual las honras le eran un dolor y carga intolerable; y por esta causa sentia en el alma escribir las mercedes y favores que el Señor le hacia, y mucho mas cuando sospechaba se habian de saber, y así dice en el fin del libro de su vida, que sintió mucho mas escribir las mercedes que el Señor le hacia, que sus pecados. Y por no ser conocida, ni tenida por buena, pidió á Nuestro Señor le quitase los arrobamientos públicos, y costóle hartas lágrimas y oraciones el alcanzarlo. Y cuando se comenzó á tener alguna noticia y estima de su virtud, trató con grandes veras de irse del Monasterio de la Encarnacion á otra casa de su Orden, la mas remota y apartada que hubiese, donde no fuese conocida, ni nadie se acordase de ella; pero sus Confesores no se lo consintieron, porque Dios la tenia guardada para grandes cosas.

Llegó á tanto la pena que le daba sospechar que se podian venir á entender las mercedes que el Señor le hacia, que escogiera antes que la enterraran viva, como escribe en su vida por estas palabras: (*Vida cap. 31.*) «Cuando pensaba que estas

mercedes que el Señor me hace se habian de venir á saber en público, era tan excesivo el tormento, que me inquietaba mucho el alma. Vino á términos, que considerándolo, de mejor gana me parece me determinaba á que me enterraran viva, que por esto, y ansí, cuando me comenzaron estos grandes recogimientos á no poder resistirlos aun en público, quedaba yo despues tan corrida, que no quisiera parecer á donde nadie me viera. Estando una vez muy fatigada de esto, me dijo el Señor que qué temia. Que en esto no podia haber sino dos cosas, ó que murmurasen de mí, ó que alabasen á él. Dando á entender, que los que lo creian le alabarian, y los que no, era condenarme sin culpa, y que ambas cosas era ganancia para mí que no me fatigase. Mucho me sosegó esto, y me consuela cuando se me acuerda. Vino á términos la tentacion, que me queria ir de este lugar y morar en otro Monasterio muy mas encerrado que en el que yo al presente estaba, que habia oido decir muchos extremos de él. (Era tambien de mi Orden, y muy lejos, que esto es lo que á mí me consolara estar á donde no me conocieran) y nunca mi Confesor me dejó.»

Cuando andaba fundando en una fundacion donde padeció muchos trabajos, y donde la comenzaron á desestimar, como ella deseaba (no conociendo quién ella era), escribió á un Confesor suyo una carta, en que le decia estas palabras: «Yo digo á v. m. que aquí hay una gran comodidad para mí, que yo he deseado hartos años, y es que no hay memoria de Teresa de Jesus, mas que sino fuese en el mundo; y esto me ha de hacer procurar no irme de aquí si no me lo mandan, porque me veia desconsolada algunas veces de oir tantos desatinos, que allá, en diciendo que es una santa, lo ha de ser sin piés ni cabeza. Ríense, porque yo digo que hagan allá otras, pues no les cuesta mas de decirlo.» Todas son palabras de la Santa, y casi lo mismo pasó en la Fundacion de Sevilla, donde levantándole muchos falsos testimonios, solia decir: «Bendito sea Dios, que en esta tierra conocen quien soy.»

Y no solo aborrecia todo lo que era honra y estima, sino que tambien apeteció y buscó con grande deseo el ser conocida y estimada por lo que ella pensaba que merecia, que, como habemos dicho, en sabiendo que alguna persona tenia buena reputacion y estima de su santidad, buscaba mil rodeos y

ocasiones para decirle sus faltas y pecados. Y poniéndole los Confesores escrupulo en esto, viendo que trazas humanas no le aprovechaban, dió en un tiempo (como yo lo supe de ella) en suplicar á Nuestro Señor con grande instancia, haciendo particular oracion para esto, que cuando alguno sintiese bien de ella, le descubriese Su Magestad los pecados que ella habia cometido para que viese cuán sin merecimiento suyo le habia hecho Dios aquellas mercedes.

Llegó á tener tanto gusto en el propio desprecio; que decia no habia para ella música tan agradable y concertada como cuando le decian sus faltas; porque como ya vimos en la Fundacion de Sevilla, y diremos adelante, fué tan grande el gusto que tuvo cuando su General le mandó encerrarse en un Monasterio, y le levantaron otros graves testimonios, que con ser entonces el daño que amenazaba á la nueva Reformation gravísimo, le escedia el contento que ella tenia de verse así tratada y menospreciada, que (como ella escribe) estaba con un gozo y júbilos, semejantes á los que David sentia cuando bailaba delante del Arca.

Este sabor y gusto en el desprecio, es la nata y médula de esta virtud, y en todas las demás es lo mas perfecto, cuando la accion de la virtud, que de suyo es dificultosa, se obra con deleite y gusto, y lo amargo y trabajoso de ella se convierte como en naturaleza, segun es grande el deleite y amor con que se obra. Tal era la humildad profundísima de esta Santa, como lo mostró en estas y otras muchas ocasiones, que por no descender á mas particularidades, no las refiero. Solo quiero añadir que llegó esta bienaventurada Santa á tan alta perfeccion y escelencia de esta soberana virtud, que no solo conocia la dependencia que su alma tenia de Dios y entendia que todos los bienes, así naturales como sobrenaturales, eran dádivas de su mano, y los miraba como si no fueran suyos, pesándole que á sí le atribuyesen nada de las gracias y virtudes que en ella resplandecian, sino que vino á estar tan libre de que se le pegase alabanza humana (porque era tan grande la luz que de Dios tenia, así de lo que nacia de esta fuente eterna, como de lo que era propio de su miseria), que ya en los postreros años miraba sus cosas y se le pegaba tan poco de ellas, como si Dios las obrara por otro, y se holgaba de que alabasen sus Monasterios y sus libros, no por lo que á ella

tocaba (que en esta parte estaba como si fuera un Angel del Cielo), sino por ver que era ocasion de que Dios fuese glorificado; porque quanto mayor era el celo y deseo de la gloria divina, tanto era mayor el olvido que tenia de sí. Y con esto no habia cosa que en su pensamiento llegase á la estima que tenia de la gloria de Dios, ni á la desestima que de sí misma habia concebido.

CAPITULO VIII.

Donde se prosigue esta misma materia de humildad de la Santa Madre Teresa de Jesus.

A la humildad interior (que principalmente mora en lo secreto de nuestro corazon, y es de la que habemos tratado en el capítulo pasado) acompaña y sigue la exterior, como la sombra al cuerpo; la cual consiste en las demostraciones exteriores de lo que interiormente reside y mora en el alma; porque así como las muestras exteriores de su humildad y de cualquiera otra gracia y santidad, no habiendo en el ánimo interiormente la virtud que aquellas señales representan, son fingimiento, hipocresía, y no mas que una apariencia y sombra de santidad, así cuando estas muestras salen de lo interior y están animadas con la verdad y espíritu de Dios, que vive en el alma, son muy agradables á Dios y merecedoras de vida eterna. Por tanto, como el espíritu de la soberbia brota y sale por los ojos, por la boca, por las manos y por todos los meneos y miembros del cuerpo, así el de la humildad, no sufriendo estar escondido ni encerrado dentro de los límites estrechos del corazon, rebosa por la boca, por los ojos y por todas las demás acciones y ejercicios del humilde, como se puede ver en lo que ahora contaremos de nuestra Santa. Iré abreviando lo mas que pudiere, por dar lugar á otras virtudes.

Desde el principio que el Señor le abrió los ojos, como iba creciendo en la humildad interior, iba juntamente dando ejemplos exteriores de esta virtud. Cuando estaba en el coro, si se le ofrecia alguna duda en el rezo, por muy pequeña que fuese (y á veces aunque pareciese que la sabia) allí la preguntaba á las novicias y á las niñas del Monasterio para humillarse. Y porque le parecia que todas las demás aprovechaban en el servicio de Dios y quedaba muy atrás, y no merecia servir á

aquellas Religiosas, en saliendo del coro iba secretamente á cogerles los mantos que allí dejaban. Fué siempre con esta determinacion de no escusarse por culpada que fuese, y así lo hacia en muchas ocasiones, y en algunas en que corria riesgo su honor y reputacion, y amenazaban algunos peligros de cárcel, y de otras incomodidades y penitencias á su persona; como se esperimentó, cuando habiendo salido á fundar el Monasterio de San José de Avila, siendo acusada ante el Provincial, y culpada gravemente casi de todas las Monjas del Monasterio; puesta de rodillas ante él (como arriba mas largamente habemos referido), jamás se determinó á dar satisfaccion ni disculpa de lo que habia hecho, ni respondió á injuria ni acusacion alguna, con ser el negocio gravísimo, hasta que por obediencia fué compelifa por el Provincial á dar razon y cuenta de sí.

Al principio de la fundacion de su Orden, le pareció á la Santa Madre que no hubiese entre las Monjas freilas, sino que todas sirviesen á semanas, aunque despues, viendo que el demasiado trabajo de los oficios ahogaba el espíritu, y que siendo tan pocas, no habia Monjas para que se repartiessen entre los oficios de la casa y del Coro, mudó prudentemente de parecer; pero el tiempo que duró, servia su semana como las demás, con mucha alegría y contento, y de noche estaba pensando cómo guisaria mejor la comida, para regalar mas (segun su estado de pobreza y penitencia) á aquellas siervas de Dios, en quien ella miraba como en espejo á Cristo. Pero con los oficios, entre la cocina, entre las ollas y sartenes, no se descuidaba de andar siempre con Dios, ni perdía un punto de vista aquella santa compañía y presencia de Su Magestad, porque era la que le alentaba y daba espíritu para estas cosas y otras mayores. De la cocina hacia Oratorio, y allí era para ella el *Sancta Sanctorum*, donde ofrecia sacrificios de alabanzas á su Esposo; donde ella trataba y conversaba con él, y él la visitaba y regalaba dulcemente, no estrañándose del lugar ni del oficio; y así entrando las Religiosas á deshora en la cocina, hallaban á la Santa con la sarten en la mano, puesta sobre el fuego, y el corazon abrasado en el de Dios, toda elevada y fuera de sí, con un rostro muy hermoso y resplandeciente, y la sarten tan fuertemente apretada, que no se la podian sacar de la mano.

En estos y en otros oficios bajos y humildes, como era barrer y fregar, se ocupaba muchas veces, y siempre se inclinaba á lo que mas decia con su condicion y virtud de humildad, que era á lo mas vil y bajo. Y si otras barrian la casa, el cláustro, las oficinas y celdas, ella escogia barrer y limpiar las inmundicias del corral y otros lugares semejantes, y allí sentia grandísima fragancia de suavísimos olores. Acaeciale muchas veces levantarse antes que las demás á coger la basura del Convento, y cuando se ofrecia hacer alguna obra, la primera que tomaba la espuerta y la escoba era la Santa, y sacando esfuerzo de su espíritu, vencía la flaqueza del cuerpo y de sus enfermedades (lo que era mas), de su condicion natural. Y cuando por las ocasiones graves de los negocios, ó la demasiada flaqueza del cuerpo, no le permitian hacer lo que las otras, porque no se le pasase dia sin dar algun ejemplo de humildad, cuando para otra cosa no estaba, tomaba el candil para alumbrar á las Religiosas cuando salian del Coro ó entraban en otros lugares comunes, que suele ser oficio de las mas nuevas en años y Religion. Si veia alguna Religiosa que padeciese alguna enfermedad asquerosa, ejercitando juntamente la mortificacion y humildad, se llegaba á ella, y la regalaba y besaba las manos, y comia de lo que ella estaba comiendo, y hacia otras demostraciones de amor, siendo naturalmente muy limpia, y teniendo estómago y condicion natural muy contraria á estas enfermedades.

Fué entre todos singularísimo el ejemplo que dió esta bienaventurada Santa de su humildad, saliendo una vez al refectorio delante de la Comunidad, arrastrando por el suelo con piés y manos, como suele andar una bestia; con un seron de piedras encima de sus espaldas, con una soga á la garganta y una hermana que la llevaba del diestro; diciendo públicamente sus faltas, y significando con esta figura y espectáculo de humildad, su deseo de ser tenida por bestia, y la estima y reputacion que de sí tenia. Otra vez salió cargada con unas aguaderas llenas de paja, diciendo tambien sus culpas con grande humildad y con gran sentimiento y lágrimas de las que la oian. Solia tambien salir en medio del refectorio á decir sus culpas; y pedia perdon á la Priora y á las Monjas de las faltas que en aquel dia habia hecho, como si fuera la menor de todas ellas,

y algunos dias comia en el suelo, estando las demás sentadas en la mesa, dando con esto ejemplo á sus Monjas y muestras claras de su grande humildad.

A estos actos heróicos de virtud, añadiré otro no menos levantado, y fué, que como la Santa era tan humilde, le parecia no habia comenzado á ser Religiosa, y queriendo que las demás compañeras suyas entendiesen esto, estando en Toledo pidió á su Prelado (que era entonces el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios) que le quitase el hábito y la dejase andar sin él algunos dias, como si fuera seglar, y pretendiese el hábito, y que se lo diese despues cuando á él le pareciese. El Prelado, viendo la devocion y humildad con que lo pedia, condescendió con su petition, haciéndole quitar el hábito que ella traia, la dejó por dos ó tres dias de esta manera, y entonces andaba la Santa tan humilde como contenta. Despues, á cabo de tres dias, vino el Prelado á darle el hábito; ella le recibió con las mismas bendiciones y ceremonias, como si aquel mismo dia tomara el hábito para novicia. Estaba con tanto espíritu mientras se decian las oraciones, que se quedó arrobada en presencia de tsdas; y otro dia recibió el velo con otro grande arrobamiento, quedando con una estraña hermosura en el rostro, con que mostraba claramente la que tenia en el alma, y cuán de veras sentia lo que en lo exterior mostraba.

Cuando la Santa Madre hacia las fundaciones de sus Monasterios de Monjas, luego que elegia Priora, se sujetaba á ella. Sentábase en el Coro entre las menores, y cuando habia de decir alguna leccion, dejaba las postreras (que de ordinario las dicen las mas ancianas) para la Priora y Subpriora, y decia ella de las primeras; y si diciendo la leccion erraba en algo, luego se postraba en medio del Coro, pagando de contado su yerro y confesando su ignorancia. Cuando habia de salir del Coro, pedia licencia á la Priora con mucha reverencia, como si fuera una de las mas modernas, y con ser Fundadora de la Orden, y Madre universal de todas, y tener por sí autoridad para crear y elegir Prioras, sin dependencia de otros votos ni de Prelado alguno, era tanta su humildad, que las obedecia y respetaba como si fuera súbdita suya; y así estando en una casa, como una Priora en cierta ocasion, sin razon ni fundamento alguno, mostrase disgusto con la Santa

Madre, ella se le hincó de rodillas y le pidió perdon. Y no era mucho esto, pues con las Monjas ordinarias y que no tenían oficio, hacia lo mismo; y como esto fué estilo y lenguaje mientras vivió, no lo perdió en el tiempo y hora de la muerte; porque entonces con grande humildad y lágrimas (como arriba habernos contado), pidió perdon á todas las Religiosas que presentes estaban, de sus faltas y mal ejemplo que les habia dado, y juntamente les pidió rogasen á Dios por ella.

Era notablemente enemiga de honras, y así, la mayor cruz que sentia, era cuando los Perlados y nuestro Señor por otra parte la mandaban que gobernase. Siendo Priora, era la menor de todas, y en el gobierno tomaba parecer muchas veces, aun de las menos antiguas. Dábale mucha pena que la alabasen y honrasen; y lo mismo sentia cuando á sus Monjas, en presencia de ellas algunos las alababan, pareciéndole no las podia hacer ningun provecho. Tenia gran cuidado en encubrir las mercedes que Nuestro Señor le hacia, y todas aquellas gracias, dones y tesoros del Cielo que el Señor le comunicaba, las guardaba debajo de mil llaves; no tanto por huir la vanagloria (porque de esta estaba tan libre, que nada se le pegaba), cuanto porque nadie la estimase, ni honrase mas de lo que á su parecer ella merecia; y así, en sus confesiones ordinarias se confesaba con tan gran llaneza, y con tal término, que con tener un ingenio y discrecion del Cielo, no descubria mas que si fuera una buena labradora, si no era en caso que ella hubiese de dar cuenta de sí y de su alma á sus Confesores.

Pero quien quisiere ver, como en un espejo, la humildad altísima de que su alma estaba adornada, lea sus libros, y particularmente el que la Santa escribió de su vida, donde las palabras, las sentencias, las cosas que de sí cuenta, el modo y estilo con que las dice, todo es una leccion de humildad; porque fuera de lo que es contar las misericordias que Dios le hacia, no parece pretende otra cosa, sino deshacerse y aniquilarse, y publicar sus faltas. Era muy grande su deseo de publicar sus defectos, y el recato y solicitud en encubrir los dones y favores que el Señor le hacia, porque estimaba mas ser tenuta por pecadora, que por persona regalada y favorecida de Dios; por esta causa pidió mucho tiempo á Nuestro Señor

no le diese arrobamientos en público. Y si alguna vez le sucedía alguno, procuraba á costa de sus fuerzas y de su salud resistir al ímpetu del espíritu; y así le sucedió una vez lo que ahora contaré (como lo sabe tambien el P. M. Bañes, Cateadrático de Prima de la Universidad de Salamanca y Confesor suyo, y lo refirió públicamente en un sermon de sus honras en la misma ciudad), y fué, que estando la Santa Madre en una Iglesia acabando de comulgar, sintió que con la fuerza del espíritu se le iba á levantar el cuerpo del suelo (como otras veces tambien le acaecia), y ella se asió entonces fuertemente á la reja de una capilla, diciéndole á Dios: «Señor, por cosa que tan poco importa, como es recibir yo esta merced, no permitais que una mujer tan pecadora y ruin sea tenida por buena.»

Otras veces, cuando no era en su mano el resistir estas mercedes del Señor, despues que volvía del arrobamiento, aunque fuese entre sus mismas Monjas, daba muestras, significando con algunas palabras, que nacia aquella enagenacion y desmayo de otros principios, diciendo: «A semejantes cosas estamos sujetas las que tenemos mal de corazon.» Y para deslumbrarlos del todo, pedía luego le diesen alguna cosa de comer, y se hacia fuerza para tomar entonces algun bocado, que en aquella ocasion era para ella poco menos pesado que la muerte. De cualquiera persona se recelaba, y de todas escondia sus secretos, y á nadie queria compañera ni sabidora de las mercedes y favores que el Señor le hacia; y así, con ser la Madre Tomasiana Bautista, Priora de Búrgos, de las primeras Monjas, y de mas talento y partes de esta Orden, y á quien la Santa Madre amaba como ella merecia, estando en la fundacion de Búrgos, como la casa era apretada y estrecha, dormía esta Madre en su celda, levantóse la Santa Madre á media noche, como tenia de costumbre, y púsose en oracion, y como advirtió que la compañera lo habia sentido, le mandó que se fuese á dormir á otra celda, porque decia que no gustaba de compañeras de sueño tan liviano.

Era en el trato tan humilde como en los deseos, y traía siempre gran cuenta, en que ni por las palabras, ni por el esterior de su rostro, pudiesen colegir algo de su interior. Era en el semblante grave, y alegre en el trato, sin melindres ni ceremonia, ni cosa que oliese á hipocresía; en las palabras (si no

era con sus Confesores, ó donde habia necesidad), aunque siempre trataba de Dios, guardaba estilo ordinario y llano, por el cual, quien no hubiera llegado con la piedra del toque á lo interior de su alma (como lo hacian solamente sus Confesores) no pudiera conocer los quilates del oro tan acendrado de caridad y de otras virtudes que en aquel tesoro escondido tenia Dios encerrado. Acaeció una vez, que como la fama de la Santa Madre se estendiese por todas partes, y por esta causa viniese á visitarla cierto Religioso grave, pensando que la habia de hallar con algun arrobamiento, ó con una cara melancólica y triste, y que le habia de enseñar luego grandes puntos de perfeccion, y darle muchas reglas y avisos de espíritu, y decirle todo lo que á él le pasaba en lo interior, como no halló mas que un trato ordinario de ejercicios de virtudes, y de otras cosas que á su parecer él sabia, dijo á las personas que á la Santa Madre conocian, que él la habia visto y hablado, y que podria ser que ella fuese Santa, mas que no se le echaba de ver.

Tenia esto la Santa Madre, que con aquellos era mas recatada, que entendia que la trataban ó visitaban con opinion y estima de Santa, y así lo hizo con este Padre, y con otras Señoras principales y de título, estando la Corte en Madrid: las cuales, deseando ver á la Santa Madre, alcanzó una de ellas, que pasando por allí se fuese á posar á su casa. Juntáronse cuatro ó cinco de ellas para verla, esperando cada cual le habia de decir alguna revelacion acerca de sus pretensiones y negocios. La Santa Madre, luego que fué recibida de ellas, olió el espíritu de curiosidad, y huyendo lo que siempre, que era ser conocida, dijo en entrando: «¡Oh qué buenas calles tiene Madrid!» Y comenzó á tratar con ellas cosas ordinarias, sin darles lugar á que de ella entendiesen mas de lo que sus palabras prometian.

Con este mismo recato y cuidado entró en el Monasterio de las Descalzas de Madrid, á peticion de la Princesa Doña Juana, hermana del Rey D. Felipe II, donde habia el mismo deseo de ver algunas muestras milagrosas de su santidad: y por ventura ese era el fin con que la Princesa la convidaba á que se fuese á posar á su Monasterio, deseando ver algunas señales de arrobamientos ó milagros en la Santa. Estuvo en el Monasterio por espacio de quince dias, procurando encubrir

aquellas influencias divinas, que el Señor tan á menudo enviaba á su alma; acomodándose en el comer, en el hablar y en todo lo exterior, al estilo de una Monja ordinaria. Pero así como el fuego no se encubre, y el Sol donde quiera que está dá algunas muestras de su luz y resplandor, así cuando Dios mora de veras en un alma, por mas que haga quien tales prendas tiene, no las puede encubrir. Conocieron la Princesa y todas aquellas Señoras Religiosas muy bien la gran santidad de la Madre, y quedó diciendo la Señora Abadesa (que entonces era la hermana del Duque de Gandía) y á una voz todas sus Monjas: bendito sea Dios, que nos ha dejado ver una Santa, á quien todas podemos imitar, que come, y duerme, y habla como nosotras, y vive, y anda sin ceremonias; porque de estas y de hipocresía estuvo siempre muy lejos, y fué siempre muy enemiga.

CAPITULO IX.

De la doctrina que la Santa Madre enseñaba acerca de la virtud de la humildad.

Conforme á la virtud y alteza de humildad que la Santa tenia, era tambien la doctrina que acerca de esta virtud enseñaba. Solia decir, que era imposible que un alma conociese de veras á Dios y no fuese muy humilde; y que no habia cosa que así hiciese rendir á Dios, como la humildad, que esta le trajo del Cielo á las entrañas de su Madre, y con ella le traeríamos nosotros á nuestras almas, y que quien mas de ella tuviese, mas tendria de Dios, y que quien menos, menos. Porque no podia entender cómo pudiese haber humildad sin amor, y amor sin humildad; y que estas dos virtudes no podian estar en gran perfeccion, sin gran desasimiento de todo lo criado.

Tambien decia que la causa por que Dios estaba tan enamorado de la humildad, era porque amaba mucho la verdad, que es conocer lo poco que somos, y que no tenemos cosa buena de nosotros; y así que trato de humildad no era otra cosa sino trato de verdad. Decia asimismo, que la persona que recibia mercedes de Dios Nuestro Señor, no las habia de comunicar sin gran necesidad, aunque no tuviese ocasion de vanagloria,

para evitar que no la estimasen en mas de lo que por de fuera parecia. Y por esta razon las encubria ella tanto como habemos dicho. No aprobaba la humildad que no reconocia los dones que recibimos de Dios, porque decia que era bien conocerlos, conociendo juntamente que no los merecemos; porque si estos dones no se conocen, estará siempre el alma cobarde para emprender cosas grandes. Solia dar por regla para medir el aprovechamiento de cada uno, la humildad, diciendo que entonces conoceremos que estamos aprovechados, cuando entendiéremos que somos los mas ruines de todo, y que esto se entienda, lo conocemos así por nuestras obras, y estos tales (decia) estarán mas aprovechados, que no tienen mas gustos en la oracion, arrobamientos, visiones y otras mercedes que hace el Señor, en las cuales habemos de aguardar al otro mundo para ver su valor.

«La verdadera humildad (decia) (*Camino de perfec. capítulo 15.*) está en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer de nosotros. Persuadia á las Monjas no se disculpasen, porque verdaderamente (dice) es grande humildad verse condenar sin culpa y callar, y es grande imitacion del Señor, y ansí os ruego mucho traigais en esto cuidado; porque trae consigo grandes ganancias, y en procurar nosotras mismas librarnos de culpa, ninguna veo, si no es como digo en algunos casos en que pueda causar enojo no decir la verdad. Y va mucho en acostumbrarse á esta virtud, la cual nace de la verdadera humildad; porque el verdadero humilde ha de desear con verdad ser tenido en poco, y perseguido y condenado, aunque no haya hecho por qué; si quiere imitar al Señor, ¿en qué mejor puede que en esto? Aquí no son menester fuerzas corporales ni ayuda de nadie, sino de Dios. Estas virtudes grandes, hermanas mias, querria yo faesen nuestro estudio y nuestra penitencia, que no pueden hacer daño á la salud, y comenzando en cosas pequeñas se pueden (como otras veces he dicho) acostumbrar para salir con victoria en las grandes. Mas qué bien se escribe esto, y qué mal lo hago yo; á la verdad, en cosas grandes nunca he podido yo hacer esta prueba, porque nunca he oido decir nada de mí que fuese malo, que no viese que quedaban cortos; porque aunque no eran las mismas cosas, tenia ofendido á Dios Nuestro Señor en otras muchas, y parecíame que habian hecho harto en dejar aquellas, que siempre

me huelgo yo mas que digan de mí lo que no es, que no las verdades.»

Estas son palabras de la Santa Madre Teresa de Jesus, que yo no sé qué mas se puede decir, ni aun hacer, que lo que la Santa escribe de sí; que nunca en cosa grave, aunque fuese falsedad y testimonio, se disculpó, pareciéndole que siempre quedaban cortos; y lo que mas admira, es la humildad con que dice y escribe esto, que no parece sino que le hacian gran merced los que la perseguian y levantaban testimonios, en callar las faltas que ella con ojos mas que de lince miraba en sí.

Y para confirmacion de esta saludable doctrina, añadiré lo que la Santa Madre Teresa de Jesus, tratando de esta misma materia, y hablando de sí, escribe de esta manera: (*Camino de perfeccion cap. 15.*) «¡Oh Señor mio! Cuando pienso por qué de maneras padecisteis, y cómo por ninguna lo merecía- des, no sé qué me diga de mí, ni dónde tuve el seso cuando no deseaba padecer, ni á dónde estoy cuando me disculpo. Ya sabeis vos, bien mio, que si tengo algun bien, que no es dado por otras manos, sino por las vuestras. Pues ¿qué mas os va, Señor, en dar mucho que poco? Si es por no lo merecer yo, tampoco merecia las mercedes que me habeis hecho. ¿Es posible que yo he de querer que nadie sienta bien de cosa tan mala como yo, habiendo dicho tantos males de vos, que sois bien sobre todos los bienes? No se sufre, no se sufre, Dios mio, ni querria yo que sufriédeses vos, que haya en vuestra sierva cosa que no contente á vuestros ojos; pues mira, Señor, que los míos están ciegos y se contentan de muy poco; dadme vos luz, y haced que con verdad yo desee que todos me aborrezcan, pues tantas veces os he dejado á vos, amándome con tanta fidelidad. ¿Qué es esto, Dios mio? ¿Qué pensamos sacar de contentar á las criaturas? ¿Qué nos vá en ser muy culpadas de todas?» Hasta aquí son palabras de esta Santa.

De la humildad le nacia á esta Santa un gran desprecio de las honras vanas del mundo, y muchas veces se reia considerando en lo que los hombres ponen la honra; otras trataba de esto con gran sentimiento; y cual era el sentimiento que tenia de la bajeza de este ídolo que el mundo adora, tales eran las palabras que de él decia, como se puede ver en muchos lugares de sus libros. Pondré aquí dos ó tres solamente, que todos

seria muy largo. En el libro del Camino de perfeccion, dice así: (*Camino de perfeccion cap. 36.*) «Mirad, hermanas, que no nos tiene olvidadas el demonio; tambien inventa las honras en los Monasterios, y pone sus leyes que suben y bajan en dignidades como los del mundo, y ponen su honra en unas cositas que yo me espanto. Los letrados deben de ir por sus letras, que esto no lo sé, el que ha llegado á leer Teología no ha de bajar á leer Filosofia, que es un punto de honra, que está en que ha de subir y no bajar; y aun en su seso, si se lo mandase la obediencia, lo ternia por agravio, y habria quien tornase por él, y diria que es afrenta, y luego el demonio descubre razones, que aun en la Ley de Dios parece lleva razon. Pues entre Monjas, la que ha sido Priora, ha de quedar inhabilitada para otro oficio mas bajo, un mirar en la que es mas antigua; que esto no se nos olvida, y aun á las veces parece que merecemos en ello, porque lo manda la Orden. Cosa es para reir ó para llorar, que lleva mas razon; sé que no manda la Orden que no tengamos humildad. Mándalo porque haya concierto; mas yo no he de estar tan concertada en cosas de mi estima, que tenga tanto cuidado en este punto de Orden, como de otras cosas de ella, que por ventura guardaré imperfectamente; no esté toda nuestra perfeccion de guardarla en esto, otras lo mirarán por mí si yo me descuido. Es el caso, que como somos inclinados á subir (aunque no subiremos por aquí al Cielo), no ha de haber bajar. ¡Oh Señor! ¡Sois vos nuestro dechado y Maestro! Sí por cierto; pues, ¿en qué estuvo vuestra honra, honrado Maestro? No la perdistes, por cierto, en ser humillado hasta la muerte; no, Señor, sino que la ganastes para todos. ¡Oh! por amor de Dios, hermanas, que llevaremos perdido el camino si fuésemos por aquí, porque va errado desde el principio; y plegue á Dios que no se pierda alguna alma por guardar estos negros puntos de honra, sin entender en qué está la honra.»

En el capítulo veinte y siete del Camino de perfeccion, tratando de la misma materia, dice estas palabras: «Anda el mundo tal, que si el padre es mas bajo del estado en que está su hijo, no se tiene por honrado en conocerle por padre. Esto no viene aquí, porque en esta casa nunca, plegue á Dios, haya acuerdo de cosa de estas, seria infierno, sino la que fuere mas, tome menos á su padre en la boca, todas han de ser iguales.

¡Oh Colegio de Cristo, que tenia mas mando San Pedro, con ser un pescador, y lo quiso así el Señor, que San Bartolomé, que era hijo de Rey! Sabia Su Magestad lo que habia de pasar en el mundo, sobre cuál era de mejor tierra, que no es otra cosa, sino debatir si será buena para adobes ó para tapias. Várame Dios, ¡qué gran trabajo! Dios os libre, hermanas, de semejantes contiendas, aunque sea en burlas. Yo espero en Su Magestad que sí hará. Cuando algo de esto en alguna hubiere, póngase luego remedio, y ella tema no sea estar Judas entre los Apóstoles; denla penitencias hasta que entienda, que aun tierra muy ruin no merecia ser. Buen Padre os teneis que os dá el buen Jesus; no se conozca aquí otro Padre para tratar de él.» Y temiendo no se entrase este lenguaje infernal de honras y mayorías en sus Monasterios, porque con él no se entrase la pestilencia y muerte de las virtudes, repite hartas veces estos avisos, como se puede ver en el mismo libro (*Caminó en el cap. 12.*), donde dice de esta manera: «Créanme una cosa, que si hay punto de honra ó de hacienda (y esto tambien puede haberlo en los Monasterios como fuera, aunque mas quitadas están las ocasiones y mayor seria la culpa), aunque tengan muchos años de oracion, ó por mejor decir, consideracion (porque oracion perfecta, en fin, quita estos resabios), nunca medrarán mucho ni llegarán á gozar el verdadero fruto de la oracion. Mirad si os va algo, hermanas, en estas que parecen naderías, pues no estais aquí á otra cosa. Vosotras no quedais mas honradas y el provecho perdido, para lo que podríades mas ganar; así que deshonra y pérdida cabe aquí junto; cada una mire en lo que tiene de humildad, y verá lo que está aprovechada. Paréceme que al verdadero humilde aun de primer movimiento, no osará el demonio tentarle en cosa de mayoría; porque como es tan sagaz, teme el golpe. Es imposible, si una es humilde, que no gane mas fortaleza en esta virtud y aprovechamiento, si el demonio la tienta por ahí; porque está claro, que ha de dar vuelta sobre su vida y mirar lo poco que ha servido, con lo mucho que debe al Señor y la grandeza que él hizo en abajarse á sí, para dejarnos ejemplo de humildad y mirar sus pecados, y á dónde merecia estar por ellos.

Del impedimento grande que es la honra para las personas espirituales, trata admirablemente en su vida, capítulo treinta

y uno, donde entre otras cosas dice: «Crea vuestra merced que no todos los que pensamos estamos desasidos del todo, lo están, y es menester nunca descuidar en esto; y cualquiera persona que sienta en sí algún punto de honra, si quiere aprovechar, créame, y dé tras este atamamiento, que es una cadena, que no hay lima que la quiebre, sino es Dios, con oracion, y hacer mucho de nuestra parte; paréceme que es una ligadura para este camino, que yo me espanto el daño que hace. Veo algunas personas santas en sus obras que las hacen tan grandes, que espantan á las gentes. ¡Válame Dios! ¿Por qué está aun en la tierra esta alma? ¿Cómo no está en la cumbre de la perfeccion? ¿Qué es esto? ¿Quién detiene á quien tanto hace por Dios? O quién tiene un punto de honra y lo peor que tiene es, que no quiere entender que le tiene, y es porque algunas veces le hace entender el demonio que es obligado á tenerle. Pues créanme, crean por amor del Señor á esta hormiguilla que el Señor quiere que hable, que si no quitan esta oruga, que ya que á todo el árbol no dañe, porque algunas otras virtudes quedarán, mas todas carcomidas. No es árbol hermoso, sino que él no medra, ni aun deja medrar á los que andan cabe él; porque la fruta que dá de buen ejemplo no es nada sana, poco durará. Muchas veces lo digo que por poco que sea el punto de honra, es como en el canto de órgano, que un punto ó compás que se yerre, disuena toda la música, y es cosa que en todas partes hace harto daño al alma, mas en este camino de oracion es pestilencia. ¿Andas procurando juntarte con Dios, por union, y queremos seguir sus consejos de Cristo, cargado de injurias y testimonios, y queremos muy entera nuestra honra y crédito? No es posible llegar allá, que no van por un camino.»

Solia la Santa Madre decir que el fundamento de la oracion era la humildad, y el conocerse por indigne de las mercedes que el Señor hace, y aun cuanto es de su parte, desear carecer de estos favores; y así dá este aviso en el libro de su vida por estas palabras: (*Vida cap.* 22.) «Mucho contenta á Dios ver un alma que con humildad pone por tercero á su Hijo, y le ama tanto, que aun queriendo Su Magestad subirle á muy grande contemplacion (como tengo dicho), se conoce por indigna, diciendo con San Pedro: Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador. Esto he probado; de este arte ha lle-

vado Dios mi alma. Otros irán (como he dicho) por otro atajo; lo que yo he entendido es, que todo este cimiento de la oracion va fundado en la humildad, y que mientras mas se abaja un alma en la oracion, mas la sube Dios. No me acuerdo haberme hecho merced muy señalada, de las que adelante diré, que no sea estando deshecha en verme tan ruin, y aun procuraba Su Magestad darme á entender cosas para ayudarme á conocerme que yo no las supiera imaginar.»

Y cuán de veras hiciese esto la Santa, lo echará de ver quien leyere el capítulo diez y ocho de su vida, donde dice de esta manera: «Acaéceme muchas veces cuando acabo de recibir estas mercedes, ó me las comienza Dios á hacer (que estando en ellas ya he dicho no hay poder nada) decir: Señor, mira lo que haceis, no olvidéis tan presto tan grandes males míos, ya que para perdonármelos los hayais olvidado para poner tasa en las mercedes, os suplico se os acuerde. No pongais, Criador mio, tan precioso licor en vaso tan quebrado, pues habeis ya visto de otras veces que lo torno á derramar. No pongais tesoro semejante adonde aun no está como ha de estar perdida del todo la codicia de consolaciones de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dais la fuerza de esta ciudad, y las llaves de la fortaleza de ella, á tan cobarde Alcaide, que al primer combate de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto el amor ó Rey eterno, que pongais en aventura joyas tan preciosas. Paréceme, Señor mio, se dá ocasion para que se tengan en poco, pues las poneis en poder de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca, miserable y de tan poco tomo; que ya que trabaje para no las perder con vuestro favor (y no es menester pequeño, segun yo soy), no puede dar con ellas á ganar á nadie. En fin, mujer y no buena, sino ruin. Paréceme que no solo se esconden los talentos, sino que se entierran en ponerlos en tierra tan astrosa. No soleis vos, Señor, hacer semejantes grandezas y favores á un alma, sino para que aproveche á muchas. Ya sabeis, Dios mio, que de toda voluntad y corazon os lo suplico, y he suplicado algunas veces, y tengo por bien de perder el mayor bien que se posee en la tierra, porque las hagais vos á quien con este bien mas aproveche, porque crezca vuestra gloria.

Si hubiera de contar por menudo toda la doctrina y enseñanza de esta virtud, seria nunca acabar. Solo concluiré este

capítulo con un aviso harto provechoso, que dá para conocer y distinguir la verdadera de la falsa humildad en el capítulo treinta de su vida, donde escribe así:

«Véase claro en la inquietud (*Vida cap. 30.*) y desasosiego con que comienzan esta falsa humildad, y el alboroto que dá en el alma todo lo que dura, y la oscuridad y afliccion que en ella pone, la sequedad y mala disposicion para oracion, ni para ningun bien. Parece que ahoga al alma y ata el cuerpo para que de nada aproveche; porque la humildad verdadera, aunque se conoce el alma por ruin, y dá pena ver lo que somos, y pensamos grandes encarecimientos de nuestra maldad (tan grandes como los dichos, y se sienten con verdad), no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni le escurece, ni dá sequedades, antes la regala, y es todo al revés, con quietud, con suavidad y con luz. Pena que por otra parte conorta de ver cuán gran merced le hace Dios en que tenga aquella pena, y cuán bien empleada es; duélele lo que ofendió á Dios; por otra parte la ensancha su misericordia; tiene luz para confundirse á sí y alabar á Su Magestad, porque tanto la sufrió. En estotra humildad que pone el demonio, no hay luz para ningun bien, todo parece lo pone Dios á fuego y á sangre; representasele la justicia, y aunque tiene fé, que hay misericordia (porque no puede tanto el demonio que la haga perder), es de manera que no consueta, antes cuando mira tanta misericordia le ayuda á mayor tormento, porque me parece estaba obligada á mas. Es una invencion del demonio de las mas penosas y sutiles y disimuladas, que yo he entendido de él.»

CAPITULO X.

De cuán agradecida era la Santa Madre Teresa á Dios y á los hombres.

Entre otras virtudes que tuvo la Santa Madre en grado muy alto, fué la del agradecimiento; porque quien era tan humilde no podia dejar de ser muy agradecida á Dios; y así pienso que una de las cosas que mas le ayudó para su aprovechamiento, fué el ser tan agradecida; porque cuando consideraba lo mucho que á Dios debia, y las mercedes que Su Ma-

gestad le hacia, y veía no las servía, y pagaba como era razón, se deshacía en lágrimas, y era para ella el mayor motivo que tenía para servir mas á Dios, y el mayor peso cuando en esto se descuidaba, como ella escribe en su vida por estas palabras: (*Vida cap. 15.*) «Si el alma de suyo es amorosa y agradecida, mas la hace tornar á Dios la memoria de la merced que le hizo, que todos los castigos del infierno que le representan; á lo menos á la mia, aunque ruin, esto le acaecia.»

De aquí le nació á la Santa Madre Teresa en un tiempo, el no atreverse á tener oracion, porque era tan grande la pena que sentía cuando se ponía delante de Dios, de lo mal que le habia agradecido tantas mercedes como ella reconocia en sí, que no habia tormento en el mundo que con esto se comparase; y así escribe ella, que para su condicion no habia mayor castigo que recibir regalos del Señor, por estas palabras: (*Vida cap. 7.*) «¡Oh Señor de mi alma! ¡cómo podré encarecer las mercedes que estos años me hicistes! ¡Y cómo en el tiempo que yo mas os ofendia, en breve me desponíades con un grandísimo arrepentimiento, para que gustase de vuestros regalos y mercedes! A la verdad tomábades, Rey mio, por medio el mas delicado y penoso castigo que para mí podia ser, como quien bien entendia lo que me habia de ser mas penoso. Con regalos grandes castigábades mis delitos. Y no creo digo desatino, aunque seria bien que estuviese desatinada, tornando á la memoria ahora de nuevo mi ingratitude y maldad. Era tan mas penoso para mi condicion recibir mercedes, cuando habia caido en graves culpas que recibir castigos, que una de ellas me parece cierto me deshacía y confundía mas y fatigaba que muchas enfermedades, con otros trabajos hartos juntos; porque lo postrero que veía lo merecía, y parecíame pagaba algo de mis pecados, aunque todo era poco, segun ellos eran muchos; mas verme recibir de nuevo mercedes, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento para mí terrible, y creo para todos los que tuvieren algun conocimiento ó amor de Dios; y esto por una condicion virtuosa lo podemos acá sacar.»

Confirma muy bien esto lo que la misma Madre escribe en el capítulo treinta y nueve de su vida, que tenia necesidad de mas ánimo para recibir estas mercedes, que para pasar gran-

dísimos trabajos; este agradecimiento fué el que robó á Dios el corazon, y el que hizo que atesorase tantos bienes en esta alma; porque cada vez que con el agradecimiento conocia la fuente de donde le venian tantas riquezas, de nuevo obligaba á aquella bondad infinita de misericordia (*Bernard. lib. 7 de misericordiis serm. 2.*) para que con mayor plenitud de dones visitase á su sierva; que si el desagradecido (como dice el bienaventurado San Bernardo) es como el viento abrasador que seca la fuente de la misericordia Divina, el que agradece y reconoce los beneficios que de Dios recibe, sin duda sentirá la abundancia de las aguas vivas de su gracia y bondad, como lo hacia nuestra Santa; que no solo á Dios Nuestro Señor, sino á los hombres, era agradecidísima, y antes que templase esta natural condicion, con la sal de la discrecion y medios que la razon pide: «Esto tenia yo de gran liviandad que me parecia virtud, ser agradecida, y tener ley á quien me queria; maldita sea tal ley.» Y mas abajo, dice: «¡Oh, ceguedad del mundo! Fuérades vos, Señor, servido que yo fuera ingratísima contra todo él, y contra vos no lo fuera un punto.» Todo este agradecimiento le nacia de una condicion noble y generosa, aunque á los principios no tan cultivada con la razon; pero despues que el Señor le abrió los ojos con la luz que resplandecia en su alma, y puso esta inclinacion natural en el fiel de la razon, como tenia tanto fundamento en su condicion, ayudada con las espuelas de la caridad, creció mucho en esta virtud, como se podria probar con infinitos ejemplos; para lo cual seria necesario contar toda su vida, y las buenas obras que le hicieron, y el grande agradecimiento que ella tuvo. Pondré aquí algunos casos que en esta materia le sucedieron.

A un hombre, porque yendo de camino le dió un jarro de agua, tuvo mucho cuidado de rogar al Señor por él muchos años. Si alguna Religiosa traia de la huerta algunas florecitas ó le hacia cualquiera otra cosa, por pequeña que fuese, era cosa increíble las gracias que por esto le daba. En la última enfermedad que tuvo en Alba, cualquiera regalo y beneficio que le hacian curándola, así lo agradecia como si fuera una mujer estraña, y fuese todo gracia lo que con ella usaban; porque era tan humilde, que ninguna cosa le parecia merecia sino el infierno. Y así le venia todo tan ancho, y creia que

todos le hacian merced. Y no era mucho hiciese esto, cuando recibia beneficios, aunque fuesen pequeños, pues recibiendo agravios hacia lo mismo, y cobraba grande amor á quien le perseguia, y le encomendaba en sus oraciones, como si fuera el mayor bienhechor que hubiera tenido en su vida.

A los Confesores que tenia, amaba siempre mucho, y fué tan agradecida, que jamás dejó á ninguno que una vez hubiese elegido: sino era que él se mudaba á otra parte, ó ella iba á fundar á otros lugares. Contaba muchas veces las buenas obras que le habian hecho, y tenia gran memoria de ellas, y de todos solia decir que les debía mucho su alma. Viviendo en la Encarnacion, estando en casa de Doña Guiomar de Ulloa, estuvo malo de una grave enfermedad un Padre con quien las dos se confesaban. Llevóle aquella señora á un lugar cerca de Ledesma para regalarle y curarle, y fué tambien en su compañía la Santa Madre Teresa de Jesus, y en todo este tiempo le curó con el cuidado y caridad que si fuera su mismo padre, guisándole lo que habia de comer, y velándole muchas noches, y sirviéndole en todo lo que una mujer muy ordinaria le pudiera servir, sin cansarse. Y de aquellos trabajos y malas noches que pasó, se entendió que habia cobrado buena parte de las enfermedades muy grandes que tuvo.

Estando en la fundacion de Sevilla, diéronle un frontal de red, en que estaba labrado el sacrificio de Abraham, muy grosero; pero por la pobreza que habia, le hubieron de poner en el altar de la Iglesia. Estándole poniendo, dijo una hermana por gracia, que el Angel que estaba allí puesto, parecia disciplinante. Ello era así, y á todas les cayó mucho en gracia; pero la Santa Madre Teresa de Jesus, volvióse á ella con un rostro severo, y dióla una muy buena reprension, diciendo, que si era aquel el agradecimiento que tenia á la limosna que les hacian, y otras muchas cosas á este propósito, con tanto peso y con tantas veras, que todas quedaron muy maravilladas y con propósito de guardarse de allí adelante de semejantes gracias.

Muchas cosas se pudieran aquí decir si se hubiera hecho memoria de ellas; porque como era tan humilde, cualquiera cosa, por pequeña que fuese, la agradecia tanto como si fuese

muy grande, por todas las vias que podia, y mas por la que ella podia mas, que era la oracion con que hizo Nuestro Señor Jesucristo grandes bienes á las personas que la ayudaron é hicieron bien; pero no dejaré de decir una, por donde se pueden entender las demás. En uno de sus Monasterios tenian un Clérigo que las confesaba, y por otra parte les hacia mucho daño y les era muy contrario. La Priora dió cuenta á la Santa Madre Teresa de Jesus de lo que pasaba, pareciéndole que convenia despedirle. A esto le respondió la Santa Madre Teresa estas palabras: «Por amor de Nuestro Señor la pido, hija, que sufra y calle, y no traten de que echen de ahí ese Padre, por mas trabajos y pesadumbres que con él tengan, como no sea cosa que llegue á ofensa de Dios; porque no puedo sufrir que nos mostremos desagradecidas con quien nos ha hecho bien; porque me acuerdo, que cuando nos querian engañar con una casa que nos vendian, él nos desengañó, y nunca se me puede olvidar el bien que en esto nos hizo y el trabajo de que nos libró; y siempre me pareció siervo de Dios y bien intencionado. Bien veo que no es perfeccion en mí; esto que tengo de ser agradecida, debe de ser natural, que con una sardina que me dén me sobornarán.»

CAPITULO XI.

De la fortaleza y grandeza de ánimo que tenia la Santa Madre Teresa de Jesus.

De la fortaleza y ánimo grande de que Dios Nuestro Señor dotó á la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, dá testimonio la esperiencia de obras tan heróicas y tan admirables que emprendió. Confirman esto en sus dichos todas las personas que la conocieron y trataron. Entre otras virtudes, singularmente (de lo que yo soy buen testigo) se vió en ella siempre un ánimo real, generoso é invencible, y cuérdamente atrevido para emprender cosas grandes, árduas, y al parecer de muchos imposibles. Fué mujer fuerte, cual la pinta el Espíritu Santo por boca de Salomon; porque fué mujer que tuvo virtud de ánimo, fortaleza de corazon, industria grande, y, finalmente, todo lo que es perfeccion en este género y virtud de fortaleza, y así fué mujer varonil, acabada y perfecta. Si la historia lo

permitiera, fuera para mí gran descanso y gloria tratar de todas las condiciones que Salomon puso de la mujer fuerte, mostrando cuán á la letra se hallaban todas cumplidas en la bienaventurada Madre Teresa de Jesus. Pero por ahora me contentaré con decir solamente de su grandeza de ánimo, que es una de las partes principales de la virtud de la fortaleza. Y así, tomando todo este negocio como por junto, comenzaré á dar un rasguño de ella. Como la mujer sea de su natural flaca, y de ánimo apocado y bajo, mas que otro ningun animal, y de su condicion y costumbre temerosa, quebradiza y poco constante; siendolos negocios que la Santa Madre Teresa trató tan árduos y tan graves como lo era emprender, sin arrimo ninguno, una nueva Reformation, donde en la fundacion de tantos Monasterios hubo de rendir y contrastar tantas ciudades y condiciones de gentes (las cuales muchas veces se vencen con mas dificultad que con hierro y con sangre), sufrir tantas incomodidades, sujetarse á tantos peligros, no desmayar con tantas contradicciones, hacer guerra á todo el infierno y á los Príncipes, y poderíos de las tinieblas, y donde se ofrecian tantas dificultades y trabajos, que apenas serán creibles. Para que tanta flaqueza (como es la de una mujer) saliese con tan gloriosa victoria de contienda tan dificultosa y tan larga, cosa necesaria era, y forzosa, que la grandeza de ánimo supliese la falta de fuerzas y el vacío é imperfeccion de la condicion natural de la mujer. Y así es clara señal y argumento evidente, que esta Santa tuvo caudal rarísimo, virtud heróica, y un valor de ánimo muy aventajado.

Y para obras tan singulares, creo por muy cierto que esto no bastara si no tuviera por otra parte alguna fuerza de increíble virtud, y algun dón de Dios singular que la despertase y pusiese aliento, para que saliendo de la natural condicion, como rio de madre, llegase con la ejecucion á donde no llegaron muchos varones fuertes con el pensamiento. A mi parecer, y á lo que la razon muestra, yo no hallo otro origen de esta grandeza y virtud de ánimo, sino estar esta Santa tan trasformada en Dios, que así como el hierro cuando lo está en el fuego, se viste de sus condiciones de luz, para dar resplandor con ella, y de la fortaleza de su calor, para quemar como el mismo fuego, y, finalmente, se acondiciona todo á la naturaleza y propiedad del fuego; así esta bienaventurada, como estaba toda íntima-

mente unida y trasformada en Dios, participaba de su nobleza y generosidad de espíritu, y por medio de esta participacion, no solo era confortada su alma, sino en cierta manera era toda poderosa, que era lo que mediante esta comunicacion experimentaba en sí San Pablo, cuando decia: todas las cosas puedo, en virtud de aquel Señor que me conforta, y está unido y junto conmigo. Y así de la Santa Madre Teresa de Jesus, comunemente solian decir: «Teresa de Jesus la Omnipotente»; porque ninguna cosa se le hacia imposible para dejarla de emprender, como ella entendiese era mas servicio de Dios, ni dejó de alcanzar alguna de las que emprendiese, porque ningun trabajo ni dificultad la espantaba; antes allí acometia con mas ánimo donde veia mayores ocasiones de padecer, y como valeroso capitán, hácia aquella parte enristraba la lanza, donde hallaba mayor resistencia. Solia decir, que cuando habia mas contradicciones, era señal que lo sentia mas el demonio, y por el consiguiente, indicio cierto de que la sementera habia de ser de mayor fruto y gloria de Dios.

Cuando fundó la primera casa en Avila, ni reparó en la contradiccion que se habia de levantar en su Monasterio, ni en toda su Orden, ni en los castigos que la podian hacer; ni la turbó ver toda una Ciudad, así de personas Seglares, Eclesiásticas y Religiosas, como de todo el vulgo, opuesta toda á sus intentos. Ni le desmayó su pobreza, ni verse sin favor humano, sin dineros, y casi sin haber quien le volviese la cabeza, si no era para escupirla y blasfemar de ella y de sus invenciones y patrañas, que con este nombre canonizaban sus buenos deseos. Nada temia, sino la ofensa de Dios; de nada desconfiaba, como entendiese era voluntad suya; ni bastaba cosa de la tierra para desmayarla ni hacerla volver el pié atrás de lo que una vez emprendia.

Una de las virtudes que mas acompañaban á la magnanimidad, es una grande confianza y fiducia en Dios. Aquí era donde la Santa Madre Teresa de Jesus tenia echadas grandes raices, y presas las áncoras de su esperanza; como la que tenia entendido la diferencia que hay de esperanzas de la tierra (que las mas, como á tan vanas, las lleva el viento), á las que se ponen en Dios, que ninguna puede faltar, teniendo tan seguros fundamentos. No hacia mas caso de los hombres, que si fueran palillos secos, como ella dice en una relacion de su vida, por

estas palabras (*Carta 12, tom. 2.*): «Hasta ahora parecíame habia menester á otros, y tenia mas confianza en ayudas del mundo; ahora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco, que en asiéndose á ellos, no hay seguridad, que en habiendo algun peso de murmuraciones ó contradicciones, se quiebran, y así tengo por esperiencia, que el verdadero remedio para no caer, es asirnos á la Cruz, y confiar en el que en ella se puso. Hallóle amigo verdadero, y hállome con esto con un señorío, que me parece podria resistir á todo el mundo que fuese contra mí, con no me faltar nada.»

Con esta gran confianza que tenia en Dios, emprendia todos sus negocios y fundaciones, y en ellas gastaba muchos dineros, sin saber de dónde tenerlos, ni de dónde le habian de venir. Solia decir, que para fundar un Monasterio, no tenia necesidad mas que de una casa alquilada y de una campanilla. Estaba tan firme en que Dios no puede faltar á quien le sirve, y que sus palabras se han de cumplir, que no podia temer la pobreza ni falta de lo necesario. De aquí le nacia, que se affigia y le daba pena de tratar con gente muy fundada en razones y prudencias humanas, queriendo cuidar de sí y de sus cosas, de tal modo, cuanto era de su parte, no le dejaban á Dios lugar para que ejercitase su providencia. Esta manera de gente le daba grande cansancio para verla tan fundada en su industria, tan atada y dependiente de su propio cuidado y solicitud, que no parece fian nada de Dios; y llevan y disponen todas sus cosas tan á punta de lanza de la razon natural, como si no hubiera Dios, ni tuviésemos fé de su divina providencia. En esta fiaba la Santa Madre, y de aquí le nacia un señorío y libertad, que le parecia resistiria á todo el mundo que fuese contra ella, como no le faltase esta confianza en Dios.

Estando la Santa Madre en Toledo, fué el Señor servido que yo me hallase presente para poder ser testigo de lo que ahora diré. Escribióle una carta el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios (que era entonces el que trataba las cosas de la Orden) en que decia andaban los negocios de su Religion con gran riesgo y peligro de deshacerse todo lo hecho y fundado, así de Monasterios de Monjas como de Frailes, y que ella era publicada por mujer inquieta y mala. Pues quando andaban las tempestades de las contradicciones tan altas, que parece se

la querian tragar, como á otro Jonás, teniendo la Santa nuevas de que su fama y negocios estaban perdidos (y verdaderamente lo parecia así), y el P. Mariano (que entonces se halló allí), diciendo delante de la Santa Madre cuán desesperadas estaban de remedio las cosas de la nueva Reformation; ella estaba con un ánimo y confianza tan grande, como si viera con los ojos lo que despues sucedió. Consolaba á todos, y decia que no tuviesen pena, y se oponia siempre con nueva confianza á la desesperacion que en los demás iba creciendo, diciéndoles que todo aquello lo ordenaba Nuestro Señor para mejor, como mas largamente referiremos en otra parte.

Quando caminaba con aguas, nieves, trabajos y tempestades, animaba mucho á los que iban con ella, diciéndoles que aquellos dias eran muy ricos para ganar el Cielo. Quando se ofrecia algun paso peligroso que pasar, ella se holgaba y se ofrecia á pasar la primera, como se verá por lo que digimos tratando del gran peligro á que se puso, pasando los pontones de junto á Búrgos, quando fué á hacer aquella fundacion.

Viniendo una vez desde Avila á Medina, le anocheció junto á un rio, y con la noche sobrevino una tan terrible oscuridad, que casi no se veian unos á otros, y los que venian con ella no se atrevian á pasar. Todos estaban suspensos y parados sin saber qué consejo tomarian; entonces, la Santa Madre, dijo: «No será bien estarnos aquí al sereno; comiencen á pasar y encomiéndense á Dios, que yo pasaré primero.» Entrando ella delante, les apareció una luz como de hacha, que estaba un poco lejos, y les alumbró hasta que pasaron el rio y el peligro.

Yendo otra vez á la fundacion de Sevilla, para pasar un rio, entró la Santa en una barca con toda la gente que iba en compañía, y entre ellos iba el P. Fr. Gregorio Nacianceno, Provincial que fué despues de la Provincia de Sevilla, y llegando al medio del rio, quebróse la maroma; y la barca (con gran miedo de todos y peligro de los que iban dentro) caminaba rio abajo, no sabiendo en lo que habia de parar; pero la Santa Madre luego los animó á todos, y dijo no tuviesen pena, que presto se verian libres de aquel peligro; y así fué, que luego la barca, con harta admiracion de todos, y muy

fuera del curso que llevaba, salió á la ribera, y todos dieron gracias á Dios, y entendieron haber sido por medio de las oraciones de la Santa.

Con esta confianza grande que tenia en Dios, emprendia y salia con grandes cosas; porque aunque tuviese todas las contradicciones del mundo, animaba á sí y á los demás que la ayudaban, diciendo no bastaria todo el mundo á deshacer lo que Dios hacia, ó para que se dejase de hacer lo que él queria que se hiciese. De esta grandeza de ánimo le nacia no temer á los hombres ni aun á los demonios; y así decia que no les tenia mas miedo que si fueran moscas. De aquí tambien le venia el no tener vanagloria de las obras heróicas y grandes que hacia; porque como las miraba todas con aquella generosidad y grandeza de ánimo, y con aquellos deseos tan encendidos y tan grandes de hacer algo por Dios, todo le parecia nada cuanto hacia, y solo via de sus obras las faltas que (á su parecer) ponia ella de su parte. Todo lo que era menos que Dios, no cabia en su ánimo; despreciaba las honras, hollaba el oro y los deleites, y no hacia caso de los dichos vanos de los hombres, y con una igualdad de ánimo, mayor que la que los Estoicos imaginaron, hacia cara á todos los sucesos y fortuna de esta vida. Y como si estuviera en otra region y hemisferio diferente de esta mortalidad, no le llegaban ni tocaban las adversidades y prosperidades de ella; porque ni el miedo la atemorizaba, ni la aficion, por buena que fuese, la inquietaba; ni la alegría ni tristeza jamás despues que llegó á este estado, la sacaban de sus quicios y paso ordinario. Jamás la vieron llorar por caso alguno, ni decir palabras de afliccion, ó hacer otras demostraciones de dolor propias de las mujeres, y no ajenas de hombres afligidos. Y como ella escribe la habia llegado el Señor á tal punto de tranquilidad é igualdad de ánimo, que ni el placer, ni el pesar, ni el gozo, ni la pena, no parecen hallaban cabida en su ánima.

CAPITULO XII.

De la paciencia singular que la Santa Madre Teresa de Jesus tuvo en los trabajos, y del gran gusto que tenia en padecer por amor de Dios.

La virtud de la fortaleza (como escriben los Santos) tiene

dos partes. La una es, el acometer con cuerda osadía y con generosidad de ánimo las dificultades y peligros que se ofrecen, que es lo que habemos tratado en el capítulo pasado. La otra es, esperar con paciencia los golpes de los contrarios, que necesariamente se han de ofrecer en el camino de la virtud, principalmente en la ejecucion de cosas árduas y grandes. Estas dos partes son como dos brazos, en los cuales esta virtud trae sus armas ofensivas y defensivas. Al uno arma con la espada para acometer, al otro con el escudo para esperar y recibir los encuentros de sus enemigos. Esta tiene por nombre paciencia. Este escudo embrazó la bienaventurada Madre Teresa de Jesus desde sus primeros años, y en él puso una divisa (la mas gloriosa que jamás capitán y emperador, por esforzado y animoso que fuese, pensó ni se atrevió á imaginar) que fué: «O morir, ó padecer.»

Este era su continuo pensamiento, este su deseo, y este el único consuelo que tenia en esta vida, y con que acallaba y entretenia los grandes ímpetus y deseos que tenia de morir por ver á Dios. El padecer le hacia agradable vida tan enojosa y peregrinacion tan larga y prolija, y segura navegacion tan peligrosa. Por él (como otro San Pablo) sufría y deseaba el ser privada por el tiempo que la vida durase, de la clara vista y abrazos dulces de su Esposo Jesucristo, y como no vivia sino por padecer, así solo esto le daba contento y satisfaccion á su alma, y solia decir, que para nada era buena esta vida sino para padecer; para nada era corta y breve sino para trabajar; por esto nunca cesaba de pedir á Dios le diese trabajos, ni se cansaba de padecerlos, como lo sé yo por esperiencia, y ella lo refiere de sí por estas palabras: «En muy grandes trabajos y persecuciones y contradicciones que he tenido, háme dado Dios grande ánimo, y cuando mayores, mayor sin cansarme de padecer.»

No solo no le cansaban las tribulaciones y trabajos, sino antes le eran particular alivio y regalo, y lo que otros tienen por pena ó castigo, lo tenia ella por deleite y premio de sus trabajos, como se echó bien de ver en lo que ahora diré. Estando la Santa Madre en Avila en los años postreros de su edad, ofreciósele uno de los mayores trabajos que en su vida habia pasado, y dijo entonces delante de una gran amiga suya, con gran consuelo y ternura: «Con este trabajo, Se-

ñor, me pagais todos los que me habeis dado en mi vida.» Con estas palabras dijo mas de lo que yo sabré aquí declarar.

Porque no solo dice en ellas el gusto grande que tenia en el padecer, sino que tenia puesta en esto la felicidad de la vida presente, como si Dios no la hubiera criado sino para trabajos, teniendo por corona y premio el padecer; porque estaba ya su alma tan trasformada y connaturalizada en estos deseos, que solia decir: que el padecer no tenia necesidad de otro fin, sino padecer por padecer: significando la estima que tenia de los trabajos, y el deleite que hallaba en ellos, á semejanza del devoto Bernardo (*Serm. 3. in Cantic.*), que hablando del amor divino, solia decir: *Amo, quia amo; amo, ut amem.* «El amor (dice) no tiene necesidad de otra salsa; él por sí es bastante para dar gusto; él es el mérito y él es el premio de sí mismo; amo, porque el amor es dulce, y amo para amar.» Con ningunas palabras pudiera este Santo encarecer mejor el deleite grande que sentia en el amor, ni la Santa Madre hallara otras mas á propósito para mostrar el que ella tenia en el padecer por Dios. Este deseo era en su alma tan violento y tan fuerte, que, como digimos al principio de este capítulo, le hacia clamar continuamente á Dios, con aquellas tan dulces palabras para sus oidos: «Señor, ó morir ó padecer», no queriendo medio entre la muerte y trabajos; y porque pienso dará gusto oír las mismas palabras con que la Santa Madre Teresa lo escribe (*Vida, cap. 40.*), me pareció ponerlas aquí: «De manera (dice) que no hago nada en desear trabajos; y así ahora no me parece hay para qué vivir sino para esto, y lo que mas de voluntad le pido á Dios. Dígole algunas veces con toda ella: Señor, ó morir ó padecer; no os pido otra cosa para mí.»

Aunque no hubiera tenido otros trabajos, sino los que padeció en tantas fundaciones como hizo, bastaran para ser muchos y aun casi innumerables. Por solos los que padeció en la primera fundacion con aquella constancia y ánimo invencible, le puso Nuestro Señor una corona, como escribimos en el libro segundo; y tengo para mí, que con cada fundacion ganaba su corona; pues ninguna hubo que no le costase mucho trabajo en el concertarla, ejecutarla, y por ventura mayor en conservar-la; porque como era mujer no conocida, y por otra parte

pobre y enferma, con determinacion de no fundar Monasterio que no fuese tambien con pobreza (siendo cosa tan mal recibida hoy en cualquiera parte del mundo Monasterios de Monjas, sin renta), era lance forzoso suplir toda esta desproporcion que en ella habia para obra tan grande, con el peso de su sudor y su sangre. Dejo de decir las enfermedades que pasaba por los caminos, las descomodidades por ventas y mesones, y las murmuraciones de unos, los alborotos de otros, y las grandes contradicciones que á cada paso levantaba el demonio para hacerle dejar lo comenzado. Y no fué esto por un dia, ni en un lugar solo, ni ocasiones que se le ofrecieron sola una vez, sino que fueron trabajos casi continuados por veinte años, y que se le ofrecian cada momento, y apenas daba paso, que ya de un género, ya de otro, no estuviese rodeada de ellos, hasta que con la costumbre y uso de padecer, vinieron á hacer tantos callos en su alma, que ya no los sentia, porque llegaban las olas del padecer á su alma tan quebrantadas en el escudo de la paciencia, que no las sentia ya, ni le hacian peso, ni los que fueran grandes trabajos para otros, tenian este nombre para ella.

Mucho tiempo y lugar seria necesario si yo hubiese de contar los trabajos de que fuí testigo, y otros que supe por cierta relacion que la Santa Madre Teresa de Jesus padeció; diré algunos, porque todos seria muy largo. Viendo el Señor tan grandes deseos en su sierva de padecer trabajos, para mayor gloria suya y prueba de su virtud, le ofreció materia y ocasiones, conforme á sus deseos, y le dió á padecer y á beber su cáliz de todas las maneras que parece se puede padecer en esta vida, como son en el cuerpo, en el alma y en la honra. Primeramente en el cuerpo padeció desde su mocedad tan graves y notables enfermedades, que segun el estrago que habian hecho, se esperaba que no quedaria mas de provecho en toda su vida, como mas largamente escribimos en el libro primero. De estas enfermedades la quedaron reliquias que duraron por toda la vida, y fueron semilla de unos contínuos y perpétuos dolores; porque le quedó un ordinario vómito que tenia cada noche, y aunque padeció algunas otras enfermedades que á tiempo le sobrevenian, pero las contínuas que con tenacidad y perseverancia duraron hasta el fin de la vida, fueron mal de corazon, dolor de hijada, un temblor récio (especie de perlesía) que á veces le

daba en la cabeza y en el brazo, y á veces en todo el cuerpo. De suerte que ya con la una de estas enfermedades, ya con la otra, ya con todas juntas, no habia tiempo que no padeciese muchos dolores. Cinco años antes que muriese escribió en el libro de las Moradas, que habia cuarenta años no se le pasaba ningun dia sin dolores, y que considerando las penas que por sus pecados habia merecido, todo se le hacia poco.

En todas estas enfermedades mostró desde sus primeros años una paciencia heróica, teniendo delante de los ojos como por dechado los trabajos que los Santos habian padecido, y la paciencia que en ellos habian mostrado, particularmente aquel gran Job, en quien singularmente resplandeció esta virtud. Y tomándole aquellas palabras que solia decir en su boca, repetia muchas veces en sus enfermedades: «Si recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no recibiremos tambien los males? Y cuanto mas crecian, y los dolores eran mas terribles y fuertes, entonces eran los actos de paciencia mas fervorosos, y la conformidad con la voluntad divina mas en su punto; suplicándole que si de esto se servia, le diese paciencia, y durasen las enfermedades y trabajos hasta el fin del mundo. Por grandes é intolerables que fuesen los dolores, jamás la oyeron quejarse en sus enfermedades (que nadie se queja de lo que desea y busca, ni muestra sentimiento ni pena de lo que le dá gozo y alegría); esta la tenia muy grande la Santa Madre Teresa de Jesus, viéndose padecer por quien tanto amaba, este era su deleite, esta era su vida, con esto entretenia y sufría peregrinacion tan grande y larga.

En los caminos padeció estraños trabajos, porque como algunas veces en ellos le apretaban sus enfermedades, y la comodidad era tan poca, por ser su pobreza tan grande con que caminaba, y por otra parte los caminos eran peligrosos y ásperos, y muchas veces con lluvias, nieves, calores, tempestades y otras inclemencias del Cielo, era forzoso (lo que nunca lo pudo ser para ella) el padecer grandes trabajos en ellos. Acaecióla algunas veces ser todo el dia de agua ó de nieve, y caminar muchas leguas sin hallar poblado, ni llevar defensa para el agua, ni abrigo para la nieve, y para descanso de este trabajo llegar á una posada, donde ni habia lumbre con que calentarse, ni traza para enjugar la ropa, y á veces ni qué comer, y

por remate haberse de ir á dormir á una cama dura, y sin abrigo, de la cual se pudieran contar las estrellas si entonces las hubiera en el Cielo, y amanecer á la mañana mojada ella y la ropa, y calados los vestidos del agua que sobre ella caia. Pues como una noche semejante á estas llegase á una posada, y del trabajo y frio del camino, y desabrigo de la posada, y humedad de la ropa, le hubiese penetrado el frio, dióle juntamente dolor de hijada y perlesía, y estando apretada con grandes temblores y otros accidentes, la Madre Ana de San Bartolomé, que era su compañera, salió á calentarle un paño para medicina y alivio de su dolor. Estaba entonces en la posada una persona mas honrada, segun su estado, de lo que mostró despues con sus palabras; porque comenzó á decir cosas tan pesadas á la Madre, que no parece sino que el demonio tomaba por instrumento aquella maldita lengua, para probar si podria irritar la paciencia de la Santa Madre Teresa. Ella lo llevó con mucha alegría, pareciéndole que no merecia oir otras cosas de sí, sino aquellas que eran malas y desatacadas, mas era tanto el contento que con estas y otras cosas semejantes sentia, que el mismo contento parecia la sanaba.

Como la Santa Madre Teresa de Jesus estuviese muy enferma en Búrgos, diéronle en el Hospital un aposento muy desabrigado y frio, y juntamente muy sucio y de mal olor; estaba lleno de sabandijas, y de otros inconvenientes y reliquias que suelen dejar los pobres en los Hospitales. Sentian su incomodidad las compañeras que llevaba, y compadeciáanse de lo que la Santa Madre Teresa de Jesus allí padecia; pero ella estaba muy contenta, y decia era mucho mejor de lo que ella merecia; y estándole haciendo una camilla pobre, decia: «¡Oh Señor mio, qué cama tan regalada es esta, estando vos en una Cruz!» Con esta enfermedad que aquí tuvo, cada vez que comia le salia sangre de una llaga que se le habia hecho en la garganta, y pasaba mucho dolor y fatiga cuando habia de comer; hacíales grande compasion á sus compañeras; pero la Santa Madre Teresa, acordándose de lo que el Señor habia padecido, todo le parecia poco, y decia: «No me hayan lástima, que mas padeció mi Señor por mí, cuando bebió la hiel y vinagre.»

Habia pedido á Dios que nunca le faltasen dolores que ator-

mentasen y afligiesen su cuerpo, y cumplióle el Señor estos deseos; porque ni le faltaron estos mientras vivió, ni jamás las que la trataron la vieron con salud. Y si algun tiempo se le aliviaban sus trabajos y enfermedades, era cuando se le ofrecia alguna fundacion. Por entonces suspendia Dios Nuestro Señor el padecer, para mas padecer, y si acaso se veia apretada de algun dolor, disimulaba todo lo que podia, para que las hermanas no lo echasen de ver, y le quisiesen impedir tan buenas ocasiones y tan agradables para ella, cuanto llenas de dificultades y de trabajos.

No solo quiso probar el Señor á su sierva en estos trabajos y dolores, causados de sus enfermedades, sino que para mayor premio y corona de su paciencia, dió licencia al demonio para que la atormentase en cuerpo, y emplease su malicia y fuerzas para vencer á la Santa Madre Teresa, estando él á la mira de todo, como en otro tiempo hizo con el Santo Job. Y como de ordinario por medio de la oracion é intercesion de la Santa Madre, sacaba Dios á alguna alma de pecado; y por el consiguiente de la servidumbre del demonio, luego se vengaba de la Santa Madre, y la atormentaba cruelmente. Entre otras, una la apretó con tan terribles dolores, y tanto desasosiego interior y exterior, que la hacia estar dando grandes golpes con todo el cuerpo y brazos y cabeza, que parecia se queria deshacer y despedazar; pero ella, entretanto, estaba pidiendo á Nuestro Señor paciencia, y ofreciéndose como solia á padecer y sufrir, si fuera voluntad suya, aquel trabajo y fatiga hasta el dia del Juicio, ó hasta cuando fuese su santísima voluntad. Despues de haber padecido por espacio de cinco horas, echó de ver el malhechor y causador de su daño, porque vió cabe sí un negrillo muy feo, mostrando gran regaño, porque donde pretendió ganar habia salido con pérdida. La bienaventurada Madre Teresa de Jesus, con gran serenidad de ánimo, echando una poca de agua bendita hácia donde estaba, le lanzó muy presto de allí.

No por esto desistia de hacerle guerra y atormentarla el demonio cuanto podia, porque la aborrecia de muerte como á la mayor enemiga y contraria que tenia en la tierra. Entre otras cosas que con él le pasaron, diré una harto maravillosa, donde si bien mostró el ódio grande que tenia á la Santa, ella no fué nada perezosa en hacer alarde y quebrarle los ojos con su pa-

ciencia. Sucedió, pues, que habiendo acabado la Santa Madre la Fundacion de Sevilla, vino á Avila, donde estuvo dos años. Como en este tiempo la Orden y nueva Reformation padeciese grandes persecuciones y trabajos, como arriba comenzamos á decir, la Madre desde allí animaba y consolaba con sus cartas y nuevas del Cielo, que en ellas enviaba, así á los Religiosos como á las Religiosas. Todos despues de Dios vivian con su fé, esperaban con su esperanza, y sufrían todos sus trabajos con la gran confianza que la Santa les daba del buen suceso. De esto pesaba mucho al demonio, y procuró cuanto fué de su parte el estorbarlo de esta misma manera.

Iba una noche la Santa Madre á Completas con una luz en la mano, y despues de haber subido una escalera que estaba antes de la entrada del coro, quedó de repente como desatinada de la cabeza, y volviendo unos pasos atrás, cayó de lo alto de ella. Fué el golpe tan récio, que todas las Religiosas entendieron que se habia muerto, y acudiendo con gran presteza y turbacion, levantándola del suelo, halláronla quebrado el brazo izquierdo, fué escesivo el dolor que por entonces padeció la Santa, y mucho mayor el que despues tuvo en la cura, porque se pasó mucho tiempo sin que se hallase quien la acertase á curar, por estar enferma una mujer que acaso entendia algo de esto. Despues vino tan tarde, que estaba ya el brazo afundado y manco, y con todo eso se determinó de concertar y volver el hueso á su lugar. La Santa Madre bien sentia la gran dificultad y peligro que habia de pasar en la cura; pero como tenia tan buen deseo de padecer, no perdonaba ninguna ocasion. Púsose en las manos de la mujer, mandando que todas las Religiosas se fuesen al coro para encomendarla á Dios; parte para ser socorrida con sus oraciones, para que el Señor la diese paciencia; parte por padecer mas á solas y no dar pena á las que la habian de ver curar. Y así se quedó sola con la mujer, y con otra labradora su compañera. Las dos, que eran mujeres de buenas fuerzas, cogiéronla en medio, y tiraron tan fuertemente del brazo, una de una parte y otra de otra, hasta hacerle dar un estallido á la choquezuela del hombro, quedándose el brazo poco menos afundado que estaba antes, y atormentada la Santa con intolerables dolores. Mientras padecia estos que eran grandísimos, estaba considerando el que Nuestro Señor habia sufrido cuando le estiraron los brazos en aquel santo

madero, y así no despegó la boca mas que si no tocaran á ella. Cuando volvieron las Monjas, halláronla como si no hubiera pasado cosa alguna, antes muy contenta de haberse ofrecido aquella ocasion, y decia que no quisiera haber dejado de padecer aquel rato por todas las cosas de la tierra. Por mucho tiempo estuvo tan lastimada, que casi no podia menear el brazo; y en fin, quedó tan manca, que en toda su vida pudo ayudarse de él para vestirse ni desnudarse, ni ponerse un velo sobre la cabeza. La caida fué tal, tan sin ocasion y tan grande, que todas las de la casa tuvieron por cierto que la habia causado el demonio. Confesólo claramente despues la Santa Madre al P. M. Fr. Diego de Yangués, Confesor suyo, que como le diese cuenta de lo que habia pasado, él le dijo: «Debia, Madre, el demonio de quererle matar;» respondió la Santa, eso pretendia si le dieran licencia. Casi lo mismo respondia á una Religiosa; que como la dijese que el demonio debia de haber hecho aquello, la Madre la dijo: mas mal quisiera aun él hacer si le dejaran.

Otra vez el demonio, con furor y rabia infernal, tomó una hacha de cera, y la dió con ella tan grandes golpes, que la dejó medio muerta y desfigurada en el rostro; y tuvo con él otras muchas refriegas, que en ellas la apretaba y afligia con trabajos exteriores de visiones, amenazas, golpes y otros tormentos; y así la oyeron decir algunas veces que el demonio la afligia mucho con trabajos exteriores; pero ella triunfaba de él con humildad y paciencia; y porque concluyamos con los trabajos que la Santa padeció en su cuerpo, diré ahora los que se le ofrecieron en otras ocasiones; porque como en todas gustase de padecer, cuando se la ofrecia alguna, donde no cogia algun fruto de la virtud de la paciencia, le parecia no hacia nada; porque no padeciendo, se persuadia vivia de balde en este mundo. Y así sucedió, que viniendo de una fundacion donde se habian hecho las cosas muy á su gusto, sin contradiccion alguna, venia de esto entre sí quejosa y no poco sentida de que no se hubiesen ofrecido contradicciones ni estraordinarios, como solian suceder en otras; y á la vuelta dió una gran caida de que se maltrató harto su cuerpo, y levantándose, dijo con gran contento: «Bendito sea Dios, que ya que todo se ha hecho bien, siquiera he caido y me duele harto.» Estando en la fundacion de Búrgos, al pasar de un arroyo, estaba una mujer

en el medio del paso, que debía de ser algo estrecho; rogóla la Santa Madre hiciese un poco de lugar para pasar; la mujer, sin otra ocasion mas que la que el demonio puso en su ánimo, viéndola en aquella figura y traje de pobre, la respondió con gran desden, pase la santularia, y al pasar la dió un empujon tan récio y fuerte, que la arrojó en el lodo y cieno del arroyo. Sintieron mucho esto sus compañeras, y mostrando grande enojo con la mujer, la Santa las aplacó diciendo: «Callen mis hijas, que muy bien lo ha hecho esta mujer.» Y despues contaba esto con tanta alegría y contento, que se echaba bien de ver el buen ánimo con que lo habia pasado.

En la misma fundacion de Búrgos, porque nunca le faltasen trabajos que padecer, estando en una Iglesia el Jueves Santo, queriendo pasar unos hombres por donde ella estaba, como la Santa Madre no lo advirtiese, y por esto no se levantase tan presto para darles lugar, pensando que no hacia caso de ellos, viendo el manto humilde y desechado que traia, pensaron debía de ser alguna mujercilla de condicion semejante al vestido, diéronle de coces para echarla á la otra parte, y con ellas la derribaron en el suelo, cuando su compañera Ana de San Bartolomé acudió para ayudarla á levantar, hallóla con mucha risa y contento de lo que habia pasado. Con el mismo contento y alegría sufrió unos chapinazos que le dió una mujer estando en la fundacion de Toledo, oyendo Misa en la Iglesia de San Clemente, como ya dijimos tratando de esta fundacion. De este modo pasaba todas estas cosas, haciendo de las enfermedades corporales, recreacion, de los tormentos y aficciones descanso, del demonio burla, y de los demás trabajos que le sobrevenian, así de dolores como de otros accidentes, risa y entretenimiento; que parecia, segun el exterior que mostraba y lo poco que se quejaba, que era de otro metal ó compuesta su carne de otros diferentes elementos y calidades impasibles, ó por mejor decir, que era un Angel del Cielo, segun la superioridad que mostraba sobre todos los trabajos, como quiera que la carne lo sentia más que otra alguna, por ser de mujer de complexion delicada, y con las enfermedades flaca y debilitada.

CAPITULO XIII.

Donde se prosiguen los trabajos que padeció la Santa Madre Teresa de Jesus.

Hasta aquí habemos contado parte de los trabajos que la bienaventurada Madre padeció en el cuerpo; ahora será bien que digamos de los que padeció en la honra, que es parte mas viva, donde mas se sienten los golpes, y donde mejor se prueban los quilates de la humildad y paciencia (que á muchos hemos visto que sufrirán, si necesario es, mil muertes, como quede siempre salva la honra, que es el ídolo que mas perdidamente aman los hombres, y pocos hay que hayan atropellado y rendido este tirano, que no haya sido por no tener grandes prendas de santidad y virtud); y luego diremos de los interiores, que fueron incomparablemente mayores que todos los demás.

Pues comenzando de la honra, padeció en ella la Santa Madre Teresa de Jesus grandes ignominias y afrentas; si padecer se puede llamar en la honra, quien ya no la tenia ni se acordaba de ella, mas que si no fuera; en fin, se le ofrecieron ocasiones para probar su paciencia y la estima que hacia de esta amarga honra, tras de que el mundo anda y bebe los vientos. En el tiempo que la Orden padecia grandes persecuciones, le cupo á la Santa, como á cabeza y autora de este bien, la mayor parte de ellas. Y no solo eran persecuciones de personas ordinarias, sino de las muy graves y de mas crédito, como eran Religiosos, Perlados y otras de mucha autoridad, á quienes ó se les habia de dar fé á lo que decian, ó hacérseles grande agravio en no creerles. Fueron tantos los testimonios que á la Madre y á todos los Frailes y Monjas levantaron, tantas las cosas que les imputaron, que no perdonaron á fealdad y torpeza, que de cualquiera mujercilla se pudiera decir: pues pusieron mácula y falta en su honestidad, diciendo de ella lo último que se pudiera decir de una mujercilla. Andaban los memoriales de unas manos en otras, y donde ellos no llegaban, suplían las lenguas, procurando hacer una comun voz de esta mentira. Faltó poco para que la creyese el Nuncio que entonces era, é indignado gravemente con la Santa Madre, con

resolucion le mandó recogerse en su Monasterio de Descalzas de Avila, y que no saliese mas de él, diciendo que era una fémina andariega é inquieta. Estaba entonces la Santa Madre en Toledo; y yo (como á quien ella hacia tanta merced) trataba entonces su alma y sus negocios, y consolábame mucho de verla, como estaba con una alegría y semblante admirable, venciendo con paciencia y contento tantos y tan grandes golpes, hasta que Dios volvió por la inocencia de su sierva y por la justicia de su Orden, y fueron todos libres de estas olas y tempestades de trabajos.

Otro trabajo no menor que el pasado, se le ofreció estando tambien en Toledo; donde como hubiese llegado de la fundacion de Sevilla, levantó luego el demonio algunos que con emulacion y envidia, mirando cómo resplandecia en los ojos de Dios y de los hombres esta nueva Reformation de Descalzos, pensando desdorar su lustre y nombre con afeár el de su Madre y Fundadora, comenzaron á sembrar por el lugar que era una mujer liviana, y que por los caminos traia galanes y damas en su compañía. Nació este error y engaño, por haber venido en compañía de la Santa Madre desde Sevilla á Toledo su hermano Lorenzo de Cepeda (que llegó de Indias estando la Madre en Sevilla), con la autoridad que á su persona convenia, y traia consigo una hija suya de hasta ocho años, que fué Monja en el Monasterio de Avila, llamada Teresa de Jesus. Esto bastó para sembrar fama que traia en su compañía galanes y damas; sufrió la Santa este golpe con la misma igualdad de ánimo que los demás; hasta que despues los autores de este daño, confusos y arrepentidos de lo que habian publicado, fueron con mucha humildad á pedir perdon á la que en nada se hallaba injuriada, y alguno de ellos quedó despues tan lastimado, que solia decir que en toda su vida no se le quitaria este dolor del corazon. De esto y de otras cosas semejantes hacia poco caso la Santa Madre, como la que ya tenia hecho el cuerpo á las armas, el escudo á los golpes, y el gusto á los trabajos.

De estos no le faltaron por el discurso de su vida y otros innumerables, que como Dios es tan buen artífice de labrar y asentar cruces, y estas son el mayor regalo que en esta vida á sus amigos hace, creciendo el regalo de cruz, cuanto crece el de amistad y gracia; siendo la Madre tan perfecta y enamorada

suya, y estando tan dispuesta á padecer, ofrecíale su Esposo ocasiones de coronas á medida de su deseo, y así fué ganando infinitas desde el principio de su conversion. Porque dejando ahora otros trabajos interiores (de que adelante diremos), comenzó á padecer en la honra (que es de que ahora tratamos) luego que el Señor le comenzó á hacer mercedes particulares; porque casi al mismo tiempo la reputaron por endemoniada, queriéndola conjurar como á tal, y ella á temerlo, como verdaderamente humilde. Y procediendo mas adelante, cuanto mas iban creciendo las mercedes, iba tambien siendo mayor la murmuracion que contra la Santa se levantaba: unos, llamándola endemoniada; otros, hipócrita y fingida; otros, ilusa y engañada; otros, mentirosa y engañadora; unos la atemorizaban que habia de parar en la Inquisicion; á otros les parecia que ya era tarde para ser acusada, y así andaba su honra en tales balanzas, y su reputacion perdida, no solo en los rincones secretos y plazas de la ciudad, sino tambien públicamente en los púlpitos, haciendo ya materia de doctrina y de escarmiento, los que se reputaban por errores y engaños de la Santa; y lo que es mas de ponderar, todo esto en presencia suya, y de su hermana, como referimos en el libro primero mas á la larga.

Ella llevaba y sufría todos estos golpes, como si fuera cosa que no le tocase al pelo de la ropa. Lo mismo hacia en todos los demás sucesos, como se vió en otro casi semejante al pasado. Porque como la Santa Madre Teresa de Jesus hubiese fundado el Monasterio de Monjas Descalzas de Medina del Campo, sobre cierto artículo de aquella fundacion, juntaron los Regidores de la villa los Religiosos mas graves de toda ella; hallóse entre ellos el P. M. Fr. Pedro Fernandez, Provincial Dominicó, hombre muy grave y de mucha santidad y letras. En esta consulta hubo un Religioso de cierta Orden, hombre de autoridad y reputacion; pero poco considerado, dijo allí públicamente mucho mal de la bienaventurada Madre, comparándola á Magdalena de la Cruz (una mujer burladora que hubo en aquellos tiempos, famosa en toda España por sus engaños y trato con el demonio), y otras cosas, con el celo de que ya habrá dado á Dios cuenta. El M. Fr. Pedro Fernandez, que conoció la virtud y santidad de la Madre, respondió lo que él sabia y sentía de ella, diciendo se iria de la junta si se

trataba mas de aquella materia. No faltó quien le contase á la Santa Madre (que entonces estaba en Alba tratando de fundar aquel Monasterio en casa de una hermana suya, llamada doña Juana de Ahumada) lo que habia pasado. Acaeció estar presente en aquella ocasion el P. M. Fr. Domingo Bañes, Confesor suyo (de quien otras veces habemos hecho mencion). Ella, como lo oyó, dijo luego con mucha humildad y serenidad, y con tantas veras, que espantara á quien la oyera: «Ay pecadora de mí, que no me conocen; que si me conociera ese Padre, otros mayores males pudiera decir de mí.» Sucedió que luego que la acabaron de contar esta murmuracion, pasando la Santa Madre Teresa de un aposento á otro, se diese un grandísimo golpe en la frente en el quicio de una puerta, de suerte que sonó el ruido de bien lejos. Levantóse su hermana harto turbada á socorrerla, y cuando llegó, la halló que riendo decia: «Ay hermana, esto me diga á mí que es trabajo, que sé dónde me duele; que ese otro que ahora contaban, no sé dónde me dá, que á mí no me duele.» Llegó tambien el P. M. Bañes entonces, y edificóse mucho de la grande serenidad y risa con que pasaba el sentimiento de su golpe, que habia sido muy grande, y mucho mas de lo que habia dicho: que aquello era lo que le dolia, pero que las cosas que de ella decian, no hallaba parte donde le doliesen, ó hiciesen alguna mella y sentimiento. Tal era el caso que hacia de los dichos de los hombres; tal la lástima que tenia de la honra vana, que segun esta cuenta, sintiera mas cualquiera picadura de mosca, que cuanto de ella podian decir; porque la luz grande que tenia del Cielo, así como le hacia no estimarse en mas, y no tener gloria vana por los dichos de los hombres, así tampoco daba lugar á que las murmuraciones fuesen bastantes para causar en ella pena ó tristeza alguna.

Llegando un dia la Santa Madre Teresa á un lugar de la Mancha que se llama la Puebla, fuese á apearse junto á la Iglesia (que allí era el ordinario puerto de su navegacion) para oír Misa y comulgar, como lo tenia de devocion y costumbre; viéndola los que estaban en la Iglesia, comenzaron á decir que parecia que aquella mujer traia malos pasos, y que seria bien prenderla; cuando llegó á recibir el Santísimo Sacramento, quedaron mas escandalizados. Lleganse á ella, y

dícenla que ¿cómo habia comulgado? que ¿quién era? ó ¿de dónde venia? y que primero que de allí saliese, se haria probanza de los pasos en que andaba. La Santa se alegró de oír esto, aunque no les respondia palabra. Crecia en la Iglesia el ruido sobre el caso, y estaba la gente tan alborotada con la novedad (á su parecer) tan estraña, que con ser el dia mismo de la vocacion de la Iglesia (que era de la Encarnacion), y haber grandes fiestas, todo estaba en suspenso, hasta ver el fin en que paraba aquella mala mujer que habia comulgado. Y á no venir un poco despues el P. Fr. Antonio de Jesus, que era conocido en aquella tierra, pasaba muy adelante el alboroto y averiguacion del caso. Habiendo el Padre dado muchas satisfacciones, aun no bastaba para aquietar los ánimos, porque todavía porfiaban que habian de enviar un hombre con aquellas mujeres para ver á dónde iban. A todas estas cosas, nunca la Madre respondió palabra, aunque se dijeron de ella cosas muy pesadas, todas en consecuencia de la materia de sospecha é indiscreto celo que el demonio habia puesto en sus corazones. No se le daba nada, ni lo sentia mas que si hablaran con otra; y decia que no tenia alli nada que ofrecer á Dios, y diciéndole la Madre Isabel de Jesus (que era compañera suya) que no podia sufrir que tales cosas se dijesen de ella, respondió la Santa con un semblante apacible: «Hija, no hay para mis oidos música mas suave que cuando me dicen estas cosas; porque hablando la verdad, ellos tienen razon, y pues no me dán de palos, qué mucho es digan eso de mí. Tan bien le sabian las injurias á la Santa Madre.

Partiendo la Santa Madre de Pastrana á Toledo, dióle la Princesa de Eboli un coche en que fuese; cuando llegó á Toledo, vióla un Clérigo que estaba loco; fuese al Convento, llamóla y díjola: ¿vos sois la Santa que engañais al mundo y os andais en coches? y sobre esto fué discantando todo lo que se le vino á la boca, como lo pudo hacer un loco. La Santa Madre, no sabiendo que lo era, le oyó con grande humildad, sin disculparse ni hablar palabra; despues, tratando con un siervo de Dios, le dijo: «No hay quien me diga mis faltas sino este.» Y aunque luego la dijeron, la que el hombre tenia de juicio, quedó desde entonces tan mal con los coches, que aunque Señoras principales se los ofrecian, no queria ir en ellos si no era á mas no poder, escogiendo para sus caminos carros

de los ordinarios y comunes; y porque á la que estaba tan determinada de morir en demanda del padecer no le faltasen mayores coronas, ofrecióle Nuestro Señor otro trabajo, que para ella fué grandísimo, pero bien recibido como los demás.

Era la Santa Madre agradecidísima, y lo estaba mucho á su General Fr. Bantista Rubeo de Rábena; lo uno, por el mucho amor que le habia mostrado; lo otro, por los grandes favores y ayudas que le habia dado para sus fundaciones, como arriba dejamos escrito. Siendo compelida la Santa Madre por el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios (que entonces era Visitador Apostólico y Superior de los Descalzos y Calzados) á ir á fundar á Sevilla, y el General no le hubiese dado licencia para que se estendiese á fundar en Andalucía, fueron luego las nuevas á Roma á su General, y tambien llegaron las murmuraciones y memoriales contra la Santa Madre Teresa, notándola de cosas semejantes á la condicion de quien las escribia. El General llevó pesadamente este hecho, y enojóse mucho contra la Santa Madre; escribióle una carta desde Roma, en la cual (mostrando la desgracia que con ella tenia) la envió á mandar saliese de Andalucía y tomase por cárcel uno de los Conventos de Descalzas que hubiese fundado fuera de Andalucía. Estaba la Madre en Sevilla cuando la dieron esta carta, y al mismo punto que la recibió, se partió y se vino á encarcelar al Convento que habia fundado en Toledo; sin quererse detener en el camino á fundar el Monasterio de Caravaca, que estaba ya concertado, y tenia ella escogidas Monjas para este propósito. Aquí estuvo mas de un año, mas contenta por lo que á ella tocaba en la cárcel, que en los caminos. Fué tan grande el gozo cuando supo las cosas que de sí habian dicho al General contra ella, que no cabia en sí. Estos eran los júbilos y excesos de alegría que la Santa recibia en estas ocasiones, en lugar de los que otros suelen tener de pena y de afliccion.

Uno de los mayores trabajos que padeció la Santa Madre en el discurso de su vida, fué en la fundacion de Sevilla; porque como habemos referido tratando de esta fundacion, allí la levantaron falsos testimonios de cosas gravísimas, y llegó á tanto, que la Santa Madre y sus Monjas fueron acusadas ante el Santo Oficio, imponiéndolas mil mentiras y desatinos; por-

que la autoridad de las personas que la acusaban, y el crédito de virtud que tenían, era tan grande, que se tomó información de parte de la Santa Inquisición, como mas largamente escribimos en el libro segundo. Y con estar tan inocentes y libres, así la Santa como sus compañeras, llegó el negocio á tanto, que cada dia esperaban que habian de venir por ellas y llevarlas presas á la Inquisición. Fueron aquí tan grandes los trabajos que la Santa Madre pasó, que despues de los que tuvo en la fundación del primer Monasterio de San José de Avila (que respecto de esto solia ella decir todo cuanto habia pasado en toda su vida, era nada), habian sido estos los mayores, y donde mas parece Nuestro Señor la habia dejado en sí misma, para que padeciese y reconociese mejor, que la paciencia y fortaleza que tenia era de Dios y no suya. Con ser este negocio tan grave, de tanta infamia, y donde tanto daño podia venir á las fundaciones de sus Monasterios y á toda la Orden, que entonces estaba en mantillas, y criándose (como dicen) á sus pechos; estaba la Santa con un ánimo tan fuerte, y con una alegría de padecer sin culpa por amor de Jesucristo su Esposo, como si nada de esto hubiera de por medio. Porque la confianza que tenia en Dios de su inocencia, la certidumbre y esperiencia tan grande de su divina providencia con que habia probado el cuidado que el Señor tenia de sí, y de ordenar todas sus cosas á mas altos fines de lo que ella podia pensar, y el gusto grande de padecer, la hacian perder el temor, donde los fuertes con razon le suelen tener, como se verá de unas palabras que aquí pondré, sacadas de una carta que ella escribió á la Madre María Baptista, Priora de Valladolid, sobrina suya, y compañera de las primeras de la Orden, donde tratando de lo que aquí padeció, despues de haber contado algunos trabajos, dice de esta manera: (*Carta 47, tom. I.*) «Bendito sea el Señor que de todo se saca bien; y yo de ver tanto junto, he estado con un contento estraño. De mí le digo que me hizo Dios una merced que estaba como en un deleite; con representármeme el gran daño que á todas estas cosas podia venir, no bastaba, que escedia el contento. Gran cosa es la seguridad de la conciencia y estar libre. Buena estoy, aunque no lo he estado mucho; este jarabe me dá la vida. ¡Oh qué año he pasado aquí!» Y por lo mucho que padeció solia decir la Santa, que en ninguna parte la habian conocido mejor que en

Sevilla, y que si fuera en su mano, y la obediencia no le compeliere, gustara de no salir de allí. Y para dar fin á este capítulo, pondré lo que la Santa Madre escribe en una relacion que dió á sus Confesores (*Carta 12, tom. 2.*) de la merced que Nuestro Señor la habia hecho en la virtud de la paciencia y desprecio de la honra, que servirán como de sello á este capítulo, y de admiracion y doctrina para quien las leyere. Las palabras son estas: «En cosas que dicen de mi murmuracion, (que son hartas, y en mi perjuicio y hartos), tambien me siento mejorada; no me parece me hace casi impresion, mas que á un bobo, y paréceme algunas veces tienen razon y casi siempre. Siéntolo tan poco, que aun no me parece tengo que ofrecer Dios, como tengo esperiencia, que gana mi alma mucho; antes me parece me hacen bien; antes como veo algunas veces otras personas me dan lástima; es ansí, que entre mí me rio, porque parecen todos los agravios tan de poco tomo los de esta vida, que no hay que sentir, porque me figuro andar en un sueño, y veo que en despertando será todo nada.» Y mas abajo dice: «Con las personas que decian mal de mí, no solo no estaba mal con ellas, sino que me parece las cobraba amor de nuevo; no sé cómo era esto; bien dado de la mano del Señor.

CAPITULO XIV.

De los grandes trabajos interiores que padeció la Santa Madre Teresa de Jesus.

Trabajos son en los justos las enfermedades y dolores que padecen en el cuerpo, trabajos son tambien en el alma los que padecen con las afrentas y oprobios; porque aunque en la condicion y estilo de vida los Santos no sean hombres, sino ángeles, pero al fin están vestidos de nuestra naturaleza, que como es sensible, siente, y una vez que otra no puede dejar de dar muestra (por lo menos en el sentimiento) que es de hombre, y estragado por el pecado; pero trabajos son estos, que en la opinion de los Santos y en la verdad, no merecen este nombre, respecto de los interiores que Dios dá á sus escogidos y amigos. Fueron estos en la Santa Madre grandísimos, y sin comparacion mayores que cuantos padeció en su vida.

Tuvo al principio de su conversion casi veinte años de sequedades, sin que en todo este tiempo viese (como dicen) sino muy raras veces á Dios la cara, sin recibir apenas una consolacion de su mano. Mostrábasele Dios duro y cruel en el trato, pero en la sustancia muy padre; porque la iba ensayando desde sus principios á la paciencia, y haciéndola á las armas de los trabajos; padecíalos en este tiempo tan grandes, que confiesa ella misma que no habia tormento, por grande que fuese, á que no se ofreciese de mejor gana que á entrar en oracion; tales eran las sequedades que allí sentia, las reprehensiones que el Señor la daba, y los golpes con que labraba esta piedra, que despues habia de ser fundamental y columna de la Iglesia.

A otros entra Dios en su casa por la puerta de los gustos, á la Santa Madre por la del padecer y de cruz, dándola prendas y pronósticos desde sus principios, de que la escogia para grandes cosas de su servicio, y para grandes trabajos en su vida; en la cual los medios y los fines fueron correspondientes á los principios; porque aunque pasado este tiempo de los veinte años de sequedades, Nuestro Señor comenzó á llover misericordias sobre su alma, y á visitarla con tantos y tan particulares regalos, que no parece faltaba ya casi nada para acabar de correr las cortinas y velos de la Fé, y mostrarla su esencia y su gloria, como á otro San Pablo; porque todo lo que fué menos que esto, arrobamientos, visiones, hablas, revelaciones, profecías y otras prerogativas y dones singulares, todo se lo comunicó el Señor, pero con tal contrapeso, que el ágrío de los trabajos era igual, si ya á la Santa no le parecia mayor, que lo dulce y sabroso de los regalos; porque tanta perplejidad y duda como tuvo tantos años, si era Dios ó demonio con quien trataba; tanto temor de no ser engañada en pena de sus grandes culpas (segun ella sentia); tantas pruebas y exámenes sobre este caso, y el verse la Santa en el juicio y boca de tantos, fué uno de los mayores tormentos que ella padeció en su vida; los desamparos que á tiempos padecia de Dios, tan grandes, que la dejaban tan atónita y aniquilada, que (como ella dice) no sabia en qué ley vivia, ni entendia lo que leia, ni lo que hacia. Lo menos que en estos tiempos padecia era carecer sin remedio de consuelo del Cielo y de la tierra, estando cerradas todas las puertas del alma por donde le pudiese entrar

algun rayo de luz, si no fuese alguno que la ayudase mas á su pena, y aunque en estas ocasiones no estaba el alma para mostrar alegría, pero no le faltaban fuerzas con el ayuda de Dios, sacadas de tan gran flaqueza para resignarse en sus manos, y suplicarle, que si era voluntad suya que ella estuviese así siempre, que la tuviese de su mano para que ella no le ofendiese, y se cumpliese en todo su voluntad divina. Y porque de estos trabajos habemos escrito mas largamente por muchos capítulos en el libro primero, solo añadiré que en este tiempo tuvo una vision la Santa Madre, en la cual se vió sola en un campo, en medio de mucha gente toda armada contra ella, y que unos la herian con lanzas, otros con dagas, otros con unos estoques muy largos, sin haber quién volviese á ella la cabeza, si no era para maltratarla, representándole el Señor las grandes persecuciones que por razon de estas cosas interiores habia de padecer, como ella esperimentó despues. En esta pelea y persecucion, que fué muy grande, aprendió á padecer y confiar en solo Dios, y así dice en su vida: «Fálteme todo, Señor mio, mas si vos no me desamparais, no faltaré yo á vos. Levántense contra mí todos los letrados, persíguenme todas las cosas criadas, atorméntenme los demonios; no me falteis vos, Señor, que ya yo tengo esperiencia de la ganancia con que sacais á quien en vos confia.»

Entre otros trabajos interiores podremos contar uno de los mayores que la Santa Madre padecia (y por ventura será el que menos será creido de quien no tuviere alguna esperiencia del fuego que Dios enciende en las almas de los que le aman); este era unos ímpetus tan grandes, y unos descos tan vivos y encendidos de ver á Dios, que la arrancaban el corazon y el alma y la vida tras de ella, si á veces no proveyera el Señor de templar el furor de este fuego y la viveza de estos deseos, con remitir algun tanto la causa y ocasion de donde nacian, dándola algun arrobamiento (que esta era la cura de esta lla-ga), como ella escribe en su vida, y en una relacion que dió á su Confesor, por estas palabras: (*Carta II, tom. 2.*) «Otras veces me dan unos ímpetus grandes, con un deshacimiento por Dios, que no me puedo valer; paréceme que se me vá á acabar la vida, y ansí me hace dar voces y llamar á Dios, y esto con gran furor me dá. Algunas veces no puedo estar sentada segun me dan las vascas; y esta pena me viene sin procurarla, y es

tal, que el alma nunca querria salir de ellas mientras viviese; y son las ansias que tengo, por no vivir y parecer, que se vive sin poderse remediar, pues el remedio para ver á Dios es la muerte, y esta no puedo tomarla. Y con esto parece á mi alma, que todos están consoladísimos sino ella, y que todos hallan remedio para sus trabajos sino ella. Es tanto lo que aprieta esto, que si el Señor no lo remediase con algun arroba- miento, donde todo se aplaca, y el alma queda con gran quietud, satisfecha algunas veces con ver algo de lo que desea, otras con entender otras cosas, sin nada de esto, era imposible salir de aquella pena.» Y aunque no era siempre en grado tan crecido, pero de ordinario andaba con unas ansias de Dios tan grandes, y una sed tan insaciable, que como cierva herida corria siempre fatigada buscando aquella vena de agua viva que Dios la habia descubierto en el centro de su alma.

Padeció tambien por largo espacio de tiempo otros muchos interiores (de que hicimos mencion en el libro primero), porque muchas veces, ausentándose el Señor, y escondiendo la faz de su presencia, dejada en manos de sus enemigos, la combatian con fieros golpes, unos de falsa humildad, otros de desesperacion, procurando hacerla creer que estaba reprobada de Dios, y todos á una voz procuraban sembrar en su alma oscuridad y tinieblas, como Príncipes de ellas. Pero ¿para qué me canso en referir por menudo los trabajos de esta Santa? ¿las persecuciones que tuvo, nacidas de la envidia de los demonios, ó de la malicia de los hombres? ¿las batallas espirituales que venció, y las coronas de paciencia que en ellas gloriosamente mereció? porque me parece que hago agravio en contar particulares trabajos, habiendo sido toda su vida (que duró por espacio de sesenta y ocho años, ó á lo menos desde que se convirtió de veras á Nuestro Señor) una muy larga tela, urdida toda, y tramada con continuas y largas aflicciones; porque al principio tan graves enfermedades, como habemos contado arriba, tras de estas, casi veinte años de sequedades, que bastara á consumir un diamante, y este fué el primer tercio de su vida. Despues que en el segundo, que fué cuando el Señor se le comenzó á descubrir y á tratar mas familiarmente con ella tantas perplejidades y dudas, que la daban tanta pena, que sin duda las sequedades pasadas eran gloria en comparacion del tormento

en que á veces se hallaba enredada. Hasta aquí podemos decir que fué la segunda jornada de la vida, que es cuando el Señor iba labrando y cimentando en ella virtudes de humildad y paciencia, y otras heróicas y divinas, para que diese principio á tan grande obra; pues aquí fueron los mayores trabajos que ella tuvo, porque aquellas perplejidades y dudas de si era Dios ó demonio, y otras mil maneras de tormentos que entonces padeció, no fueron menores para ella que otras tantas muertes.

Pues qué diré de la última parte y tercio de la vida, que fué cuando salió á fundar la nueva Reformation y Orden de los Descalzos; los trabajos y persecuciones en todo género, tiempo y lugar, que pasó en las fundaciones de sus Monasterios; esto se podrá ver bien claramente por lo que habemos escrito en el capítulo doce de este libro tercero, y casi por todo el discurso del segundo libro.

Así que toda su vida fué un sucesivo trabajo; porque á todos estos que habemos contado, acompañaron otros de continuas enfermedades, como arriba digimos, que aunque no fueron tan graves como á los principios, pero suficientes para que no se le pasase ningun dia de toda su vida sin padecer grandes y estremados dolores; en todos mostró increíble paciencia, y lo que mas es, continúa alegría; ninguno hubo, por poderoso que fuese, que la rindiese á pedir siquiera á Nuestro Señor la aflojase la mano, antes con los trabajos y dolores crecia la determinacion y fuerzas para padecer, que no parece sino que en la carne tenia fuerzas de espíritu, y en el espíritu fortaleza de Dios; porque aunque todo el mundo se juntase á contrastarla, no era mas que querer combatir una roca con agujas ó alfileres. Ponia admiracion y espanto la determinacion grande que en esta parte tenia, y como una vez la preguntase una Religiosa cómo podia llevar tan grandes trabajos, respondió la Santa que parecia que tenia una tablilla delante del corazon en que descargaban los golpes sin tocarla en él; y era ello así, porque esta tablilla que ella disimuladamente calló, era el escudo de la paciencia donde descargaban los golpes sin tocar en el alma. Paréceme á mí que lo que á ella la hacia no sentir, era lo mucho que á Dios amaba y el deseo que tenia de padecer algo por él, el grande aborrecimiento que á su cuerpo, y á su honra, y á todo lo que era ella tenia. De este ódio

cruel le nacia un deseo de verse vengada de tales enemigos, y así decia que se holgaba con las enfermedades, porque la ayudaban á vengarse de su cuerpo.

Tenia grande envidia á los Santos que habian padecido grandes trabajos por Dios. Sucedióle una vez, que estando en Toledo una noche, habiendo rezado los Maitines de San Pedro y San Pablo, le dió un ímpetu tan grande y llanto tan extraordinario, que parecia tenia ánsias de muerte, y que el corazon se le salia del cuerpo; decia unas palabras muy sentidas y llenas de envidia de la dicha y ventura de aquellos grandes Apóstoles, en morir tales muertes por Dios. Un año antes que muriese, estando yo con la Santa Madre tratando de algunas cosas de su Orden y de su espíritu, entre otras que me dijo, fué una, que con ser tan grandes los deseos que tenia de verse con Dios, deseaba por otra parte vivir, por padecer por él mas, y declaróme aquel lugar de la Esposa, *fulcite me floribus stipate me malis, quia amore langueo*, muy para su propósito y para mi confusion, diciendo estas palabras: «Para qué, Esposa, pedís confortativos para vivir? ¿Pues qué mejor muerte podeis desear, que de amor? ¿Amais y veis os morir de amor, y deseais vivir? Sí, porque deseo sustentar la vida para servirle y padecer mas por él.» Y así, estando la Santa Madre abrasada en esta llama, como ella me refirió á mí, dijo al Señor: «¿Cómo se puede pasar, Señor, la vida sin vos? Y ¿cómo se puede vivir muriendo?» Y respondióla el Señor: «Hija, pensando que acabada esta vida no me podrás mas servir ni padecer por mí.» Y con estas flores y manzanas esforzó Dios su corazon en sus trabajos, que fueron muy grandes, y le hizo que le fuese agradable la vida enferma de amor, y violentada con la larga esperanza de gozarle.

Conforme á los bienes que la Santa Madre experimentaba en los trabajos, era el deseo de persuadir á todo el mundo los frutos y tesoros que en ellos estaban escondidos: están sus libros sembrados de esta doctrina, y no hay plana donde no trate y persuada cruz, y trabajos, no solo á sufrirlos, sino á desearlos y pedirlos á Nuestro Señor en la oracion, y aunque á sus hijas animaba mucho á todas las virtudes, en especial las procuraba aficionar á esta del padecer por Dios, poniéndoles delante, era grande afrenta ir por otro camino que por el que habia ido su Esposo, y que la Monja que no sintiese en sí

estos deseos, no se tuviese por Descalza. Cuando alguno trataba con la Madre, si veia que era amigo de padecer, se holgaba mucho, pareciéndola habia dado en la vena de la santidad, pues habia encontrado con la del padecer.

Toda esta doctrina y ejemplos de trabajos y de la paciencia que en ellos habemos de tener, habia el Señor, como Maestro de la verdad, estampado en el alma de la Santa Madre, que entre otras cosas la dijo un dia acerca del padecer, lo siguiente (*Adiciones á la Vida*): «¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar, y en padecer, y en amar. No habrás oido que San Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales mas de una vez y muchas que padeció. Y ves mi vida toda llena de padecer, y solo en el Monte Tabor habrás oido mi gozo. No pienses cuando ves á mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos, sin grave tormento; desde que le dijo Simeon aquellas palabras, la dió mi Padre clara luz de lo que yo habia de padecer. Los grandes Santos que vivieron por los desiertos, como eran guiados por Dios, así hicieron graves penitencias, y sin esto tenían grandes batallas con el demonio y consigo mismos; mucho tiempo se pasaban sin ninguna consolacion espiritual. Cree, hija, que á quien mi Padre mas ama, dá mayores trabajos, y á estos responde el amor. ¿En qué te lo puedo mas mostrar, que en querer para tí lo que quise para mí? Mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores; este es el camino de la verdad. Tambien me dijo que trajese mucho en la memoria las palabras que dijo á sus Apóstoles, que no habia de ser mas el siervo que el Señor.» Quedó tan impresa esta doctrina en su alma, y llegó á tener tan grande gusto en el padecer, que, como ya habemos visto, nunca la faltó el deseo ni el deleite en los trabajos.

CAPITULO XV.

De la gran prudencia y sinceridad de la Santa Madre Teresa de Jesus.

Como la prudencia y discrecion sea en la vida espiritual lo que los ojos en el cuerpo y lo que el carretero en el carro, que tiene por oficio llevar las riendas en la mano, guiándole por

donde ha de caminar, viene á ser como la guia y como el Capitan de las demás virtudes morales. Por esto con tan justa razon aquel gran Padre Antonio, en una junta que tuvo con otros Santos Padres del yermo, vino á darle á esta virtud la primera silla, como á maestra y guia de las demás. Pues el Señor, que adornó á su sierva de tantas virtudes, la proveyó tambien de esta, porque no quedase á oscuras y sin ojos todo el cuerpo de las demás.

Cuánta haya sido la prudencia de esta Santa, lo muestran bien sus obras, porque primeramente, el haberse sabido valer con tanta discrecion y prudencia en el trato con Dios, en el esceso de las divinas visiones y revelaciones, sin peligro de vanidad y soberbia, cosa que acaece á muy pocos, que como nuestra miseria es tan grande viéndose en alto, particularmente mujeres (como gente de flaca cabeza), se desvanecen y pierden la vista de los ojos y dán consigo en el profundo. Siempre los tuvo la Santa Madre fijos en su vileza y con la virtud de la prudencia y humildad, no apartándolos de quien ella era, salió á seguro puerto en navegacion tan peligrosa. Tuvo prudencia muy grande en estos tiempos para entender las artes y celadas del enemigo, sus entradas y sus salidas, y sus engaños y sus reveses, y para no creer á todo espíritu, ni dejarse vencer de cualquiera figura de bien, recatándose mas de aquel que viene con máscara y apariencia de mayor virtud, y no fiarse ni de sí, ni de todo espíritu, ni de todas personas, ni hacer cosa, ni creerla, ni discernirla por su propio parecer, como la Santa lo hizo en todas estas visiones y revelaciones, que es la mayor prudencia y discrecion para vadearse en negocios tan árduos y delicados. Pues como todas las virtudes anden al paso de la prudencia, como lo hacen todos los cielos al movimiento del primer mobile, siendo en esta Santa las demás virtudes aventajadísimas, y mas que humanas, necesariamente lo habia de ser tambien su prudencia.

Prudencia mas que humana fué menester para que una mujer flaca, pobre, enferma, desnuda de todo arrimo y favor temporal, emprendiese una nueva Reformacion, no solo de mujeres, sino de hombres, y que por su mano hiciese tantos Monasterios, y lo que mas es, pobres y sin renta, venciendo tantas dificultades, templando tantas condiciones, ganando tantas voluntades, despreciando varonilmente tantos juicios y

pareceres del mundo, y el decir y murmurar de las gentes, no haciendo mas caso que si fueran ladridos de gozquez, y al fin haber acertado con los medios que para tan altas y tan grandes cosas fueron necesarios. Sobre todo, dió muestras la bienaventurada Madre Teresa de Jesus de su prudencia en las Constituciones y modo de vida que instituyó para sus Monasterios; porque así como por la perfecta labor de las piedras y perfeccion del edificio, se echa claramente de ver el arte y primor del artífice, por ninguna cosa mejor se conocerá la prudencia de la maestra de tales obras, que por la perfeccion de sus Monasterios, donde, como todos saben y lo que á todos admira, se vé lo que apenas la carne cree, que es tanta mortificacion y penitencia, con tanta alegría, y juntamente tanto trato de oracion y espíritu, tanto olvido de las cosas temporales, tanto desprecio de la honra y tanto amor á la humildad, al trabajo y á todo lo que es virtud; y con ser este instituto de tanta penitencia, de tal manera templó este rigor con su prudencia la Santa Madre, que con otros mil géneros de alivios que pone, todos de mas virtud y de mayor perfeccion, vino á componer una vida muy suave y llevadera.

Lo que mas admira, no es tanto las reglas muertas, cuanto la prudencia viva con que esta Santa gobernó tantos Monasterios, siendo una mujer tan enferma y tan ocupada de ordinario; y Monasterios no como quiera, sino en sus principios, donde la pobreza y dificultades que en cada uno se ofrecian, bastaran á veces para dar qué entender á diez varoniles mujeres, y una sola bastaba para tantos; porque de la manera que un General ó Provincial gobierna los Monasterios de su Orden ó Provincia, y los visita, instruye, amonesta y castiga, gobernaba ella sus Monasterios; porque no solo se comunicaban con la Santa todos los negocios graves y dificultosos que en ellos se ofrecian, esperando su determinacion, como de Madre y fundadora, sino que cuando la necesidad lo pedia, los visitaba personalmente y hacia rostro á las contradicciones y trabajos que de fuera se ofrecian, y á los abusos que el demonio á veces procuraba introducir en ellos; para esto tenia todas las veces de Provincial, que se las habia dado el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios para todas sus Monjas. Despues, cuando se aumentaron los Monasterios de los Frailes Descalzos, crecieron tambien sus cuidados, y las muestras de su valor y prudencia;

porque aunque por ser mujer no tenia autoridad para gobernarlos, pero en todo lo demás se regian por su consejo, y crecian con su arrimo, y ella, como verdadera Madre, les daba la leche de su doctrina y defendia en todos sus trabajos y contradicciones, como en otra parte habemos dicho. Y así la Princesa doña Juana, hermana del Rey Felipe II, que amaba tiernamente á la Santa Madre Teresa, habiéndola enviado á decir se fuese á apear al Monasterio de las Descalzas de Madrid, que ella habia fundado para recogerse en él, dijo, entre otras cosas, no sé cómo os podeis valer con tantos Monasterios, pues yo apenas puedo con uno.

Gobernaba la Santa Madre su Orden con una prudencia del Cielo. Tenia á sus hijas mucho amor, y así era querida de todas (que es el origen y fundamento del buen gobierno), y hacia de ellas lo que queria; tenia gran cuenta de proveerlas todo lo necesario, procurando quanto fuese posible, segun el estado de su profesion y pobreza, no faltase nada; particularmente á las enfermas procurabā el regalo, y decia: «Que antes habia de faltar lo necesario para los sanos, que el regalo para los enfermos.» Pero si alguna vez, para prueba de sus siervas, ó para esperiencia de la santa pobreza, faltaba á sanas ó enfermas alguna cosa, deseaba se llevase con mucha paciencia, persuadiéndolas que eran pobres y Ermitañas; poniéndolas delante las enfermedades y pobreza que aquellos Santos Padres del Yermo pasaron por Dios.

El amor que sus Monjas le tenian, estaba junto con gran reverencia y con estraordinario respeto, causado de la gran santidad y prudencia que en ella conocián; porque con amarla tanto y mostrar la Santa á todas un semblante gravemente alegre, acaecia no osar alzar los ojos á mirarla las que estaban con ella. Tenia en responder mucha gravedad, y unas razones con que de tal manera ponderaba y ponía delante de los ojos la falta, que la culpada quedaba confusa y deseosa de enmendarse y agradecida á quien la reprendía, porque lo hacia con mucha suavidad, y en sus palabras se veía su celo y sus entrañas. Aunque algunas veces con mucha prudencia sufría los defectos de los otros y daba pasada á las flaquezas ajenas, teniendo entonces por ganancia perder; disimulaba esperando en las ocasiones tiempo oportuno para que hiciese provecho el castigo, que como no todo tiempo es acomodado para podar y

cortar los árboles, así hay algunos en los cuales no se puede entrar con la hoz de la correccion en los corazones, sino es para destruirlos y para que la medicina se convierta en ponzoña, y lo que se dá por purga de salud, sea jarabe de muerte; pero con esto disimulaba pocas faltas, y segun la tierra en que habia de sembrar la semilla de la correccion, era el modo que guardaba en cultivarla; porque á unas trataba con amor (y esto era lo mas ordinario), y á otras con aspereza, mortificándolas y aprobándolas conforme veia era la necesidad de su alma; y si encontraba alguna proterva la amenazaba con reclusion y otros castigos semejantes, haciendo en esto como sábio médico, que unas llagas cura con aceite, y otras con fuego y cuchillo.

Trataba siempre á una Religiosa con semblante severo y riguroso, y diciéndole otra Monja, que cómo trataba de aquella manera á aquella hermana que era tan buena, y que amaba tanto á la misma Madre, respondió la Santa que ella tenia el mismo concepto de aquella Religiosa; pero que su natural habia menester ser llevado por aquel camino para que aprovechase. Otras veces decia á cada una en particular con mucho amor sus faltas; con las humildes y obedientes era muy piadosa; muy rigurosa y terrible con las que eran algo libres, porque echaba de ver que la libertad entre las Monjas era madrastra de la castidad y de la Religion; si en acabando de reprender á alguna, veia humildad y reconocimiento de la falta en que habia caido, volvía luego con semblante alegre y apacible.

A los principios de su gobierno comenzó con mucho rigor, y al cabo de él con la esperiencia, moderó mucha parte de él, como ella escribió á la Madre María Baptista, por estas palabras: «Sepa que no soy la que solia en gobernar, todo vá con amor, no sé si lo hace que no me hacen por qué, ó haber entendido que se remedia así mejor.

En el recibir novicias, miraba mas á los talentos que á las dotes, y por ningun interés del mundo, ni por otro respeto, decia, se habia de recibir ninguna en quien no concurriesen las partes y calidades que las constituciones piden, especialmente si la falta era en la condicion ó en el entendimiento, que en estas dos cosas era donde de ordinario mas reparaba. Tenia gran cuenta en que no se admitiese ninguna que fuese melan-

cólica, porque además de no ser para ellas profesion de tanta oracion y encerramiento, suelen ser notablemente onerosas y dañosas para la comunidad; pero con las que hubiese en la Religion, gustaba se tuviese mucho cuidado con ellas, proveyéndolas de lo necesario y ensanchándolas el corazon todo lo que segun su profesion se permite, aunque no de suerte que se les diese lugar para seguir el ímpetu de su humor y melancolía, dejándoles salir con sus desordenados antojos, libertades y desobediencias; antes hacia apremiar y castigarlas, haciéndoles con penitencias y muestras de rigores sufridas, cuerdas y observantes; porque como tenia tan grande entereza en la guarda de la Regla y Constituciones, por cosa ninguna del mundo sufría relajacion en esto á sanas ni á enfermas, por más que fuesen en la Religion, ni por más que lo hubiesen sido en el siglo.

Era estrañamente amiga de gente de buen entendimiento, y fuera de lo que era el llamamiento de Dios, en ninguna cosa miraba mas, ni reparaba en las novicias (aunque fuesen Freilas) que era en el entendimiento; hacia poco caso de la oracion ó devocion que tenian en el siglo, faltándoles este talento, que en su opinion y en la verdad, es grande fundamento del edificio. Acaeció que una persona grave le alababa mucho la santidad y oracion de una que pretendia el hábito; la Madre le respondió: «La devocion acá se la dará Nuestro Señor, y la oracion acá se le enseñara, antes que á las que allá fuera la han tenido; es menester algunas veces trabajar primero por hacerlas olvidar lo que han aprendido; pero si no tiene buen entendimiento no se lo darán acá. Y fuera de eso Monja devota y sierva de Dios, si no tiene entendimiento no es mas que para sí; si tiene entendimiento aprovecha para gobernar á otras y para todos los oficios que son menester. Tambien tienen otro mal las que tienen poco entendimiento, que no caen en las faltas que tienen, ni las saben conocer, aunque se las avisen, y siempre piensan que aciertan, y no hay quien las saque de allí, ni las haga rendir su juicio.» Todo esto es de la Santa Madre.

Ponia gran diligencia en que las Prioras fuesen personas, no solo espirituales (porque de las que solamente eran santas, no se pagaba para este oficio), sino tambien muy prudentes y de mucho ejemplo. Muchas veces les encargaba, que lo princi-

pal para que les daban el oficio, era para que hiciesen guardar la Regla y Constituciones, y no para que cada una libremente quitase ó añadiese de su cabeza. Tambien encargaba mucho á las súbditas que advirtiesen á las Prioras con humildad y reverencia sus faltas, y si ellas mostrasen algun desabrimiento, lo sufriesen por amor de Dios, que Su Magestad les daria el premio; persuadíales las dijese tambien en tiempo de visita ó fuera de ella á sus Perlados, con caridad y discrecion, porque esto era muy necesario para la conservacion y aumento de la perfeccion, y el pensar algunas que esto era falta ó bajeza, tenia por simpleza grande. Decia tambien (*Visita de los Conventos, ním. 16.*), «tenia por imposible hiciese bien su oficio la Priora que hiciese alguna falta que no quisiese que la supiese el Perlado, porque antes esto la habia de dar contento, pues si era buena, no habia para qué esconderla de quien está en lugar de Dios. Y si mala, era bien que no la hiciese y que la supiese para corregirla y enmendarla.» Deseaba mucho que los Perlados quitasen luego el oficio á las Prioras que no tenian talento para él, sin permitir que pasase del primer año, porque decia, «que en un año Perlada semejante puede hacer mucho daño, y si pasan tres destruirá el Monasterio, permitiendo relajaciones. Y en esta parte no querria que hubiese piedad ninguna; porque donde hay tanta perfeccion y obligacion de humildad, ninguna tendrá por agravio que la quiten el oficio, y si lo tuviere por ahí (dice) se ve no es para él, porque no ha de gobernar almas que tanto tratan de perfeccion, la que tuviere tan poca que quiere ser Perlada.»

Seria nunca acabar si hubiésemos de contar por menudo los avisos de discrecion y prudencia que la Santa enseñó de palabra, y dejó escritos en sus libros y en otros papeles. Solo diré de casos particulares uno, donde descubrió la Madre el gran talento que Dios la habia dado de discrecion y prudencia, y fué cuando vino por Priora á la Encarnacion de Avila, adonde fué elegida por el Visitador Fr. Pedro Fernandez, contra la voluntad de todas las Monjas, y recibida cuando llegó á hacer su oficio, no solo con semblantes torcidos, sino con palabras y obras muy injuriosas, como arriba habemos contado. Vióse la admirable prudencia que la Santa Madre tuvo en la primera plática que les hizo, donde con su discrecion y palabras las comenzó á ganar los corazones, y poco á poco con singular

destreza se vino á enseñorear de tal manera de las voluntades de todas, que las que antes estaban como unas enemigas para poner las manos en ella, ya no se cansaban de dar gracias á Dios por haberles dado tal Madre y Perlada. Habia en este Monasterio cerca de cien Monjas, y todas profesaban la regla mitigada; y como suele acaecer, habia conversaciones y otras cosas que en semejantes Monasterios pasan; á todas las puso en tanta perfeccion, como si fueran Descalzas, y redujo aquella casa á tanta reformation, que dura hasta el dia de hoy. Acabó su oficio con tanta pena de todas, cuanta antes habian recibido de su entrada, y quedaron tan pagadas de su prudencia, y tan cultivadas con su doctrina, y tan deseosas de experimentar otra vez su gobierno, que la volvieron á elegir segunda vez contra la voluntad de su Provincial, é hicieron grandes diligencias con el Consejo Real y con otros Potentados de España, para que la Santa Madre volviese á ser su Perlada.

En el tratar con los prógimos con mucho aprovechamiento de todos los que trataban, tuvo gran destreza; porque sabia tomar prudentemente el pulso á la condicion y espíritu de cada uno, y conocida su necesidad sufrirle, y sábiamente enderezarle por aquellos medios por donde podia ser mejor encaminado á lo que mas le convenia. Y porque la docilidad es una de las principales partes de la prudencia, que consiste en tomar el parecer ageno, y rendir su juicio al de los otros, aunque la Santa Madre le tenia tan bueno para todas las cosas, y en todos sus negocios se ayudaba de la devota y humilde oracion, que es medio para alcanzar luz y verdad; pero siempre comunicaba sus negocios con personas y letrados, y sujetaba con humildad su alma y parecer, á lo que ellos ordenasen. En esta sujecion y rendimiento fué escellentísima, y en premio de ella fué dotada del Señor de gran luz y de singular prudencia. Mas aunque de ordinario rendia su juicio y parecer, y en esto era humildísima; pero cuando el Señor le hacia merced de darle á entender alguna verdad de mas perfeccion, y mas si ella tenia de su parte alguna persona de satisfaccion y experiencia que la ayudase, aunque todo el mundo se juntase no bastara para hacerla volver el pié atrás, como se vió al principio de la Fundacion de sus Monasterios, cuando tuvo tanta contradiccion para que no los fundase sin renta; jamás cuantos letrados

hubo y la trataron de este punto fueron poderosos para persuadirla era mas conveniente el tener renta, porque ella decia que siempre que miraba á Nuestro Señor tan pobre y desnudo, no se podia persuadir á tener riquezas.

Estas y otras cosas semejantes emprendia con una prudencia mas divina que humana, con la cual muchas veces no media tanto las cosas con los pasos de la razon, que son cortos, y muchas veces inciertos, y siempre limitados, sino que despreciando todas las cosas de este mundo, y poniéndose en los brazos de su esposo, en él (olvidada de todos los medios humanos) ponía todo su cuidado y providencia, y guiada por aquel norte encaminaba las cosas muy al revés de lo que la razon humana pedia; porque aquel movimiento é ímpetu divino que la guiaba, era sobre toda razon, porque tenia un don de consejo altísimo, y una prudencia de ánimo purgado crecidísima; despues los sucesos mostraban cuán acertada habia sido su eleccion y consejo; esta era la causa porque le daba mucha pena, cuando encontraba con algunas personas tímidas y muy atadas á la razon natural, sin fiar ni esperar nada de Dios, como lo son algunas, así en hacer penitencia, como en el emprender otras cosas grandes del servicio de Dios. Esto escribe ella con el espíritu y verdad que otras cosas, por estas palabras:

«Las personas que me parece á mí van atentando en las cosas que conforme á razon acá se pueden hacer, parece que me congojan, y hacen llamar á Dios y á los Santos, que estas tales cosas que ahora nos espantan acometieron. No porque yo sea para nada, sino porque me parece ayuda Dios á los que por él se ponen á mucho, y que nunca falta á quien en él solo confia y querria hallar quien me ayudase á creerlo así, y no tener cuidado de lo que he de comer ni vestir, sino dejarle á Dios.»

Aunque la Madre tenia esta celestial sabiduría y lumbré del Espíritu Santo, siempre se sujetaba al parecer de sus mayores, porque sabia bien que las ayudas interiores de la gracia, las lumbres y favores divinos, no escluyen las exteriores de la Iglesia; antes el mismo Espíritu Santo que las dá, inclina y quiere que se sujeten á los que en la Iglesia están puestos en lugar de Dios. Y no será merecedor de los unos el que no quisiere humildemente sujetarse á los otros, por ser este el órden que tiene puesto en su Iglesia.

Juntamente con este grande entendimiento y prudencia tenia la Santa Madre Teresa de Jesus una simplicidad de paloma, y así era muy contraria á todo lo que era hipocresía y fingimiento. En el trato no podia ver artificio, porque era amiga de toda verdad y llaneza. Quería que la manera de hablar en las Monjas fuese con una simplicidad religiosa, que oliese mas á estilo de Ermitaños y gente retirada, que á bachillerías, curiosidades y otras cortesías y vanos cumplimientos del mundo. Encargaba á sus hijas con grande encarecimiento, se preciasen mas de groseras en esta parte que de curiosas. Si alguna que pretendia el hábito la escribía, y acaso en su carta echaba de ver algun artificio ó resábido de esto, decia no es para nosotras mujer tan bachillera, porque deseaba mucho ver en sus Monasterios muy en su punto esta virtud de la sinceridad; y con ser ella discretísima, era juntamente sincerísima, como lo confiesan casi todos los testigos y Confesores suyos que la trataron y conversaron tanto tiempo, por la larga experiencia que de ello tuvieron.

De aquí le nacia ser tan amiga de la verdad, que si en bur-las contando algun cuento, alguna Religiosa trocaba una palabra de él, la reñía con tanto rigor como si fuera alguna cosa muy grave, diciendo tenia por imposible llegase á la perfeccion quien en esto se descuidaba. Con esta verdad y llaneza daba cuenta á sus Superiores de su alma y de sus Monasterios. Cuando se ofrecia tratar con otras personas lo que pasaba en casa, lo decia sin mudar ni encubrir palabra, ni discrepar un punto de como ello pasaba; tanto, que algunas veces sus Monjas se mortificaban de que hablase con aquella llaneza y claridad; por esta causa se escondian ellas de la Santa Madre, cuando les parecia era necesario que no se entendiese alguna cosa fuera del Convento. Si alguna vez tratando con alguna persona, estando sus hijas delante, preguntada la Madre, decia alguna cosa que ellas no gustaban entendieran los que estaban presentes, las consolaba diciendo que no tuviesen pena, que nunca por la claridad y verdad se dañarían las cosas por mas dificultosas que fuesen, y así se veía por la experiencia que todo le salía bien.

Era tan amiga de esta verdad y llaneza, que á trueque de que no se dijese una mentira liviana, aunque fuese en orden á muy buenos fines, dejaría perder todos sus negocios por graves

que fuesen, como se experimentó en la Fundacion de Búrgos, donde padeciendo tan graves dificultades y trabajos para alcanzar la licencia del Arzobispo, para fundar un Monasterio, y ofreciéndole las personas que la ayudaban en aquella fundacion una traza fácil y muy eficaz para conseguir su intento, por entender que en ella habia alguna manera de mentira, aunque ella no la habia de decir, y sus Confesores la persuadian que no habia de qué tener escrúpulo, y que aquel era buen medio para dar fin á sus negocios, la Santa respondió: «Con ninguna cosa mas obligaremos á Dios para que se haga esta Fundacion mas presto, que con no querer decir una mentira por su amor, con que podíamos alcanzar lo que deseábamos.» Con esto quedaron los Confesores harto confusos y edificados.

No solo aborrecia la mentira, sino tambien era muy agena de palabras de muchos sentidos, que vulgarmente llaman equívocas; porque todo lo que desdecia de la verdad, simplicidad y pureza, desdecia tambien de su espíritu, y así, ofreciéndosele una vez en Toledo escribir una carta sobre ciertos negocios graves, en que para conseguir el buen suceso de ellos, bastaba escribir una carta, con un poco de rodeo y disimulacion, á la Madre le pareció, que pues aquel negocio era tanto de la gloria de Dios, y por otra parte ella no faltaba en la verdad, que seria bien hacerlo así. Con esto escribió su carta, y envióla al mensajero que la habia de llevar. Fué tanta la pena y confusion que le vino de haber hecho esto (pareciéndole que faltaba en aquella sinceridad y llaneza, por cuyo medio Nuestro Señor le habia hecho tantas mercedes, y que no fiaba de Dios lo que ella pensaba alcanzar por su artificio), que á las dos de la noche envió por su carta, y rompiéndola escribió otra de nuevo, contando el caso sin rodeos, con la misma puntualidad y verdad que habia pasado, sin encubrir nada, ni añadir cosa; y así fué el Señor servido que se hiciese todo como ella deseaba.

Siguense algunos avisos que la Santa Madre daba para la vida espiritual.

Muchos son los avisos y doctrina que la Santa Madre Teresa de Jesus con luz del Cielo escribió en sus libros, todos tan

provechosos como la esperiencia enseña; pero particularmente hizo otros muy breves y compendiosos, que por ser de importancia para personas que sirven al Señor, me pareció ponerlos aquí, para que así conste mas de la discrecion y prudencia de esta Santa.

La tierra que no es labrada, llevará abrojos, y espinas, aunque sea fértil, así el entendimiento del hombre.

De todas las cosas espirituales decir bien, como de Sacerdotes, Religiosos y Ermitaños.

Entre muchos hablar poco y nunca porfiar mucho, en especial en cosas que vá poco.

Hablar á todos con alegría moderada.

De ninguna cosa hacer burla.

Nunca reprender á nadie sin discrecion y humildad, y confusion propia de sí misma.

Acomodarse á la complexion de aquel con quien trata; con el alegre, alegre, con el triste, triste. En fin, hacerse todo á todos, para ganarlos á todos.

Nunca hablar sin pensarlo bien, y encomendarlo mucho á Nuestro Señor para que no hable cosa que le desagrade.

Jamás escusarse, sino en muy probable causa.

Nunca decir cosa suya digna de loor, como de su ciencia, virtudes, linaje, si no tiene esperanza que habrá provecho, y entonces sea con humildad y con consideracion que aquellos son dones de la mano de Dios.

Nunca encarecer mucho las cosas, sino con moderacion decir lo que siente.

En todas las pláticas y conversaciones siempre mezcle algunas cosas espirituales, y con esto se evitarán palabras ociosas y murmuraciones.

Nunca afirme cosa sin saberlo primero.

Nunca se entrometa á dar su parecer en todas las cosas, si no se lo piden ó la caridad lo demanda.

Cuando alguno hablare cosas espirituales, óyalas con humildad y como discípulo, y tome para sí lo bueno que dijere.

A tu Superior y Confesor descubre todas tus tentaciones, imperfecciones y repugnancias, para que te dé consejo y remedio para vencerlas.

No estar fuera de la celda, ni salir sin causa, y á la salida pedir favor á Dios para no ofenderle.

No comer ni beber sino á las horas acostumbradas, y entonces dar muchas gracias á Dios.

Hacer todas las cosas como si realmente estuviese viendo á Su Magestad, y por esta via gana mucho un alma.

Jamás de nadie oigas, ni digas mal, sino de tí misma, y cuando holgares de esto vas bien aprovechando.

Cada obra que hicieres, dirijela á Dios ofreciéndosela, ó pídele que sea para su honra y gloria.

Cuando estuviere alegre, no sea con risas demasiadas, sino con alegría humilde, modesta, afable y edificativa.

Siempre se imagine sierva de todos, y en todos considere á Cristo Nuestro Señor, y así les tendrá respeto y reverencia.

Esté siempre aparejada al cumplimiento de la obediencia, como si se lo mandase Jesucristo en su Prior ó Perlado.

En cualquier obra y hora examine su conciencia, y vistas sus faltas procure la enmienda con el divino favor, y por este camino alcanzará la perfeccion.

No piense faltas ajenas, sino las virtudes y sus propias faltas.

Andar siempre con grandes deseos de padecer por Cristo en cada cosa y ocasion.

Haga cada dia cincuenta ofrecimientos á Dios de sí, y esto haga con grande fervor y deseo de Dios.

Lo que medite por la mañana traiga presente todo el dia, y en esto ponga mucha diligencia, porque hay grande provecho.

Guarde mucho los sentimientos que el Señor le comunicare, y ponga por obra los deseos que en la oracion le diere.

Huya siempre la singularidad quanto le fuere posible, que es mal grande para la Comunidad.

Las Ordenanzas y Regla de su Religion, léalas muchas veces, y guárdelas de veras.

En todas las cosas criadas mire la providencia de Dios y sabiduría, y en todas le alabe.

Despegue el corazon de todas las cosas, y busque, y hallará á Dios.

Nunca muestre devoción de fuera, que no haya de dentro; pero bien podrá encubrir la indevoción.

La devoción interior no la muestre sino con grande necesidad; mi secreto para mí, dicen San Francisco y San Bernardo.

De la comida, si está bien ó mal guisada, no se queje; acordándose de la hiel y vinagre de Jesucristo.

En la mesa no hable á nadie, ni levante los ojos á mirar á otra. Considere la mesa del Cielo, y el manjar de ella, que es Dios, y los convidados, que son los Angeles. Alce los ojos á aquella mesa deseando verse en ella.

Delante de su Superior (en el cual debe mirar á Jesucristo) nunca hable sino lo necesario, y con gran reverencia.

Jamás haga cosa que no pueda hacer delante de todos.

No haga comparación de uno á otro, porque es cosa odiosa.

Cuando algo le reprendieren, recíbalo con humildad interior y exterior, y ruegue á Dios por quien le reprendió.

Cuando un Superior manda una cosa, no diga que lo contrario manda otro; sino piense que todos tienen santos fines, y obedezca lo que le manda.

En cosas que no le vá ni le viene, no sea curioso en hablarlas, ni tampoco en preguntarlas.

Tenga presente la vida pasada para llorarla, y la tibieza presente y lo que le falta de andar de aquí al Cielo, para vivir con temor, que es causa de grandes bienes.

Haga siempre lo que le dicen los de casa, si no es contra la obediencia, y respóndales con humildad y blandura.

Cosa particular de comida ó vestido no la pida, si no fuere con gran necesidad.

Jamás deje de humillarse y mortificarse hasta la muerte en todas las cosas.

Use siempre á hacer muchos actos de amor, porque encienden y enternecen el alma. Haga actos de todas las demás virtudes.

Ofrezca todas las cosas al Padre Eterno, juntamente con los méritos de su hijo Jesucristo.

Con todos sea manso, y consigo riguroso.

En las fiestas de los Santos piense sus virtudes, y pida al Señor se las dé.

Con el exámen de la noche, tenga gran cuidado, El dia que comulgare, la oracion sea ver, que siendo tan miserable ha de recibir á Dios, y la de la noche sea de que le ha recibido.

Nunca siendo Superior reprenda á nadie con ira, sino cuando sea pasada; y así aprovechará la reprension.

Procure mucho la perfeccion y devocion, y con ellas hacer todas las cosas.

Ejercitarse mucho en el temor del Señor, que trae el alma compungida y humillada.

Mirar bien cuán presto se mudan las personas, y cuán poco hay que fiar de ellas, y así asirse bien de Dios, que no se muda.

Las cosas de su alma procure tratar con Confesor Espiritual y docto á quien las comunique y siga en todo.

Cada vez que comulgare pida á Dios algun dón, por la gran misericordia con que ha venido á su pobre alma.

Aunque tenga muchos Santos por abogados, séalo en particular de San José, que alcanza mucho de Dios.

En tiempo de tristeza y tribulacion, no deje las buenas obras que solia hacer de oracion y penitencia, porque el demonio procura inquietarle para que las deje; antes tenga mas que solia, y verá cuán presto el Señor le favorece.

Sus tentaciones é imperfecciones no las comunique con las mas desaprovechadas de casa, que se hará daño á sí y á las otras, sino con las mas perfectas.

Acuérdese que no tiene mas de un alma, ni ha de morir mas de una vez, ni tiene mas de una vida breve, y una que es particular, ni hay mas de una gloria, y esta eterna, y dará de mano á muchas cosas.

Su deseo sea de ver á Dios, su temor, si le ha de perder, su dolor, que no le goza, y su gozo, de lo que le puede llevar allá, y vivirá con gran paz.

CAPITULO XVII.

Cuán alta y sobrenatural fué la oracion que el Señor comunicó á la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, y de cuánta eficacia para alcanzar de Dios lo que pedia.

El modo de oracion que la Santa Madre tuvo fué tan alto y divino, que pienso habria pocos hoy en la tierra que se atreviesen á escribirlo, si esta primero no lo hubiera hecho, que estas cosas interiores tienen reservada su declaracion á la esperiencia y sentimiento de los que pasan por ellas, y ese es buen maestro, que es bien experimentado; pero por cumplir en esta parte con esta virtud, que es el medio y arcaduz por donde Dios comunica de ordinario á los justos sus misericordias, y la puerta por donde él entra cargado de dones y mercedes á regalarse con ellos, diré aquí con la mayor brevedad que yo supiere las que Dios Nuestro Señor hizo á la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, por medio de la oracion, aprovechándome de las que ella cuenta en sus libros; porque esas sé yo muy bien con toda la certidumbre que en esta vida se puede tener, que pasaron por ella. Y lo mismo confiesan catorce Confesores suyos de la gente mas grave y docta de España, que en las informaciones de su canonizacion afirman por muy cierto haber pasado por la Santa Madre todas aquellas cosas que escribió en su libro, sin otras infinitas personas que habiendo tenido por ciertas las cosas que yo aquí diré, aprobaron su espíritu y sus libros, como mas largamente escribimos en el Prólogo de la historia. Y demás de las mercedes y favores que la Santa Madre escribió, tuvo otros muy particulares de Dios, y por ventura mayores que ella por su humildad, aunque comunicó con sus Confesores, los calló en sus libros, moviéndole tambien á esto (como tan discreta y cuerda) el persuadirse que cosas tan altas no eran para decirse á todos, sin que por ventura pusiese sospecha en alguno de la verdad de ellas, como ella refiere en su vida, donde tratando de lo que Dios enseñaba á su alma en las visiones intelectuales, dice así (*Vida, cap. 27.*): «Le comunica secretos y trata con ella con tanta amistad y amor, que no se sufre á escribir; porque

hace algunas mercedes que consigo traen la sospecha, por ser de tanta admiracion y hechas á quien tan poco las ha merecido, que si no hay muy viva fé, no se podrán creer. Y así yo pienso decir pocas de las que el Señor me ha hecho á mí, si no me mandaren otra cosa; si no son algunas visiones que pueden para alguna cosa aprovechar, para que á quien el Señor se las diere, no se espante pareciéndole imposible, como yo hacia. El haber guardado en silencio otras muchas mercedes que el Señor le hizo, lo dice muchas veces la Santa Madre en sus libros. Y es cosa maravillosa, y que apenas se alcanza con la consideracion; porque si tantas fueron las mercedes que ella por mandato de sus Confesores dejó escritas, ¿cuáles podremos entender que serian las que por falta de capacidad nuestra dejó de escribir, y las que no se atrevió á fiar de nuestra poca fé y esperiencia?

Las principales mercedes que la Santa Madre recibió del Señor por medio de la oracion, fueron escelentes y heróicas virtudes de caridad y amor de Dios (en el cual estaba abrasada mientras vivia en la tierra, como si fuera un serafin del Cielo) de fé vivísima, de esperanza y confianza grandísima, humildad profunda, de incomparable paciencia, de fortaleza nunca vista, de prudencia divina y de otras admirables virtudes, de que hasta aquí en este libro habemos tratado y trataremos adelante. Estas misericordias que el Señor usó con ella en comunicarle virtudes tan altas y en grado tan perfecto, fué lo que ella siempre pidió al Señor en la oracion; porque á la verdad, la perfeccion y justicia cristiana, y todo el toque y punto de la santidad, sustancialmente está en la perfeccion de la caridad y de las demás virtudes.

Otras mercedes y favores hizo el Señor á la Santa Madre, que aunque no son la sustancia de la virtud y perfeccion, pero son unos claros y manifiestos indicios de ella, por no hacer de ordinario el Señor semejantes mercedes, sino á almas á quien él ama mucho, como lo vemos por esperiencia en los Santos mas aventajados, cuyas vidas están sembradas como de esmalte y pedrería, de semejantes favores, que Dios de ordinario concede á las almas desinteresadas y puras, y tales, que por sus virtudes merezcan nombre de esposas suyas. Con estas trata Dios familiarmente, como un amigo con otro; con

estas se regala, á estas descubre sus secretos y revela sus verdades, á estas abraza y habla dulcísicamente, y estas son muchas veces arrebatadas á la otra; donde comienzan á ver mucha parte de lo que despues han de gozar. Estos favores y mercedes que Dios hace á tales almas, son en mil maneras, y así tienen otros tantos nombres; y porque de estas mercedes y regalos que Dios hizo á la Santa Madre en la oracion, habemos escrito largamente en el primer libro por algunos capítulos, donde digimos de los grandes arrobamientos, visiones, revelaciones, hablas y otros singulares favores que el Señor comunicó á esta Santa Vírgen, y adelante tambien diremos; por tanto trataré aquí solamente de la ciencia maravillosa y conocimiento de verdades que Dios infundió en su alma, y juntamente de la alteza de la doctrina que en sus libros dejó escrita.

Diré primero brevemente el principio que tuvo de oracion, sacándolo de una relacion suya que hizo para su Confesor; por donde se verá cuán valerosamente perseveró en la oracion, y cuán desinteresadamente caminó por este camino, que esto fué el principio de todo su bien. Dice, pues, la Santa, hablando de sí en tercera persona (*Carta 19, tom. 1.*): «Esta Monja há cuarenta años que tomó el hábito, y desde el primero comenzó á pensar en la pasion de Cristo Nuestro Señor por los Misterios algunos ratos del dia, y en sus pecados, sin nunca pensar en cosa que fuese sobrenatural, sino las criaturas ó cosas de que sacaba, cuán presto se acaba todo; en mirar por las criaturas, la grandeza de Dios y el amor que nos tiene. Esto le hacia mucha mas gana de servirle, que por el temor nunca fué ni le hacia al caso. Siempre con grande deseo de que fuese alabado, y su gloria aumentada. Por esto era cuanto rezaba, sin hacer nada por sí; que le parecia que iba poco en que padeciese, aunque fuese en muy poquito. En esto pasó como veintidos años con grandes sequedades, y jamás le pasó por pensamiento desear mas; porque se tenia por tal, que aun pensar en Dios le parecia no merecia, sino que le hacia Su Magestad mucha merced en dejarla estar delante de él rezando, leyendo tambien en buenos libros.» Y dejando á una parte estos principios, fuéle Nuestro Señor dando una oracion sobrenatural, que era una presencia de Dios, que parecia que cada vez que se queria encomendar á él, le hallaba junto á sí. Despues le vino un

recogimiento interior, con que se recogia y entraba tan dentro de sí, que parecia tenia allá otras potencias, pero no perdiendo los sentidos exteriores. De este recogimiento le procedia algunas veces una quietud y paz interior muy regalada, que es como una influencia divina que viene sobre el alma, con la cual parece que Dios la baña en amor, deleite, ternura y regalo. Hasta aquí vive el alma en sus sentidos, y está en su region.

Subióla el Señor mas adelante, dándola una oracion muy rica y muy levantada, que ella llama en sus libros oracion de union, y declara muy largamente: solo diré, que es un modo de oracion en que el alma, comenzando á beber de las aguas vivas, y de los arroyos impetuosos que manan de Dios, es embriagada con la abundancia de sus deleites, de tal manera, que con la fuerza de ellos y del amor, pierde el uso de los sentidos y casi de todas las demás potencias, y es llegada al tálamo celestial, y trasformada toda en Dios, y duerme en aquel florido lecho de Salomon aquel sueño velador, del cual, hablando la Esposa, dice: «Yo duermo, y vela mi corazon.» Este es el lugar donde se celebran los desposorios espirituales del alma con Dios, y por esto se llama lecho, porque es lugar de descanso, de amor, de cumplido reposo, de sueño de vida y de celestiales deleites. Con muchos nombres han significado los Santos esta trasformacion en Dios, y todos juntos no llegan á decirnos la menor parte de lo que aquí el alma siente y goza. El que mejor lo declaró, me parece que fué el que menos dijo, como lo hizo San Juan en su Apocalipsi, llamándole Maná escondido.

Tras de esta oracion tan levantada y divina, se fueron siguiendo unos grandes y violentos ímpetus de amor de Dios, y estos pararon en arrobamientos tantos, que (como adelante diremos) no se ponía vez en oracion que no se enagenase, y perdiendo los sentidos, se perdiere de vista. Acompañaban á estos ímpetus unas penas tan delicadas y divinas, que mejores pudieran llamar rayos de felicidad y de gloria, porque todas eran unas preciosas prendas de la fineza del amor regalado con que la trataba su Esposo celestial y divino. Sucedia tambien tener en estos tiempos tan gran suavidad y deleite con la presencia dulce de su amado, que toda le parecia ser regalada y deshecha en amor y ternura. Desde el tiempo que Nuestro Señor

la puso en la oracion (que llama ella) de union, le comenzó á manifestar mas su presencia con visiones imaginarias, intelectuales y algunas veces corpóreas de Cristo, de la divinidad del misterio de la beatísima Trinidad, de muchos Santos, y á revelarles verdades y secretos divinos, y hablarle tan de ordinario, y con tanto amor y regalo, como suele un amigo con otro, hasta que con el continuo ejercicio de la oracion, ayudada con las labores de las virtudes y trabajos que el Señor le enviaba, habiendo primero llegado á una increíble pureza, vino á gozar en esta vida una union tan íntima, tan habitual y continua de Dios, que lo que á los principios gustaba (si así se puede decir) á sorbos, y como por tasa y medida, con turbacion y perdimiento de los sentidos; despues lo tuvo en posesion continua y pacífica; porque por espacio casi de veinte años le comunicó Dios este grado de oracion, que ella llama matrimonio espiritual; donde por un modo altísimo y divino era su alma unida continuamente con la Santísima Trinidad, y cada potencia, segun su capacidad, gozaba casi en la tierra lo que los bienaventurados poseen en el Cielo; ó por mejor decir, unas vigiliass y vísperas de aquella gloria, que si bien no era consumada y perfecta, era felicidad principiada; porque la pureza, la paz, la inmutabilidad, la luz, el amor y el deleite que gozaba, eran ya como prendas ciertas de la posesion que gozan los Santos. Y así estaba en el estado presente, muy semejante al de la bienaventuranza venidera; tal era la quietud, la suavidad, la hartura, la satisfaccion, el reposo interior, la plenitud y henchimiento de todos los bienes que en esta vida poseia. De este dichoso estado gozó la Santa Madre por espacio de veinte años, como dije arriba, navegando á velas tendidas, sin parar un punto en la pureza, en la luz, en el amor de su Esposo, entrándose continuamente mas y mas en aquel inmenso piélagó (á la manera que una piedra arrojada en un mar sin suelo vá siempre caminando á la profundidad sin fin) abrazándose cada hora y momento, mas estrechamente con Dios, con que llegó á tan subido grado de amor, donde, por mucho que diga, no acertará á llegar mi pluma.

Cual fué su oracion, fué tambien la eficacia que tuvo en hacer con ella fuerza á Dios, y alcanzar de él todo cuanto le pedia. Habíale prometido Nuestro Señor que no le pediria cosa que no la alcanzase de él, como ella escribe por estas pala-

bras (*Vida, cap. 39.*): «Estando yo una vez importunando al Señor mucho porque diese vista á una persona á quien yo tenia obligacion, que la habia del todo casi perdido, yo tenía gran lástima, y temia por mis pecados no me habia el Señor de oír. Aparecióme, como otras veces, y comenzóse á mostrar la llaga de la mano izquierda, y con la otra sacaba un clavo grande que en ella tenia metido; parecíame que á vuelta del clavo sacaba la carne. Veíase bien el gran dolor, que me lastimaba mucho, y díjome, que quien aquello habia pasado por mí, que no dudase, sino que mejor haria lo que le pidiese, que él me prometia que ninguna cosa le pidiese que no la hiciese, que ya sabia él que yo no pediria sino conforme á su gloria, y que así haria esto que agora pedia. Que aunque cuando no le servia, mirase yo que no le habia pedido cosa que no lo hiciese mejor que yo lo sabia pedir; que cuán mejor lo haria ahora que sabia le amaba, que no dudase de esto.» Con esta promesa, y fundada en esta palabra de Dios, tenia como de justicia cierta su peticion, y así en el modo de pedir imitaba á los bienaventurados y Santos que están en el Cielo, que lo que no habia de alcanzar, apenas podia levantar las manos, ni el corazon á pedirlo con fuerzas y perseverancia. Y cuando el Señor queria que le pidiese, y concederle su peticion, luego le ponía un gran deseo de que Su Magestad hiciese lo que le pedia, y un gran fervor para pedirselo.

Fueron muchos los sucesos en que el Señor mostró claramente lo que podian con él las oraciones de su Sierva; porque por medio de ellas, hizo en su vida cosas milagrosas; sanó de muchas enfermedades; pero muchas mas fueron las almas que sacó de pecado (como yo sé muy bien, y ella escribe en su vida), donde despues de haber contado algunas mercedes que habia alcanzado de Nuestro Señor por medio de la oracion, dice de esta manera (*Vida, capítulo 39.*):

«En esto de sacar Nuestro Señor almas de pecados graves, por suplicárselo yo y otras traídas á mas perfeccion, es muchas veces; y de sacar almas de Purgatorio y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que el Señor me ha hecho, que seria cansarme y cansar á quien lo leyese, si las hubiese de decir, y mucho mas en salud de almas que de cuerpos. Esto ha sido cosa muy conocida, y que de ello hay hartos

testigos. Luego, luego, dábame mucho escrúpulo, porque yo no podia dejar de creer que el Señor lo hacía por mi oracion (dejemos ser lo principal por sola su bondad); mas son ya tantas las cosas y tan vistas de otras personas, que no me dá pena creerlo, y alabo á Su Magestad, y háceme confusion, porque veo soy mas deudora, y háceme, á mi parecer, crecer mas el deseo de servirle y avívase el amor.»

Todo lo demás que aquí dejo de decir de la oracion de esta Santa, lo remito, así para sus libros, como para lo que dejamos escrito en el libro primero. Solo pretendo escribir aquí la luz grande que por medio de la contemplacion alcanzó del Señor, como lo muestra el dón de profecía, la ciencia infusa que tuvo del Cielo, y los libros de admirable doctrina que escribió, como ahora iremos diciendo.

CAPITULO XVII.

Cómo la Santa Madre tuvo altísimo dón de profecía.

En todo tiempo ha comunicado Dios á su Iglesia espíritu de profecía; porque si bien se mira, nunca ha faltado en ella quien con espíritu divino revele las cosas que están lejos de nosotros. Y para que en esta edad postrera no faltase, comunicó Dios este dón de profecía muy de ordinario á la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, como lo afirman muchos y muy graves testigos en la informacion de su canonizacion, y lo prueba gravemente el P. Dr. Ribera, en el libro que con tanto acuerdo escribió de la vida de la Santa Madre. Lo mismo siente y afirma con grande encarecimiento el Obispo de Surogento, en el libro que hizo de la verdadera y falsa profecía. El Obispo de Avila, D. Alvaro de Mendoza, que fué muchos años Perlado y muy devoto de la Santa Madre, tenia ya tanta evidencia de este dón en la Santa, que solia decir: «Si la Madre lo dice, aunque sea imposible, ello se hará.» Y confiesan esto innumerables testigos en los testimonios que dan en su canonizacion; y basta para confirmacion de esto lo que adelante diremos del dón de discrecion de espíritu, que, como afirma el glorioso San Gregorio, es una especie principal de profecía. (*Gregor. hom. 1. in Ezech.*)

De esto podré yo hablar por esperiencia, como tambien lo he

hecho hasta aquí escribiendo otras virtudes suyas; porque el tiempo que la traté, conocí claramente que tenia espíritu y luz de profecía, como esperimenté en muchas ocasiones. Primeramente palpé como con las manos, que entendia y penetraba la disposicion y estado interior que tenia mi alma, así en ausencia como en presencia; porque así de palabra como por escrito, veía que cuando estaba algo devoto y recogido, sus palabras y cartas eran muy espirituales y largas, y llenas de efectos de oracion y perfeccion; y si me sentia distraido, hallaba en ella gran séquedad y gravedad de palabras, y era de manera que me dejaba grandemente confuso, y sin saber cómo, me servian de freno, y hacian volver sobre mí; con la esperiencia ordinaria que de esto tenia, casi llegué á ser yo tambien Profeta; porque cuando le iba á hablar, ó recibia alguna carta suya, antes de hablarla ó leer la carta, segun era la disposicion que yo sentia en mí, sabia ya de la manera que me habia de responder. Y así le dije una vez: «Madre, miedo tengo de hablar con V. R., porque me parece que me entiende el interior, y así cuando la vengo á ver, me querria primero confesar; y ella, oyéndome, se sonrió, confesando con un santo silencio lo que no se atrevia á negar con la boca. Otra vez (como escribí mas largo en la Fundacion de Soria) encontré allí con la Santa, y luego adivinó el trabajo que yo traia, y me envió á decir por medio de su compañera la Madre Ana de San Bartolomé, el tiempo que me habia de durar. Y así fué todo como ella lo dijo; porque puntualmente duró el espacio de tiempo que habia señalado.

Estando la Santa Madre en Toledo, tuvo nuevas, como la nueva Reformation estaba á gran peligro de deshacerse, y casi sin remedio ni esperanza alguna, como ya hemos referido mas largamente en las fundaciones. Entonces ella, en presencia mia y del P. Mariano, con grande serenidad y tranquilidad de su ánimo, se recogió un poco dentro de sí, y dijo á cabo de un rato: «trabajos padeceremos, pero la Orden no volverá atrás.» Y desde entonces perdí el temor, y lo tuve por tan cierto como si lo viera con los ojos, porque para mí, que tanta esperiencia tenia de sus cosas, lo mismo era decirlo ella, que verlo yo.

Pero aunque todas estas cosas que pasaron por mí, y otras que sé de otras personas que abajo diré, son demostraciones

claras de haber tenido la Santa este dón y espíritu de profecía, pero mucho mas crédito doy á lo que ella escribió en sus libros con tanta sencillez y verdad, que á lo que yo ví y esperimenté tantas veces, porque yo fácilmente me pudiera engañar; pero un alma tan amiga de Dios y tan llena de luz y resplandores divinos, tengo por casi imposible, ó que se engañase, ó que dijese cosa que no fuese así, y mas estando á la vista de tantos Confesores, y de otras personas tan graves y tan letradas, á quienes ella primero decia la profecía que viniese el suceso; al revés de otras, que despues de vista la cosa, la adivinan con el dedo. Y aunque todas las visiones y revelaciones que habemos contado en los capítulos pasados, son materia de profecía, porque como afirman comunmente los Doctores (*D. Thom. 2. 2. q. 171. art 3. D. Greg. hom. 3. in Ezech.*) la profecía propriamente consiste en saber y entender las cosas que naturalmente no se pueden saber, si no es por instinto y revelacion divina, ahora sean pasadas, ahora sean presentes, como lo es el conocer los pensamientos del corazon, y otras cosas sobrenaturales y escondidas. Y segun esto, todas las visiones que habemos arriba escrito que la Santa refiere en su libro, son materia de Profecía. Pero yo, acomodándome al sentido vulgar y comun, solo pondré aquí las cosas que dijo y profetizó antes que sucediesen. (*Vida cap. 23.*)

Primeramente, al principio de su conversion, la primera palabra que Dios le habló, fué de Profecía, diciéndole: «No quiero que tengas ya conversacion con hombres, sino con los Angeles.» Y así se cumplió, porque ella mudó su vida desde entonces, de tal manera, que toda su conversacion era en los Cielos, con el mismo Dios y con sus Angeles muchas veces. Antes que se hiciese el Monasterio de Avila le mandó Nuestro Señor que lo procurase con todas sus fuerzas, haciéndole grandes promesas de que no se dejaria de hacer; y que se llamase San José, y esto y otras muchas Profecias que entonces sucedieron, dijo á sus Confesores, y como ella lo dijo, se vió cumplido. Casi lo mismo le pasó en todas las otras fundaciones de sus Monasterios; porque á todos, ó á los mas, antes que se hiciesen ó los fuese á fundar, tenia ya prendas ó revelaciones de Nuestro Señor de que se habian de hacer, y esta palabra y revelacion, era la que la sustentaba y tenia en pié contra tan-

tas contradicciones y trabajos que en ellas tuvo. Que si no fuera con esperanzas tan ciertas, no sé persona humana que bastara, por invencible que fuese, para perseverar tantos años en continuos trabajos.

A los principios, andando con grande temor de ser engañada, le aparecieron los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo en su mismo día, y le prometieron no sería engañada del demonio. Ello se cumplió así, pues con haber tenido tantas cosas de Dios, y tan extraordinarias, jamás el demonio la pudo engañar.

Supo la muerte de aquel Santo P. Fr. Pedro de Alcántara, un año antes de que muriese, como ella lo dice por estas palabras (*Vida, cap. 27.*): «Un año antes que muriese, me apareció estando ausente, y supe que se había de morir, y se lo avisé, estando algunas leguas de aquí. Cuando espiró, me apareció y me dijo se iba á descansar. Yo no lo creí; díjelo á algunas personas, y desde há ocho días vino la nueva como era muerto, ó comenzando á vivir para siempre, por mejor decir. (*Vida, cap. 34.*)

Revelóle también Nuestro Señor algunas veces, que había de morir de repente doña María de Cepeda, su hermana; díjosele á su Confesor, y con su licencia fué á una aldea donde estaba su hermana; y sin decirle nada de lo que había visto, la comenzó á disponer para que se confesase á menudo y se aparejase para cuando el Señor la llamase. Murió al cabo de cuatro años, de repente, y dentro de pocos días la vió salir del Purgatorio. También escribe de un Religioso de su Orden, lo que se sigue (*Vida, cap. 38.*): «Otro Fraile de nuestra Orden, harto buen Fraile, estaba muy malo, y estando yo en Misa, me dió un recogimiento, y ví como era muerto, y subir al Cielo sin entrar en Purgatorio. Murió á aquella hora que yo le ví, según supe despues.» A un P. Rector de la Compañía de Jesus, Confesor suyo, estando una vez en un grande trabajo con que estaba muy afligido, le previno de otros que le habían de venir, como escribe la Santa por estas palabras (*Vida, cap. 38.*): «Estando yo un día oyendo Misa, ví á Cristo en la Cruz cuando alzaban la Hostia; díjome algunas palabras que le dijese de consuelo, y otras, previniéndole de lo que estaba por venir, y poniéndole delante lo que había padecido por él, y que se aparejase para sufrir. Dióle esto mucho con-

suelo y ánimo, y todo ha pasado despues, como el Señor me lo dijo.»

Vió de algunas Religiones grandes proezas que han de hacer en tiempos venideros en servicio de la Iglesia, como ella largamente escribe en el cap. 38 de su vida. Revelóle Nuestro Señor que veria muy adelante en sus dias la Orden de la Virgen, que ella habia reformado por estas palabras: (*Adiciones á la Vida, nim. 19.*) «Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo; he querido que ganes tú esta corona; en tus dias verás muy adelantada la Orden de la Virgen. Esto entendí del Señor; mediado Hebrero, año de mil quinientos setenta y uno.» Consolóse mucho la Santa Madre, lo uno con esta corona que el Señor le ofrecia, lo otro con ver que el Sumo Pontífice del Cielo Cristo Nuestro Redentor confirmaba con estas palabras el título que sus Vicarios en la tierra habian declarado con la autoridad Apostólica, en favor de su religion, contra muchos émulos que á los principios que esta Orden vino á Europa (envidiosos de tan glorioso renombre) procuraban contradecir el título tan ilustre que tiene, desde el tiempo de la primitiva Iglesia, de Religion de la Virgen María del Monte Carmelo. Vió cumplida la Santa Madre Teresa en sus dias esta Profecía; pues antes que muriese dejó aumentada su Religion en gran número de Monasterios de sugetos, y (lo que mas es de estimar, en grados de perfeccion; y para mayor consuelo suyo, le mostró Nuestro Señor, no solamente lo que habia de ser de esta nueva planta en su vida, sino tambien el crecimiento que tendria despues de muerta, y el fruto grande que haria en los tiempos venideros en la Iglesia, que era lo que la Madre tanto deseaba, y el fin principal y paradero á que ordenó sus Monasterios) como ella escribe en su vida por estas palabras: (*Vida, cap. 40.*) «Estando otra vez rezando cerca del Santísimo Sacramento, aparecióme un Santo, cuya Orden ha estado algo caída; tenia en la mano un libro grande, djome que leyese unas letras que eran grandes y muy legibles, y decian así: En los tiempos advenideros florecerá esta Orden, habrá muchos Mártires. Otra vez, estando en Maitines en el Coro, se me presentaron y pusieron delante seis ó siete, me parece serian de esta misma Orden, con espadas en las manos. Pienso que se dá en esto á entender han de defender la Fé, porque otra vez estando en Oracion se arrebató mi espíritu, parecióme estar en

un gran campo á donde se combatian muchos, y estos de esta Orden peleaban con gran fervor. Tenian los rostros hermosos y muy encendidos, y echaban muchos en el suelo vencidos, otros mataban; parecíame esta batalla contra los He-reges.»

Calló la Santa Madre el nombre de su Religion por algunos honestos fines, pero yo sé que habla aquí de la nueva Reformation, que ella fundó, y lo mismo saben algunas compañeras (que hoy viven) de la Santa Madre, y segun los pasos con que camina esta Orden, se puede ciertamente esperar grande fruto y provecho en la Iglesia. A cabo de once años murió la Santa Madre, y vió multiplicada su Religion, así en Monjas como en Frailes, en perfeccion y número.

Otras muchas cosas le reveló Nuestro Señor de que están llenos sus libros; todas se cumplieron al tiempo que ella decia, como escribe en el libro de su vida:

«De todas las cosas (dice) (*Vida, cap. 39.*) que he dicho de esta casa, y otras que diré de ella, y otras cosas, todas se han cumplido, algunas tres años antes que se supiesen, otras mas y otras menos me las decia el Señor, y siempre las decia al Confesor y á esta mi amiga viuda, con quien tenia licencia de hablar, como he dicho; y ella he sabido que las decia á otras personas, y estas saben que no miento, ni Dios me dé tal lugar, que en ninguna cosa (cuanto mas siendo tan graves) tratase yo, sino toda verdad.» Lo mismo confirma en una relacion que dejó escrita de su letra, donde dice: «Ninguna cosa he tenido en la oracion, aunque sea de hartos años antes, que no la haya visto cumplida. Son tantas las que veo y lo que entiendo de la grandeza de Dios, y como las ha guiado, que casi ninguna vez me pongo á pensar en ello, que no me falte el entendimiento, etc.» Otras muchas cosas profetizó la Santa Madre, de las cuales pondré aquí algunas que ella dejó escritas en algunos papeles sueltos, y otras que yo he sabido por cierta relacion.

Mas de veinte años antes que sucediese en Portugal la muerte del Rey D. Sebastian, y de tanta nobleza de aquel Reino, como murió en Africa, vió la Santa un Angel con una espada muy sangrienta sobre el mismo Reino de Portugal, dándole á entender la mucha sangre que en él se derramaria. Y al cabo de estos años, estando ella afligiéndose de-

lante Nuestro Señor de tan grande pérdida de un Rey y de tanta gente, le dijo Nuestro Señor: (*Carta 26, tom. 2.*) «Si yo los hallé dispuestos para traerlos á mí, ¿de qué te fatigas tú?»

Vió tambien el mismo ángel con la Espada desnuda y sangrienta sobre el Reino de Francia, y dióle el Señor á entender la ira que entonces tenia con aquel Reino, y profetizó las herejías que se habian de levantar, como lo afirma el P. M. Fr. Pedro Ibañez (que entonces era su Confesor) en una relacion que hace de la vida de la Santa Madre. Acerca de su Religion (además de la Profecía que arriba contamos, que la veria muy adelante) le dijo otra vez Nuestro Señor no se desharia la nueva Reformation de los Descalzos que entonces estaban muy perseguidos, sino que antes iria creciendo. Estando en la fundacion de Segovia, le reveló Nuestro Señor por medio de San Alberto, Santo de su Orden, la separacion de los Descalzos y de los Padres del Paño, y ella lo refirió al P. M. Fr. Diego de Yangués, seis años antes que se hiciese. Cuatro años antes que se acabasen las persecuciones y trabajos que los Religiosos Descalzos padecian, que fueron grandísimos, vió un mar muy grande y muy alterado de persecuciones, y con esta vision le dió el Señor á entender que como los Egipcios se habian hundido en el mar, cuando iban persiguiendo los hijos de Israel, y el Pueblo de Dios pasó libre, así su Orden quedaria libre, y los que la perseguian ahogados y vencidos.

Estando en Sevilla (con los trabajos que tratando de aquella fundacion escribimos) denunciada ella y sus Monjas ante el Tribunal de la Santa Inquisicion, le dijo Nuestro Señor, que aunque padecerian algun trabajo, pero que no se oscureceria la verdad. Así lo dijo ella al P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios, que estaba muy affligido, y sucedió todo como la Madre habia profetizado. En la fundacion del primer Monasterio que hizo en Avila, estando con grande necesidad, y habiendo enviado á Toro un mozo á pedir á una señora unos dineros, para ayuda de la fábrica del Monasterio; luego que la señora dió el dinero, dijo la Santa, ciertos son los dineros, ya los tiene el mozo en su poder, en la sala baja se los contaron, y hallóse despues haber sido así. Estando un hermano suyo, llamado Agustin de Ahumada, por gobernador en un lugar del Perú, en las Indias, le escribió una carta la Santa Madre Teresa de

Jesus, en que le decia dejase luego el gobierno, y se saliese de aquel lugar, si no queria perder su vida y su alma. Esto le escribió con tanta aseveracion, que con valerle el gobierno mas de diez mil ducados cada año, se salió luego de él. Dentro de breves dias entraron los enemigos y mataron al gobernador que habia sucedido en su oficio, y á todos los del lugar.

Supo la Santa Madre (como ya queda dicho) ocho años antes su muerte, y asimismo supo la muerte de muchas personas antes que muriesen, y de algunas otras que morian lejos de donde ella estaba. Supo tambien la muerte de cuarenta Padres y Hermanos de la Compañía de Jesus, que iban al Brasil, y los mataron los Hereges. Iba entre ellos un deudo de la Santa Madre; luego que los mataron, dijo al P. Baltasar Alvarez, su Confesor, que los habia visto con coronas de Mártires en el Cielo; despues vino la nueva á España del Martirio y dichosa muerte de estos Religiosos. Del P. M. Fr. Pedro Ibañez, Religioso de la Orden de Santo Domingo, y Confesor que habia sido mucho tiempo de la Santa Madre, con haber muerto treinta y cinco leguas de donde la Santa estaba, la reveló Dios luego su muerte y cómo habia ido al Cielo sin pasar por el Purgatorio; luego lo dijo al P. M. Fr. García de Toledo, Religioso de la misma Orden y Confesor suyo, contándole todas las circunstancias que habian pasado en su muerte, como si lo viera con sus ojos; él se informó despues, y halló ser todo como la Madre se lo habia referido.

Supo la muerte de muchas Religiosas de su Orden, que habian muerto en otros Monasterios, y las dijo antes que viniesen las nuevas. Estando la Santa en Salamanca, y con ella doña Quiteria de Avila, Monja de la Encarnacion, rezando ambas Maitines, la Madre se quedó un rato elevada; volviendo despues en sí, rogóla doña Quiteria la dijese lo que habia sentido; entonces dijo la Santa, muerto es D. Francisco de Guzman, que era un Caballero Sacerdote, muy humilde y muy siervo de Dios; fué así que habia muerto en aquella hora. Estando otra vez la Santa Madre en Segovia, en compañía de todas sus Monjas, revelóla Nuestro Señor que su hermano Lorenzo de Zepeda era muerto; y sin hablar mas palabra, con algun alboroto, se fué al Coro á encomendarle á Dios; postróse luego en oracion, y fué Dios servido de revelarla cómo habia

salido su ánima del Purgatorio; rogáronla algunas Monjas les dijese la causa de aquella novedad y turbacion; viendo la instancia que la hacian, no se lo quiso esconder, y les refirió todo lo que habia pasado; escribió luego la Santa Madre á su sobrino, hijo del difunto, diciéndole lo que habia de hacer; él, casi al mismo tiempo que llegó la carta de la Santa Madre, despachaba un mensajero para darla cuenta de lo que habia pasado.

A un Fraile Descalzo de la Orden de San Francisco, le profetizó que se previniese para un trabajo que le habia de venir. A otro Fraile Calzado de su Orden le dijo habia de ser Fraile Descalzo, y que con el hábito habia de convertir un alma, y todo sucedio como ella habia dicho. A dos sobrinas suyas que estaban muy metidas en la vanidad del mundo, les profetizó habian de venir á ser Monjas Descalzas, y así lo fueron; particularmente doña Beatriz de Ovalle, que estaba muy lejos de serlo, viéndola muy galana, la decia: «Ahora, Beatriz, anda por donde quisieres, que al cabo has de venir á ser Monja Descalza.» Como ahora lo es, y Priora del Convento de Ocaña.

Dijo que la fiesta de la Presentacion de Nuestra Señora se habia de venir á celebrar generalmente en toda la Iglesia. Un Confesor suyo, de quien pusimos una larga relacion en el libro primero, tratando del espíritu de profecía que tenia la Santa Madre Teresa, dice de esta manera: (*Prólogo, Fr. Domingo Bañes.*) «Háme dicho muchas cosas, que solo Dios las podía saber, por ser cosas que estaban por venir y que tocaban al corazon y aprovechamiento, y que parecian imposibles; y en todas he hallado grandísima verdad.» Y esto mismo confiesan muchas Religiosas y personas seglares en la informacion de su Canonizacion, que les conocia y penetraba el interior con los ojos del alma, como lo exterior con los del cuerpo. Y porque en el don de profecía hay muchos grados, segun que es la luz de Dios mayor ó menor; porque una misma verdad á unos se les descubre por sueños, á otros despiertos por imágenes corporales y oscuras, que se les figuran en la fantasía é imaginacion, y á otros por palabras puras, sencillas y claras; de la manera que un mismo rostro con muchos espejos mas y menos claros se muestra muy diferentemente, así Dios, las verdades que á los suyos revela, no las propone á todos con igual luz y clari-

dad; aquel es mayor Profeta (como los Santos afirman), á quien Dios mas claramente y por medio mas delicado le manifiesta las verdades mas altas y mas ocultas, como de ordinario hacia á la Santa, como se colige de lo que hasta aquí habemos referido, particularmente en el libro primero, y lo verá mas claramente quien leyere los libros que ella escribió.

CAPITULO XVIII.

Cómo la Santa Madre por medio de la oracion alcanzó ciencia infusa de Dios, y de los libros que escribió llenos de admirable doctrina.

Muy á propósito será tratando de las cosas maravillosas que el Señor comunicó á su sierva por medio de la oracion, que digamos aquí el altísimo conocimiento que tuvo de las cosas divinas; no solo por medio de revelaciones y otras ilustraciones dadas de Dios, porque estos aunque son grandes favores, pasan presto, y no está en manos del que las recibe usar de ellas cuando quiere. Es lluvia venida del Cielo que cae al tiempo que el Señor es servido; pero la ciencia de que vamos tratando es una sabiduría, divina no alcanzada con industria ni estudio humano, sino que es una Teología que viene de arriba, y se aprende cursando en la escuela del Cielo, donde lee la Cátedra la misma sabiduría, que es Dios. Llámase esta Teología mística y secreta, porque es una noticia de los misterios profundos y secretos de Dios, no adquirida por especulacion, sino infundida por el Espíritu Santo en el corazon de aquellos á quien él escoge para Maestros y Doctores de espíritu; de esta sabiduría hablaba el Apóstol cuando decia (*I. Cor. 2.*) que predicaba una sabiduría misteriosa y escondida de los sábios del mundo; pero que á él se la habia revelado el Espíritu Santo.

Esta sabiduría infundió Dios á la Santa Madre, con grande abundancia; porque como ella antes fuese muy ruda é inhábil, no solo para decir las cosas espirituales, sino tambien para entenderlas; en brevísimo tiempo la dió el Señor tanta luz y tanta inteligencia de las cosas sobrenaturales y divinas, cual grandes Teólogos con muchos años de estudio no pudieran al-

canzar. Espantábase la Santa Madre de esta mudanza, y admirábanse tambien sus Confesores, como los que entonces no descubrian los fines que Dios en esto tenia; porque como la habia escogido por Maestra y Doctora de espíritu, no era mucho se mostrase tan liberal y magnífico, no solamente en darle en tan subido grado esta penetración de misterios y conocimiento de cosas altísimas, sino tambien (y por ventura era mayor gracia) palabras y estilo para declarar lo que de suyo es por su alteza é incomprendibilidad tan secreto y oculto. Solia decir el P. M. Fr. García de Toledo (que despues fué Comisario General de las Indias), de la Orden de Santo Domingo, que así era la Santa Maestra de oracion y de cosas de espíritu, como otras personas muy doctas lo eran de otras facultades que habian profesado. De esta ciencia le nacia entender muchas cosas de la Sagrada Escritura maravillosamente; de tal manera, que algunos hombres doctos, despues que trataban con ella, confesaban que entendian muchos lugares de ella cuyo sentido antes no habian penetrado.

Fué casi repentina esta inteligencia y ciencia que tuvo de las cosas divinas, en fin, como infundida de Dios. En aquellos primeros años, luego que comenzó á tener arrobamientos, vió su alma vestida de tan nueva luz y conocimiento de cosas divinas, que ella misma se admiraba, y mucho mas sus Confesores, como ella escribe en su vida, capítulo doce, que les parecia habia dado mas Nuestro Señor á la Santa en tan breve espacio, que á otros en cuarenta años de oracion y trato de espíritu. Y porque en ninguna cosa se verá mas claramente este don y sabiduría que Dios comunicó por medio de la oracion á la Santa Madre, que en los libros que escribió, diré aquí algo de ellos, por donde se entenderá que no fué sabiduría humana, sino divina y sobrenatural la que tuvo.

Escribió la bienaventurada Madre Teresa de Jesús (fuera de muchos papeles sueltos en que se hallan cosas de mucho provecho y espíritu, de los cuales con grande cuidado y fidelidad recogió algunos el Padre Dr. Ribera en su libro) cinco libros, ninguno por su voluntad y gusto, sino todos por obediencia de sus Confesores, á quien ella obedecia con tanta puntualidad como al mismo Dios. El primer libro fué el discurso y relacion de su vida; y porque algunos ignorantes y gente poco práctica en el camino espiritual, han reparado en

que la Santa escribiese su vida, y en ella tantos favores del Cielo y tantas virtudes propias, y no advierten que como era tan buena, y ella habia de decir la verdad, por mucho que queria descubrir sus faltas, mostraba muy claras sus virtudes, y habiendo de contar las revelaciones y mercedes que el Señor le hizo, y los efectos que en ella causaban, no podia dejar de escribir sus virtudes. El haber hecho esto la Santa Madre, fué lance forzoso, necesidad precisa y obligacion tal, que despues que yo la haya dicho aquí, no habrá ninguno, por apasionado que esté, que no alabe el intento que la Madre tuvo en esto; porque como mas largamente escribimos en el primer libro, con la grandeza de las mercedes que de Dios la Santa Madre recibia (como verdaderamente humilde y prudente), andaba con un recelo y temor de no ser engañada del demonio, que jamás se quietaba. Debíalo de ordenar así el Señor, para que su espíritu fuese mas conocido en el mundo, y pasase por mayor exámen y aprobacion. Por otra parte, los Confesores (particularmente á cabo de algunos años que comenzó á tener estas cosas), aunque eran doctos y sábios, y veian en la Madre todas las señales que trae consigo el espíritu de Dios, por ser los favores tan raros y tan extraordinarios, no se fiaban de su parecer y juicio, y sabiendo que en Andalucía estaba el P. M. Avila, hombre de grande espíritu, experiencia y discrecion, para discernir el verdadero del falso, pareció á su Confesor que era entonces el M. Fr. García de Toledo, se la enviase para que diese su dictámen acerca de ella. Tambien un Inquisidor que pasó por Avila le aconsejó hiciese una relacion de su vida, en que con claridad diese cuenta de todo lo que por ella pasaba, y la enviase á Andalucía á este varon tan Santo que habemos dicho.

Este fué el fin que tuvo en escribir su vida, sin que por entonces jamás la pasase por el pensamiento que la habia de ver mas que su Confesor y la persona que la habia de examinar. Y aun pensaba entonces la Santa Madre Teresa que era este secreto, que en parte se reducía al Sacramento de la Confesion, y así en él dice que no dá licencia para que muestre á nadie mas que los primeros capítulos de su vida, donde escribe sus faltas y vanidades que tuvo, y le pide secreto en las mercedes que Dios le hizo. Este era su intento; pero el de Dios era muy diferente, porque por este medio quiso sacar á luz aque-

llos tesoros que en aquella alma santa tenia depositados; porque luego, como se entendió la fineza de su espíritu, y se vió la luz y claridad de su doctrina, y el grande provecho que podia hacer en la Iglesia, se fué divulgando poco á poco, y sin saberlo ella se hicieron muchos traslados en su vida; despues la mandaron sus Confesores que volviese á añadir la fundacion en San José de Avila, porque la relacion que habia enviado al P. M. Avila era breve, y habíala hecho antes que esto pasase. Muerta la Santa Madre, se imprimió luego este libro de su vida, habiendo estado muchos años primero detenido y examinado por el Tribunal del Santo Oficio, todo á peticion y ruego de la Santa Madre, que despues de haberlo comunicado con el P. M. Fr. Domingo Bañes, Confesor suyo, por su órden y por su medio lo entregó á los señores Inquisidores.

Ruego yo á los que en la Santa Madre Teresa de Jesus condenan esto, que reparen un poco y consideren, que casi todo cuanto sabemos hoy de los hechos gloriosos de los Santos, ha sido por su boca, particularmente estos favores de visiones, revelaciones y de las virtudes interiores, porque ni de estas se hallaron presentes los que las escribieron, ni las vió quien las predicó y enseñó; solo fué la diferencia, que lo que ellos dijeron de palabra, puso la Santa Madre por escrito, por estar ausente á quien se habia de dar parte de ello, y lo que otros dirian con fines altos de que Dios fuese muy alabado, la Madre lo dijo y escribió con obligacion precisa, obligándola á esto sus Confesores y su necesidad, para la quietud y aprovechamiento suyo, y entonces (como ya hemos dicho) no fué escritura para imprimir, sino para esperar luz y remedio de quien lo habia de ver y examinar.

Y aunque la Santa Madre hubiese escrito su vida sin ser compelida con tantos títulos de obligaciones, no era cosa que á ningun hombre prudente pudiese ofender, ni que aun bastase para disminuir un punto de su santidad y su crédito; pues sabemos que muchos Santos, sin ser compelidos de nadie, escribieron de sí cosas semejantes. Santo era San Pablo, y de los mayores que tuvo la Iglesia, y cuando se ofrece ocasion de la gloria de Dios, no perdona trabajo ni persecucion suya que no diga, ni menos calla las muchas revelaciones y visiones que tuvo. Santo era mi P. S. Gerónimo, y hace esto á cada paso;

y no era menos Santo el grande Agustino, Padre y Doctor de la Iglesia, y en el libro de las Confesiones no hizo otra cosa sino escribir su vida, no solo la que tuvo siendo pecador, sino la que vivió despues que fué Santo, donde cuenta los regalos y favores singulares que Dios le hizo. Y quien leyere á San Juan Climaco, á San Bernardo, á San Buenaventura, que fueron Santos muy recatados, hallará que en algunos lugares de sus libros cuentan las revelaciones y misericordias que el Señor les hacia; y si esta es falta, tambien la tuvieron muchos Santos Padres del Yermo, los cuales, poniendo los ojos en la gloria de Dios y en el provecho de los que los venian á visitar, contaban sus vidas y no callaban sus virtudes. Todo quanto hoy sabemos de un grande Santo de la Orden de Santo Domingo, llamado Fr. Enrique Suson, todo es tomado de lo que él dejó escrito de su vida, á petición de una Señora que confesaba. Lo mismo hizo Santa Gertrudis y otras Santas, que se nos acabaría primero el papel que el número, si aquí las hubiésemos de contar.

Verdad sea que esta no es grangería para todos, sino para los que son Santos; porque así como los que no lo son se desvanecen y pierden contando cosas de su propia escelencia, así los verdaderos humildes se confunden, y quanto mas hallan por su cuenta que han recibido, tanto mas cargados se reconocen; y con lo que otros se ensalzan, es en ellos un peso que los sume y abate hasta el profundo, como se puede ver en el libro de esta Santa. Y es gran providencia de Dios que algunos Santos con alguna grave ocasion hayan escrito sus vidas, para que saquemos las verdades de la fuente y las virtudes de su original, porque muchas veces, quando viene por muchos arcaduces y traslados, no llega tan pura á nuestras manos; y por esto las cosas que los Santos escribieron de sí, son mas fidedignas que las que sus historiadores con mucho cuidado nos dicen.

Lo que yo no acabaré de llorar en mi vida, es que la Santa Madre no escribiese las misericordias que recibió del Señor en los postreros veinte años de su edad, de los cuales sé yo que pudiera escribir cosas altísimas; que si los que escribió tres años despues que Nuestro Señor la comenzó á regalar fueron tan grandes, la que cada dia se iba mas afirmando y creciendo en el amor de su celestial Esposo, ¿cuáles serian los crecimien-

tos que tendria? Pienso no eran para comunicar; porque en los últimos años de su vida estaba ya tan unida á Dios, y tan habituada á las cosas espirituales y divinas, que casi no vivia acá sino con lo exterior; porque eran tan levantadas las cosas que en su alma pasaban, que no eran comunicables, y decia que no trataba de ellas porque le faltaba el tiempo para decirlas.

Pues volviendo á los libros de la Santa Madre, ya hemos visto que el primero que fué de su vida, le escribió constrenida y forzada de tantas obligaciones; esta, como consta de una carta de la Santa Madre, que está al fin del mismo libro, se acabó por el mes de Junio del año de mil quinientos sesenta y dos. Despues, en el mismo año, por mandato de su Confesor, le dividió en capítulos, que antes no tenia division alguna, y añadió la fundacion de San José de Avila.

El segundo fué el Camino de perfeccion, el cual escribió siendo Priora de San José de Avila, para sus Monjas, por orden del P. M. Fr. Domingo Bafies, que entonces era su Confesor. Esto fué el año mismo despues de haber acabado el libro de su vida; y este libro hizo imprimir, siendo la Madre viva, D. Teutonio de Verganza, Arzobispo de Eborá.

El tercero fué de las Fundaciones de los otros Monasterios que fundó, comenzando desde Medina, y acabando en el de Búrgos, que fué el postrero; este comenzó en Salamanca el año de mil quinientos setenta y tres, por orden del P. M. Gerónimo de Ripalda, de la Compañía de Jesus, que la confesaba allí, teniendo ya fundados siete Monasterios, y despues le iba añadiendo como iba fundando.

El cuarto, que se llama Castillo interior, ó las Moradas, escribió estando en Toledo, por orden del Dr. Velazquez, su Confesor, que, como habemos dicho, fué despues Obispo de Osma y Arzobispo de Santiago; y tuvo aquellos dias tan grande esceso de oracion, y andaba tan elevada en Dios, que en diez ó doce dias no pudo estar hábil para escribir una carta; y de esto quedó con tanta flaqueza de cabeza, como en el mismo libro dá á entender; comenzóle dia de la Santísima Trinidad del año de mil quinientos setenta y siete, en Toledo, y acabóle en Avila, víspera de San Andrés del mismo año, casi cinco años antes que muriese. En este libro verá el lector una admirable doctrina, y echará de ver con cuánto primer y

majestad de estilo y claridad de ejemplos lleva á un alma desde las puertas de sí misma, subiéndola de un grado en otro, hasta su mismo centro, que es la séptima Morada, Palacio del Celestial Esposo y Rey de Gloria Jesucristo.

El quinto libro que la Madre compuso, fué sobre los Cantares de Salomon; y esto fué por orden de algunas personas (que así lo dice ella), á quien estaba obligada á obedecer (*Vida, cap. 14.*). De este no ha quedado sino un cuaderno, ó pocas; porque como le escribió por obediencia, así también le rompió ó quemó por ella, porque un Confesor suyo, sin verle, se escandalizó de que una mujer escribiese sobre los Cantares, mandóla que lo quemase, y no fué menester mas para que ella lo hiciese. Quedó alguna parte de esta obra, que las Monjas de secreto habian comenzado á trasladar. Fué cierto grande prueba de la grande obediencia de la Santa, pues sin esperar mas pareceres, quemó estos trabajos, que no fueran de menos provecho que los otros que nos dejó escritos. Y lo mismo hubiera hecho con los libros de su vida, si una vez que el Padre M. Fr. Domingo Bañes, para probar su obediencia y rendimiento, le mandó los quemase, no retractara con tiempo su mandamiento, al cual, como si fuera de Dios, hubiera luego obedecido la Santa.

Todos estos libros escribió la Santa Madre por revelacion de Nuestro Señor; pero esta no bastara, porque en cosa ninguna se seguia por sola la revelacion, si juntamente no se lo hubieran mandado sus Confesores. Del libro de su vida, dice en el Prólogo de él: «Yo hago esta relacion que mis Confesores me mandan, y aun el Señor sé yo le quiere muchos dias há, sino que yo no me he atrevido.» Del libro de las Fundaciones, la mandó Nuestro Señor espresamente que lo escribiese, como ella lo refiere en las Adiciones de su vida. El de las Moradas escribió, dándola el Señor la materia, la traza y el nombre para el libro; y como Dios la mandó que escribiese estos libros, así parece quiso mostrar ser él el Autor de ellos: porque el modo con que la Santa Madre los escribió, muestra no ser ella mas que un instrumento suyo, y que no ponía de su casa mas que la mano y pluma. Muchas veces, estando escribiendo estos libros, se quedaba en arrobamiento, y cuando volvía de él, hallaba algunas cosas escritas de su letra, pero no por su mano. Estaba con la pluma en la mano, y con un resplandor

en el rostro tan notable, que no parece sino que la luz del alma se trasfiguraba en el cuerpo; tenia el alma tan absorta en Dios, que aunque hubiese mucho ruido en su celda, ni la perturbaba, ni lo sentia. Escribia estando llena de ocupaciones y cuidados de tantas casas que gobernaba, acudiendo al Coro con la puntualidad que las demás. Escribia con grande presteza y velocidad; pero qué maravilla; pues (como David dice) su pluma era movida por aquel escribano velocísimo, no parecia sino que tenia un molde en su entendimiento, de donde salian las palabras tan medidas y amoldadas con lo que habia de decir, que con escribir tantos pliegos, jamás se paró á pensar cosa de las que habia de escribir; porque le dictaba el espíritu con tanta abundancia, que si tuviera muchas manos, á todas diera que hacer, y las cansara, sin que le faltara materia.

De lo uno y de lo otro dá ella buen testimonio; porque el no ponerse á pensar lo que habia de escribir, lo dice en el fin de su vida, por estas palabras (*cap.* 40.): «Héme atrevido á concertar esta mi desbaratada vida, aunque no he gastado en ella mas cuidado ni tiempo de lo que fué menester para escribirla, sino poniendo lo que ha pasado por mí, con toda la llaneza y verdad que yo he podido.» Y en otra parte, dice: «Mas qué de cosas que se ofrecen en comenzando á tratar de este Camino, aun á quien tan mal ha andado por él, como yo. Ojalá pudiera yo escribir con muchas manos, para que unas por otras no se olvidaran.» Todo esto es de la Santa Madre. Tambien dice en su vida, que escribia con tanta felicidad, como quien tiene un dechado delante, y está sacando de él (*Vida, cap.* 14.): «Cuando el Señor (dice) dá espíritu, pónese con facilidad y mejor: parece como quien tiene un dechado delante, que está sacando de aquella labor; mas si el espíritu falta, no hay mas concertar este lenguaje, que si fuese algarrabía.» Que es lo mismo que dijo el Profeta Baruc de Jeremías, Profeta que dictaba cuando escribia, como si leyera ó trasladara de algun libro; este libro no es otra cosa sino un dechado que Dios le ponía delante, de lo que queria que el Profeta entendiese; semejante á este era el que tenia la Santa Madre delante de su alma cuando escribia, como se echa claramente de ver por la misma escritura que ella escribió; porque en sus originales escritos por su misma mano, no se halla palabra

borrada, ni enmendada, ni errada, que cuando fuera molde de imprenta, fuera mucho; y el ser de mano, y en materia tan alta, con tan concertado estilo, paréceme que es uno de los mayores milagros que de la Santa se escriben, y el mayor testimonio de la luz y sabiduría que el Espíritu Santo la infundió; porque como quiera que la Santa fuese antes muy ruda é ignorante, para la inteligencia y declaracion de las cosas espirituales y místicas, y no nada curiosa, tanto mas resplandece la sabiduría de Dios, que en ella floreció, cuanto mas lejos estaba de tener principios de ella. Esto se podrá bien entender por lo que ella escribe de sí en su vida, por estas palabras (*Vida, cap. 12.*); «Hartos años estuve yo que leía muchas cosas, y no entendia nada de ellas, y mucho tiempo que, aunque me lo daba Dios, palabra no sabia decir para darlo á entender, que no me ha costado esto poco trabajo: cuando Su Magestad quiere, en un punto lo enseña todo, de manera que yo me espanto. Una cosa puedo decir con verdad, que aunque hablaba con muchas personas espirituales, que querian darme á entender lo que el Señor me daba, para que se lo supiese decir, y es cierto que era tanta mi torpeza, que poco ni mucho me aprovechaba; ó queria el Señor (como Su Magestad fué siempre mi Maestro, sea por todo bendito, que harta confusion es para mí poder decir esto con verdad) que no tuviese á nadie qué agradecer; y sin querer ni pedirlo (que en esto no he sido nada curiosa, porque fuera virtud serlo, sino en otras vanidades), dármelo Dios en un punto á entender con toda claridad, y para saberlo decir, de manera que se espantaban, y yo mas que mis Confesores, porque entendia mejor mi torpeza. Esto há poco, y así lo que el Señor no me ha enseñado, no lo procuro, si no es lo que toca á mi conciencia.»

De donde todo lo que fué en la Santa Madre sobrepuesto á esta inhabilidad (que ella confiesa), todo era dado é infundido de Dios, y particularmente cuando escribió estos libros tuvo particular asistencia suya, como confiesa en muchas partes de ellos. En el capítulo catorce de su vida, dice así: «Es grandísima ventaja estar en oracion cuando escribo esto; porque veo claro no soy yo quien lo dice, porque ni lo ordeno con el entendimiento, ni sé despues cómo lo acerté á decir.» Y en el capítulo treinta y nueve, escribe de esta manera: «Muchas

cosas de las que aquí escribo, no son de mi cabeza, sino que me las decia este mi Maestro celestial. Y porque en las cosas que yo señaladamente digo, esto entendí ó me dijo el Señor, se me hace escrúpulo grande poner ó quitar una sola sílaba que sea; así, cuando puntualmente no se me acuerda bien todo, va dicho como de mí, ó porque algunas cosas tambien lo serán, no llamo mio lo que es bueno, que ya sé no hay cosa en mí, sino lo que tan sin merecerlo me ha dado el Señor; sino llamo dicho de mí, no ser dado á entender en revelacion.»

— Cuando escribió el libro de su vida, llegando á aquellos grados de oracion que en él declara, era cosa maravillosa, que como iba subiendo de un grado en otro, la ponía Nuestro Señor actualmente en aquel modo de oracion, y juntamente con la esperiencia que pasaba por ella, la daba espedicion y facilidad para decirlo, poniéndole comparaciones muy á propósito para declararlo mejor. Para confirmacion de todo lo que he dicho en este capítulo, así del fin que tuvo la Santa Madre en escribir su vida, como de la inhabilidad que antes tenia, y las ocupaciones en que estaba metida al tiempo que lo escribia, pondré aquí unas palabras suyas, harto dignas de su espíritu y humildad: (*Vida, cap. 10.*) «Y digo lo que ha pasado por mí, como me lo mandan; y si no fuere bien, rompiéralo á quien lo envio, que sabrá mejor entender lo que vá mal que yo. A quien suplico por amor del Señor, lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida y pecados, lo publiquen, desde ahora doy licencia á todos mis Confesores, que así lo es á quien esto vá, y si quisieren luego en mi vida, porque no engañe mas al mundo, que piensan hay en mí algun bien; y cierto, cierto, con verdad lo digo, lo que ahora entiendo de mí, que me dará gran consuelo. Para lo que de aquí adelante dijere no se la doy, ni quiero, que si á álguien lo mostraren, digan quién es por quien pasó, ni quién lo escribió, que por esto no me nombro á mí ni á nadie, sino escribirlo he todo lo mejor que pueda, por no ser conocida, y así lo pido por amor de Dios. Bastan personas tan letradas y graves para autorizar alguna cosa buena, si el Señor me diere gracia para decirla, que si lo fuere, será suya y no mía, porque yo sin letras y buena vida, ni ser informada de letrado, ni de persona ninguna (porque solos los que me lo mandan escribir saben que lo escribo, y al presente no están

aquí, y escríbolo casi hurtando el tiempo y con pena; porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre y con hartas ocupaciones; y si el Señor me diera mas habilidad y memoria, que aun con esta pudiérame aprovechar de lo que he oido y leido, mas es poquísima la que tengo), así que si algo bueno dijere, lo quiere el Señor para algun bien; lo que fuere malo, será de mí, y vuestra merced lo quitará. Para lo uno ni para lo otro, ningun provecho tiene decir mi nombre; en vida está claro que no se ha de decir de lo bueno; en muerte, no hay para qué, sino para que pierda autoridad el bien, y no le dar ningun crédito, por ser dicho de persona tan baja y tan ruin, y por pensar vuestra merced hará esto, que por amor del Señor le pido, y los demás que lo han de ver, escribo con libertad, y de otra manera seria con grande escrúpulo fuera de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo; para lo demás, basta ser mujer para caérseme las alas, cuanto mas mujer y ruin. Y así lo que fuere mas de decir simplemente el discurso de mi vida, tome vuestra merced para sí, pues tanto me ha importunado escriba alguna declaracion de las mercedes que me hace Dios en la oracion, si fuere conforme á las verdades de Nuestra Santa Fé Católica, y si no vuestra merced lo queme luego, que yo á esto me sujeto, y diré lo que pasa por mí, para que cuando sea conforme á esto, podrá hacer á vuestra merced algun provecho, y si no desengañará mi alma para que no gane el demonio, á donde me parece gano yo, que ya sabe el Señor (como despues diré) que siempre he procurado buscar quien me dé luz. Por claro que yo quiera decir estas cosas de oracion, será bien oscuro, para quien no tuviere esperiencia. Algunos impedimentos diré, que á mi entender lo son para ir adelante en este camino, y otras cosas en que hay peligro, de lo que el Señor me ha enseñado por esperiencia, y despues tratándolo yo con grandes letrados y personas espirituales de muchos años, y ven que en solos veinte y siete años que há que tengo oracion, me ha dado Su Magestad la esperiencia, con andar en tantos tropiezos y tan mal este camino, que á otros en treinta y siete y en cuarenta y siete que con penitencia y siempre virtud han caminado por él. Sea bendito por todo y sírvase de mí, por quien Su Magestad es, que bien sabe mi Señor que no pretendo otra cosa en esto, sino que sea alabado y engrandecido un poquito, de ver que en un mula-

dar tan sucio y de mal olor, hiciese huerto de tan suaves flores.»

CAPITULO XIX.

De la gran estima que ha habido siempre de los libros de la Santa Madre, y del grande fruto que con ellos se ha hecho.

Antes que los libros de la Santa Madre se imprimiesen, fueron examinados por el Santo Oficio, y cometidos á los hombres mas graves y doctos de España para que los examinasen. No se halló cosa en ellos que no fuese un pedazo de Cielo y una centella de luz, para guiar las almas que van por aquel camino, y para encenderlas en el amor de Dios. Aprobáronse los libros por el Tribunal del Consejo Supremo de la Santa Inquisicion con un Decreto muy honrado, pero acordaron aquellos señores (con mucha prudencia) que fuese secreto. Imprimiéronse los libros, y desde que salieron fueron muy estimados de todos. El Rey D. Felipe II procuró luego los originales de ellos, y los mandó poner en su librería en San Lorenzo, en el Escorial, y con tener allí muchos otros originales de Santos de la Iglesia, á solos tres hizo particular reverencia, dando muestras de lo que los estimaba, que son: los originales de San Agustin, San Juan Crisóstomo y los de Nuestra Santa, haciéndolos poner dentro de la misma librería, debajo de una red de hierro, en un escritorio muy rico y cerrado continuamente con su llave; los de la Santa Madre Teresa por particular favor se enseñan y dejan tocar como reliquias santas. Han sido comunmente sus libros muy estimados de la gente docta y grave, así de España como de fuera de ella, y cuanto los que los leen son mas letrados, mas los veneran, como los que mejor saben y descubren los quilates de aquel oro finísimo que en ellos está encerrado; y si alguna cosa no entienden, por ser reservada á la esperiencia, tanto mas le estiman, porque echan de ver que hay otra Teología sobre la que ellos enseñan, que es mucho mas noble, por ser conocimiento de Dios, místico y secreto, que anda junto con la esperiencia y gusto de su suavidad. Pocas personas que sean grandes letrados leen estos libros á quien no causen nueva admiracion y estima de la Santa Ma-

dre, porque la alteza de las cosas que trata, la grandeza del estilo, tanto mas propio quanto menos afectado, el fuego que enciende en el corazon de quien los lee, son testigos de lo que contienen.

Imprimiéronse estos libros en España en el año de mil quinientos ochenta y siete, donde se han hecho muchas impresiones. Dirigiólos el P. Provincial de los Descalzos á la Emperatriz. Despues los tradujo en italiano el Obispo de Novara, y los dedicó á N. S. P. Clemente VIII; y porque el bien de suyo es comunicable, porque este tan grande lo fuese á otras naciones, convirtió de Italiano en Latin el libro de su vida, el Padre Fr. Antonio Kerbekia, Vicario general de la Orden de San Agustin, en Italia, dirigiéndolo al Arzobispo de Maguncia, Príncipe y Elector del Romano Imperio; están tambien traducidos en lengua Francesa, aunque no he sabido por qué Autor.

El mayor testimonio que yo podré traer en confirmacion de la estima que se ha de tener de estos libros, es lo que de ellos escribió el P. M. Fr. Luis de Leon, de la Orden de San Agustin, Catedrático de Escritura de Salamanca, y en el tiempo que vivió, luz y gloria de España; que como los viese y examinase por comision del Consejo Real, quedó tan aficionado y preso de su doctrina, que en alabanza de ellos y del Autor hizo un Prólogo muy largo y elegante, que anda al principio de sus libros; y no contento con esto comenzó á escribir un libro de la vida y milagros de la Santa Madre Teresa, aunque prevenido con la muerte no le pudo acabar. Dice, pues, en el Prólogo, entre otras cosas, de esta manera: «Y no es menos clara ni menos milagrosa la segunda imágen que dije, en que conozco la santidad de la Santa Madre, que son las escrituras y libros, en los cuales, sin ninguna duda, quiso el Espíritu Santo que fuese la Madre Teresa un ejemplo rarísimo; porque en la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que las trata, escede á muchos ingenios, y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafectada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale; y así siempre que los leo, me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre el que oigo, y no dudo sino que

hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regia la pluma y la mano, y así lo manifiesta en la luz que pone en las cosas oscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee; que dejados parte otros muchos y grandes provechos que hallan los que leen estos libros, dos son á mi parecer los que con mas eficacia hacen: uno facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud, y otro encenderlos en amor de ella y de Dios; porque en lo uno es cosa maravillosa ver cómo ponen á Dios delante los ojos del alma, y cómo le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce y tan amigable para los que le hallan; y en lo otro, no solamente con todas, mas con cada una de sus palabras pegan al alma fuego del Cielo, que la abrasa y deshace, y quitándole de los ojos y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime ni precie; déjanla, no solamente desengañada de lo que la falsa imaginación la ofrecia, sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada y (si se puede decir así) tan ansiosa del bien, que vuela luego á él con el deseo que hierve; que el ardor grande que en aquel Santo pecho vivia, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan. De que vuestras Reverencias entiendo yo son grandes testigos, porque son sus dechados muy semejantes.» Y mas abajo añade: «He trabajado en reducirlos á su propia pureza, en la misma manera que los dejó escritos de su mano la Santa Madre Teresa; que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivia y que se presume le movia á escribirlas, fuera atrevimiento grandísimo y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia, que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones y rompe el hilo, comenzado muchas veces con cosas que ingiere; mas ingiérelas tan diestramente y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lugar del refrán; así que yo los he restituido á su primera pureza.» Y despues de algunos renglones prosigue el Autor:

«Mientras se dudó de la virtud de la Santa Madre Teresa, y mientras hubo gentes que pensaron al revés de lo que era, porque aun no se veia la manera en que Dios aprobaba sus

obras, bien fué que estas Historias no saliesen á luz ni anduviesen en público, para escusar la temeridad de los juicios de algunos; mas ahora despues de su muerte, cuando las mismas cosas y el suceso de ellas hacen certidumbre que es Dios, y cuando el milagro de la incorrupcion de su cuerpo y otros milagros que cada dia hace, nos ponen fuera de toda duda su santidad, encubrir las mercedes que Dios la hizo viviendo, y no querer publicar los medios con que la perficionó, para bien de tantas gentes, seria en cierta manera hacer injuria al Espíritu Santo y escurecer sus maravillas, y poner velo á su gloria; y así ninguno que bien juzgare, tendrá por bueno que estas revelaciones se encubran; que lo que algunos dicen ser inconveniente que la Santa Madre misma escriba sus revelaciones de sí, para lo que toca á ella, y á su humildad y modestia, no lo es, porque las escribió mandada y forzada; para lo que toca á nosotros y á nuestro crédito, antes es lo mas conveniente, porque de cualquier otro que las escribiera, se pudiera tener duda si se engañaba ó si queria engañar, lo que no se puede presumir de la Santa Madre, que escribia lo que pasaba por ella, y era tan Santa, que no trocara la verdad en cosas tan graves.» Y mas abajo vuelve á decir acerca de los libros de la Santa:

«Resta ahora decir algo á los que hallan peligro en ellos, por la delicadeza de que tratan, que dicen no es para todos, porque como haya tres maneras de gentes, unos que tratan de oracion, otros que si quisiesen podrian tratar de ella, otros que no podrian por la condicion de su estado; pregunto yo, ¿cuáles son los que de estos peligran? ¿Los espirituales? No, sino es daño, saber uno eso mismo que hace y profesa. ¿Los que tienen disposicion para serlo? Mucho menos, porque tienen aquí, no solo quien los guie cuando lo fueren, sino quien los anime y encienda á que lo sean, que es un grandísimo bien. Pues los terceros ¿en qué tienen peligro? ¿En saber que es amoroso Dios con los hombres? ¿Que quien se desnuda de todo, le halla? ¿Los regalos que hace á las almas? ¿La diferencia de gustos que les dá? ¿La manera cómo los apura y afina? ¿Qué hay aquí, que sabido no santifique á quien lo leyere? ¿Que no crie en él admiracion de Dios y que no le encienda en su amor? Que si la consideracion de estas obras exteriores que hace Dios en la creacion y gobernacion de las cosas, es escuela de comun

provecho para todos los hombres el conocimiento de sus maravillas secretas, ¿cómo puede ser dañoso á ninguno? Y cuando alguno por su mala disposicion sacara daño, ¿era justo por eso cerrar la puerta á tanto provecho de tantos? No se publique el Evangelio, porque en quien no le recibe, es ocasion de mayor perdicion, como San Pablo decia. ¿Qué escrituras hay, aunque entren las Sagradas en ellas, de que un ánimo mal dispuesto no pueda concebir un error? En el juzgar de las cosas débese atender á si ellas son buenas en sí y convenientes para sus fines, y no á lo que hará de ellas el mal uso de algunos; que si á esto se mira, ninguna hay tan santa que no se pueda vedar. ¿Qué mas Santos que los Sacramentos? ¿Cuántos por el mal uso de ellos se hacen peores? El demonio, como sagaz y que vela en dañarnos, muda diferentes colores, y muéstrase en los entendimientos de algunos recatado y cuidadoso del bien de los prógimos, para por escusar un daño particular, quitar de los ojos de todos lo que es bueno y provechoso en comun. Bien sabe él que perderá mas en los que se mejoraren é hicieren espirituales perfectos, ayudados con la leccion de estos libros, que ganara en la ignorancia ó malicia de cual, ó cual por su indisposicion se ofendiere.» Todo esto que hasta aquí he referido, es de este escelente y doctísimo varon.

Antes que diga del fruto de estos santos libros, quiero decir otra alabanza de ellos, y es que (sin pretenderlo el Autor) de ninguna cosa tratan mas altamente que de su humildad y santidad, porque quien los leyere con atencion (y aun el que anduviere sin ella), echará claramente de ver que todos ellos están sembrados de flores de humildad. Y casi no dice cláusula ni palabra alguna, que no vaya como preparada y conservada con esta virtud. Cosa es que admira ver esta Aguila Real cuando se va subiendo á lo alto, y poniendo los ojos en aquellos resplandores divinos que deslumbran á los Serafines, como se abate luego á la tierra de su propio conocimiento y pecados pasados, y otras veces parece que llevando tendidas las velas y caminando con el soplo del espíritu á gran furia, se va engolfando en las grandezas de Dios Nuestro Señor, y que de cuando en cuando se retira, é inclinándose las abate á su deshacimiento y aniquilacion, y no sé cómo ni por dónde, halla siempre puerta para entrar en su vida pasada, y nunca pierde ocasion que de decir mal de sí se ofrezca. Y lo que pone ma-

yor admiracion es que las cosas donde el lector descubre la alteza de su espíritu y la grandeza de su santidad, ella no halla de su parte sino desagradecimiento y tibieza, pareciéndole que en todas aquellas mercedes no hace mas que recibir sin pagar. Mas por mucho que se esconda la santidad y verdad, como es luz, siempre echa algunos rayos de sí, que dan bastante noticia de ella. Y así estos libros dan tan firme y fiel testimonio de las virtudes, santidad y perfeccion de la Santa Madre, que aunque otro no hubiera, fuera bastantísimo para que cualquiera la juzgue por una de las mayores Santas que Dios Nuestro Señor tiene en su Iglesia, porque tan altas virtudes, tan estremada caridad (si es que puede haber estremo en el amor), tan ferviente y subida oracion como en ellos se nos descubre, no son prendas de ordinarios Santos, sino de los muy levantados y perfectos, á quien Dios ha escogido por su virtud y doctrina para antorchas y lumbreras de su Santa Iglesia.

Si no es que alguno, ignorante de la verdad, quisiese poner duda, ó en que los libros son suyos (cosa mas clara que el Sol que vemos en medio del dia), ó que lo que en ellos escribió pasase por ella. Y en esto hay menos razon de duda; porque cuando sus Confesores, que fuimos testigos de su corazon, no tuviésemos toda la certidumbre que de esto se puede tener en esta vida, cualquiera que tuviere juicio y razon, echará de ver, que quien fué el Autor de aquellos libros, no lo pudo ser de mentira; porque ellos (aun á los que no tienen ojos ni entendimiento) pregonan de su Autor un Espíritu divino, santo y lleno de resplandores y gracias del Cielo. Y cuando la Santa Madre, mujer aprobada con grandes testimonios de su santidad, á quien Dios escogió para obras tan maravillosas, quisiese en esto trastocar la verdad (cosa que no seria menos error presumirlo de ella que de un Angel del Cielo), no darian lugar tantos testigos y tan graves, que en su vida juntamente con su espíritu examinaron sus libros, y careando la vida con la historia, y el original con el traslado, hallaron en la Santa todas estas cosas que ella escribió, y con grandes ventajas mucho mayores, quanto vá de lo vivo á lo pintado. Yo soy de esto el menor testigo, y hay hoy en España vivos muchos de ellos, la gente mas grave y docta que en ella se halla, como se verá en el Prólogo que escribí al principio de esta historia, tom. I.

Todos vimos sus libros mientras vivia, experimentamos y tocamos como con la mano en su vida lo que en ellos decia, y de las revelaciones y visiones que allí cuenta, tuvimos la certidumbre que en esta vida en semejante materia se puede tener; pero cuando no hubiera otro testimonio de estas cosas, sino el de la Santa Madre Teresa de Jesus, era el mayor que pudiera imaginarse; que dice no escribe cosa en ellos, que primero no pasase por ella. «No diré cosa (dice) (*Vida, cap. 18.*) que no la haya experimentado mucho, y sé así, que cuando comencé á escribir esta postrer agua, que me parecia imposible saber tratar cosa, mas que hablar en griego, que así es ello dificultoso: con esto lo dejé, y fuí á comulgar. Bendito sea el Señor, que así favorece á los ignorantes. ¡Oh virtud de obedecer, que todo lo puedes! Aclaró Dios mi entendimiento, unas veces con palabras, otras poniéndome delante cómo lo habia de decir, que (como hizo en la oracion pasada) Su Magestad parece quiere decir lo que yo no puedo ni sé. Esto que digo es entera verdad, y así lo que fuere bueno, es suya la doctrina; lo malo está claro, es del piélagó de los males, que soy yo; y así digo, que si hubiera personas que hayan llegado á las cosas de oracion, que el Señor ha hecho merced á esta miserable (que debe haber muchas), y quisiesen tratar estas cosas conmigo, pareciéndoles descaminadas, que ayudaria el Señor á su sierva, para que saliese con su verdad adelante.» Y en otra parte dice así (*Vida, cap. 22.*): «Despues entendí que si el Señor no me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender; porque no era nada lo que entendia, hasta que Su Magestad por experiencia me lo daba á entender.» Y he dicho esto, representando duda donde no la hay, para que se entienda mejor la verdad, y como estos libros es el mayor testimonio que hay de la santidad de su autor.

El fruto de estos libros despues que se imprimieron y publicaron, ha sido muy grande, y porque de casos particulares están llenas las informaciones de su canonizacion, contando muchas personas que por medio de su leccion han hecho notables mudanzas; yo, por no alargarme mas de lo justo, no descenderé mas en particular. Solo puedo decir, que en personas seglares han hecho grande provecho, y que por su leccion son innumerables los que han trocado las costumbres, y casi otros tantos los que han mudado tambien estado, entrándose

en Religion. Pocas Religiosas hay entre las Monjas Descalzas, cuyo llamamiento no haya comenzado de la leccion de estos libros. Lo mismo experimentan en muchas Religiones, examinando la vocacion de los que á ellas vienen. Particularmente en las Monachales, sé por muy cierto ha ayudado este libro á la Reformation de muchos Religiosos, los cuales, encendidos con ardor y deseo de mas perfeccion, trocaron la tibieza en nuevo fervor, y dándose á la Oracion, han hallado grande provecho en sus costumbres. Sé que se leen comunmente en los Refectorios de muchas y muy graves Comunidades, así de España, como de Italia, Francia y de las Indias, con notable estima del Autor y aprovechamiento de los oyentes. Y sé que se ha cumplido bien una profecía que Nuestro Señor dijo á la Santa, y ella á mí y á otras personas, que despues de sus dias harian mucho fruto estos libros.

Algunos hay que no entienden estos libros, por no haber llegado con la esperiencia (que es la llave del conocimiento de las cosas sobrenaturales) á gustar lo que en ellos se trata, y así pasan ayunos por lo que no han gustado; pero los hombres letrados y doctos, con la especulacion y noticia que tienen de la Sagrada Escritura, aunque en la práctica y esperiencia de cosas tan altas estén faltos; pero al fin echan de ver que hay una luz superior, que su vista no percibe, que son rayos todos de luz divina, que sobrepuja á lo que ellos pueden entender; así como un hombre que no sabe entender latin ó griego, viendo las letras ó figuras, echa de ver cuál es griego ó latin, aunque él no lo sepa entender; pero otros hay tan ignorantes, que lo que ellos no entienden, piensan que otros no alcanzan. De estos no han faltado algunos que han contradicho algunas cosas de los libros de la Santa Madre Teresa, como escribe el P. M. Fr. Domingo Bañes, en el dicho de la informacion de su Canonizacion: «El libro (dice) no deja de tener contradicciones de algunas gentes, que con buen celo y poca esperiencia de la vida espiritual, calumnian algunas cosas que no entienden; pero á muchas personas doctas y vulgares les ha parecido muy bien, y les hace gran provecho.

CAPITULO XX.

De la devocion grande que tenia al Santísimo Sacramento del Altar.

Tenia la Bienaventurada Madre Teresa de Jesus singular devocion al Santísimo Sacramento. Y lo que solia decir que la animaba á padecer los grandes trabajos de las Fundaciones, era que hubiese una Iglesia mas en que se pusiese el Santísimo Sacramento. Lloraba mucho la ceguedad de los Hereges de estos tiempos, y sentia mucho mas los desacatos que hacian á este Divino Sacramento. Por el mucho provecho que con él sentia en su alma, comulgó por espacio de mas de veintitres años ordinariamente cada dia, por parecer de muchos y muy grandes Letrados. Aprobó Nuestro Señor con un nuevo milagro sus comuniones, porque como tuviese al principio de sus fervores, entre otras enfermedades, dos vómitos cada dia, uno á la mañana y otro á la noche; luego que comenzó á frecuentar la comunión, se le quitó el de la mañana, y el de la noche le duró toda la vida. Procuraba recibir este Sacramento con grande pureza de alma, y nunca se llegó á comulgar sabiendo de sí algun pecado venial (aunque no fuese sino uno) sin confesarse primero; pero aunque era tan grande el hambre que tenia de este Sacramento (como la que tenia bien experimentados los efectos que causa en el alma pura y perfecta), era mayor el rendimiento que tenia á sus Confesores; porque como tenia tanta luz de Dios, de tal manera se aprovechaba de este medio, que ni libraba en esta continuidad todo su consuelo ni su aprovechamiento; porque sabia muy bien que estaba mas en hacer la voluntad de Dios, que en comulgar por su consuelo ó devocion. Cuando sus Confesores le quitaban la Comunión (que lo hacian algunas veces por mortificarla y probarla), no solo no mostraba desconsuelo, sino que se lo agradecia, diciendo que miraban mas ellos por la honra de Dios, no dando lugar á que una tan grande pecadora llegase á comulgar, que no ella en querer recibirle siendo la que era.

Estando la Santa Madre enferma en Avila, y por esta causa habiendo mas de un mes que no comulgaba, preguntándole una hermana si tenia muchas ansias por comulgar, ella respon-

dió que no; porque considerando que Dios lo quería así, estaba su alma como si cada día comulgara, y aunque tenía tan grande ánsia de comulgar que no hubiera trabajo ni peligro del mundo á que no se pusiese, á trueque de gozar de este bien, pero ponía mas su estudio en la mortificación y sólidas virtudes, que en frecuentes comuniones, que cuando no andan acompañadas de humildad, sujecion y de las demás virtudes, más se puede temer de ellas el juicio que el premio; especialmente que con el desaprovechamiento que de esto se sigue, vá creciendo la peor polilla del alma y su destruicion, conviene á saber, contentamiento propio, soberbia, seguridad, satisfaccion de sí misma, y viene á servir este manjar divino de autoridad y de sombra, para que crezca la autoridad y crédito con los demás.

Esta devocion, como era sustancial y verdadera en la Santa, se la pagaba bien Nuestro Señor en darle de ordinario al tiempo de la comunion grandes raptos, y en ellos luz de muchas verdades, revelaciones de grandes misterios y visiones muy subidas; porque de ordinario esperaba el Señor en este tiempo para hacerle estas mercedes, vió muchas veces en la Hostia consagrada al mismo Cristo, unas resucitado, otras puesto en la Cruz, y otras coronado de espinas, y de otras maneras; pero siempre con tan grande Magestad, que le causaba temor y reverencia. Hacia este Sacramento grandes efectos en su alma, porque á la manera que saliendo el Sol, huyen las tinieblas y se deshacen los nublados, así en llegando á comulgar, cesaban las tentaciones y aflicciones, oscuridades y aprietos que en el espíritu padecía. Entonces no parecia le quedaba de mujer sino sola la figura de haberlo sido, porque el alma, las potencias, los deseos y afectos, y todo lo que en ella habia, parece se le arrancaban para unirse y trasformarse en Dios, con que quedaba toda enagenada y absorta. Este era el tiempo cuando el cuerpo tambien en compañía del alma se levantaba de la tierra, y parece queria él tambien salir de este mundo. Lo que yo esperiménté fué, que con llegar á comulgar con un color de tierra en el rostro, como quien estaba tan enferma, y era tan penitente, luego que recibia el Santísimo Sacramento, como si la invistieran con algun rayo grande de fuego y de luz, y ella fuera de cristal, se le ponía el rostro hermosísimo, de color rosado, que parecia trasparen-

te, y quedaba con una gravedad y magestad tan grande, que mostraba bien el huésped que tenia consigo. Quedaba con este bocado del Cielo, no solo el alma buena, sino tambien el cuerpo de sus enfermedades; porque si entrando la carne de Cristo en un pechõ no limpio, ni convenientemente dispuesto, á veces causa enfermedad y destempla en la salud corporal al que así lo recibe; cuando por el contrario, y el alma estuviere pura y limpia, de creer es que no solo con su maravillosa virtud la santifica, sino tambien tocando aquella carne santísima á la del que así la recibe, temple en ella los humores, y cobre salud por la vecindad y ajuntamiento con el cuerpo de Cristo. De esto dá ella buen testimonio en una relacion de su vida por estas palabras: «En llegando á comulgar, queda el alma y cuerpo tan quieto y tan sano, y tan claro el entendimiento, con toda la fortaleza y deseos que suelo, y tengo experiencia de esto, que son muchas veces; á lo menos cuando comulgo, há mas de medio año que siento clara salud corporal.»

Comulgando un dia de Ramos, cuando tomó en la boca el Santísimo Sacramento, antes que lo pasase, quedó con gran suspension, de la cual, como volviese á cabo de un rato, le pareció verdaderamente tenia toda la boca llena de sangre, y asimismo que todo su rostro y toda ella estaba bañada en la misma sangre, y tan caliente, como si entonces se acabara de derramar. Era escesiva la suavidad que con este baño sentia. Y djóle el Señor (*Adiciones á la Vida, núm. 2.*): «Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche; y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y tú la gozas con tan gran deleite como ves.» Otro dia, estando en Sevilla acabando de comulgar, sintió por una manera de vision delicada, que su alma se hacia una misma cosa con el cuerpo del Señor, á quien tambien vió entonces, y quedó de esta vision con grandes efectos en su alma, y con grande aprovechamiento en el amor y en las demás virtudes.

Tenia grandísima curiosidad que todo lo que tocaba al culto y veneracion de este Sacramento, estuviere muy cumplido y muy limpio, no solo los Altares, Frontales, Ornamentos, Corporales y Calices, pero aun otras cosas menores, y que de mas lejos se ordenan á su culto y reverencia. De aquí tambien le nacia tener á los Sacerdotes una grande y entrañable reveren-

cia, por ser ellos los Ministros que le consagran. Hincábase muchas veces de rodillas delante de ellos, y pedíales la mano y la bendicion. Llegando una vez de camino á Malagon, y apeándose en medio de la plaza donde estaba el Monasterio, estaba allí el Capellan de la misma casa, y con ser de no mucha edad y estar allí mucha gente delante, se puso de rodillas delante de él, y le pidió la bendicion. Para confirmacion de esto que voy diciendo, no quiero pasar por alto lo que á mí me pasó con la Santa Madre yendo á decir Misa á su Monasterio de Medina del Campo, donde como me diesen un paño muy oloroso para lavarme las manos, yo (como inconsiderado) me ofendí de esto, y con la licencia que tenia de la San Madre, le dije despues que mandase quitar aquel abuso de sus Monasterios, porque como me parecia bien que los corporales y paños que están en el Altar fuesen olorosos, así me parecia mal que los otros paños que sirven para limpiar las inmundicias de las manos lo estuviesen; ella me respondió con grande humildad y gracia: «Sepa, Padre, que esa imperfeccion han tomado mis Monjas de mí; pero cuando me acuerdo que Nuestro Señor se quejó al Fariseo en el convite que le hizo porque no le habia recibido con mayor regalo, querria desde el umbral de la puerta de la Iglesia que todo estuviese bañado en agua de Angeles; y mire mi Padre, que no le dan ese paño por amor de vuestra Reverencia, sino porque ha de tomar en esas manos á Dios, y para que se acuerde de la limpieza y buen olor que ha de llevar en la conciencia, y si esa no fuere limpia, váyanlo si quiera las manos.» Con esta respuesta confundió mi consideracion, y me abrió los ojos para mirar de allí adelante de otra manera las cosas cercanas y remotas á este Santísimo Sacramento.

De aquí han venido sus Frailes y Monjas á ser tan mirados en el culto divino, que no hay semejante limpieza de Altares en parte del mundo que yo conozca; lo que mas pena le daba era el desacato grande que los Luteranos hacian á este Sacramento, esto era lo que mas le tenia atravesado el corazon, como se echará de ver en una esclamacion que hace, tratando de esta materia en el Camino de la Perfeccion, donde hablando con el Padre Eterno, dice así: (*Cap.* 35.)

«Pues Padre Santo que estás en los Cielos, ya que lo quereis y lo acetais (y claro está no habíades de negar cosa que tan

bien nos está á nosotros), á quien ha de haber, como dije al principio, que hable por vuestro Hijo. Seamos nosotras, Hijas, aunque es atrevimiento siendo las que somos, mas confiadas en que nos manda el Señor que pidamos, llegadas á esta obediencia en nombre del buen Jesus, supliquemos á Su Magestad que pues no le ha quedado por hacer ninguna cosa, haciendo á los pecadores tan gran beneficio como este, quiera su piedad, y se sirva de poner remedio para que no sea tan mal tratado, y que pues su Santo Hijo puso tan buen medio para que en Sacrificio le podamos ofrecer muchas veces que valga tan precioso dón, para que no vayan adelante tan grandísimo mal y desacatos como se hacen en los Lugares adonde estaba este Santísimo Sacramento, entre estos Luteranos, deshechas las Iglesias, perdidos tantos Sacerdotes, los Sacramentos quitados. Pues ¿qué es esto, mi Señor y mi Dios? O dad fin al mundo, ó poned remedio en tan gravísimos males, que no hay corazon que lo sufra, aun de los que somos ruines. Suplícoos, Padre Eterno, que no lo sufráis ya vos; atajad este fuego, Señor, que si que-reis, podeis. Mirad que aun está en el mundo vuestro Hijo; por su acatamiento cesen cosas tan feas y abominables y sucias, y por su hermosura y limpieza, que no merece estar en casa adonde hay cosas semejantes. No lo hagais por nosotros, Señor, que no lo merecemos; hacedlo por vuestro Hijo, pues suplicaros que no esté con nosotros, no os lo osamos pedir. Pues él alcanzó de vos que por este dia de hoy, que es lo que durare el mundo, le dejádeses acá, y porque se acabaria todo, qué seria de nosotros. Que si algo os aplaca es tener acá tal prenda, pues algun medio ha de haber, Señor mio, póngale Vuestra Magestad. Oh mi Dios, ¡quién pudiera importarnos mucho y haberos servido mucho, para poderos pedir tan gran merced en pago de mis servicios, pues no dejais ninguno sin paga! Mas no lo he hecho, Señor, antes por ventura soy la que os he enojado de manera, que por mis pecados vengan tantos males. Pues ¿qué he de hacer, Criador mio, sino presentaros este Pan sacratísimo, y aunque nos le distes tornárosle á dar, y suplicaros por los méritos de vuestro Hijo me hagais esta merced, pues por tantas partes lo tiene merecido? Ya, Señor, ya, Señor, haced que sosiegue este mar, no ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia, y salvadnos, Señor mio, que perecemos.»

CAPITULO XXI.

Pónese la Doctrina que la Santa Madre enseñaba acerca de este Santísimo Sacramento, y de la devocion que tenia con algunos Santos.

Del Santísimo Sacramento del Altar escribió la Santa Madre muchas cosas dignas de notar; de estas pondré aquí las principales, en que trata de la reverencia con que se ha de recibir, y cómo ella se disponia, y los efectos que hacia en su alma y cuerpo, cómo nos habemos de haber despues de recibido tan gran Señor, que será de harto provecho para quien con atencion lo leyere. En el libro de Camino de Perfeccion, cap. 34, hablando de esta materia, dice:

«Su Magestad nos le dió, como he dicho, este mantenimiento y maná de la humanidad, que le hallamos como queremos, y que si no es por nuestra culpa, no moriremos de hambre, que de todas cuantas maneras quisiere comer el alma, hallará en el Santísimo Sacramento sabor y consolacion. No hay necesidad ni trabajo, ni persecucion, que no sea fácil de pasar, si comenzamos á gustar de los suyos. Pedid vosotras, Hijas, con este Señor al Padre, que os deje hoy á vuestro Esposo, que no os veais en este mundo sin él, que baste para templar tan gran contento, que quede tan disfrazado en estos accidentes de pan y vino, que es harto tormento para quien no tiene otra cosa que amar, ni otro consuelo; mas suplicadle que no os falte y os dé aparejo para recibirle dignamente. De otro pan no tengais cuidado las que muy de veras os habeis dejado en la voluntad de Dios;» y mas abajo prosigue:

«Así que, Hermanas, tenga quien quisiere cuidado de pedir ese pan, nosotras pidamos al Padre Eterno, merezcamos pedir el nuestro pan Celestial. De manera, que ya que los ojos del cuerpo no se pueden deleitar en mirarle, por estar tan encubierto, se descubra á los del alma, y se le dé á conocer, que es otro mantenimiento de contentos y regalos, y que sustenta la vida.

Pensais que no es mantenimiento, aun para estos cuerpos, este santísimo manjar y gran medicina, aun para los males corporales? Yo sé lo que es, y conozco una persona de grandes

enfermedades, estando muchas veces con grandes dolores, como con la mano se le quitaban y quedaba buena del todo. Esto muy ordinario, y de males muy conocidos que no se podian fingir, á mi parecer. Y porque las maravillas que hace este santísimo Pan, en los que dignamente le reciben son muy notorias, no digo muchas, que pudiera decir de esta persona que he dicho, que lo podia yo saber, y sé que no es mentira.

Mas á esta hablala el Señor dado tan viva fé, que cuando oia á algunas personas decir que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo nuestro bien en el mundo, se reia entre sí, pareciéndole que teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento, como entonces, que, que mas se les daba. Mas sé de esta persona que muchos años, aunque no era muy perfecta, cuando comulgaba, ni mas ni menos que si viera con los ojos corporales entrar en su posada el Señor, procuraba esforzar la fé para (como creia verdaderamente que entraba este Señor en su pobre posada) desocuparse de todas las cosas esterioras cuanto le era posible y entrarse con él. Procuraba recoger los sentidos para que todos entendiesen tan gran bien; digo no embarazasen á el alma para conocerle. Considerábase á sus pies y lloraba con la Magdalena, ni mas ni menos que si con los ojos corporales le viera en casa del Fariseo, y aunque no sintiese devocion, la fé la decia que estaba bien allí, y estábase allí hablando con él; porque si no nos queremos hacer bobas y cegar el entendimiento, no hay que dudar que esto no es representacion de la imaginacion, como cuando consideramos al Señor en la Cruz ó en otros pasos de la Pasion, que le representamos como pasó. Esto pasa ahora y es entera verdad, y no hay para qué le ir á buscar en otra parte mas lejos, sino que pues sabemos que mientras no consume el calor natural los accidentes del pan, está con nosotros el buen Jesus, que no perdamos tan buena sazon, y que nos lleguemos á él. Pues si cuando andaba en el mundo, de solo tocar sus ropas sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí, si tenemos fé viva, y nos dará lo que le pidieremos, pues está en nuestra casa? Y no suele Su Magestad pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje. Si os dá pena no verle con los ojos corporales, mirad que no nos conviene, que es otra cosa verle glorificado á cuando andaba por

el mundo. No habria sugeto que lo sufriese de nuestro flaco natural, ni habria mundo ni quien quisiese parar en él, porque en ver esta verdad eterna, se veria ser mentira y burla todas las cosas de que acá hacemos caso. Y viendo tan gran Magestad, ¿cómo osaria una pecadorcilla como yo, que tanto le ha ofendido, estar tan cerca de él? Debajo de aquellos accidentes de pan está tratable, porque si el Rey se disfraza, no parece que se nos dá nada conversar sin tantos miramientos y respetos; parece está obligado á sufrirlo, pues se disfrizó. ¿Quién osaria llegar con tanta tibieza, tan indignamente, con tantas imperfecciones? Como no sabemos lo que pedimos, y como lo miró mejor su sabiduría, porque á los que vé que se han de aprovechar, él se les descubre, que aunque no le vean con los ojos corporales, muchos modos tiene de mostrarse al alma, por grandes sentimientos interiores y por diferentes vías.

Estaos vos de buena gana con él, no perdais tan buena sazón de negociar como es la hora despues de haber comulgado. Mirad que este es gran provecho para el alma, y que se sirve mucho el buen Jesus que le tengais compañía. Tened gran cuenta, Hijas, de no la perder, si la obediencia os mandare, Hermanas, otra cosa, procurad dejar el alma con el Señor, que vuestro Maestro es; no os dejará de enseñar, aunque no lo entendais, que si luego llevais el pensamiento á otra parte, y no haceis caso, ni teneis cuenta con quien está dentro de vos, no os quejeis sino de vos. Este, pues, es buen tiempo para que os enseñe nuestro Maestro, para lo que oyamos y besemos los piés, porque nos quiso enseñar, y le supliquemos no se vaya de con nosotros. Si esto habeis de pedir, mirando una imágen de Cristo, bobería me parece dejar en aquel tiempo la misma persona, por mirar el dibujo. ¿No lo seria si tuviésemos mucho un retrato de una persona que quisiésemos mucho, y la misma persona nos viniese á ver, dejar de hablar con ella y tener toda la conversacion con el retrato? ¿Sabeis para cuándo es muy bueno y santísimo, y cosa en que yo me deleito mucho? Para cuando está ausente la misma persona y quiere darnos á entender que lo está; con muchas sequedades es gran regalo ver una imágen de quien con tanta razon amamos; á cada cabo que volviese los ojos la querria ver. ¿En qué mejor cosa, ni mas gustosa á la vista, la podemos emplear, que en

quien tanto nos ama y en quien tiene en sí todos los bienes? ¡Desventurados estos Herejes que han perdido por su culpa esta consolacion con otras!

Mas acabado de recibir al Señor, pues teneis la misma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma, y miraros al corazon, que yo os digo (y otra vez lo digo, y muchas lo querria decir), que si tomais esta costumbre todas las veces que comulgáredes, procurando tener tal conciencia, que os sea lícito gozar á menudo de este bien que no viene tan disfrazado, que, como he dicho, de muchas maneras no se dé á conocer conforme al deseo que tenemos de verle, y tanto lo podeis desear, que se os descubra del todo.

Mas si no hacemos caso de él, sino que recibéndole nos vamos de con él á buscar otras cosas mas bajas, ¿qué ha de hacer? ¿Hános de traer por fuerza que le veamos, que se nos quiera dar á conocer? No, que no le trataron tan bien cuando se dejó ver á todos al descubierto, y les decia claro quién era, que muy pocos fueron los que le creyeron. Y ansí harta misericordia nos hace á todos, que quiere Su Magestad entendamos que es él el que está en el Santísimo Sacramento; mas que le vean descubiertamente y comunicar sus grandezas, y dar de sus tesoros no quiere, sino á los que entiende que mucho le desean, porque estos son sus verdaderos amigos. Que yo os digo, que quien no lo fuere y no llegare á recibirle como á tal, habiendo hecho lo que es en sí, que nunca le importune, porque se le dé á conocer. No ve la hora de haber cumplido con lo que manda la Iglesia, cuando se vá de su casa y procura echarle de sí. Ansí que este tal con otros negocios y ocupaciones y embarazos del mundo, parece que lo mas presto que puede se dá priesa á que no le ocupe la casa el Señor.»

Tenia tambien con los Santos grandísima devocion, y ansí les solemnizaba sus fiestas lo que ella podia; y en el dia particular de cada uno le solia pedir alguna merced señalada. Traia en su Breviario una lista de aquellos de quien ella particularmente era devota, y los que habia elegido por Patronos de su alma y de sus necesidades. Teníalos escritos por este orden que ahora diré:

N. P. San Alberto.

San Cirilo.

Todos los Santos de nuestra Orden.

Los Angeles.

El de mi Guarda.

Los Patriarcas.

Santo Domingo.

San Gerónimo.

El Rey David.

Santa María Magdalena.

San Andrés.

San José.

Los diez mil Mártires.

San Juan Baptista.

San Juan Evangelista.

San Pedro y San Pablo.

San Agustin.

San Sebastian.

Santa Ana.

San Francisco.

Santa Clara.

San Gregorio.

San Bartolomé.

El Santo Job.

Santa María Egipciaca.

Santa Catalina Mártir.

Santa Catalina de Sena.

San Estéban.

San Hilarion.

Santa Ursula.

Santa Isabel, Reina de Hungría.

El Santo de la suerte.

San Angelo.

A Cristo Nuestro Señor y Nuestra Señora, no puso la Santa Madre Teresa en esta lista, porque no era necesaria esta memoria en el papel para los que ella traía continuamente tan estampados en su corazon.

De Nuestra Señora fué devotísima desde su primera edad, á la cual (como ya digimos en el primer libro) luego que murió su Madre, le suplicó con grande ternura lo fuese ella suya; creció siempre la devocion con los años, y los favores que la Vírgen le hizo, fueron muchos. La que tuvo con el glorioso

San José, fué muy tierna y regalada, y así se echa de ver por sus libros, con cuánto gusto habla de él y cuánto agradecimiento. Ha sido esta Santa en España uno de los principales medios para que este Santo sea mas conocido y estimado. Las fiestas de los Santos, que habemos dicho celebraba con gran devocion y alegría; y en sus dias hacia coplas en loor de ellos para que las cantasen las Hermanas.

Una de las razones que entre otras tuvo para formar su Religion, fué el aumento de la Orden de la Virgen, por ser esta Señora particular Patrona y Madre de esta Religion. Casi todos los Monasterios que fundaba, los dedicaba á San José. Y así, como ella era devota de estos Santos, y les hacia particulares servicios, así ellos la hicieron señaladas mercedes; porque no sola Nuestra Señora y el Bienaventurado San José le aparecieron y acompañaron muchas veces, y sacaron de grandes tribulaciones y trabajos, sino tambien tuvo muy ordinarias visiones, y recibió particulares mercedes de otros muchos Santos, como ya digimos en el libro primero y en otros lugares.

Por ser tan devota del Santísimo Sacramento, ordenó en sus Constituciones, que sus Monjas comulgasen muy á menudo, como digimos en el libro segundo, y demás de esto, en fiestas particulares, y en el dia que tomaron el hábito é hicieron profesion; porque así como este manjar divino, en las almas mal dispuestas y preparadas causa desmedro y muerte, así en las que le reciben dignamente, dá gran fortaleza y aumento de vida.

CAPITULO XXII.

De la viva Fé y Esperanza grande que la Santa Madre Teresa de Jesus tenia en Dios.

Por ser la Fé el primer paso y escalon para la vida eterna, á la que el Señor tenia elegida para tan grandes grados de santidad y de gloria, la hizo muy aventajada en ella, que es fundamento y raiz de todo este edificio. Tuvo la Santa Madre en las cosas de los Misterios de nuestra santa Fé, primeramente una certidumbre muy grande; porque con ser las cosas que ella nos enseña de suyo tan oscuras y cubiertas con tantos

velos, era tanta la certidumbre que el Señor había puesto en su alma, que no hubiera cosa, por evidente y clara que fuese, que se igualase con la certeza que ella tenía de las verdades inefabes de nuestra Fé, como ella lo dejó escrito en una relacion de su vida por estas palabras (*Carta 12, tom. 2.*):

«En cosas de la Fé, me hallo, á mi parecer, con muy mayor fortaleza. Paréceme á mí, que contra todos los Luteranos me ponía yo sola á hacerles entender su yerro. Siento mucho la perdicion de tantas almas.» Esta Fé tan viva tuvo casi desde que comenzó á tratar de oracion, como ella confiesa hablando con Nuestro Señor, en una esclamacion en el fin de sus libros (*Esclamacion, 4.*): «Quered vos, Señor mio, quered, que aunque soy miserable, firmemente creo que podeis lo que quereis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras, y considero que podais hacer mas, mas se fortalece mi Fé, y con mayor determinacion creo que lo hareis vos. ¿Y qué hay que maravillar de lo que hace el Todopoderoso? Bien sabeis vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Válame, Señor, esto en que no os he ofendido.» Y mas abajo: «Por entonces no es menester andar á buscar señales, ni qué espíritu es, pues es tan clara esta señal para creer que es demonio, que si entonces todo el mundo me asegurase que es Dios, no lo creeria.»

Jamás tuvo tentacion contra la Fé, porque la oscuridad de ella, y la incomprendibilidad y grandeza de las cosas que nos enseña (que á los soberbios é ignorantes por su mala disposicion es lazo y ocasion de caida), la Santa era para crecer mas en esta virtud, y para sentir mas altamente de un Dios á quien no llega á comprender la bajeza de nuestro entendimiento y discurso, como se verá por este aviso que dejó escrito al principio de este libro de los Cantares, donde hablando de una cosa que en él había topado, que no entendia, dióle grande regalo y consuelo.

«Porque (como ella dice) (*Conceptos, cap. 1.*) verdaderamente, Hijas, no le hacen al alma tener tanto respeto á su Dios en las cosas que acá parece podemos alcanzar con nuestros entendimientos tan bajos, como en los que en ninguna manera se pueden entender. Y ansí os encomiendo mucho, que cuando leyéredes algun libro, ú oyéredes algun Sermon, ó

pensáredes en los Misterios de nuestra sagrada Fé, que lo que buenamente no pudiéredes entender, no os canseis, ni gasteis el pensamiento en adelgazallo; no es para mujeres, ni aun para hombres muchas cosas. Cuando el Señor quiere dallo á entender, Su Magestad lo hace sin trabajo nuestro. A mujeres digo esto, y á los hombres que no han de sustentar con sus letras la verdad, porque á los que el Señor tiene para declarárnoslo á nosotros, ya se entiende que lo han de trabajar, y que en ello ganan; mas nosotras, con llaneza, tomar lo que el Señor nos diere; y lo que no, no tenemos para qué nos cansar, sino alegrarnos de considerar que es tan grande nuestro Dios y Señor, que una palabra suya terná en sí mil misterios.

Aunque siempre trataba con letrados, nunca preguntaba, ni aun lo deseaba saber, cómo hizo Dios esto, ó cómo puede ser lo otro, porque ella no habia menester saber mas de que Dios lo habia hecho, decia que por muy altas y maravillosas que fuesen las cosas de Dios, viendo quien las obraba, mas le daban ocasion de alabarle que de espantarse.

En otra parte, tratando de los efectos que hacen en el alma las hablas que son de Dios, y las que ella habia experimentado que hacian en la suya, dice de esta manera (*Vida, cap. 25.*): «Tengo por cierto que el demonio no engañará, ni lo permitirá Dios, á alma que de ninguna cosa se fia de sí, y está fortalecida en la Fé, que entienda ella de sí, que por un punto de ella morirá mil muertes; y con este amor á la Fé, que infunde luego Dios, que es una Fé viva, fuerte, siempre procura ir conforme á lo que tiene la Iglesia; preguntando á unos y á otros, como quien tiene ya hecho asiento fuerte en estas verdades, que no le moverian cuantas revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los Cielos, un punto de lo que tiene la Iglesia. Si alguna vez se viese vacilar en su pensamiento contra esto, ó detenerse en decir: pues si Dios me dice esto, tambien puede ser verdad, como la que decia á los Santos, no digo que lo crea, sino que el demonio la comience á tentar por primer movimiento que detenerse en ello, ya se vé que es malísimo; mas aun primeros movimientos muchas veces en este caso creo no vernán, si el alma está en esto tan fuerte como la hace el Señor á quien dá estas cosas, que le parece desmenuzaria los demonios sobre una verdad de lo que tiene la

Iglesia muy pequeña, digo que si no viere en sí esta fortaleza grande, y que ayude á ella la devocion ó vision, que no la tenga por segura.»

Así como lo dejó escrito, lo obraba la Santa Madre; porque con tener tantas revelaciones, y haber experimentado tantos favores y misericordias de Dios Nuestro Señor, jamás les daba crédito para efecto de ponerlas en ejecucion, ni se gobernaba por ellas, sino por lo que le decian sus Confesores; poniendo su mira en la Fé, y en lo que dice la Iglesia, y rindiéndose en todo á sí misma, y á las revelaciones que de Dios tenia, á la direccion y juicio de la Iglesia y de sus ministros, que están puestos en el lugar de Dios. Haciendo esto, caminaba segura entre tantos peligros, y tenia por cierto no podria ser engañada del demonio. En confirmacion de esto, decia otras veces, que si todos los Angeles del Cielo le revelasen una cosa (si este caso fuera posible) que desdijese algo de lo que la Fé y la Escritura enseña, ó contra los mandamientos de Dios, aunque ella claramente entendiese que eran Angeles, en ninguna manera les daria crédito. Y para este caso, decia ella que no tuviera necesidad de andar buscando letrados, ni hacer pruebas; porque luego viera que era demonio.

Esta grande certidumbre en las cosas de Fé, la hacia emprender cosas grandes y maravillosas; porque con ella creia las palabras de Dios Nuestro Señor tan á la letra, y tan sin glosas, que haciendo lo que ellas simplemente sonaban, no podia dudar de su cumplimiento. Como se vió cuando al principio de sus Monasterios, ordenó que no tuviesen renta, fundada solo en la palabra de Dios, como ella escribe (*Carta 12, tom. 2.*): «Hállome con una Fé tan grande muchas veces en parecerme no puede faltar Dios á quien le sirve, y no teniendo ninguna duda que hay, ni ha de haber tiempo en que falten sus palabras, que no puedo persuadirme á otra cosa, ni puedo temer. Y así, siento mucho cuando me aconsejan tenga renta, y tórnome á Dios.»

Tenia grandísimo celo del aumento de la Santa Fé Católica, y grande pena de las almas de los hereges y de los infieles, que por carecer de esta luz, se condenaban. Este fué el principal motivo que tuvo para fundar tantos Monasterios, con tantos trabajos y contradicciones, como antes de ahora hemos escrito, que todos los fundó con fin de que siempre se

hiciesen en ellos oraciones, ayunos y penitencias por los que pelean contra los Hereges y vuelven por la Santa Fé Católica. Lo cual ella escribe con harto sentimiento en el primer capítulo del libro llamado Camino de Perfeccion, donde podrá ver el lector el espíritu y celo que tenia del aumento de la Iglesia y Fé Católica, el sentimiento de tantas almas como se pierden, y el fin que tuvo tan alto en fundar sus Monasterios; pero no dejaré de poner una exclamacion que en el mismo libro hace á este propósito la Santa Madre Teresa de Jesus, pidiendo á Dios el aumento de su Iglesia, y encargando á sus hijas se empleen siempre en este cuidado, dice así (*Camino de Perfec, cap. 3.*): «Pido por amor del Señor, pidais á Su Magestad nos oya en esto. Yo, aunque miserable, lo pido á Su Magestad; pues es para gloria suya y bien de su Iglesia, que aquí van mis deseos.» Y un poco mas abajo, dice, hablando con Nuestro Señor:

«Cuando os pidiéremos, Señor, honras, ó rentas, ó dineros, no nos oyais, ó cosa que sepa á mundo; mas para honra de vuestro Hijo, ¿por qué no nos habeis de oir, Padre Eterno, á quien perderia mil honras y mil vidas por vos? No por nosotras, Señor, que no lo merecemos, sino por la Sangre de vuestro Hijo y sus merecimientos. ¡Oh, Padre Eterno! ¡Mira que no son de olvidar tantos azotes é injurias y tan gravísimos tormentos! ¿Pues, Criador mio, cómo pueden sufrir unas entrañas tan amorosas como las vuestras, que lo que se hizo con tan ardiente amor de vuestro Hijo, y por mas contentaros á vos, que mandastes nos amase, sea tenido en tan poco, como hoy dia tienen esos Herejes el Santísimo Sacramento, que le quitan sus posadas, deshaciendo las Iglesias? Si le faltara algo por hacer para contentaros, mas todo lo hizo cumplido. ¿No bastaba, Padre Eterno, que no tuvo á donde reclinar la cabeza mientras vivió, y siempre en tantos trabajos, sino que ahora, las que tiene para convidar á sus amigos, por vernos flacos y saber que es menester que los que han de trabajar se sustenten de tal manjar, se las quiten? No lo permitais, Emperador mio, apláquese ya vuestra Magestad. No mireis á los pecados nuestros, sino á que nos redimió vuestro Sacratísimo Hijo, y á los merecimientos suyos y de su Madre gloriosa, y de tantos Santos y Mártires como han muerto por Vos. Mas mira, Dios mio, mis deseos y las lágrimas con que esto os suplico, y

olvidad mis obras, por quien vos sois, y habed lástima de tantas almas como se pierden, y favoreced vuestra Iglesia. No permitais ya mas daños en la Cristiandad, Señor; dad ya luz á estas tinieblas.»

Era tan grande el celo que de las verdades de la Fé ardia en su corazon, y nó discrepar un punto de lo que la Iglesia enseñá, que poniéndola algunos temores á los principios de que iba errada, respondia las palabras que ahora diré (*Vida, cap. 33.*): «Iban á mí con mucho miedo á decirme que andaban los tiempos récios, y que podria ser me llevasen á la Santa Inquisicion, levantándome algo. A mí me cayó esto en gracia, y me hizo reir (porque en este caso jamás yo temí, que sabia bien de mí, que en cosa de la Fé, contra la menor ceremonia de la Iglesia que álguien viese yo iba, por ella, ó por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, pasara yo mil muertes), y dije, que de eso no temiesen, que harto mal seria para mi alma si en ella hubiese cosa que fuese de suerte que yo temiese la Inquisicion; que si pensase habia para qué, yo me la iria á buscar.» Así como lo escribió lo hizo; pues como digimos en el libro primero, sin tener ocasion ninguna, mas que un deseo de buscar la pureza y verdad de la Fé, se fué á uno de los Señores Inquisidores, para que él la enderezase y encaminase si en algo iba errada. Era tan grande el consuelo que ella tenia en verse hija de la Iglesia, que á la hora de su muerte repetia con gran consuelo muchas veces estas palabras: «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia.»

Juntamente con esta certidumbre de la Fé, tenia tanta viveza y tanta penetracion de los Misterios de ella, que como otro Moisen, miraba á Dios invisible, con tan viva Fé, como si le viera claramente, y así solia decir la Santa Madre, que no tenia envidia á los que en esta vida habian visto y tratado con Cristo nuestro Redentor; porque le parecia á ella que con los ojos de la Fé le veia tan presente en el Santísimo Sacramento del Altar, que no le hacia falta, quanto á esto, su presencia corporal; y muchos años, cuando comulgaba, tenia tan viva esta vista de la Fé, como si viera entrar al mismo Señor corporalmente por su celda, y así se procuraba desocupar de todas las cosas exteriores, y estraerse recogida con él. Habíala dado Nuestro Señor grande inteligencia y penetracion de las cosas sobrenaturales y ocultas que nuestra Fé enseña, como ella

dice en el libro de su vida, por estas palabras (*cap. 28.*): ¡Oh, Dios mio, quién tuviera entendimiento, y letras, y nuevas palabras, para encarecer vuestras obras, como lo entiende mi alma.» Pero de esto que vamos diciendo, dan claro testimonio sus libros, que no hay para qué detenernos; en ellos se echarán claramente de ver dos cosas: la una es una certidumbre tan grande de las cosas de la Fé, como si tuviera juntamente evidencia y claridad de ellas, y las viera con vista de ojos: la otra es una penetracion grande de misterios altísimos, y de la conveniencia que entre sí tienen. La primera es gracia gratis data, que llama el bienaventurado Apóstol San Pablo, de Fé. La segunda es efecto el dón del entendimiento, el cual esclarece y perfecciona grandemente la Fé; y cuanto participaba mas de este dón, tanto crecia mas el claro conocimiento de estas verdades, despidiendo poco á poco de sí mucha parte de la oscuridad que está anexa á la Fé.

De este hábito de Fé tan crecido, nacia en su alma una grande reverencia, no solamente á los Sacramentos, sino tambien á todas las ceremonias de la Iglesia, por pequeñas que fuesen, y por cualquiera de ellas decia pasaria mil muertes. Con el agua bendita tenia grande fé, y eran admirables los efectos que en su alma causaba; cuando caminaba, bien pudiera faltarla el pan y el sustento, pero no el agua bendita, de que hacia siempre provision, y la llevaba en una redomita de vidrio, y hablando de ella en el libro de su vida, dice así (*cap. 31.*): «De muchas veces tengo esperiencia, que no hay cosa de que los demonios huyan mas, para no tornar; de la Cruz tambien huyen, mas vuelven luego; debe de ser grande la virtud del agua bendita.» En todas estas palabras no pone regla, ni determina que la Cruz tenga menos virtud contra el demonio nuestro enemigo, que el agua bendita; pues á otros puede acontecer lo contrario; sino solamente cuenta lo que algunas veces le acontecia á ella. Despues, dice: «Para mí es muy particular y muy conocida consolacion que siente mi alma cuando la tomo. Es cierto que lo muy ordinario es sentir una recreacion, que no sabia yo darla á entender, como un deleite interior que toda el alma me conforta. Esto no es antojo, ni cosa que me ha acontecido una vez, sino muy muchas, y mirando con grande advertencia; digamos, como si uno estu-

viere con mucho calor y sed, y bebiese un jarro de agua fria, que parece todo él siente refrigerio. Considero yo qué gran cosa es todo lo que está ordenado por la Iglesia; y regálame mucho ver que tengan tanta fuerza aquellas palabras, que ansí la pongan en el agua, para que sea tan grande la diferencia que hace á lo que no es bendito.

De la esperanza en Dios.

La grande y viva esperanza que tuvo en Dios, lo muestran bien: lo uno las obras grandes que emprendió, fiada siempre, no de sus fuerzas é industria, ni de los humanos favores, sino de la palabra del Señor y del ayuda que esperaba. Aquí tenia presas las áncoras de su seguridad y confianza; como otros las tienen en la arena, ó por mejor decir en la nada de su presuncion y poder. Este era su escudo en que recibia los golpes de las contradicciones y presunciones, que tantas veces se le ofrecieron; esta su espada con que se entraba por medio del fuego de las tribulaciones y acometia osadamente á todo el infierno; esta fué la que dió el triunfo y la corona de tanta gloria. Esta esperanza viva era el puerto seguro adonde se acogia la Santa en el tiempo de las tempestades y tormentas, y una medicina y comun remedio de todos sus males; y como experimentada ya de las espaldas, que el Señor hace á quien en él espera, habiéndole valido este arrimo en los grandes trabajos que padeció á los principios que Dios la comenzó á hacer mercedes, acometia grandes cosas; porque con solo acordarse de aquellas palabras que dice el Apóstol, que es fiel el Señor, y que no puede faltar su palabra, concibió un grande ánimo y fortaleza con que resistió grandes aprietos y tentaciones que se le ofrecieron. En su vida (*cap. 25, núm. 9.*) escribió estas palabras, que son clara muestra de su admirable esperanza: «¡Oh! quien diese voces para decir Señor, cuán fiel sois vos para vuestros amigos. Todas las cosas faltan, mas vos, Señor mio, no faltais. Fálteme todo, Señor mio, mas si vos no me desamparais, no os faltaré yo á vos. No me falteis vos, Señor, que ya yo tengo esperiencia de las ganancias con que sacais á quien en solo vos confia.»

Echase tambien de ver cuán adelante estaba en esta virtud, en la certidumbre grande con que esperaba el ver y gozar á Dios; pues como largamente escribiremos en el capítulo si-

guiente, ninguna cosa le hacia tan larga y enojosa esta vida, como la esperanza cierta de la gloria. Con ser tantas las miserias y trabajos que en esta vida mortal nos acompañan y cercan, ninguno se le igualaba con el que le daba esta esperanza larga. En estas esperanzas de ver á Dios, tenia librados sus contentos, porque ninguno de esta vida le llegaba á los lábios del alma. Estas eran sus Indias; esta su herencia y patrimonio, y quien le habia dulces todos los trabajos de este destierro y valle de lágrimas. Mas porque tratando de la fortaleza y grandeza de ánimo escribimos allí de la gran confianza que tenia en Dios, por eso no seré aquí mas largo.

CAPITULO XXIII.

Del fuego grande de amor de Dios que tuvo la Santa Madre Teresa de Jesus.

Osadía me parece que ha sido mia querer alcanzar y declarar con palabras lo que Dios obró y puso de amor en esta alma santa. Bastará para esto leer lo que ella habia escrito en sus libros, donde en sus palabras se lee su corazon, y por las llamas que despide su lengua se conoce bien el fuego que ardía en su pecho, y por la pureza de su vida el amor tan acendrado y subido de quilates. Mas ¿qué no será? ¿ó cuáles quilates le faltarán? ¿ó á qué fineza no llegará el amor que con tan particular soplo el Espíritu Santo encendió en su alma? Amor es sin duda todo del Cielo, igual á aquel en que los Serafines se abrasan, el que Dios puso en esta Santa Virgen, que segun las muestras y fuerzas que en esta vida dió de él, no hallo en la tierra con qué compararlo; porque á la manera que los Serafines son todos una llama y un fuego vivo continuo, encendido y penetrativo; así el amor de esta Santa fué para con Dios en perseverancia, continuo; en fervor, ardentísimo, y en la fuerza, muy penetrante. Que estas son las propiedades altísimas que San Dionisio Areopagita (*Dionis de celest. Hierar. cap. 7.*) pone en el amor de los Serafines, y de las que yo, con el favor divino, escribiré en este capítulo, que son las que Dios comunicó á su alma en un subido grado, cuando aquel Serafin de que arriba habemos dicho muchas veces le apareció, y con un dardo

templado y encendido, sacándola las entrañas, la dejaba toda abrasada.

Y porque la grandeza del amor (entre otras cosas) se mide por el espacio que dura, y ese es mayor que comienza primero, y persevera mas continuamente, y mas tarde ó nunca se acaba; comenzaremos de esta continuacion de amor, que es uno de los grados mas altos de la caridad perfecta.

Pues así como el fuego está en un continuo movimiento, arrojando arriba su calor y su fuerza, así la bienaventurada Madre Teresa andaba siempre tan encendida en amor, que hecho su corazon una brasa, de continuo despedia de sí fuego y encendido de amor, y toda andaba embebida (si así se sufre decir) en Dios. Aquí tenia siempre sus deseos, allí eran de continuo sus pensamientos, allí vivia, estos eran sus deseos, esta era su comida, su sueño, su trato y conversacion. Comenzó este amor de Dios á prender en su corazon desde muy niña, y con ser tan temprano y primerizo, producía efectos de amor fervoroso, pues la inclinaba á padecer martirio y otros grandes trabajos por amor del amado, que son frutos de amor poderoso y fuerte. Creció con la edad esta llama hasta diez y ocho años, donde comenzó á gustar la gran dulzura y regalo del amor divino; porque entonces la habia llegado Dios nuestro Señor á una union altísima consigo; con que de tal manera la habia destetado de las cosas de la tierra, que traía (como ella escribe) el mundo debajo de los piés. Aquí feneció esta primera llama y soplo de amor; porque como mas largamente habemos contado en el libro primero, comenzando á gustar de las conversaciones y gustos de la tierra, ya que no se apagó del todo este fuego, quedó algo tibio y disimulado, como el que estaba debajo de la ceniza de sus pasiones.

A cabo de veinte años, despues que estaba ya libre del cautiverio de sus pasiones, volvieron los rayos y resplandores del Sol á dar en aquel fuego que estaba tan escondido y casi tan muerto, como el que hallaron los hijos de Israel, cuando el Sacerdote Neemias volvió á renovar el Sacrificio de Jerusalem. Con estos nuevos rayos de luz y de amor, el fuego se encendió de nuevo mucho mayor que primero; en este perseveró toda su vida con continuos crecimientos, y se acabó con ella, ó por mejor decir (como escribimos en el libro segundo), él la acabó á ella, pues murió á manos de este fuego, y el que encendia en

ella deseos tan grandes de ver á Dios, le dió tambien la muerte, que fué el medio para cumplirlos. Andaba de continuo tan metida en Dios, que no se podia imaginar persona tan enamorada de otra, que de dia y de noche no piensa, ni sueña, ni imagina otra cosa, sino solo esto que ama, como ella lo estaba de Nuestro Señor, consolándose con él, y hablando y conversando siempre con él, sin poderse imaginar en ausencia suya, y de manera, que presa y herida de este amor, está sin cesar siempre actualmente amando y gozando de Dios. Lo cual tambien lo significa ella por estas palabras, en una relacion que dió á otro Confesor suyo (*Carta 12. tom. 2.*), donde dice: «Viéntenme dias que me acuerdo infinitas veces de lo que dice San Pablo (*Ad Galat. 2. ver. 20*) (aunque á buen seguro que no sea así en mí), que ni me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y dá fuerza, y ando casi fuera de mí, y así me es grandísima pena la vida.» Ardía de continuo en su corazon tan grande aficion, que la sacaba fuera de sí, y le robaba el pecho el amor y el deseo, y de tal manera la trasformaba en Dios, que andaba como si estuviera en otra region y las cosas de esta no le tocaran, que no parece que estaba su alma donde tenia su cuerpo. Los negocios y embarazos que se le ofrecian, y lo que mas es, el comer y beber, y todas las demás cosas que la ocupaban y quitaban de estarse absorta en Dios, gozando de su sabrosa conversacion, la era muy penoso. Y así dijo una vez: «Si el Señor me tiene de esta manera, mala cuenta daré de los negocios que me tiene encargados, porque no parece sino que continuamente están tirando del alma con unos cordeles para Dios.» Dábala grandísima pena el haber de negociar, y otras ocupaciones que en esta vida y en su oficio eran forzosas; pero á todo hacia rostro, entendiendo era voluntad de Dios, como ella dice muy largamente en el libro de su vida, y en una relacion que dá á sus Confesores (*Carta 12. tom. 2. núm. 13.*), aun encarece mas esto: «Es grandísima pena (dice) para mí muchas veces, y ahora mas escesiva, el haber de comer; porque me hace llorar mucho y decir palabras de aficion casi sin sentirme; lo que yo no suelo hacer por grandísimos trabajos que he tenido en esta vida, no me acuerdo haberlas dicho, que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo récio corazon.» Estas son palabras de la Santa Madre Teresa; que como el que

está inflamado con alguna calentura, aborrece y abomina cualquier mantenimiento que le ofrecen, por mas gusto que sea, por razon del fuego y mal que le abrasa, así ella por estar encendida con el fuego del Espíritu Celestial, no arrostraba á cosa de la tierra, ni la daba gusto nada. Por tener tiempo para tratar mas con Dios, huia quanto podia la comunicacion y trato con los de á fuera, aunque fuesen muy deudos suyos, y no se hallaba sino con los que tenian oracion y andaban heridos de la misma enfermedad y fuego de amor que ella.

Tenia grandísima pureza en su alma, que es otro efecto de este amor divino; porque á no ser así, ni la diera Dios tanta entrada en su palacio, ni ella se pudiera levantar tan ligera como la llama del fuego, á su continuo trato y familiaridad; porque el fuego del amor, con sus continuos ardores, la habia purificado de toda la bajeza y escoria de las pasiones, y la habia dejado tan pura y tan acondicionada á su naturaleza, que apenas se conocia la diferencia entre los dos, como suele acaecer en el hierro abrasado con fuego, que perdiendo su natural dureza y negregura, se hace tan uno con el fuego, que con ser hierro no le parece sino fuego. Era tanta la pureza que tenia esta alma, que cuando yo hablaba con ella, no me parece sino que miraba á un Serafin del Cielo; porque su condicion, su estilo, sus virtudes, la fineza de su amor, todo parecia un vivo retrato de aquellos celestiales espíritus y puras sustancias abrasadas en fuego muy encendido.

Y porque el amor, aunque sea continuo, no lo es, ni merece este nombre si es tibio ó mediano, era el de la Santa Madre Teresa un encendimiento grande, lanzado en los huesos; un amor vivo, fuerte en ardor y fuego aventajado; porque de la manera que el fuego enviste con su calor al agua, y la hace perder su frialdad, y subir arriba con grande ímpetu y calor, así heria el fuego divino con tanta violencia el corazon de esta Santa Madre, que causaba en ella unos ímpetus de Dios nuestro Señor, y deseos de verle tan escesivos, que le hacian salir al alma de los sentidos, y á veces la ponian en ocasion de salir tambien del cuerpo. De estos ímpetus y deseos de Dios que padecia, habla muchas veces la Santa Madre Teresa en el libro de su vida; particularmente en el capítulo veinte y nueve, tratando de estos mismos ímpetus, dice: «Crecia en mí un amor

tan grande de Dios, que no sabia quién me lo ponía, porque era muy sobrenatural, ni yo lo procuraba; veíame morir con deseo de ver á Dios, y no sabia á dónde habia de buscar esta vida si no era con la muerte. Dábanme unos ímpetus grandes de este amor; yo no sabia qué me hacer, porque nada me satisfacía ni cabía en mí, sino que verdaderamente me parecia se me arrancaba el alma.»

De estos mismos ímpetus habla en una relacion que dió á un Confesor suyo, donde dice estas palabras: «Otras veces me dan unos ímpetus muy grandes, con un deshacimiento por Dios, que no me puedo valer; parece se me va á acabar la vida, y así me hace dar voces y llamar á Dios; y esto con gran furor me dá. Algunas veces no puedo estar sentada, segun me dan bascas, y esta pena me viene sin procurarla, y es tal, que el alma nunca querria salir de ella mientras viviese. Y son las ansias que tengo por no vivir, y parece que se vive sin poderse remediar, pues el remedio para ver á Dios es la muerte, y esta no puede tomarla. Y con esto parece á mi alma que todos están consoladísimos, sino ella, y que todos hallan remedio para sus trabajos, sino ella.»

Eran estos ímpetus y deseos de ver á Dios, y la pena de carcer tan grande que (como ella confiesa) le enagenaba del sentido, porque era una manera de arrobamiento penal, que casi le quitaba todos los pulsos, y la ponía tan en las puertas de la muerte, que (como ella dice) creía que estas ansias de Dios la habian de quitar la vida. Moría porque vivía, y no podía valerse con la vida, y á su parecer hacia mucho en sufrirla, y así venía á tener en el mayor deseo la muerte, y en la mayor paciencia la vida. No podía sino pedir á Dios la muerte, porque no hallaba remedio en su vida.

Estando en la fundacion de Salamanca, pasado el primer año de aquella fundacion, cantaron una Pascua, un cantar que dice: «Véante mis ojos, dulce Jesus bueno, véante mis ojos y muérame yo luego.» Con estas coplas, como la tocaron en lo vivo, porque la tocaron en la muerte, que ella tanto deseaba para ver á Dios, quedó tan sin sentido, que la hubieron de llevar como muerta á la celda y acostarla; el siguiente dia andaba tambien como fuera de sí. Lo que la Santa Madre Teresa sintió entonces, escribió otro dia á un Confesor suyo, diciéndole: «Todo ayer me hallé con grande soledad, que si no fué

cuando comulgúe, no hizo en mí ninguna operacion ser dia de la Resurreccion. Anoche, estando con todas, dijeron un cantarcillo de como era récio de sufrir vivir sin Dios; como yo estaba ya con pena, fué tanta la operacion que me hizo, que comenzaron á entomecérseme las manos, y no bastó resistencia, sino que como salgo de mí, por los arrobamientos de contento, de la misma manera se suspende el alma con la grandísima pena, que queda enagenada, y hasta hoy no lo he entendido. Antes de unos dias acá me parecia no tener tan grandes estos ímpetus, como solia, y ahora me parece que es la causa esto que he dicho. No sé yo si puede ser; que antes no llegaba la pena á salir de mí, y como es tan intolerable, y yo me estaba en mis sentidos, hacíame dar gritos grandes sin poderlos escusar. Ahora, como ha crecido á término de este traspasamiento, y entiendo mas el que nuestra Señora tuvo, que hasta hoy, como digo, no he entendido qué es traspasamiento. Quedó tan quebrantado el cuerpo, que aun esto escribo yo con harta pena, que quedan como desconyuntadas las manos y con dolor.»

Estando con estos ímpetus, hizo la Santa unas coplas nacidas de la fuerza del fuego que en sí tenia, significando su llaga y su sentimiento, que por ser muy devotas me pareció ponerlas aquí:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

GLOSA.

Aquesta divina union
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazon;
Mas causa en mí tal pasion
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

Ay, qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida:

Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

Ay, qué vida tan amarga
Do no se goza al Señor,
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga;
Quíteme Dios esta carga
Mas pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Solo con la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte,
Vida, no me seas molesta,
Mira que solo te resta
Para ganarte, perderte:
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera,
Hasta que esta vida muera
No se goza estando viva:
Muerte, no me seas esquivá,
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle
A mi Dios, que vive en mí?
Si no es perderte á tí
Para mejor á él gozarle;
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues á él solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener?

Sino muerte padecer
La mayor que nunca ví;
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
Aun de alivio no carece;
A quien la muerte parece
Al fin la muerte le vale;
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo á aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace mas sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para mas penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte,
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está;
¡Oh, mi Dios! cuándo será
Cuando yo diga de vero,
Que muero porque no muero.

Mientras la Santa Madre Teresa de Jesus sentia la violencia de estos ímpetus, no parece estaba en su mano el desear otra cosa mas de aquello á que la fuerza del espíritu la arrebatava; pero luego que se templaba este furor y encendimiento grande, se determinaba de vivir de buena gana, por servir mas á Dios, que como ella dice en su vida: «La mayor cosa que yo ofrezco á Dios por gran servicio, es como siéndome tan penoso estar apartada de él, quiero por su amor vivir. Esto querria yo fuese con grandes trabajos y persecuciones; ya que no soy para aprovechar, querria ser para sufrir.»

Era tan grande el amor que á Dios tenia, que aunque en otras cosas se juzgaba por imperfecta, siempre sentia de sí que amaba mucho á Dios; y solia decir, que aunque se holgara de ver en el Cielo á otros con mas gloria que á sí, pero no sabia si se holgara de que otro amase mas á Dios que ella.

Creció tanto el amor, y vino á ser el fuego tan penetrante, que llegó á hacer su alma tan una con Dios, como lo son dos luces que entran en un aposento por diferentes ventanas; ó como dos aguas que estando antes divididas, se vienen á juntar en una; que son dos ejemplos que ella usa en sus libros; no porque se viniese á hacer una sustancia con Dios, sino un amor y un espíritu, como dice San Pablo, que el que se llega á Dios, se hace un espíritu con él.

CAPITULO XXIV.

De las muestras que dió la Santa Madre en su vida del grande amor que á Dios tenia, donde se trata del mucho que Dios Nuestro Señor la tuvo.

Ya se sabe que la prueba del amor son las obras, y que solo aquel amor se puede decir verdaderamente grande y de subidos quilates, que obra grandes cosas y vence muchas dificultades. La primera prueba del amor, es el cumplimiento de los mandamientos y voluntad de Dios; el seguir su ley en todas las ocasiones, aunque sea á costa de la vida; el tomar la Cruz, y seguir á Cristo, y poner en sus pisadas las nuestras. Esto es en lo que principalmente se experimenta el amor divino, y lo que la Santa Madre cumplió con grande perfeccion

y cuidado. Harto habemos dicho hasta aquí de lo mucho que sufrió y trabajó por la gloria de Dios, y mas con tantas persecuciones y dificultades, con tanta pobreza, con tan graves y ordinarias enfermedades, y lo que mas es, que con vivir con un perpétuo deseo de morir por Dios, de perder su descanso, de padecer sin medida; todo le parecia que era poco y nada; y como dejó escrito la Santa Madre, no habria trabajo en el mundo por grande que fuese, que no lo pasaria de buena gana, por un tantito de cumplir mas la voluntad de Dios, y así en cuantos Monasterios fundó, y todo el tiempo que trató de mas perfeccion, jamás torció un punto, ni en obra, ni en palabra, de lo que entendia ser mas servicio de Dios, por salir con la fundacion, ni por remediar las necesidades de ella, ni por pretension de favores de algunas personas que le pudieran ser medio para salir con su intento, dejó de seguir siempre el camino fiel y derecho, sin torcerse por alcanzar renta, sin condescender por el miedo, ni vencerse del deleite, ni vanidad, ni honra; no habia trabajo á que ella no se pusiese, por crecer un poco mas en el amor y conocimiento de Dios; pondré aquí las palabras con que esto escribe (*Vida, cap. 37.*), que son dignas de su entendida caridad: «Y digo así, que si me dijessen cuál quiero mas, estar con todos los trabajos del mundo hasta el fin dél, y despues subir un poquito mas en gloria, ó sin ninguno, irme á un poquito de gloria mas baja, que de muy buena gana tomaria todos los trabajos por un tantico de gozar mas de entender las grandezas de Dios; pues veo quien mas lo entiende, mas le ama y le alaba; no digo que no me contentaria y ternia por muy venturosa de estar en el Cielo, aunque fuese en el mas bajo lugar, pues quien tal le tenia en el infierno; harta misericordia me haria en esto el Señor, y plegue á Su Magestad vaya yo allá, y no mire á mis grandes pecados. Lo que digo es, que aunque fuese á muy gran costa mia, si pudiese, que el Señor me diese gracia para trabajar mucho, no querria por mi culpa perder nada; miserable de mí, que con tantas culpas lo tenia perdido todo!»

Esto fué parte para que tuviese una grande resolucion de no dejar de hacer cosa ninguna que entendiese era mas perfeccion y servicio de Dios, aunque fuese á costa de su descanso, de su sangre y de su vida. De suerte, que tenia por regla, no como quiera la voluntad y gloria de Dios, sino aquello que

entendia que era mayor gloria y honra suya. En esto quiso hacer de su virtud necesidad, y para darle toda la perfeccion á este modo de obrar tan divino y tan propio á los Angeles que moran en el Cielo, lo confirmó con voto, como arriba tambien escribimos. Por este voto se echarán bien de ver las prendas que esta alma tenia de Dios, porque ni se podia hacer sino con mucho espíritu, ni cumplirse sino con muchas fuerzas y ayudas de Dios. Voto es que no se lee de Santo ninguno, y voto que para hacerse, pedia un grande desasimiento de todas las cosas criadas, un abrasado deseo de contentar á Dios, una esperiencia grande del temor suyo, y de la pureza y limpieza de la propia conciencia, y un señorío mas que humano de las propias pasiones. Hizo este voto con grande acuerdo y deliberacion, comunicándolo primero con su General y con su licencia, y del Comisario Apostólico el P. M. Fr. Pedro Fernandez; pues el amor que con tanto pudo, sin duda tiene gran fuerza, y es grandísimo el fuego que á tan grandes cosas se estiende, y que tanta leña consume y abrasa; porque aunque parece este voto una simple promesa, es una determinacion que abraza en sí todo lo mas alto y apurado de la perfeccion cristiana, que no es una sola cosa, ó pocas cosas, ó fáciles para ser hechas, sino una muchedumbre de dificultades sin número, porque trae consigo una obligacion á hacer siempre lo que Dios manda en su Ley, lo que su Orden dispone en su Regla y Constituciones, y á cumplir todo lo que la razon dicta, lo que la justicia manda y la fortaleza pide, y la templanza, y prudencia, y todas las demás virtudes estatuyen y ordenan, y para decirlo todo en una palabra, es negar todos sus propios gustos, por gustar solamente lo que Dios gusta y quiere. Todo esto es lo que prometió en este voto, y salió valerosamente con el cumplimiento de él, ayudada del amor que tenia á Jesucristo, en quien (como decia San Pablo), todo le era posible y hacedero.

De este grande amor que tuvo á Dios, dá grandes muestras el que Dios le tuvo á ella, porque no solo fué el que atizó de dentro este fuego, y el que le despertaba y favorecia para que mas le amase, sino que, como fiel y regalado amator, la amaba y requestaba con palabras muy tiernas, en que daba claras muestras de la ternura de su voluntad; y así me será de particular gusto y consuelo, ya que he dicho del amor que la San-

ta Madre tuvo á Dios, decir algo de la correspondencia que habia de parte de Dios, que aunque mucha parte de esto se entenderá por lo que escribimos en el libro primero, tratando de las mercedes y regalos que Dios la hizo en la oracion; pero pondré aquí algunos lugares suyos, que mas en particular tratan de esto. Una vez la dijo Dios que no pensase que la tenia olvidada, y que jamás la olvidaria; y añade la Santa, diciendo (*Vida, cap. 39.*): «Esto me dijo el Señor con una piedad y regalo, y con otras palabras, que me hizo harta merced, que no hay para qué decirlas. Estas me dice Su Magestad muchas veces, mostrándome grande amor: ya eres mia, y yo soy tuyo.» Otra vez la dijo, que no le pediria cosa que Su Magestad se la negase. Otra, en una vision de la Santísima Trinidad, el Padre, entre otras palabras regaladas que la dijo, mostrando lo que la queria, fueron estas: «Yo te dí á mi Hijo y al Espíritu Santo y á esta Virgen, ¿qué me puedes tú dar á mí?» Esto fué el primer año que fué Priora de la Encarnacion. En otra vision vió á Cristo nuestro Redentor, el cual, dándola su mano derecha, la dijo: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy.» Otra vez, estando en el mismo Convento de la Encarnacion, el segundo año de su Priorato, vió á Nuestro Señor clarísimamente, sentado cabe ella, y comenzóla á consolar con grandes regalos, y dijo: «Vésme aquí, hija, que yo soy; muestra tus manos;» y parecia que me las tomaba y llegaba á su costado, y dijo: «Mira mis llagas, no estás sin mí.» No fué menor la merced y muestras de amor que la dió estando en la fundacion de Sevilla, donde la dijo estas palabras: «Ya sabes el desposorio que hay entre tí y mí, y habiendo esto, lo que yo tengo es tuyo, y ansí te doy todos los dolores y trabajos que pasé, y con esto puedes pedir á mi Padre como cosa propia.» Y mas abajo, dice: «La amistad con que se me hizo esta merced, no se puede decir.» Estando una noche dando gracias á Dios por una merced que la habia concedido, la dijo el Señor estas palabras: «¿Qué me pides tú, que no haga yo, Hija mia?» Y porque de estos regalos y mercedes están llenos sus libros, y otras muchas hay en papeles sueltos que dejó escritos, no quiero detenerme mas en esto; solo añadiré, como de estos regalos de Dios nacia en la Santa Madre una libertad y confianza santa y regalada, y una grande llaneza con que hablaba con Dios, como osadía llena de re-

verencia, como una esposa habla con su esposo, que sabe que la ama tiernamente; así lo dice ella en su vida, por estas palabras (*Vida, cap. 34.*): «Comienzo á tratar con el Señor, estando muy recogida, con un estilo abobado, que muchas veces sin saber lo que digo trato, que el amor es el que habla, y está el alma tan enagenada, que no miro la diferencia que hay de ella á Dios; porque el amor que conoce la tiene Su Magestad, la olvida de sí, y le parece está en él, y como una cosa propia, sin division habla desatinos. Acuérdome que la dije esto despues de pedirle con hartas lágrimas aquella alma pusiese en su servicio muy de veras, que aunque yo la tenia por buena, no me contentaba, que le queria muy bueno. Y ansí, le dije: «Señor, no me habeis de negar esta merced; mirad que es bueno este sugeto para nuestro amigo.»

Y en otra parte dice (*Vida, cap. 33.*): «Cómo, Dios mio, ¿qué no basta que me teneis en esta miserable vida, y que por amor de vos paso por ello, y quiero vivir á donde todo es embarazos para no gozaros, sino que he de comer, dormir y negociar, y tratar con todes, y todo lo paso por amor de vos? Pues bien sabeis, Señor mio, que me es tormento grandísimo, y que tan poquitos ratos como me quedan para poder gozar de vos, os me escondais? ¿Cómo se compadece esto en vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me teneis? Creo, Señor, que si fuera posible poderme esconder yo de vos, como vos de mí, que pienso y creo del amor que me teneis, que no lo sufrírades, mas estais os conmigo y veisme siempre, no se sufre esto, Señor mio; suplícoos mireis que se hace agravio á quien tanto os ama.» Estas son palabras de la Santa Madre, en las cuales, y en otras muchas que se hallan en sus libros y exclamaciones, se vé claramente cuán fuerte y violento era el amor que dentro de sí ardia, pues como dice muy bien el glorioso San Bernardo en los Cantares: Grande es el amor de la esposa, cuando así la embriaga, que no repara en la Magestad con quien habla. ¿Cómo es esto? ¿Al que con un mirar de ojos hace temblar la tierra, pide la esposa los abrazos y besos? ¿Por ventura está embriagada y tomada del vino? Ciertamente lo está, y por ventura entonces acaba de salir de la bodega de los vinos preciosos. ¡Oh, cuánta es la fuerza del amor, cuánta la fiucia y libertad de espíritu! (*Serm. 9. in Cant.*) ¿Qué cosa mas clara y manifiesta para

entender que la perfecta claridad echa fuera todo temor? Hasta aquí son palabras de San Bernardo.

CAPITULO XXV.

De la grande caridad que tenia la Santa Madre con los prógimos.

Como el amor del prógimo es efecto del amor de Dios, no puede el alma donde este amor vive, descuidarse de lo que él tanto ama y quiere, como es la salvacion de las almas. Y así la caridad que tenia la Santa con los prógimos, era cortada al molde de la caridad tan abundante y encendida que tenia de Dios. Este amor y deseos de la salud de las almas la hizo ponerse en tantos trabajos, y andar casi diez y seis años cargada de dolores y enfermedades, peregrinando por toda España, con frios, con aguas, con calores grandes, para fundar Monasterios, en que recogidas muchas de ellas, como en otra arca de Noé, fuesen salvas de los peligros del mundo. Y aunque deseaba mucho que todas sirviesen á Dios, cuando veia alguna persona de gran talento, íbase á Nuestro Señor con unas ánimas que no se podia valer, y con gran fervor decia: «Señor, mirad que este es bueno para nuestro amigo.» Pareciéndole que una persona tal, siendo perfecta, haria mas provecho que muchas ordinarias.

Tenia un gran cuidado de la salud y conversion de los pecadores, y lo que mas pena le daba era la caída de los buenos. El multiplicarse las heregías y necesidades de la Iglesia, era una saeta que siempre traia atravesada en el corazon, y un despertador continuo de sus lágrimas, y unas espuelas para hacer grandes penitencias. Así hizo en orden al remedio de estos daños, y para satisfaccion de sus deseos, todo lo que pudo hacer según su estado y su condicion; porque como habemos escrito largamente en el libro segundo, el celo de ganar las almas si pudiera de todo el mundo, fué el motivo principal que tuvo para fundar sus Monasterios. Y ya que no pudo pelear con la espada por su Madre la Iglesia, ó defenderla con la pluma y la lengua, como lo hacen los Predicadores y personas letradas, resistiendo con su doctrina á los desatinos y errores de los infieles, ella fundó sus Monasterios, los de los

Frailes, para que con la oracion, ejemplo y doctrina, ayudasen las almas y los de las Monjas, para que con la oracion diesen fuerza y ánimo al soldado, luz al Predicador, y docilidad y blandura de corazon á los obstinados y ciegos, y así peleó con el soldado, predicó con el Predicador, y argumentó con el letrado, y con todos estos medios estendia la Fé Católica, porque con sus deseos, con sus lágrimas, con sus oraciones, es cierto alcanzó del Señor gran parte de lo que habemos dicho. Y habiendo ordenado á esto sus Monasterios, dió á la Iglesia una perpétua ayuda, y á las almas en cuyo celo ardia su corazon, unos continuos patronos y valedores para con Dios. Y así como otras Religiones santamente tienen por fin la caridad del prógimo, tomando unos por medio de la predicacion, otros la hospitalidad; ella, poniendo los ojos en este mismo fin, puso su corazon en el medio proporcionado á él y estado de mujeres, que fué oracion y penitencia, ordenada al aumento de la Santa Iglesia, la estirpacion de las heregías, y á aplacar la ira de Dios, para que perdone las culpas de los que así le ofenden. Medio tanto mas escelente en mujeres, que en los demás, quanto lo es mas la contemplacion que la accion, y quanto tiene el atajo mas breve para llegar á su fin. Este quiso que fuese el fin de su Instituto y de sus trabajos, y esto persuade á sus Monjas que es su vocacion, como se puede ver en el capítulo primero del Camino de Perfeccion, y con este espíritu y deseo criaba á sus novicias, como ella tambien escribe en el principio del libro de sus Fundaciones.

No habia cosa que la Santa le diese mayor pena, que cuando oia la muchedumbre que habia de Infieles, ó la perdicion de los Hereges; porque alcanzó aquellos desdichados tiempos en que comenzó el veneno de Lutero y otros desventurados á inficionar á muchos; rasgábasele el corazon á la Santa de ver la tiranía con que el demonio trataba y tenia oprimidas unas almas criadas para el cielo, y redimidas con sangre del mismo Dios, sin hallar medio para su desengaño; las noches casi pasaba en vela, orando, gimiendo, suspirando y suplicando á Dios le hiciese merced de alumbrar aquellas almas, que tan lastimosamente estaban engañadas, mil vidas diera por remediar un alma, y cuando se ofrecia cosa que tocase en el bien espiritual del prógimo; todas las demás las tenia por accesorias, y á sola esta atendia, y por sola ella trocaba el mayor de-

leite que tenia en la tierra, que era el estar á solas gozando de Dios, como ella escribe maravillosamente en una exclamacion que hace á Nuestro Señor al fin de su libro: «Mas ¿qué es esto (dice), mi Dios, que el descanso cansa el alma que sola pretende contentaros? Oh amor poderoso de Dios, cuán diferentes son tus efectos del amor del mundo, este no quiere compañía por parecerle que le han de quitar lo que posee. El de mi Dios mientras mas amadores entiende que hay, mas crece, y así sus gozos se templan en ver que no gozan todos de aquel bien. Oh bien mio, que esto hace que en los mayores regalos y contentos que se tienen con vos, lastime la memoria de los muchos que hay que no quieren estos contentos de los que para siempre los han de perder, y así el alma busca medios para buscar compañía, y de buena gana deja su gozo, cuando piensa será alguna parte para que otros le procuren gozar. Mas, Padre celestial mio, ¿no valdria mas dejar estos deseos, para cuando esté el alma con menos regalos vuestros, y ahora emplearse toda en gozaros? Oh Jesus mio, cuán grande es el amor que teneis á los hijos de los hombres, que el mayor servicio que se os puede hacer, es dejaros á vos por su amor y ganancia, y entonces sois poseido mas enteramente; porque aunque no se satisface tanto en gozar la voluntad, el alma se goza de que os contenta á vos, y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque parezcan dados de vos, mientras vivimos en esta mortalidad, si no van acompañados con el amor del prógimo. Quien no le amare no os ama, Señor mio, pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenia á los hijos de Adan.»

De este amor tan ardiente de la salud y provecho de las almas, nacia en la Santa una tan continúa hambre y sed de la gloria de Dios. Llenos están sus libros de los deseos ardentísimos que tenia de que Dios fuese glorificado, conocido y amado de todas las gentes. Desde que comenzó á tener oracion y todo el tiempo que la tuvo, que fué casi cincuenta años, no pidió á Dios gloria ni descanso, ni otras cosas que lícitamente se pueden pedir. Toda la ordenó á la gloria de Dios, y al bien y aumento de su Iglesia, pareciéndole que importaba poco que ella estuviese en el Purgatorio mas tiempo, á trueque de que Dios fuese mas conocido y amado. Dábale mucho gusto cuando oia decir en el Credo, que el Reino de Cristo no habia de tener

fin, y estaba tan vestida de este deseo de la honra y gloria de Dios, que en órden á que esta creciese, tenia la propia tan despreciada y hollada, que pone espanto, como se verá por estas palabras que escribió en una relacion de su vida: «Cuando veo alguna persona que sabe alguna cosa de mí, le queria dar á entender mi vida, porque me parece ser honra mia que Nuestro Señor sea alabado, y ninguna cosa se me dá por lo demás. Esto sabe él bien, ó yo estoy ciega, que ni honra, ni vida, ni gloria, ni bien ninguno en cuerpo ni alma, hay que me detenga, ni quiera, ni deseo mi provecho, sino su gloria.» Y esta gloria no es otra cosa sino que Dios sea mas conocido y amado de los hombres.

Tenia mucha envidia á los Predicadores y á todos los que trataban de ganar almas para Dios, porque quisiera ella poder hacer otro tanto, y que le fuera lícito dar voces á los Reyes y señores, y á todos los hombres, y desengañarlos y traerlos al verdadero conocimiento de la verdad, aunque le costara mil vidas. Cuando leia las vidas de los Santos (porque se ocupaba en esto muchas veces) le causaban devocion y ternura cuando topaba con alguno que hubiese ganado muchas almas para Dios; esto decia les envidiaba mas que todos los martirios que padecian. De aquí le nacia una grande estima y amor á todos los que se ocupaban en este ministerio, y hacian provecho á los prógimos, ó leyendo ó predicando, ó de cualquier manera que fuese, y compadecíase mucho de los trabajos que pasaban. Si alguna de estas personas estaba enferma, tenia particular oracion por ella, pidiendo al Señor le diese presto salud, porque no cesase siquiera por aquel tiempo el provecho que resultaba á los prógimos, y si acaso moria, sentíalo tiernamente, y no pudiéndose contener (con no ser nada mujer en llorar), derramaba muchas lágrimas, sintiendo gravemente que faltase de la tierra quien tantas almas ganaba para el Cielo. Cuando murió el Padre Maestro Avila (de quien tantas veces habemos hablado en esta historia), súpolo luego la Santa en Toledo, que entonces estaba en casa de doña Luisa de la Cerda; pues como ella vió que faltaba tan grande Santo de la tierra, comenzó á llorar con grande sentimiento y fatiga. Causó á sus compañeras grande novedad este llanto, no acostumbrado en muerte de nadie, y la que habiendo sabido la muerte de su hermano no habia echado una lágrima, sino que puestas las manos ben-

decia al Señor, viéndola ahora con tan nuevo sentimiento, les ponía grande espanto y admiracion. Y habiendo sabido de ella la causa de su llanto, le dijeron que por qué se afligia tanto por un hombre que se iba á gozar de Dios; á esto respondió la Santa: «Deso estoy yo muy cierta; mas lo que me dá pena es, que pierde la Iglesia de Dios una gran coluna, y muchas almas un grande amparo que tenian en él, que la mia aun con estar tan lejos le tenia por esta causa obligacion.» Otro sentimiento semejante á este hizo cuando murió el Papa Pio V, llorando con gran ternura, porque perdía la Iglesia tan grande Padre y Pastor.

En fin, su celo de ganar almas fué tan grande, que, como referimos en el lib. 2. cap. 40, mereció por este altísimo grado de gloria, porque como allí escribimos, apareciendo á una de sus compañeras, le mostró la grande gloria de que gozaba, y las particulares escelencias y prerogativas que se le habian concedido en el Cielo, por haber tenido mientras vivió en la tierra tan grande celo de la honra de Dios, y aquel sentimiento tan grande de las almas de los Herejes é Infieles que se condenaban, á cuyo fin enderezó sus Monasterios, como tantas veces habemos dicho, y que por esta causa le habia otorgado Nuestro Señor este dón que fuese allá en el cielo particular Patrona y abogada de esta causa, de la cual habia sido en el suelo tan cuidadosa, procurándola tan á costa de su sudor y trabajo, oficio propio de Apóstol, y que venia bien con la inclinacion y deseos de la Santa.

CAPITULO XXVI.

Del provecho que hizo la Santa Madre en muchas almas.

El Señor, que con el fuego de su amor atizaba en su sierva tan grandes deseos del bien de las almas, favorecia estos pensamientos con darle ocasiones para que ganase muchas; porque de todas maneras grangeó muchas personas para el Cielo, pues no solo con sus palabras mientras vivió cogió copiosísimo fruto de sus deseos, sino que con el ejemplo y santidad de su vida dejó en el mundo perpétuo despertador de las almas para que busquen con veras á Dios. Pues ¿quién dirá de los Monasterios

que fundó, así de Frailes como de Monjas, que no me parece es otra cosa sino unos navíos que cargados de almas ricas de dones y virtudes, navegaban para el Cielo, y los que con su ejemplo y doctrina van en pos de ellos? ¿Quién los que por medio de sus libros han mudado la vida y las costumbres? Ciertamente no parece sino que por todas partes pega esta Santa fuego al mundo, y le dá voces para que se vuelva á su Criador.

Tomando ahora la corriente desde sus principios á los primeros años, que comenzó á tener oracion, comenzó en ella á nacer y crecer este deseo. Estando en un pueblo curándose de sus enfermedades, curó á un Clérigo unas mortales que tenia en el alma, porque habia muchos años que tenia conversacion deshonesta con una mujer, y decia Misa cada dia con grande escándalo del pueblo; no era poderoso remedio alguno para su cura, porque pasaba de amor, y eran hechizos los que aquella mujer le tenia hechos. Pudo tanto la Santa Madre con él, y principalmente con Dios, que alcanzó del Clérigo que le diese un Idolo que tenia de cobre, y ella le echó en un rio, y entonces abrió los ojos y se convirtió á Dios, y mejorando su vida, murió dentro de un año. Este fué el primer fruto que esta Santa ofreció á Dios, á quien con ninguna cosa se le puede acudir que le sea mas grata que la conversion de un pecador, segun aquello del santo Evangelio, que dice: en verdad que hay gozo en los Angeles del Cielo, cuando un pecador hace penitencia de sus culpas. Y en fin, la venida del hijo de Dios al mundo, y la afrentosa muerte que padeció á salvar pecadores se encaminaba, y el contento del Señor en morir era tener por fruto de sus trabajos nuestra salvacion. La Santa Madre tenia puesto el pensamiento en tan alto lugar, como era la imitacion de la caridad de su Señor y Maestro, y comenzaba por aquí. Esta fué la primera presa que arrebató y sacó por fuerza de las uñas y boca del Leon infernal, como hacia el santo David en defensa de las ovejas que guardaba de su Padre, y de tal manera se cebó, que ya para su gusto ninguno habia igual que el remedio de las almas, entendiendo que esta era su vocacion. La cual, desde entonces, procuró seguir hasta el fin, con un ánimo denodado y resuelto en perder la vida si fuese menester en la demanda.

Con estar á los principios con algunas imperfecciones, nunca

cesaba de persuadir á algunas Monjas de su Monasterio, que tratasen de oracion y recogimiento, aunque como la semilla no estaba sazónada, el fruto era poco; porque como ella escribe en su vida, no fueron mas de tres ó cuatro las que por entonces se aprovecharon.

Despues el fruto fué mas abundante; porque en breve tiempo, con ser el Monasterio de la Encarnacion donde no se profesaba clausura, y se permitia mas libertad que en otros, y por esta parte eran las ocasiones mayores, para que la Religión y Reformacion fuese menos; de ochenta Monjas que en este Monasterio habia, tenia mas de las cuarenta reducidas á trato de oracion y recogimiento, que fué semilla que ha durado hasta hoy su fruto.

Su trato y conversacion hizo grande provecho á muchas almas, y apenas trató con persona con alguna particularidad que no se mejorase su alma. Antes que diga de otras, haré mención brevemente de las que ella refiere en el libro de su vida (*cap. 5*)

A su padre y á sus hermanos aprovechó mucho con sus palabras y oracion.

A un Sacerdote que habia dos años y medio que estaba en un pecado mortal, que por ser tan abominable no se sufre decir aquí, decia Misa el desdichado cada dia y no se osaba confesar de él. Tenia gran deseo de verse fuera de este vicio, y no se podia eximir de su pesado yugo, porque la mala costumbre estaba ya tan arraigada, que se habia convertido en naturaleza. Pues como este tuviese noticia de la santidad de la Madre, suplicábale humildemente pidiese á Nuestro Señor le sacase de un grave pecado en que estaba; ella prometió de hacerlo, y despues de haberle pedido al Señor la salud de aquella alma, le escribió una carta (porque él vivia fuera de donde la Santa Madre estaba), y en recibéndola se confesó, y respondióle que por medio de su oracion y su carta habia ya muchos dias que no caia en aquel pecado. Y como arriba habemos contado, padecia el Sacerdote grandes tentaciones y trabajos, y la Santa, encendida en el fuego de la caridad, pidió al Señor que se vienesen á ella todos aquellos demonios que atormentaban á aquel Sacerdote, y le dejasen á él. Y fué así, que los padeció la Santa grandísimos por un mes, y los padeciera por una eternidad á trueque de que un alma se salvara.

Sabia la Santa Madre (*Vida, cap. 39.*) que una persona que se habia determinado de servir á Nuestro Señor muy de veras, á quien en otros tiempos Su Magestad habia hecho muchas mercedes, andaba metida en ocasiones muy peligrosas; dióle á la Santa Madre grandísima pena, y por mas de un mes no hacia sino suplicar á Dios tornase esta alma á sí. Estando un dia en oracion, vió un demonio junto á ella, que hizo con mucho enojo pedazos unos papeles que tenia en la mano, por donde le dió Dios á entender que habia oido su oracion, y que estaba ya aquella alma libre; y fué así, porque aquella persona se volvió muy de veras á Nuestro Señor, y fué siempre muy adelante.

A dos Religiosos de la Orden de Santo Domingo grandes letrados, que eran Fr. Pedro Ibañez y Fr. Vicente Varron, ambos Maestros y Confesores de la Santa Madre, hizo grande provecho y trajo á mucha perfeccion. La de Fr. Pedro Ibañez fué tan grande, que despues de muchas virtudes habia crecido tanto en el amor de Dios, que salia fuera de sí con la fuerza y violencia del amor, y se arrebatava muchas veces (*Vida, capítulo 33 y 34.*) con ser antes que tratase con la Santa Madre un Religioso ordinario y de moderada virtud. A Fr. Vicente Varron animó mucho para que se diese á la oracion, y le dió algunos recaudos de parte de Dios, é hizo por él oracion, y todo esto fué un grande medio para que hiciese tanta mudanza, que escribe la Santa Madre que se espantaba de que en tan breve tiempo hubiese alcanzado tanta perfeccion y esperiencia de cosas espirituales.

Y porque son muchos los casos semejantes á los que aquí he referido, que pudiera decir, pondré unas palabras de la Santa Madre, por las cuales se entenderá mejor el mucho provecho que hizo con su oracion. Dice, pues: «En esto de sacar Nuestro Señor almas de pecados graves por suplicárselo yo, y á otros traído á mas perfeccion, es muchas veces, y de sacar almas de Purgatorio y otras cosas señaladas, son tantas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que seria cansarme y cansar á quien lo leyese si las hubiera de decir, y mucho mas en salud de almas que de cuerpos. Este ha sido cosa muy conocida, que de ello hay hartos testigos.» Esto que aquí dice la Santa Madre, saben muy bien todos los Confesores que la han tratado. Uno de ellos, que fué el P. M. Fr. Pedro de Iba-

ñez, en una aprobacion que hace de su vida, dice estas palabras, las cuales puedo yo tambien decir, no sé si con mas esperiencia que otro: «Pues si queremos (dice) hablar algo del gran fruto espiritual que sacan los que tratan esta sierva de Dios, seria nunca acabar, porque es gran maravilla de Dios lo que pásala. No quiero decir nada de mí, porque no lo hay por mis deméritos, aunque tengo tanta esperiencia en mi mismo, que despues que la trato me ha favorecido Nuestro Señor en muy muchas cosas, que claramente via ser particular ayuda de Dios Nuestro Señor, que acá dentro de mí no puedo mas dejar de tenerla por Santa, que puedo decir interiormente que no la conozco.

Una persona principal de estos Reinos estaba en un gran pecado y deseaba apartarse de él, pero la ocasion le embotaba las fuerzas y le ataba las manos para no desatarse. La Santa Madre, que supo de este pecado, pidió con grande instancia á Nuestro Señor el remedio de aquella alma, y escribióle algunas cartas, pesuadiéndole se apartase de aquel pecado, y con esto cesó el escándalo y la ocasion, y con ella el pecado, y quedó aquella persona bien agradecida á Dios y á la Santa, por cuyo medio entendia le habia hecho Nuestro Señor esta merced. De ordinario, cuando la Santa Madre sacaba alguna alma de pecado, ó por su medio se mejoraba en la perfeccion, era tanta la saña y furor de los demonios, que con grande rábida se volvian contra ella, y á fuerza de tormentos y de dolores tomaban venganza de su cuerpo por la presa que les habia quitado, pretendiendo por aquí atemorizarla para que dejase aquel camino por donde tantos llevaba al Cielo, y así, cuando la Santa veia que alguna alma se mejoraba por su medio, luego decia que ella lo habia de pagar.

Acudia con gran caridad á todas las necesidades espirituales que podia, y para esto se desocupaba de otra cualquier ocupacion y negocio, y aun de las necesidades propias parece se olvidaba y solia decir que su recreacion y contento era consolar estas almas.

Mostraba tambien su caridad (*Vida, cap. 31. 34. y 38.*) con las ánimas del Purgatorio, como en el discurso de esta historia habemos visto, y se verá mas claramente en sus libros. Muchas fueron libres de aquellas penas por medio de su oracion, y entre ellas fué una Juana Suarez, Monja de la

Encarnacion y grande amiga suya. Esta, despues de muerta, le apareció y le dijo: «Por tí soy salva.» Otra vez, queriendo rezar por una persona que era difunta, se le puso el demonio encima del Breviario, que no le dejaba rezar, procurando impedir el fruto que aquella alma esperaba de su oracion, pero ella le echó luego de allí, y en acabando de rezar vió salir el ánima de Purgatorio.

Con los vivos, no solo miraba por su alma, sino que con mucho cuidado los honraba y estimaba á todos. Jamás permitia que en su presencia hubiese murmuracion ninguna por pequeña que fuese, y así sabian todos que donde ella estaba tenian seguras las espaldas, y á esta causa era amada y querida de Dios y de las gentes. De todos hablaba y juzgaba bien, y para esto nunca le faltaba materia; que con su buen entendimiento, y lo que mas es, con su mucho amor y caridad, descubria razones de bien, aun en lo malo, como otros las descubren de mal en lo bueno; porque cada uno pone de su casa lo que tiene en ella, y así el que tiene malicia en el alma y en la lengua, la pega á lo que anda en ella, y la que tiene virtud y santidad, la pretende tambien pegar en todo lo que ve y trata, como la Santa confiesa en una relacion de su vida por estas palabras: «Si veo en algunas personas algunas cosas, que á la clara parecen pecados, no me puedo determinar que aquellos hayan ofendido á Dios, y paréceme que el cuidado que yo traigo de servir á Dios traen todos; así que nunca me fatigan estas cosas si no es lo comun, y las heregías que muchas veces me afligen.»

En lo que mas se mostraba el fuego encendido de su caridad, era en el grande amor que tenia á todos los que la perseguian, y hacian mal; porque era tan crecida su caridad, que en recibiendo de alguno alguna obra mala, le cobraba mas particular amor que á otros (como mas largamente hemos escrito tratando de su paciencia), y tenia grande gusto en encomendarle á Dios. Supo de unas personas muy graves que habian dicho contra ella cosas muy pesadas, y la venganza de este agravio fué cobrarles un nuevo amor y encomendarles mas de veras á Dios. Aunque de nadie consentia que se dijese mal; pero mucho menos (aunque fuese de burlas) de los que le habian hecho algun agravio. Antes gustaba mucho que les disculpasen los demás y hablasen siempre bien de ellos.

Estaba al tiempo de la Fundacion de San José de Avila en casa de una señora principal de aquel lugar, y con el mucho alboroto que hubo con el nuevo Monasterio, fueron allí á buscar á la Madre algunas personas, donde la trataron muy mal de palabras, y con poco comedimiento se volvieron contra ella, como si fuera la mas mala del mundo. La señora sintió esto mucho, pero la Santa Madre la comenzó á consolar y á disculpar á los que así la habian tratado; dióle tanta pena á la señora que quisiese disculpar á aquella gente, que decia no tenia en paciencia, y casi estaba ya para perder la ira y enojo que tenia con ellos, y volverse contra la Santa Madre Teresa de Jesus, porque así queria deshacer culpas tan claras y manifiestas. Y lo que mas le maravilló á esta señora fué verla ir otro dia á comulgar sin reconciliarse, y con tanta serenidad como si no hubiera pasado nada por ella. Todo lo echaba á la buena parte, y lo mismo queria que hiciesen todos los que trataban con ella.

No se contentaba con tener amor á los que así la perseguian, sino que les hacia toda la buena amistad y regalo que segun sus fuerzas podia, hasta que con la frecuencia de las buenas obras les rendia y sacaba la ponzoña del corazon. Saliendo una vez de la ciudad de Avila para Medina del Campo y Valladolid, dióle su Perlado un Religioso de los del paño para que la acompañase, que pensando acertaba, era el mayor contrario y émulo que ella tenia, y el que con mayor cuidado andaba acechando y contradiciendo sus cosas; recibió ella esta compañía como de la mano de Dios, por venir por la de la obediencia; yendo por el camino trataba con él con un amor y alegría, que espantaba á los que iban con ella. Regalábale con lo que podia, y entre otras cosas le dió una imágen del Espíritu Santo, con que tenia mucha devocion, diciéndole se la daba por lo mucho que le queria. Pasaron por cerca de un Monasterio de la misma Orden, donde tambien tenia la Madre hartos contrarios, porque entonces habia division entre los Padres Descalzos y Calzados, pretendiendo todos (como se debe creer) el bien de la Religion y servicio de Dios. Sabia bien esto la Santa Madre, y aunque el rodeo era de mas de una legua, procuró la llevasen por allí. Entró dentro de la Iglesia, y como lo entendieron los Religiosos, nadie salió ni pareció en ella; hizo la Santa Madre diligencia en llamarlos á todos, y

hablaba á cada uno de por sí con tanto amor y alegría, que parecia le quería meter en su alma. Estuvo con ellos desde la mañana hasta la tarde, que se partió. Causó tan grande mudanza en los Religiosos ver su trato de santidad, que cuando se iba salieron todos acompañándola, quedando con grande ternura de verla ir tan presto, y con mayor admiracion y confusion de su santidad. El Padre que la acompañaba, con estos ejemplos y con otros, que á cada paso experimentaba, quedó tan rendido y devoto de la Santa Madre, que se le ofreció muy de veras acompañarla en todos los caminos que fuese servida.

En las necesidades corporales era piadosísima, y acudia á ellas con obras y con deseos. A una persona que habia perdido la vista casi del todo, se la volvió el Señor por su intercesion (*Vida, cap. 39.*) Estaba un deudo suyo muy apretado del mal de urina, del cual habia dos meses que padecia, no dolores, sino muerte; fuéle á ver la Santa Madre por mandado de su Confesor, y movida á grande compasion, pidió al Señor su salud, y luego quedó el enfermo del todo sano. De las Religiosas enfermas tenia grandísimo cuidado, mostrándoles mucho amor, haciéndoles el regalo que con su pobreza se compadecia. Desocupábase cuanto podia para estar con ellas y consolarlas; gustaba que las demás Religiosas hiciesen lo mismo, y así dejó muy encargado el cuidado con las enfermas. Y solia decir que primero habia de faltar á los sanos lo necesario, que á los enfermos el regalo.

No solo para los de su casa era compasiva, sino que estas entrañas de caridad eran comunes á todos los estraños sanos y enfermos. Estaba la Santa en la Fundacion de Búrgos, en un Hospital bien mala, con tan grande hastío, que no arrostraba á comer cosa alguna. Dijo que la parecia le abriria la gana del comer una naranja dulce; el mismo dia le envió una señora unas pocas muy buenas; recibíólas la Santa con mucho gusto; echóselas en la manga, y dijo queria bajar á ver un pobre que se habia quejado mucho; hizolo así, y repartió todas las naranjas entre los pobres. Sus compañeras no lo dejaron de sentir por la falta que le habian de hacer; díjoles la Santa con mucha alegría: «Más las quiero yo para ellos que para mí; vengo muy alegre, que quedan muy consolados.» Trajéronle otra vez unas limas muy hermosas, y en viéndolas dijo:

«Bendito sea Dios, que me ha dado que lleve á mis pobre-citos.»

Estaba en aquel hospital un pobre que padecía tan graves dolores, que le forzaban á dar tan grandes voces, que atormentaba á los demás enfermos. La Santa, compadeciéndose mucho de los unos y de los otros, bajó allá, y púsose delante del pobre, y en viéndola él, calló luego. Dijo la Santa: «Hijo, ¿cómo dais tales voces, y no llevais ese mal por amor de Deos con paciencia?» Respondió el pobre doliente, que eran tantos sus dolores, que le parecia se le arrancaba el alma. Estúvose allí un rato con él encomendándole al Señor, y cesaron luego sus dolores, y con ellos las voces. Y aunque le curaban de allí adelante, no se quejaba ni daba voces, como si mal no tuviera. Tenian ya los pobres experimentado tan grande alivio y consuelo en sus trabajos y enfermedades, con sola la vista de la Santa Madre, que pedian á la Hospitalera con grande instancia les llevase allí muchas veces á aquella Santa mujer, porque el solo verla les consolaba. Y así, cuando la Santa Madre salió del Hospital, quedaron todos los pobres llorando.

Desde sus principios tenia la Santa Madre hechos propósitos de que no se le pasase dia ninguno sin hacer alguna obra particular de caridad y servicio del prógimo. Y cuando acaso no se le ofrecia en el dia ocasion para esto, si acaso pasaba de noche alguna Monja á oscuras por junto á su celda, salia con un candil á alumbrarla.

CAPITULO XXVII.

Tuvo la Santa Madre Teresa las virtudes en grado heróico con una grande mortificacion de pasiones, con que llegó á un estado en esta vida felicísimo.

Alcanzó la bienaventurada Madre Teresa de Jesus el supremo grado de las virtudes, que llaman los Filósofos y Teólogos de ánimo purgado, que es lo mismo que de corazon purgado, limpio y puro de pasiones y perturbaciones desordenadas; porque cuando aquí arriba el navío de nuestra miseria, están ya las olas de las pasiones muy sosegadas, porque ni sopla el viento de la soberbia, ni se levanta el viento

do la ira, ni hay quien encienda el fuego de la concupiscencia, ni atemorice á la pasion de la irascible. Todo está en calma, y solo soplan vientos de serenidad y templanza. A esta pureza no se llega si no es habiendo primero alcanzado las virtudes en grado heróico; porque apenas hay virtud que no traiga consigo la mortificacion y moderacion de pasiones, pues cuando los vicios y apetitos están tan rendidos, que apenas hay rastro de sus desórdenes en el alma, señal es que ha sido grande la fuerza y escelente la virtud que así ha triunfado de sus enemigos. Y aunque por lo que hasta aquí habemos escrito, no habrá quien no se persuada que las virtudes de esta Santa Vírgen fueron heróicas y divinas, me ha parecido, en fin, de este libro, hacer una como reseña de todas ellas, para que vistas todas juntas y puestas en escuadron, aficionen mas con su hermosura á su imitacion, que es el fruto que yo deseo de este libro.

Fué la Santa Madre Teresa de Jesus dotada de una prudencia aventajadísimá, como ahora diremos, y no de la prudencia que la carne enseña, ni menos se contentó con lo que la razon humana persuade, sino que tomó por norte lo que la Regla eterna aconseja y lo que el Espíritu Santo dicta. Fué dón de consejo divino el que la encaminó en cosas tan grandes, así en las propias de su espíritu y aprovechamiento, como en las comunes y generales de su Orden, con tan grande acierto y eficacia, que ni errase en la intencion, ni se frustase en la ejecucion, ni dejase de salir con cosa de las que una vez emprendiese. Prudencia fué del Cielo la que gobernó tantos Monasterios con tanta perfeccion y espíritu, y la que dió leyes y medios para conservarse y crecer en esa misma perfeccion de vida. Y si todas las virtudes morales están tan trabadas y tan encadenadas entre sí (particularmente las que son heróicas y escelentes) que siempre como buenas hermanas andan, y viven juntas, y apenas dá paso, ni crece la una sin que la otra le corresponda y acompañe tambien con su crecimiento; siendo la prudencia la reina de las virtudes morales, y la que reparte á todas las otras sus oficios y les estatuye, y dá leyes, no es posible que esta prudencia sea perfecta sin que las demás virtudes lo sean, con las cuales todas las potencias estén prontas para el cumplimiento de lo que ella ordena y manda, y que cada una, mediante alguna

virtud y fuerza, tenga á raya los apetitos contrarios y enemigos suyos, para que no turben ni impidan la obediencia debida al imperio de la prudencia.

Su templanza fué maravillosa, porque ni el fuego de la concupiscencia (como habemos antes escrito) causaba ardores de su cuerpo, ni inflamaba su ánima; y lo que mas es, que tenia tan ajustado su cuerpo al espíritu, que ya no le hacia guerra, psrque ni la pereza la entorpecia para las cosas de Dios, ni la gula la destemplaba, ni la lascivia conocia los umbrales de su casa, porque fué su castidad tan admirable, que si no fuera singular privilegio de Dios, fuera increíble; pues no solo no tenia que vencer en esta parte, sino que ignoraba los golpes del enemigo doméstico de nuestra carne.

La obediencia fué la bandera que siempre trajo delante, y á quien siguió, cantivando voluntad y entendimiento en cosas árduas y graves, hasta dar higas (por obedecer á su Confesor), al que antes en su opinion tenia por Cristo, y lo era. El amor de la pobreza y la perfeccion que en ella tuvo, fué tan grande, que jamás la pudieron rendir Letrados, ni Confesores, ni contradicciones de muchos, ni todo el mundo que se juntara, para aflojar un punto en ella cuando quiso fundar el primer Monasterio.

Fué su humildad tan profunda, que hollando sobre la ambicion de las honras, vino á alcanzar tan gran desprecio de sí misma, que ninguno se le pudo ofrecer tamaño que igualase con el sentimiento que ella habia concebido de su bajeza. Caminó tanto en esta virtud, que llegó, no solo á la mas alta cumbre que ponen en los sagrados Doctores, sino que vino á estar tan sumida en una profundidad y abismo de su propio conocimiento, que, cual ello es, no se puede explicar; fué humildísima, si yo he conocido criatura alguna. Su fortaleza y paciencia igualaron á su humildad; jamás el miedo de las cosas terrenas, por espantosas y grandes que fuesen, la turbaron; no temia mas á los demonios, que si fueran moscas; y era tan superior á todo lo criado, que el mismo temor despreciaba. Nunca dejó de emprender cosa, por grande y dificultosa que fuese, como ella entendiese hacia mas servicio á Dios, ni dejó de proseguirla por los peligros ni encuentros que se ofreciesen, ni de perseverar hasta salir con ella; porque la dotó Dios en lo

natural de un ánimo grande y varonil, y sobrepuso en él la virtud y dón de la fortaleza con aventajados grados, con que salió tan acabada en la grandeza y fortaleza de un ánimo invencible, que era muy superior á lo que se vé, y aun á lo que se puede imaginar de ánimos esforzados y varoniles. Y no sé si era mayor la grandeza de ánimo para sufrir y padecer cosas grandes, que para acometerlas, con ser para esto tal cual habemos dicho. Jamás despues que comenzó á servir á Dios con veras, se vió cansada de padecer, ni olvidada de desearlo, y lo que mas es, jamás dejó de holgarse mas con el ágrío de los trabajos, que otros con lo dulce de la prosperidad y regalo; tenia ya el padecer no solo en deseo, sino en premio de sus trabajos, como mas largamente digimos en su lugar.

De su oracion dan testimonio sus libros, porque sola ella pudiera y supiera declarar sentimientos tan divinos, como habia alcanzado tener. Tuvo una Fé firmísima, y mediante ella una penetracion y conocimiento de los divinos Misterios profundísima. Nunca le faltó una esperanza y confianza en Dios ciertísima: los quilates de su caridad no se dejan tocar de quien no los ha experimentado, porque no fué amor, sino fuego ardentísimo de Dios, en que ella, como otro Serafin, ardia de contínuo, y la que viviendo se sustentaba y vivia (como otra Salamandra); con este fuego murió abrasada en él, como mas largamente contamos escribiendo su muerte.

De aquí se entenderá cuánto fué su cuidado en mortificar sus pasiones y apetitos, pues como comenzamos á decir al principio de este capítulo, apenas hay virtud que no traiga consigo la mortificacion y moderacion de pasiones; porque no es otra cosa el hacer lo que la razon dice, y lo que la justicia manda, y la fortaleza pide, y la templanza y prudencia y todas las demás virtudes ordenan, sino vencer una muchedumbre de pasiones y dificultades sin cuento, y seguir en todas las cosas el camino fiel y derecho, remando siempre contra nuestra inclinacion, haciendo guerra al sentido, poniendo fuego, y pasando á cuchillo á los hijos mas queridos y amados de nuestro amor propio y propia voluntad, y, finalmente, el perfecto ejercicio de virtudes no es mas que una negacion contínuo de sí mismo, y un tomar sobre sus hombros

la Cruz de Cristo, despreciando lo que se vé y desechando los bienes que con el sentido se tocan, y aborreciendo lo que la esperiencia demuestra ser apacible y gustoso, y así cual es la alteza y escelencia de las virtudes, fueron los quilates y fuerza de su mortificacion.

Habiendo puesto delante de los ojos los heróicos actos de virtudes que ¡la Santa Madre ejercitó, y el grado de negacion donde llegó, no me quiero detener á contar en particular algunos particulares ejemplos de mortificacion, que comparados con lo que habemos dicho, con ser muy grandes, son niñerías; como fué el andar sin hábito, y pedir á su Perlado que se lo diese como á novicia, en salir en público refectorio á decir sus culpas, cargada como una bestia con un seron de piedras y una soga á la garganta, y una hermana que la llevaba del diestro, y otras veces con unas aguaderas llenas de paja, publicando sus faltas; otras comia en el suelo en platos ó escudillas bien asquerosas, y alguna vez en el hueco de una media calavera, por solo vencer su natural, que la llevaba é inclinaba con gran propension á todo lo que era aseo y limpieza. Si veia alguna hermana que tuviese alguna enfermedad asquerosa, se llegaba á ella, y la regalaba y besaba las manos, y comia de lo que ella estaba comiendo. Estaba una vez comiendo en refectorio, y habiendo tomado un bocado de un guisado, secretamente lo echó de la boca, y no quiso comer mas de aquel plato; y preguntándole una Religiosa que por qué no comia de aquello que estaba muy bien aderezado, ella respondió: «Por eso, hermana, que me supo tan bien aquel bocado, que no lo osé tragar; porque en esto de la comida, nunca habemos de buscar mas de el podernos sustentar.»

Finalmente, fué tan grande su mortificacion, que ya apenas sentia la rebeliou de la carne, porque tenia el espíritu tan absorto en Dios Nuestro Señor, y el ánimo tan purgado, que vino á alcanzar un estado, en el cual, como enseñan los Santos (*S. Thom. 1. 2. q. 61. art. 5. D. Bonavent. tom. 1. de Lum. Ecclesiæ. serm. 6.*), llega una alma á tanta pureza y señorío de sí misma, que vive mas con ignorancia de las pasiones, que con sentimiento de ellas. Tanta es la felicidad de los que de veras sirven á Dios, que aunque la mala inclinacion que nos quedó por el pecado del todo no se estinga; con todo eso, los arroyos que nacen de esta fuente de todo nuestro daño, que son las

pasiones desordenadas de tal manera se moderan, que sin ningun trabajo están ya rendidas habitualmente á la razon, y ya que no están muertas, pero tan adormecidas, que rarísimas veces se desmandan y salen de su imperio.

De este ejército de virtudes tan bien ordenado, que en esta Santa Madre resplandecia, su oficio, entre otros, era tener á raya las pasiones, para que con sus quejidos y desórdenes, no perturbasen al alma de la continua contemplacion, de la cual gozaba esta Santa Virgen tan continuamente, que de noche ni de dia no cesaba de una purísima y altísima contemplacion con que asistia siempre en la presencia de la Santísima Trinidad, como ella escribe en el libro de sus Moradas (*Morad. 7.*), y mas á la larga habemos tratado arriba en el Capítulo de Oracion. Y así venia á tener y experimentar en esta vida un estado felicísimo en que pusieron los Santos, y con justa razon la bienaventuranza de ella, porque está compuesto de justicia, de luz, de paz y gozo en el Espíritu Santo, al cual llama el Apóstol (*Ad Roman. 14.*) Reino de Dios; porque cuando llega el alma á esta perfeccion de justicia, que esté sujeta á Dios y rendida á su voluntad, y que la razon mande, y el sentido y los movimientos de él obedezcan á sus mandamientos, y no como quiera, sino con gusto, y de manera que no haya alboroto entre ellos, ni rebeldía, sino que todos á una gusten y les sea agradable la conformidad con la razon, entonces es cuando la justicia tiene por fruto la luz, la paz y gozo interior, y cuando el alma posee aquella grande paz, de quien escribe el bienaventurado Apóstol (*Ad Philipen. 4.*), que sobrepuja todo sentido, y goza de aquel divino silencio, que dice San Juan (*Apocal. 8.*) en su Apocalipsi (*3. Reg. 19.*), y como otro Elías despues del aire récio, y las batallas y rendimientos de los enemigos, percibe aquel silbo delicado y aquella marea del Cielo, y goza en lo alto del monte de la serenidad que escriben los contemplativos. Este es el trono donde se asienta el pacífico Salomon, y la bodega donde la esposa bebe aquel vino que adormece el sentido; aquí se alcanza la verdadera libertad de los hijos de Dios, y entonces es cuando entra perfectamente en el Reino de Dios, hecha verdadera Señora y Reina de sí misma. Porque aquí, por el grande rendimiento y sujecion que tiene la voluntad á Dios, influye en ella una viva semejanza de Cristo, y le dá sus condiciones, y la transforma en el Cielo

cuanto es posible á una criatura, sin que pierda su propia sustancia, y con estos favores la razon manda, y el sentido, y los movimientos de él obedecen con presteza y con gusto sus mandamientos. Y si acaso alguno se atreve y desmanda, dándoles una sofrenada, los pacifica y sosiega, y hace estar á raya. Viene á crecer tanto este vigor y fuerza en la rectitud y justicia, que mediante la gracia de Dios y la mortificacion, han alcanzado los justos, que la tiene ya tan asentada y entrañada, como si fuera natural; porque así como la gracia, apoderándose del alma, hace como otro Dios á la voluntad, así hecha ella reina y señora del sentido, casi le convierte de sentido en razon.

De esta justicia y de esta abundancia de paz, nace el último fruto, que es el descanso y gozo continuo que tienen los justos en Dios, de quien escribe el Profeta Esafas (*Esais, cap. 25.*), que habitarán en las moradas de la confianza, en un descanso harto y abundoso, porque los que viven ya en esta region de luz, de paz y de gozo, experimentan en Dios con un modo mas singular que los otros justos, su providencia paternal, y le tienen por padre, protector y valedor, y por escudo y amparo en todas sus cosas, y así cantan con el Profeta (*Psalm. 4.*): En paz juntamente dormiré y descansaré, porque tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza y prendas de tu misericordia; este descanso y alegría interior que los justos sienten, junto con la justicia y la paz, es estado de felicidad y de gloria. De los que llegan á esta cumbre, dicen los Santos (*D. Thom. 2. 2. cuestion. 61. art. 5. et. q. 69. art. 2.*) que son aquellos que ya están todos absortos y trasformados en Dios, y que es estado de bienaventuranza en la tierra, aunque no consumada y perfecta, pero en su manera comenzada, y que son rarísimos y perfectísimos los que gozan; y llámanse bienaventurados, porque tienen ya (si así se sufre decir) puesto el pié en el estribo de la gloria, y acá en este destierro comienzan á gozar algunos relieves de aquella mesa celestial, y á sentir en su alma unas vísperas de la posesion que los Santos gozan en el Cielo, porque la gloria que tienen encubierta en el alma comienza ya tambien en su modo á redundar y manifestarse en el cuerpo. Porque como dijo San Bernardo (*Bernard, de amore, cap 25.*), en esta vida hay algunos, que aun en su carne comienzan á sentir y participar algunas condiciones de

los cuerpos glorificados, y en sus almas principalmente comienza ya á florecer el abril de la gloria venidera, porque aun en este destierro es puesto su espíritu en una posesion tan rica de Dios, mediante la contemplacion, que les es mantenimiento, bebida, deleite, paz y vida eterna; y el alma vestida de Dios, y trasformada toda en él, trata con él cuanto en esta vida se permite, conforme al estilo que se usa en el Cielo; porque ya el espíritu, y en alguna manera el cuerpo, ni tiene otro ser, ni otro querer, ni otro movimiento alguno mas de lo que Dios le ordena; y como aquella bienaventuranza consumada es un amontonamiento de todos los bienes cumplidísimos, esta, que es un retrato de aquella, contiene, en cuanto es posible, una cifra y principio de todos esos.

En fin, como ello es, solo lo puede decir quien lo ha gustado y pasado por ello, como nuestra Santa Madre, la cual, despues del cumplimiento perfectísimo de los mandamientos divinos, de la guarda de los consejos Evangélicos, de la perfeccion de tantas y tan admirables y heróicas virtudes, y mortificacion de pasiones, á semejanza del rio que pasó Ecechiel (*Ecech. 47.*), que por sus pasos contados iba entrando en el rio, primero hasta el tobillo, despues hasta las rodillas, y mas adelante hasta las renes, y finalmente, hasta anegarse en un torrente, donde no se podia hacer pié por su mucha profundidad; de esta manera vino esta Santa, despues de muchos crecimientos en las virtudes y dones, á engolfarse con una subida contemplacion en el torrente, y anegarse de tal manera en Dios, que se cumplió muy bien en ella lo que dice el Profeta (*Psalm. 109.*): Siendo peregrina, y viandante, beberá del torrente de las aguas vivas. Y en otra parte: Del torrente de tus deleites les darás, Señor, á beber (*Psalm. 35.*), pues en tanta abundancia bebió en la noche de esta vida de aquella fuente viva y perene de que beben y se sustentan los bienaventurados en la gloria.

CAPITULO XXVIII.

De las gracias naturales y sobrenaturales que tuvo la Santa Madre Teresa de Jesus; donde se trata cómo le comunicó el Señor todas las gracias que llaman gratis datas.

Quando hay grande santidad y perfeccion en una alma, y Dios la quiere sacar á plaza para que se conozca en su Iglesia, demás de las virtudes, gracia y caridad (en que consiste la perfeccion cristiana), pone en estas almas (que en sus ojos son tan graciosas, para que tambien lo sean en los de su Iglesia) otras innumerables gracias, que llaman los Santos Doctores gratis datas (*D. Thom. 2. 2. cuestión. 178. art. 2. et 1. ad Cor. 12. lec. 2.*), que son como unos pregoneros de la santidad y justicia de quien las tiene; porque de la manera que la voz es señal de lo que está en el corazon, lo son estas gracias de la plenitud con que mora el Espíritu Santo en el alma, porque todos son unos arroyos que nacen de él, y unas centellas vivas de su fuego, y unas voces que despiertan á los hombres para que busquen á Dios, y le glorifiquen en sus Santos, y un querer dar Dios señales á su Iglesia de que la persona en quien estas gracias se hallan, la tiene él escogida para ejemplo y dechado de santidad; y esta es la causa de que la Iglesia hace tanto caso de averiguar los milagros, y saber las otras gracias sobrenaturales de las personas de heróicas virtudes, para rastrear por aquí su santidad y justicia; que aunque no justifican, quando los milagros se juntan con pureza de vida, son grandes indicios de ánima justificada y perfecta. Estas gracias las reduce San Pablo á nueve, que son: gracia de sabiduría, gracia de ciencia, gracia de fé, gracia de santidades, gracia de obrar milagros, gracia de profecía, de discernir espíritus, de hablar varias lenguas y de interpretar la Escritura. Estas se hallaron en la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, como se verá, discurriendo por todas; y otras muchas gracias, que aunque no fueren sobrenaturales, sino naturales, pero fueron singulares dones con que Dios la dotó, y en ella, como unas pisadas y señales de las sobrenaturales; porque así como en los Angeles, el que es mas aventajado en lo natu-

ral, lo es tambien en lo sobrenatural y divino, así acaece muchas veces entre los hombres, que á quien Dios escoge para mas alta gracia y para mayores obras de su servicio, le suele repartir mas aventajadas partes en lo natural, como lo hizo con la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, para que en todo fuese perfecta.

§. I.

De las gracias naturales que tuvo la Santa Madre Teresa de Jesus.

Era la Santa Madre de muy buena estatura y disposicion, y en todo esto exterior y corporal llena de mil gracias y hermosura, como mas largamente escribimos en el libro segundo, y así era muy agradable su vista á todos los que la miraban; con solo su rostro, componia costumbres y corazones; en el hablar era modesta y grave, y tenia en esto tanta gracia como en lo demás; era su conversacion muy apacible, por ser en extremo prudente y discreta. El entendimiento y otras partes naturales del alma, eran muy singulares y escelentes; tenia un grande entendimiento, capaz de cualquiera cosa; un juicio maduro y reposado, acompañado de una gran cordura; pensaba muy bien lo que habia de hacer, y pesaba con gran madurez el pró y contra de las cosas; despues de determinada, era constante y firme en llevar al cabo lo que habia comenzado; singularmente resplandecia en ella una admirable prudencia con que maravillosamente encaminaba á sus fines las cosas que emprendia, como mostró bien en el gobierno y fundaciones de tantos Monasterios; y quanto era su entendimiento y juicio grande, tanta era su docilidad; porque no tenia condicion proterva, ni obstinada, sino muy rendida y sujeta á la razon, y mucho mas al parecer de personas que lo entendian; estimaba mucho á los buenos Teólogos, y ninguna cosa hacia de importancia, sin su parecer; tenia gran destreza para despachar negocios; á todos acudia y respondia, sin que para esto le sirviese de excusa la falta del tiempo ni de salud; escribió muchas veces al Rey y á otros grandes Señores, y con solas sus cartas, acabó grandes cosas; tenia grande claridad en lo que enseñaba, y la mucha que tenia en su entendimiento la

mostraba bien en sus palabras; fué dotada de Dios de un ánimo mas que de mujer invencible y fuerte; tenia gran dilatacion de corazon, y un pecho tan sufrido y tan ancho, que llevaba con igualdad todo lo triste y áspero que sucede en la vida, esto le hacia vivir entre los trabajos con descanso, y en las turbaciones quieta, y con los malos sucesos alegre, y con las contradicciones en paz, y en medio de los temores sin miedo, y así cualquiera trabajo y contradiccion que le sucedia, era como si cayese una centella de fuego en la mar, que sin hacer daño luego se apaga, ó como las ondas que combaten la roca ó los golpes que dan en el diamante, que no le empecen ni dañan. Y porque de esto hemos dicho mas largamente, tratando de su magnanimidad, paciencia y fortaleza, bastará para aquí lo que acabo de decir.

Tenia á todos gran respeto y reverencia, y sabia dar á cada uno lo que era suyo. Si trataba con grandes Señores y Señoras, hablaba y estaba con ellas con un señorío natural y libertad santa, como si fuera su igual; decíales, cuando era necesario, claramente lo que sentia, y reprendia las faltas; y si acaso convenia mas á la gloria de Dios romper con alguna persona de estas, lo hacia con grande ánimo y poca pesadumbre, como se vió en algunas ocasiones.

Con ser tan amiga de la pobreza, era liberal y generosa para gastar cuando era menester, y aunque no lo tuviese lo buscaba, porque era en todo muy cumplida. Por estar adornada de tantas gracias naturales, adonde quiera que iba, aunque no conociesen mas de ella que lo que por de fuera mostraba, era muy querida y estimada de todos. Sus padres la amaban mas que á los demás hijos, y sus hermanos la preferian en amor á los otros. En su Monasterio de la Encarnacion era singularmente querida de todas, y después que fundó sus Monasterios, era amada tiernamente de sus Monjas, mas que lo suele ser una madre de sus hijas. Sus Confesores hacian lo mismo, y todos los que la trataban se perdian por ella, porque tenia gracia particular para atraerlos á todos. Tenia una condicion muy noble y agradable á todos, y era amiga de ayudar y dar gusto, aunque fuese muy á costa suya. Naturalmente era compasiva, era enemiga de hipocresía y artificio; no sabia decir mal de nadie, sino de sí. A todos alababa, y siempre publicaba y engrandecia sus virtudes, y tenia gracia particu-

lar en encubrir y deshacer las propias. Fué siempre naturalmente honestísima, y aborrecia toda deshonestidad, así en obras como en palabras, y en todo bien inclinada.

Entre otras gracias, tuvo una señaladísima, que fué haberle dado Dios una maravillosa fuerza y virtud en sus palabras para mover los corazones de aquellos con quien trataba; porque con la eficacia de ellas, deshacia corazones, y rendia las voluntades, y allanaba las contradicciones que se le ofrecian. Y como el viento esparce las nubes, así cuando ella entraba de por medio en algun negocio, luego le facilitaba y desnudaba de las dificultades, de suerte que lo que antes parecia dificultoso ó casi imposible, lo hacia posible y fácil. Venian á ella algunas personas con tentaciones, otras con dudas y escrúpulos, y á veces no se podian ni sabian declarar, y ella, como sábio Médico, las entendia luego, y con sus palabras maravillosamente las sosegaba y remediaba. Concurrían á donde ella estaba algunas personas de muy lejos á tratar cosas de su alma y espíritu; otras á consolarse de sus trabajos, no solamente personas ordinarias, sino tambien grandes letrados, y á todos enviaba satisfechos y consolados con solo oír sus palabras. Pasando por la villa de Peñaranda, estaba doña Ana de Avila, madre del Conde, con una grande afliccion y trabajo, y como la Santa posase en su casa, parecióle que en ninguna parte hallaria consuelo como en ella, fuéle á contar su trabajo, y antes que la dijese nada en particular, le dijo la Santa que no tenia que decir mas, que ya la habia entendido; ofrecióla la encomendaria á Nuestro Señor, consolóla de palabra, con que quedó aquella Señora muy aliviada de su trabajo y muy devota de la Santa.

Con todos negociaba muy bien, como se verá de lo que hemos escrito en sus fundaciones, rindiendo con sus palabras, lo que no hicieran grandes Capitanes con lanza y espada; porque, como arriba hemos visto, en mil ocasiones movió voluntades que estaban mas fuertes que rocas, y salió con cosas tan dificultosas, que otros no se atrevieran á imaginar; porque en el trato era muy humilde, en sus palabras poderosa, sábia y dulce, y con esta dulzura y apacibilidad deleitaba y aficionaba juntamente á quien la oia; de suerte, que con razon se puede decir de ella lo que de la Mujer fuerte, que abrió su boca en sabiduría, y que se halló en su lengua ley de verdad.

Yendo la Santa Madre á la fundacion de Sevilla, estaba con sus Monjas en un gran campo, junto á la venta que llaman de Albino; estaban allí unos soldados, gente desgarrada é inquieta; comenzáronse á acuchillar con otros hombres; la Santa Madre, que estaba allí cerca, les dijo: «Hermanos, miren que está Dios aquí, que les ha de juzgar.» Y en este punto cesó la riña, de suerte que nunca mas lo vieron.

Venian otras veces algunas personas á tentarla, porque no creian lo mucho que de ella se decia, estando muy en los estribos para cogerla en alguna palabra; pero ella les hablaba en su lenguaje acostumbrado de humildad y verdad, de tal manera, que sus almas salian con ganancia; y acaeció que dos mancebos que la vinieron á ver con este ánimo, ella les habló con tal espíritu de Nuestro Señor, que antes que de allí se apartasen, les mudó Dios el corazon, porque confesando su culpa y mala intencion con que habian venido, se fueron aprovechados y compungidos.

Tenia la misma eficacia la Santa en sus cartas que en sus palabras; algunas escribió al Rey Felipe II, las cuales tengo yo en mi poder, y lo que por muchas negociaciones y en mucho tiempo no se habia podido alcanzar, lo alcanzó ella con sus cartas. A un Sacerdote que estaba en mal estado (como la Santa cuenta en su vida), con sola una carta suya le movió á que se confesase de un pecado muy grave, que muchos años habia tenido encubierto; y no solo para esto le aprovecharon sus cartas, sino que le servian de escudo y defensa contra las tentaciones del demonio, que las padecia grandísimas. Yo tambien esperimenté este efecto maravilloso, así de sus palabras como de sus cartas, como diré adelante; aquí solo contaré un caso de muchos que pudiera, que acaeció al P. Lobo, con una carta de la Santa Madre Teresa de Jesus. Fué este Padre de la Orden de los Descalzos de San Francisco, y uno de los varones Apostólicos que en su tiempo hubo en España; estaba en Roma muy apretado de una grande afliccion y trabajo, y sin conocer él á la Santa Madre, ni haberla escrito nunca, recibió una carta suya, que le hablaba á propósito de su pena; en leyéndola se le quitó aquel trabajo que padecia, como si nunca hubiera pasado por él. Despues, estando en Barcelona, contó lo que en esto le habia acaecido á personas muy graves, de quien yo supe lo que aquí digo.

Con estos dones fué Nuestro Señor labrando este vaso desde sus principios para ponerle los esmaltes de dones sobrenaturales y divinos, entre los cuales fueron las gracias que ahora diremos.

§. II.

Tuvo la Santa Madre gracia de sabiduría, de ciencia, de fé, de profecía, de santidad y gracia de interpretar la Escritura.

Tuvo la Santa Madre gracia de sabiduría, de ciencia y de fé, porque estas tres gracias incluyen un conocimiento perfecto de las cosas sobrenaturales y divinas; y aunque la naturaleza no hizo á la mujer para el estudio de las ciencias, ni para la enseñanza de las facultades, sino para un solo oficio simple y doméstico, y á esta causa le limitó el entendimiento, y tasó las palabras y razones; pero como Dios tenia á esta Santa escogida para Maestra de muchas, y ordenaba su talento para aprovechamiento de todos, dispensó esta ley, haciéndola Doctora de espíritu; para eso la comunicó una sabiduría divina y conocimiento admirable de las cosas celestiales y misterios de nuestra Fé, como se verá por lo que habemos escrito, tratando de sus libros, porque estos son testigos fieles de lo que ahora vamos diciendo, en los cuales vivamente se ven y experimentan estas tres gracias; porque la de la sabiduría se muestra en la inteligencia esperimental y penetracion tan grande de las cosas divinas que allí trata, con un estilo tan alto, que con razon se puede decir de ella, lo que de la Mujer fuerte; su boca abrió en sabiduría, y ley de piedad se halló en su lengua. (*Paráb. 31.*) La ciencia se descubre en las comparaciones admirables con que las declara, tomadas de las cosas naturales con tanta propiedad y elegancia, que se echa bien de ver ser mas gracia recibida, que estudio ni trabajo humano. Todo lo que trata de oracion en el libro de su vida, lo funda en una comparacion de cuatro aguas, y con estas declara lo que apenas se pudiera entender sin ellas. Para el de las Moradas se aprovecha de la comparacion de un castillo, y guiando al alma por las piezas y aposentos de él, la lleva en pos de sí, con una dulzura y claridad estraña, hasta meterla en el centro de él.

En el Camino de Perfeccion usa muchas veces de la comparacion del Capitan y soldados, con tanta propiedad y destreza, como si muchos años hubiera estado en la guerra. No hay cosa, por espiritual y delicada que trate, que no la ponga delante de los ojos, con las comparaciones que pone tan claras que admira. Echase bien de ver lo que ella dice, que muchas de estas comparaciones se las daba Nuestro Señor, que no podia ser sino gracia suya, que aprovechándose del conocimiento de las cosas naturales, nos pone en ellas una viva imágen de las divinas, y todo esto se atribuye á la gracia y don de ciencia. La certidumbre de la Fé que tuvo esta Santa, fué grandísima, como se ve en sus libros y en sus obras, y lo verá claramente quien leyere lo que arriba dijimos, tratando de esta virtud, donde se verá la certeza grande que tenia de lo que nos revela, y la espedicion para declararlas, que todo se reduce á esta gracia de fé, porque escedia mucho á la ordinaria que suelen tener los justos.

Y porque estas tres gracias las comunicó Dios á su alma, así para manifestar su santidad como para provecho de otros, pertenecia á la providencia divina hacer lo que hizo, que fué darle grande espedicion (*D. Thom. 3. contra Gent. cap. 54.*) y facilidad en la lengua; que aunque no tuvo don de varias lenguas, porque no era necesario, ni se ofreció ocasion, ni necesidad de él, pero en la propia tuvo tanta gracia, que con justo título se podria llamar don, pues la gracia no consiste solo en hablar varias lenguas, sino en tener erudicion y claridad y eficacia en la propia, para hacer provecho á aquellos á quien enseña, y por esta razon se gloriaba Esafas (*Esaiás 50.*), diciendo: «El Señor me ha dado lengua sábia para que sepa con mis palabras levantar al caido. De esta gracia fué dotada la Santa, porque la propiedad con que ella habla, el estilo con que escribe, la claridad con que dá á entender lo que dice, don es que corresponde mas á gracia de lenguas, que á estudio de Retórica. Y porque de esta espedicion habemos dicho mucho, tratando de sus libros, pasará á la gracia que tuvo para entender y declarar la Escritura; porque con ser una mujer que jamás tuvo curiosidad en entender una palabra de latin, como lo hacen otras Monjas que se precian de bachilleras y entendidas; lo que fué entender la Escritura se lo dió Dios despues que comenzó á tener oracion de quietud (como ella lo escribe

en su vida); despues con la gran luz que tenia, me declaró á mí altamente aquel lugar: (*Cant. I.*) *Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore languo* (como ya habemos dicho), y en un sentido que yo jamás habia oido; y á los demás lugares daba inteligencia y sentidos muy conformes á la doctrina de la Iglesia y de los Santos, como claramente experimentamos muchos Confesores suyos. Y como entendia tambien el Evangelio, solia decir que ningunas palabras la recogian mas que las del santo Evangelio.

Era tan grande la luz que el Señor le daba en algunos lugares de la sagrada Escritura, que dijo á una persona grave el P. M. Fr. Domingo Bañes, que despues que trataba con la Santa Madre entendia algunos lugares de la Escritura, muy diferentemente que antes.

Tuvo tambien la Santa Madre gracia de santidad y de milagros, pues con solo tocar con las manos sanó muchos enfermos, como diremos en el libro siguiente. Tuvo don de profecía, como largamente dejamos escrito en este libro tercero, y se colegia bien claramente de lo que ahora diremos de la gracia que tuvo de discrecion y conocimiento de espíritu.

§. III.

De la gracia de discrecion de espiritus.

Es esta gracia de discrecion especie de profecía, y es un don muy excelente y de mucho provecho en la Iglesia, particularmente en personas que gobiernan almas. Tiene esta gracia por oficio discernir entre el Angel de luz y de tinieblas, conociendo por la pinta de los efectos el espíritu de que procede, así acerca de otras personas como de sí misma. Tiene tambien otro oficio mas sobrenatural y maravilloso, que es penetrar y conocer los pensamientos que están mas secretos y escondidos en el corazon, y ver, como por vista de ojos, lo que en aquel secreto retrete pasa, y juzgar por aquí los quilates de oracion y perfeccion que un alma tiene; pero este don no reside siempre en el alma, sino al tiempo que Dios es servido, porque las ocasiones que son de su gloria y voluntad, suele ilustrar con

luz sobrenatural el entendimiento de sus amigos, para que mediante esta luz conozcan tan grandes secretos.

De esta gracia quiso el Señor que estuviese dotada también la Santa Madre; porque comenzando de lo que yo sé y esperímenté muchas veces, conocía mi interior, como escribí mas largamente, tratando de la gracia de profecía; añadiré una cosa particular que conmigo pasó, y fué, que algunos meses antes de su muerte escribió una carta, y entrególa á la Madre Brianda de San José, Priora de Toledo, en que le dijo: esta leereis á Fr. Diego de Yepes despues de yo muerta; en ella me decia mi interior y la necesidad que tenia de mirar por mi alma, como si actualmente estuviera dentro de mi corazon. Conocia también lo interior de sus Monjas, como muchas de ellas confiesan en los dichos de su Canonizacion, á las cuales decia sus faltas, por muy interiores que fuesen, y otras cosas que naturalmente era imposible saberlas. Venian algunas á pedir el hábito, y á unas despedia, y á otras que parecian inhábiles para la Religion, las admitia, y solia decir, aun antes que tomasen el hábito, lo que despues habian de ser. Estaba la Santa Madre haciendo unas coplas devotas una Páscoa, para regocijar á sus Monjas, y dióselas á trasladar á una Religiosa, que era muy nueva, y ella, estándolas sacando, parecíale una cosa indigna de la santidad de la Madre el ocuparse en hacer aquellas coplas, que á su parecer eran niñerías, y murmuraba entre sí el hecho (como ignorante del fin y perfeccion que en él habia); fuese la Santa á ella y díjole: «Hija, todo es menester para pasar esta vida, no se espante.» Quedó entonces la Religiosa no menos confundida que admirada, viendo que la habia entendido su pensamiento, y postróse en tierra, reconociendo su culpa. A esta misma Religiosa le aconteció otra vez, que comunicando ciertas cosas de su alma con la Santa, otro dia le preguntó cómo le habia ido despues de haber comulgado, y si habia tenido mas un pensamiento que le molestaba, y ella, no acordándose por entonces de haberle tenido, respondió, que despues que lo habia comunicado con ella, no lo habia sentido; la Santa, replicando, le dijo, hoy cuando estaba en el refectorio lo tuvo, y entonces se acordó la Religiosa haber sido así. Entendia las aflicciones y tentaciones de sus hijas, y antes que ellas se las dijesen, les daba el remedio, y muchas veces con solo llegarles la mano al rostro, diciéndoles: «Vaya, mi

hija, no sea boba, ni tengas pena, que no será nada;» consolaba y remediaba á muchas, sin que ellas dijesen lo que sentian.

En muchas ocasiones de admitir novicias para la Profesion, mostró la Santa contradiccion con algunas, echándolas de la Religion, contra el parecer de las demás, y otras que se admitieron contra su gusto, despues los mismos efectos fueron testigos de lo que vamos diciendo. Algunos casos de estos contamos, tratando de su virtud de prudencia, y así ahora pondré otros en otras materias, harto maravillosos y notables.

Uno fué lo que le pasó con el P. Fr. Agustin de los Reyes, Provincial que fué de la Provincia de Andalucía de los Descalzos de su Orden, y varon, además de sus muchas letras (porque fué muy docto y letrado), muy espiritual y muy santo; de esto dá buen testimonio la incorrupcion de su cuerpo, y mucho mas la de sus virtudes, las cuales va el Señor confirmando con muchos milagros, que por intercesion de este Santo varon va obrando. Era, pues, este Padre novicio en el Convento de San Pedro de Pastrana; á los primeros meses de su noviciado (como él confiesa en las informaciones de la Canonizacion) le hizo Nuestro Señor grandes misericordias y favores (en fin, le regalaba como á novicio), con gustos, sentimientos y otras devociones semejantes, con que él estaba tan contento, que le parecia que no habia otro Cielo que gozar, que lo que él interiormente sentia. Pasó algunos meses con esta suavidad y bonanza; á cabo de ellos volvió Nuestro Señor la hoja, y como á persona que estaba ya para llevar trabajos, comenzó á esconderse, y con esto á sentir él tan grande desamparo, aprieto y turbacion interior, que solo esta afliccion y pena que sentia lo traia con ordinaria calentura. Ibase cada dia secando y consumiendo, de suerte, que juzgaban todos se le iba acabando la vida, y lo que hacia crecer el tormento era el ser él tan vergonzoso, que ni á su Confesor descubria la turbacion y trabajo interior que padecia. En esta sazón vino la Santa Madre á aquel Convento de Pastrana, y la primera vez que entró en el Convento puso los ojos en este Padre, que entonces era novicio, y despues de haber hablado con todos los Religiosos ancianos, le llamó á él á parte, y por gran rato estuvo preguntándole de cosas de su espíritu, queriéndole sacar lo que inte-

riormente sentia. El se cerró como solia hacer con su maestro, y á todo respondia simplemente con un sí ó no, y no le dijo nada. En este tiempo y en otras ocasiones que se ofrecieron, le habló la Santa otras cuatro ó cinco veces sobre el mismo intento, pero siempre hallaba la puerta tan cerrada como al principio. Bien se holgara la Madre que él se lo dijera, sin darle á entender el camino por donde ella lo sabia, pero al fin como le dolia de su hijo, de quien ella tenia las esperanzas, que despues él confirmó con las obras, no pudo mas contenerse, y al tiempo de su partida le volvió á llamar y hablar sobre el caso, respondió negando como solia; entonces le dijo: «Venga acá, hijo, yo he estado con él aparte cuatro ó cinco veces, deseando que él por sí mismo se declarase conmigo, porque en esto está el principio de su bien; ¿por qué me encubre la verdad y se recata de mí? ¿El no padece este trabajo? Y díjole allí todo lo que pasaba por su alma, y le habia pasado en todo aquel tiempo, y luego le dijo estas palabras: «Pues mire, hijo, no tiene que temer, lo que hay de culpa en todò eso, yo lo tomo sobre mí. La mayor que ha tenido, y por donde eso le ha apretado tanto, ha sido por no haberlo comunicado, no solo con su Confesor, sino con cualquiera Religioso que por ahí encuentre le diga, mira hermano, esto, y esto me decia ahora el demonio, verá cómo se va avergonzando de ver que le descubre y le deja.» Con esto le dijo otras cosas de mucho consuelo y de remedio para su tentacion, y fué Nuestro Señor servido, que dentro de muy pocos dias quedó tan libre, como si jamás por él hubiera pasado, y lo estuvo toda su vida de aquella tentacion, de tal manera, que como él testifica en su dicho, aunque de propósito quisiera despues tener aquellos pensamientos, parece que no pudiera, y con ser tentacion que al que una vez acomete, tarde le olvida, jamás se acordó mas de él.

Al Maestro Cristóbal Colon, Visitador del Arzobispado de Valencia, le dijo en un poco de tiempo que le trató cosas tan secretas, que él no se acababa de admirar y de alabar tan grande santidad y dones de Dios. Estando en Valladolid en la fundacion de aquel Monasterio, fué un Clérigo á decir Misa, y habiéndola oido la Santa Madre, lo llamó luego al locutorio, y con grande sentimiento le dijo que no era razon se atreviese á celebrar estando en pecado mortal. El se espantó, porque el

pecado era muy secreto, pero confuso, conoció la verdad y se lo agradeció á la Santa, y para gloria de Dios publicó lo que le habia pasado con ella.

La Marquesa de Almenara, que hoy vive, estando en aquella misma Ciudad, fué un dia á ver á la Santa Madre, porque era muy amiga y devota suya. Andaba esta señora entonces muy melancólica y afligida con ciertos pensamientos, que segun se vió eran desatinos é invenciones del demonio; pero tan secretos y ocultos, que no habian salido fuera de las puertas de su corazón; mas como á la Santa Madre no habia puerta cerrada, luego vió el mal y enfermedad que tenia, y antes que hablase palabra en cosa alguna, la reprendió la Santa amorosamente, diciéndole se dejase de aquellos pensamientos, porque eran ilusiones del demonio.

Habia un hombre rústico en cierto lugar, tenido y reputado de todos, así letrados como de los que no lo eran, por Santo. Vino á hablar á la Santa Madre y á darle cuenta de su espíritu, porque decia que Dios le hablaba y era hombre que trataba mucho de cosas espirituales. Echó luego de ver la Santa que aquel espíritu no era bueno, y así lo dijo á su Confesor, pero en secreto, por no desacreditarle. Aconsejóle al buen hombre fuese á tratar con personas Santas, para que le ejercitasen en trabajo corporal, y en mortificacion y obediencia, él no quiso seguir el camino que la Santa le dijo, y de á pocos dias descubrió la hilaza de vanidad y locura, con que se desengañaron todos los que antes le tenían por Santo.

No solo conocia el bueno y mal espíritu en presencia, sino que tambien penetraba en ausencia el camino que cada uno llevaba, y con aquella luz superior que Dios le daba, tocaba desde lejos los quilates de los espíritus. De esto hay muchos ejemplos. Pondré aquí algunos que la Santa escribe en el capítulo sexto de sus Fundaciones por estas palabras:

«Estaba en un Monasterio de estos nuestros una Monja y una lega, la una y la otra de grandísima oracion, acompañada de mortificacion, humildad y las demás virtudes. Comenzáronles unos ímpetus grandes de deseos del Señor, que no se podian valer; parecíales que se les aplacaban cuando comulgaban, y así procuraban con los Confesores fuese á menudo. De manera que vino á caer tanto esta su pena, que si no las

comulgaban cada dia, parece que se iban á morir. La una eran tan grandes sus ánsias, que era menester comulgar de mañana para poder vivir á su parecer. Que no eran almas que fingieran cosa ninguna por todo el mundo. Yo no estaba allí, y la Priora escribióme lo que pasaba. Yo entendí luego el negocio, que lo quiso el Señor. Con todo callé hasta estar presente. Vine al Monasterio, y despues de haber hablado á sus Confesores, comencé á hablar á las Religiosas y á decirles muchas razones, para persuadirles ser imaginacion el pensar se moririan. Estaban tan fijadas en esto, que ninguna cosa bastó, y dijeles que yo tambien tenia aquellos deseos y dejaria de comulgar, porque creyesen que ellas no lo habian de hacer, sino cuando todos; que nos muriésemos todas tres, que yo tenia esto por mejor, que no que semejante costumbre que esta se pusiese en estas casas. Era en tanto extremo el daño que ya habia hecho la costumbre, y el demonio debia de entremeterse, que verdaderamente como no comulgaron, parecia que se morian. Yo mostré gran rigor, porque mientras via que no se sujetaban á la obediencia (porque á su parecer no podian mas), mas claro ví que era tentacion.

Aquel dia pasaron con harto trabajo, y otro con un poco menos, y así se fué disminuyendo hasta que entendieron ellas y todas la tentacion y el bien que fué remediarlo con tiempo.»

Y mas abajo, en el mismo capítulo, cuenta otro caso que á la misma Santa le pasó, donde dice: «Oh cuántas cosas pudiera decir de estas; solo diré otra de una Monja Bernarda virtuosa, que con muchas disciplinas y ayunos vino á tanta flaqueza, que cada vez que comulgaba ó habia ocasion de encenderse en devocion, caia en el suelo, y así se estaba ocho ó nueve horas, pareciendo á ella y á todas era arrobamiento. Esto le acaecia tan á menudo, que si no se remediara, cree viniera en mucho mal. Andaba por todo el lugar la fama de los arrobamientos; á mí me pesaba de oirlo, porque quiso el Señor entendiése lo que era, y temia en lo que habia de parar. Quien la confesaba era muy padre mio, fuémelo á contar, yo le dije lo que entendia, y como era flaqueza y perder tiempo, y que no tenia talle de ser arrobamiento que le quitase los ayunos y disciplinas, y la hiciese divertir. Ella era muy obediente, hizolo así, y desde á poco que fué tomando fuerza, no habia

memoria de arrobamiento, y si de verdad lo fuera, ningun remedio bastara.»

En el Capítulo octavo escribe otro caso semejante al pasado, por estas palabras: (*Cap. 8.*) «Vino á mí un Confesor muy admirado que confesaba una persona, y decíale que venia muchos dias Nuestra Señora, y que se sentaba sobre su cama, y estaba mas de una hora hablando con ella, y diciéndole cosas por venir y otras muchas, que entre tantos desatinos acertaba alguna, y con esto tenfese por cierto. Yo entendí luego lo que era, aunque no lo sé decir, y así dije que se esperase á aquellas profecias si eran verdad, y preguntase otros efectos, y se informase de la vida de aquella persona. En fin, se ha venido á entender era todo desatino.»

Otros algunos ejemplos escribe la Santa Madre Teresa de Jesus en el libro de Fundaciones, sacando avisos llenos de doctrina admirable para la gente que trata de espíritu; y con que se echa de ver mas claramente, cuan dotado estuvo el suyo de esta virtud de discrecion. Y para esto bastara entender que en tantos años como tuvo oracion, y recibió mercedes tan altas y estraordinarias de mano del Señor, jamás el demonio, aunque muchas veces probó á contrahacer el espíritu de Dios y á mostrársele con vestidura de luz, la engañó, ni le dejó de conocer, y así era para con ella, como el que tendia las redes y lazos delante de los ojos de los que pretende coger en ellos.

Relacion que la Santa Madre escribió para unos Confesores suyos, por la cual se echa de ver cuán admirables fueron las virtudes de que el Señor la dotó.

«Ninguna cosa me parece que es mas á propósito para conocer la perfeccion de las virtudes de esta Santa, que lo que ella escribe de sí en una Relacion que dió á unos Confesores suyos; porque hablaba en ella clara y sencillamente, como á persona que está en lugar de Dios, y á mi parecer dice mas en estas breves relaciones, que en todo quanto escribió en el libro de su vida. En ellas se echará de ver como en un espejo la alteza y pureza grande de esta alma santa.»

Oracion de la Madre Teresa.

1. La manera de proceder en la Oracion que ahora tengo, es la presente: Pocas veces son las que estando en la oracion puedo tener discurso de entendimiento, porque luego comienza á recogerse el alma, y estar en quietud ó arrobamiento, de tal manera, que ninguna cosa puedo usar de los sentidos, tanto, que si no es oír, y eso no para entender, otra cosa no aprovecha.

2. Acaéceme muchas veces, sin querer pensar en cosas de Dios, sino tratando de otras cosas, y pareciéndome que aunque mucho procurase tener oracion, no lo podria hacer por estar con gran sequedad, ayudando á esto los dolores corporales, darme tan de presto este recogimiento y levantamiento de espíritu, que no puedo valer, y en un punto dejarse con los efectos y aprovechamiento que despues trae. Y esto sin haber tenido vision, ni entendido cosa, ni sabiendo donde estoy, sino pareciéndome se pierde el alma, la veo con ganancias, que aunque en un año quisiera ganarlas yo, me parece no fuera posible, segun quedo con ganancias.

Amor de Dios.

Otras veces me dán unos ímpetus muy grandes eon un deshacimiento por Dios, que no me puedo valer; parece se me vá á acabar la vida, y así me hace dar voces y llamar á Dios; y esto con gran furor me dá. Algunas veces no puedo estar sentada, segun me dan las bascas, y esta pena me viene sin procurarla; y es tal, que el alma nunca querria salir de ella mientras viviese. Y son las ánsias que tengo por no vivir y parecer que se vive sin poderse remediar, pues el remedio para ver á Dios, es la muerte, y esta no puedo tomarla. Y con esto parece á mi alma que todos están consoladísimos sino ella, y que todos hallan remedio para sus trabajos sino ella. Es tanto lo que aprieta esto, que si el Señor no lo remediase con algun arrobamiento, donde todo se aplaca, y el alma queda con gran quietud, y satisfecha algunas veces con ver algo de lo que desea; otras, con entender otras cosas, sin nada de esto era imposible salir de aquella pena.

3. Otras veces me vienen unos deseos de servir á Dios con unos ímpetus tan grandes, que no lo sé encarecer, y con una pena de ver de cuán poco provecho soy. Paréceme entonces que ningun trabajo ni ninguna cosa se me ponía delante, ni muerte ni martirio que no lo pasase con muy gran facilidad. Esto es tambien sin consideracion, sino en un punto que me revuelve toda, y no sé dónde me viene tanto esfuerzo. Paréceme que querria dar voces, y dar á entender á todos lo que les vá en no se contentar con cosas pocas, y cuánto bien hay que nos dará Dios en disponernos nosotros. Digo que son estos deseos de manera, que me desahogo entre mí: paréceme que quiero lo que no puedo. Paréceme que me tiene atada este cuerpo, por no ser para seguir á Dios en nada, y el estado; porque no le tener, haria cosas muy señaladas en lo que mis fuerzas pueden, así de verme sin ningun poder para servir á Dios, siento de manera esta pena, que no lo puedo encarecer. Acabo con regalo y recogimiento, y consuelos de Dios.

Penitencia.

4. Otras veces me ha acontecido, cuando me dan estas ánsias por servirle, querer hacer penitencias, mas no puedo. Esto me aliviaria mucho, y alivia y alegra, aunque no son casi nada, por flaqueza de mi cuerpo, aunque si me dejasen con estos deseos creo haria demasiado.

Despegamiento de cosas del mundo.

5. Algunas veces me dá gran pena haber de tratar con nadie, y me aflige tanto, que me hace llorar harto; porque toda mi ánsia es por estar sola; y aunque algunas veces no rezo, ni leo, me consuela la soledad. Y la conversacion, especialmente de parientes y deudos, me parece pesada y que estoy como vendida; salvo con los que trato cosas de oracion y del alma, que con estos me consuelo y alegro; aunque algunas veces estos me hartan, y no querria verlos, sino irme á donde estuviese sola; aunque esto pocas veces, especialmente con los que trato mi conciencia siempre me consuelan. Otras veces me dá gran pena haber de comer y dormir, y ver que yo, mas que nadie,

no lo puedo dejar; hágolo por servir á Dios, y así se lo ofrezco.

6. Todo el tiempo me parece breve, y que me falta para rezar; porque de estar sola, nunca me cansaria. Siempre tengo deseo de tener tiempo para leer, porque á esto he sido muy aficionada. Leo muy poco, porque en tomando el libro me recojo en contentándome, y así se vá la leccion en oracion; y es poco, porque tengo muchas ocupaciones, y aunque buenas, no me dan el contento que me daria esto. Y así ando siempre deseando tiempo, y esto me hace serme todo desabrido (segun creo) ver que no se hace lo que quiero y deseo.

7. Todos estos deseos, y mas de virtud, me ha dado Nuestro Señor, despues que me dió esta oracion quieta con estos arrobamientos; y hállome tan mejorada, que me parece era antes una perdicion.

8. Déjanme estos arrobamientos y visiones, con las ganancias que aquí diré, y digo que si algun bien tengo, de aquí me ha venido.

Pureza de alma.

9. Háme venido una determinacion muy grande de no ofender á Dios, ni venialmente, que antes moriria mil muertes, que tal hiciese, entendiendo que lo hago.

Perfeccion.

10. Determinacion de que ninguna cosa que yo pensase ser mas perfeccion, y que haria mas servicio á Nuestro Señor, diciéndole quien de mí tiene cuidado, y me rige, que no hiciese, sintiese cualquier cosa, que por ningun tesoro lo dejaria de hacer; y si lo contrario hiciese, me parece no tenia cara para pedir nada á Dios, ni para tener oracion, aunque en todo esto hago muchas faltas é imperfecciones.

Obediencia.

11. Obediencia á quien me confiesa, aunque con imperfeccion, pero entendiendo yo que quiere una cosa, ó me la

manda, segun entiendo, no lo dejaria de hacer, y si la dejase, pensaria andaba muy engañada.

Pobreza.

12. Deseo de pobreza, aunque con imperfeccion, mas páreceme que aunque tuviese muchos tesoros, no tenia renta particular, ni dineros para mí sola, ni se me dá nada; solo querria tener lo necesario. Con todo, siento tengo harta falta en esta virtud; porque aunque para mí no solo deseo, querríalo tener para dar, aunque no deseo renta ni cosa para mí.

13. Casi con todas las visiones que he tenido, me he quedado con aprovechamiento, si no es engaño del demonio. En esto remítome á mis Confesores.

Desprecio de las cosas de acá.

14. Cuando veo alguna cosa hermosa, rica, como agua, campos, flores, olores, músicas, etc., páreceme no lo querria ver ni oír; tanta es la diferencia de ello á lo que yo suelo ver; y así se me quita la gana de ellas. Y de aquí he venido á dárseme tan poco por estas cosas, que si no es primer movimiento, otra cosa no me ha quedado de ello, y esto me parece basura.

15. Si hablo ó trato con algunas personas profanas, porque no puede ser menos, y aunque sea de cosas de oracion, si mucho lo trato, aunque sea por pasatiempo si no es necesario, me estoy forzando, porque me dá pena.

16. Cosas de regocijo de que solia ser amiga, y de cosas del mundo, todo me dá en rostro y no lo puedo ver.

Amor de Dios.

17. Estos deseos de amar y servir á Dios, y verle (que he dicho que tengo) no son ayudados con consideracion como tenia antes, cuando me parecia que estaba muy devota, y con muchas lágrimas; mas con una inflamacion y fervor tan escesivo, que torno á decir, que si Dios no me remediase con algun

arrobamiento (donde me parece queda el alma satisfecha), me parece seria acabar presto la vida.

Fervor de espíritu.

18. A los que veo mas aprovechados, y con estas determinaciones, y desasidos y animosos, los amo mucho, y con tales querria yo tratar, y parece que me ayudan.

19. Las personas que veo tímidas, que me parece á mí van atentando en las cosas que conforme á razon acá se pueden hacer, parece que me congojan y me hacen llamar á Dios y á los Santos, que estas tales cosas que ahora nos espantan, acometieron. No porque yo sea para nada, pero porque me parece que ayuda Dios á los que por él se ponen á mucho; y que nunca falta á quien en él solo confia, y querria hallar quien me ayudase á creerlo así, y no tener cuidado de lo que he de comer y vestir sin dejarlo á Dios.

Aquí estaban añadidas de la letra de la Santa Madre estas palabras. No se entiende que este dejar á Dios lo que he menester, es de manera que no lo procure, mas no con cuidado, que me dé cuidado digo. Y despues que me ha dado esta libertad, váme bien con esto, y procuro olvidarme de mí cuanto puedo. Esto me parece habrá un año que me lo ha dado Nuestro Señor.

Vanagloria, humildad.

20. Vanagloria, gloria á Dios que yo entienda, no hay por qué la tener, porque veo claro en estas cosas que Dios dá, no poner nada de mí. Antes me dá Dios á sentir mis miserias que con cuanto yo pudiera pensar, no pudiera ver tantas verdades como en un rato conozco.

21. Cuando hablo de estas cosas de pocos dias acá, pareceme son como de otra persona; antes me parecia algunas veces era afrenta que las supiesen de mí; mas ahora pareceme que no soy por esto mejor, sino mas ruin, pues tan poco me aprovecho con tantas mercedes, y cierto por todas partes me parece no ha habido otra peor en el mundo que yo, y así las virtudes de los otros me parecen de harto mas merecimiento, y que yo no hago sino recibir mercedes, y que á los otros les

ha de dar Dios por junto, lo que aquí me quiere dar á mí, y suplícole no me quiera pagar en esta vida; así creo que de flaca y ruin me ha llevado Dios por este camino.

Deseos de padecer por Dios.

22. Estando en oracion, y aun casi siempre que yo pueda considerar un poco, aunque yo la procurase, no puedo pedir descansos, ni desearlos de Dios; porque veo que no vivió él sino con trabajos, y estos le suplico me dé, dándome primero gracia para sufrirlos.

23. Todas las cosas de esta suerte, y de muy subida perfeccion, parece se me imprimen en la oracion, tanto, que me espanto de ver tantas verdades y tan claras, que me parecen desatino las cosas del mundo, y así he de menester cuidado para pensar cómo me habia antes en las cosas del mundo, que me parece que sentir las muertes y trabajos de él, es desatino; á lo menos que dure mucho el dolor, ó el amor de los parientes, etc. Digo que ando con cuidado, considerándome lo que era y lo que solia sentir.

Juicio.

24. Si veo en algunas personas algunas cosas que á la clara parecen pecados, no me puedo determinar que aquellos hayan ofendido á Dios, y si algo me detengo en ello, que es poco ó nada, nunca me determinaba, aunque lo via claro, y parecíame que el cuidado que yo traigo de servir á Dios, traen todos. Y en esto me ha hecho gran merced, que nunca me detengo en cosa mala, que se me acuerde despues, y si se me acuerda, siempre veo otra virtud en la tal persona; así, que nunca me fatigan estas coas, sino es lo comun, y las heregías, que muchas veces me afligen, y casi siempre que pienso en ellas, me parece que solo este trabajo es de sentir. Y tambien siento si veo algunos que trataban en oracion, y tornan atrás; esto me dá pena, mas no mucha, porque procuro detenerme.

25. Tambien me hallo mejorada en curiosidades que solia

tener; aunque no del todo, que no me veo estar en esto siempre mortificada, aunque algunas veces sí.

26. Esto todo que he dicho es lo ordinario que pasa en mi alma, segun puedo entender, y muy continuo tener el pensamiento en Dios. Y aunque traté de otras cosas, sin querer yo, como digo, no entiendo quien me despierta, y esto no siempre, sino cuando trato algunas cosas de importancia. Y esto gloria á Dios es á ratos el pensarlo, y no me ocupa siempre.

Tentaciones que le venian.

27. Viénenme algunos dias, aunque no son muchas veces, y dura como tres, ó cuatro, ó cinco dias, que me parece que todas las cosas buenas, y fervores y visiones se me quitan, y aun de la memoria, que aunque quiera, no sé qué cosa buena haya habido en mí, todo me parece sueño, á lo menos no me puedo acordar de nada; apriétanme los males corporales en junto, túrbase el entendimiento, que ninguna cosa de Dios puedo pensar, ni sé en qué ley vivo. Si leo, no lo entiendo, paréceme estoy llena de faltas sin ningun ánimo para la virtud. Y el grande ánimo que suelo tener, queda en esto, que me parece á la menor tentacion y murmuracion del mundo no podria resistir. Ofréceseme entonces que no soy para nada, que quien me mete mas de en lo comun, tengo tristeza, paréceme tengo engañados á todos los que tienen algun crédito de mí, querríame esconder donde nadie me viese, no deseo entonces soledad de virtud, sino de pusilanimidad.

Paciencia en los trabajos.

28. Paréceme querria reñir con todos los que me contradijesen, traigo esta batería, salvo que me hace Dios esta merced que no le ofendo mas que suelo, ni le pido me quite esto; mas que si es su voluntad, que esté así siempre, que me tenga de su mano para que no le ofenda; y conforme con él de todo corazon, y creo que el no tener siempre así, es merced grandísima que me hace.

Lo que obraba en ella el Santo Sacramento.

29. Una cosa sola me espanta: que estando de esta suerte, una sola palabra de las que suelo entender, ó una vision, ó un poco de recogimiento que dure un Ave María, ó en llegándome á comulgar, quede el alma y el cuerpo tan quieto, tan sano, y tan claro el entendimiento con toda la fortaleza, y deseos que suelo y tengo esperiencias de esto que son muchas veces, á lo menos cuando comulgo, há mas de medio año que notablemente siento clara salud corporal, y con los arrobamientos algunas veces, y dúrame mas de tres horas algunas veces, y otras todo el dia estoy con gran mejoría, y á mi parecer no es antojo, porque lo he echado de ver y he tenido cuenta con ello. Así que cuando tengo este recogimiento, no tengo miedo á ninguna enfermedad; verdad es que cuando tengo la oracion, como solia antes, no tengo esta mejoría.

29. Todas estas cosas que he dicho, me hacen á mí creer que estas cosas son de Dios, porque como conozco quien yo era, que llevaba camino de perderme, y en poco tiempo con estas cosas, es cierto que mi alma se espantaba, sin entender por donde me venian estas virtudes; no me conocia, y veia ser cosa dada y no ganada por trabajo. Entiendo con toda verdad y claridad, y sé que no me engaño, que no solo ha sido medio para traerme Dios á su servicio, pero para sacarme del infierno; lo cual saben mis Confesores, á quien me he confesado generalmente.

Amor de Dios.

30. Tambien cuando veo alguna persona que sabe alguna cosa de mí, le querria dar á entender mi vida; porque me parece ser honra mia que Nuestro Señor sea alabado, y ninguna cosa se me dá por lo demás. Esto sabe él bien, ó yo estoy muy ciega que ni honra, ni vida, ni gloria, ni bien ninguno en cuerpo ni alma hay que me detenga, ni quiera, ni desee mi provecho, sino su gloria. No puedo yo creer que el demonio ha buscado tantos bienes para ganar mi alma por despues perderla, que no le tengo por tan necio. Ni puedo creer de Dios, que ya que por mis pecados mereciese andar engañada, haya

dejado tantas oraciones de tan buenos, como dos años há se hacen, que yo no hago otra cosa sino rogarla á todos, para que el Señor me dé á conocer si es esto su gloria, ó me lleve por otro camino. No creo permitiera Su Divina Magestad que siempre fuesen adelante estas cosas, si no fueran suyas. Estas cosas y razones de tantos Santos me esfuerzan, cuando traigo estos temores de si no es de Dios, siendo yo tan ruin. Mas cuando estoy en oracion, y los dias que ando quieta, y el pensamiento en Dios, aunque se junten cuantos letrados y Santos hay en el mundo, y me diesen todos los tormentos imaginables, y yo quisiese creerlo, no me podrian hacer creer que esto es demonio, porque no puedo. Y cuando me quisieron poner en que lo creyese, temia viendo quien lo decia, y pensaba que ellos debian de decir verdad, y que yo, siendo la que era, debia de estar engañada. Mas á la primera palabra ó recogimiento, ó vision, era deshecho todo lo que me habian dicho, yo no podia mas, y creia que era Dios.

31. Aunque puedo pensar que podria mezclarse alguna vez demonio, y esto es así como lo he dicho y visto, mas trae diferentes efectos; y quien tiene esperiencia, no le engañará á mi parecer.

32. Con todo esto digo que aunque creo que es Dios ciertamente, yo no haria cosa alguna, si no le pareciese á quien tiene cargo de mí, que es mas servicio de Nuestro Señor por ninguna cosa. Y nunca he entendido, sino que obedezca y que no calle nada, que esto me conviene. Soy muy ordinario reprendida de mis faltas, de manera que llega á las entráñas, y avisos cuando hay ó puede haber algun peligro en cosa que trato que me han hecho harto provecho, trayéndome los pecados pasados á la memoria muchas veces, que me lastima harto.

33. Mucho me he alargado, mas es así cierto que en los bienes que me veo, cuando salgo de oracion, me parece que do corta; despues con muchas imperfecciones sin provecho y harto ruin. Y por ventura las cosas buenas no las entiendo, mas que me engaño, empero la diferencia de mi vida es notoria, y me lo hace pensar.

34. En todo lo dicho digo lo que me parece que es verdad haber sentido. Estas son las perfecciones que siento haber el

Señor obrado en mí tan ruin é imperfecta. Todo lo remito a juicio de v. m. pues sabe toda mi alma.

Esta relacion estaba escrita de mano agena, aunque despues, como veremos, la misma Santa dice que está como ella la escribió. Lo que se sigue todo estaba de su misma mano, y dice así:

SEGUNDA PARTE.

35. Paréceme há mas de un año que escribí esto que aquí está. Háme tenido Dios de su mano en todo él, que no he andado peor; antes veo mucha mejoría en lo que diré; sea alabado por todo.

Visiones y revelaciones.

36. Las visiones y revelaciones no han cesado; mas son mas subidas mucho. Háme enseñado el Señor un modo de oracion, que me hallo en él mas aprovechada, y con muy mayor desasimiento en las cosas de esta vida, y con mas ánimo y libertad.

Arrobamientos.

Los arrobamientos han crecido; porque á veces con un ímpetu, y de suerte que sin poderme valerme esteriormente se conoce; y aun estando en compañía, porque es de manera que no se puede disimular, sino es con dar á entender, como soy enferma del corazon, que es algun desmayo; aunque traigo gran cuidado de resistir al principio, algunas veces no puedo.

Pobreza y Confianza.

37. En lo de la pobreza me parece me ha hecho Dios mucha merced, porque aun lo necesario no querria tener si no fuese de limosna, y así deseo en extremo estar donde se coma de otra cosa. Paréceme á mí, que estar á donde estoy, cierta que no me ha de faltar de comer y de vestir, que no se cumple con tanta perfeccion el voto ni el consejo de Cristo como á

donde no hay renta, que alguna vez faltará. Y los bienes que con la verdadera pobreza se ganan, parécenme muchos y no los quisiera perder. Hállome con una fé tan grande muchas veces, en parecerme no puede faltar Dios á quien le sirve; y no teniendo ninguna duda que hay ni ha de haber ningun tiempo en que falten sus palabras, que no puedo persuadirme á otra cosa, ni puedo temer, y así siento mucho cuando me aconsejan tenga renta, y tórnome á Dios.

Misericordia.

38. Paréceme tengo mucha mas piedad de los pobres que solia. Entiendo yo una lástima grande y deseo de remediarles; que si mirase á mi voluntad, les daria lo que traigo vestido. Ningun asco tengo de ellos, aunque los trate y llegue á las manos; y esto veo es ahora dón de Dios; que aunque por amor de él hacia la limosna, piedad natural no la tenia. Bien conocida mejoría siento en esto.

Paciencia.

39. En cosas que dicen de mí de murmuracion que son hartas, y en mi perjuicio, y hartos, tambien me siento mejorada, no parece me hace casi impresion mas que un bobo, y paréceme algunas veces tienen razon, y casi siempre. Siéntolo tan poco, que aun no me parece tengo que ofrecer á Dios, como tengo esperiencia que gana mi alma mucho, antes me parece me hacen bien, y así ninguna enemistad me queda con ellos en llegándome la primera vez á la oracion, que luego que lo oyó, un poco de contradicción me hace, no con inquietud ni alteracion, antes como veo algunas veces otras personas me lastima, es así que entre mí me rio, porque parecen todos los agravios de tan poco tomo los de esta vida, que no hay que sentir, porque me figuro andar en un sueño, veo que en despertando será todo nada.

Parientes.

40. Dáme, Dios, vivos deseos, más gana de soledad, muy mayor desasimiento, como he dicho con visiones, que me ha

hecho entender lo que es todo, aunque deje cuantos amigos y amigos y deudos, que esto es lo de menos, antes me cansan muchos parientes, como sea por un tantico de servir mas á Dios, los dejo con toda libertad y contento; y así en cada parte hallo paz.

Oracion.

41. Algunas cosas que en oracion he sido aconsejada, me han salido muy verdaderas. Así que de parte de hacerme Dios merced hallóme muy mas mejorada, de servirle yo de mi parte, harto mas ruin porque el regalo he tenido mas que se ha ofrecido aunque hartas veces me dá harta pena, la penitencia poca, la honra que me hacen mucha, bien contra mi voluntad hartas veces.

Aquí estaba echada una raya como esta, y luego dice:

Humildad.

42. Esto que está aquí de mi letra, há nueve meses poco mas ó menos que lo escribí. Despues acá, no tornando atrás de las mercedes que Dios me ha hecho, me parece he recibido de nuevo á lo que entiendo mucha mayor libertad. Hasta ahora parecíame habia menester á otros, y tenia mas confianza en ayudas del mundo; ahora entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco, y que asiéndose á ellos no hay seguridad, que en habiendo algun peso de contradicciones ó murmuraciones se quiebran. Y así tengo esperiencia que el verdadero remedio para no caer, es asirnos á la Cruz, y confiar en el que en ella se puso. Hallele amigo verdadero, y hallome con esto con un señorío, que me parece podria resistir á todo el mundo que fuese contra mí, con no me faltar Dios.

43. Entendiendo esta verdad tan clara, solia ser muy amiga de que me quisiesen bien. Ya no se me dá nada, antes me parece en parte me cansa, salvo con los que trato mi alma, ó yo pienso aprovechar, que los unos porque me sufran, y los otros porque con mas aficion crean lo que les digo, de la vanidad que es todo, queria me la tuviesen.

Paciencia. Enemigos.

44. En muy grandes trabajos y persecuciones y contradicciones que he tenido estos meses, háme dado Dios gran ánimo, y cuando mayores, mayor sin cansarme en padecer. Y con las personas que decían mal de mí, no solo no estaba mal con ellas, sino que me parece las cobraba amor de nuevo, no sé cómo; era esto bien dado de la mano del Señor.

Igualdad de ánimo.

45. De mi natural suelo cuando deseo una cosa, ser impetuosa en desearla, ahora van mis deseos con tanta quietud, que cuando los veo cumplidos, aun no entiendo si me huelgo, que pesar y placer, sino es en cosas de oracion, todo va templado, que parezco boba, y como tal ando algunos días.

Penitencia.

46. Los ímpetus que me dan algunas veces, y han dado de hacer penitencias, son grandes, y si alguna hago, siéntola con poco en aquel gran deseo, que alguna vez me parece, y casi siempre, que es regalo particular, aunque hago poca por ser enferma.

La pena que la daba el comer. Corazon y fortaleza.

47. Es grandísima pena para mí muchas veces, y ahora mas escesiva, el haber de comer, en especial si estoy en oracion, debe ser grande, porque me hace llorar mucho y decir palabras de afliccion casi sin sentirme, lo que yo no suelo hacer por grandísimos trabajos que yo he tenido en esta vida, no me acuerdo haberlas dicho, que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo récio corazon.

Amor de Dios.

Deseo grandísimo mas que suelo, siento en mí, que tenga Dios personas que con todo desasimiento le sirvan, y que en nada de lo de acá se detengan, como veo es todo burla, en especial Letrados, que como veo las grandes necesidades de la Santa Iglesia (que estas me afligen tanto, que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena), y así no hago sino encomendarlos á Dios, porque veo yo haria mas provecho una persona del todo perfecta con hervor verdadero de amor de Dios, que muchas con tibieza.

Fé.

48. En cosas de la Fé me hallo á mi parecer con muy mayor fortaleza; paréceme á mí que contra todos los Luteranos me ponía yo sola á hacerles entender su yerro, siento mucho la perdicion de tantas almas.

Amor de Dios.

Veo muchas aprovechadas, que conozco claro ha querido Dios que sea por mis medios, y conozco que por su bondad va en crecimiento mi alma en amarle cada día mas.

Vanagloria. Humildad.

Paréceme que aunque con estudio quisiese tener vanagloria, que no podría, ni veo cómo pudiese pensar que ninguna de estas virtudes es mia; porque há poco que me ví sin ninguna muchos años, y ahora de mi parte no hago mas de recibir mercedes, sin servir sino como la cosa mas sin provecho del mundo. Y es así, que considero algunas veces como todos aprovechan sino yo, que para cosa ninguna valgo. Esto no es cierto humildad, sino verdad, y conocerme tan sin provecho, me trae con temores algunas veces de pensar no sea engañada. Así que veo claro que de estas revelaciones y arroba-mientos (que yo ninguna parte soy ni hago para ellos mas que una tabla) me vienen estas ganancias. Esto me hace asegu-

rar y trae mas sosiego, y póngome en los brazos de Dios, y fio de mis deseos, que esto cierto entiendo, son morir por él y perder todo el descanso, y venga lo que viniere.

Amor de padecer por Dios.

49. Viénenme dias que me acuerdo infinitas veces de lo que dice San Pablo (aunque á buen seguro que no sea así en mí), que ni parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y dá fuerza, y ando como casi fuera de mí, y así me es grandísima pena la vida.

Deseo de padecer.

Y así la mayor cosa que yo ofrezco á Dios por gran servicio, como siéndome tan penoso estar apartada de él por su amor, quiero vivir. Esto queria yo fuese con grandes trabajos y persecuciones, ya que yo nó soy para sufrir, y cuantos hay en el mundo pasaria por un tantico de mas mérito, digo en cumplir mas su voluntad.

Profecía.

Ninguna cosa he tenido en la Oracion, aunque sea de hartos años antes, que no la haya visto cumplida. Son tantas las que veo, y lo que entiendo de las grandezas de Dios, y como las ha guiado, que casi ninguna vez comienzo á pensar en ello, que no me falte el entendimiento, como quien ve cosas que van muy adelante de lo que puede entender y quedo en recogimiento. Guárdame tanto Dios en ofenderle, que cierto algunas veces me espanto, que me parece veo el gran cuidado que trae de mí, sin poner yo en ello casi nada, siendo un piélagos de pecados y de maldades antes de estas cosas, y sin parecerme era señora de mí para dejarlas de hacer. Y para lo que yo queria se supiesen, es para que se entienda el gran poder de Dios. Sea alabado por siempre jamás. Amen.

Acabado esto, comienza poniendo primero Jesus, como ella lo hacia siempre que escribia, de esta manera:

JESUS.

«Esta relacion que no es de mi letra, que va al principio, es que la dí yo á mi Confesor, y él sin quitar ni poner cosa, la sacó de la suya. Era muy espiritual y Teólogo con quien trataba todas las cosas de mi alma, y él las trató con otros letrados, y entre ellos fué el P. Mancio, ninguna han hallado que no sea muy conforme á la Sagrada Escritura. Esto me hace estar ya muy sosegada, aunque entiendo he menester mientras Dios me llevaré por este camino, no fiar de mí en nada, y ansí lo he hecho siempre, aunque lo siento mucho. Mire v. md. que todo esto va debajo de confesion, como lo supliqué á v. md.»

Hasta aquí son palabras de la Santa Madre, la cual hizo estando en el Monasterio de la Encarnacion, antes que saliese á fundar la nueva Reformacion, y la primera relacion fué bien al principio, cuando con todas veras se comenzó á dar á Dios, y Su Magestad á llover sobre ella mercedes sobrenaturales, como se puede colegir de los números 7, 30, 32, 37, 48.

La segunda relacion escribió mas de un año despues, como por el principio de ella parece. Y por esta se ve á cuánta perfeccion habia llegado en tan breve tiempo, que es cosa que admira. Pues quien estaba tan en la cumbre á sus principios, creciendo cada dia mas en el amor de Dios, ¿á dónde llegaría en mas de veinte y dos ó veinte y tres años, que despues vivió? con tantas mercedes de Dios, con tantas penitencias y trabajos, con tantos Monasterios fundados, con tantas almas ganadas, con tan alta oracion y mortificacion continúa, y con tan incomparable riqueza de buenas obras, ¿cómo despues adquirió? Que si los principios fueron tales que sobrepujan á los fines de almas muy perfectas, ¿dónde podemos imaginar que llegarían los fines? Ha sido para mí de grande consuelo haber hallado estas relaciones de la Santa Madre, que por mucho que ella procuró que se encubriesen, las tenía el Señor guardadas, para que de la boca de tan grande Santa, oyésemos las mercedes que el Señor hace á quien se dispone para servirle, que aunque yo conocí por esperiencias estas que la Santa refiere, y otras muchas que el Señor le hizo despues, pero por mucho que trabajase, no acertaría á decirlas con el espíritu y claridad que ella las cuenta.

The first part of the document is a letter from the Secretary of the State to the President, dated January 1, 1865. The letter discusses the state of the Union and the progress of the war. It mentions the recent victories of the Union forces and the hope that the war will soon be over. The Secretary also discusses the issue of Reconstruction and the need for a new constitution for the Southern States. The letter is signed by the Secretary of the State, William A. Richardson.

The second part of the document is a report from the Secretary of the State to the President, dated January 1, 1865. The report discusses the state of the Union and the progress of the war. It mentions the recent victories of the Union forces and the hope that the war will soon be over. The Secretary also discusses the issue of Reconstruction and the need for a new constitution for the Southern States. The report is signed by the Secretary of the State, William A. Richardson.

The third part of the document is a report from the Secretary of the State to the President, dated January 1, 1865. The report discusses the state of the Union and the progress of the war. It mentions the recent victories of the Union forces and the hope that the war will soon be over. The Secretary also discusses the issue of Reconstruction and the need for a new constitution for the Southern States. The report is signed by the Secretary of the State, William A. Richardson.

LIBRO CUARTO.

De los milagros y maravillas que Dios obró en vida y en muerte por intercesión de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus.

Los testimonios que Dios dá en la tierra de la santidad de aquellos que por sus obras y virtudes heróicas poseen el Cielo, suelen ser muchos, y no todos de una manera; porque unas veces con el glorioso martirio, otras con la doctrina y luz que los Santos dieron á su Iglesia, aprueba Dios la santidad de su vida, como lo hizo con algunos de los sagrados Doctores, de los cuales los mayores milagros que se cuentan, son las obras que escribieron, y el provecho y fruto que con ellas hicieron. Estos son claros indicios de la santidad de su alma y pureza de su vida, y á veces mas ciertos que los milagros. San Juan Bautista, el mayor de los Santos, no escribió libros ni hizo milagros; pero tuvo el mayor testimonio que Santo ninguno, pues la misma verdad que fué Cristo nuestro Redentor, le canonizó por el mayor Santo de los Santos. El mas ordinario testimonio, y en el que la Iglesia mas se funda para certificarse de la santidad y virtudes de los Santos, son los milagros; que son como unos sellos de Dios, con que sella por de fuera á los justos, para que sean conocidos por amigos suyos. La Santa Madre Teresa tuvo, no uno, sino muchos testimonios y muy grandes de su santidad, y para decir en una palabra (lo que no seria menester mucho trabajo para probarlo) la honró Dios con todas las demostraciones de santidad que se pueden hallar en un santo confesor, y que se han hallado en muy pocos, porque ella fué Virgen purísima; fué Maestra y Doctora de altísima doctrina; tuvo arrobamientos tan grandes, que la levantaban del suelo, señal muy cierta de cuanto lo estaba su alma de las cosas de la tierra. Hízole Dios extraordinarios fa-

vores de visiones, revelaciones y otros conocimientos altísimos de cosas sobrenaturales y divinas. Tuvo ciencia infusa, como mostró bien en sus libros. Fué Fundadora de una Religion tan Santa y perfecta, como la hay en la Iglesia, cosa que no la suele hacer Dios menos que por instrumentos muy proporcionados, porque el Fundador ha de ser dechado y ejemplo, y como un molde de la perfeccion de muchos. Tambien se ha mostrado despues de muerta á muchas personas muy santas, dando Dios aquí testimonio de la gran gloria que goza. Tuvo todas las gracias gratis dadas, que son gracia de sabiduría, de ciencia, de fé, de lenguas, de inteligencia de la Escritura Sagrada, y evidentemente de profecía y de discrecion de espíritus (como largamente habemos escrito en el libro tercero de esta historia), y no le faltó la gracia de sanidad y de milagros, como adelante diremos. Fué en vida conocida y reverenciada por Santa, por las personas mas graves y doctas de España, y despues de muerta, con grande aplauso es venerada de todos, no solo en España, sino en otras muchas partes de la Cristiandad.

En fin, cómo Dios la amó tanto, y ella hizo y padeció cosas tan grandes, y despues de haberle dado un amor y caridad ardiente de Serafines, la honró con tantos títulos, como ahora acabamos de decir, y no sin algun temor, de que siendo autor de cosas tan grandes, las tenga alguno por increíbles; pero la verdad es la que digo, y ella es la que dá testimonio por boca de todos, de lo que hasta aquí he escrito y adelante diré; porque sabe bien Dios, que es testigo fiel de la verdad y de los corazones, que dejó de escribir muchas cosas no menos verdaderas que las que aquí digo, y que son tantas las que hay que decir, que si no fuera haciendo muchos libros, no se pudiera cumplir enteramente con este intento. El mio es ahora tratar de los milagros mas principales, porque decirlos todos me parece imposible; porque como esta Santa es conocida en toda España, como la que anduvo tantas veces peregrinando por ella, y sus Monasterios están esparcidos en todos estos Reinos, y en ellos hay muchas reliquias suyas, con la devocion grande que le tienen son muchos y en muchas partes los milagros que Dios ha obrado por medio de su intercesion y reliquias. Yo escribiré los mas graves y principales, pues muchos para nada sirven mas que para multiplicar tes-

tigos de las que tiene tantos de abono, y la que aunque no hubiera hecho milagros, teniendo por otra parte tantas aprobaciones de su santidad, no serian muy necesarios para solo este fin.

CAPITULO PRIMERO.

De los milagros que la bienaventurada Madre Teresa de Jesus obró en su vida.

Mientras la Santa Madre vivió en este mundo, hizo el Señor por su medio obras maravillosas y raras; muchas de ellas están repartidas por esta historia, y así apuntaré algunas brevemente.

Primeramente resucitó á un sobrino suyo, como mas largamente escribimos en el libro segundo, tratando de la fundacion de San José de Avila. Dió vista á un ciego; sanó á un deudo suyo que estaba muy apretado mas habia de un mes con unos dolores terribles de orina. De esto hace mencion la Santa Madre en su libro, y á otro propósito habemos dicho algo arriba.

En su vida, y por su intercesion, sucedieron aquellos tres famosos milagros de Villanueva de la Xara, que ni faltó harina, ni el sustento en tanto tiempo á las Monjas de aquel Monasterio, y otras cosas que tratando de aquella fundacion escribimos, harto maravillosas y dignas de su santidad, que por no cansar al lector, no las vuelvo á repetir.

Tuvo clara y manifiestamente la gracia de sanidad, y con solo llegar á sus manos, curó á muchos enfermos. Estaba en Salamanca en casa de la Condesa de Monte-Rey, una señora honrada, llamada doña María de Artiaga, mujer del ayo de los hijos de la Condesa, muy enferma de un tabardillo; pidió la condesa licencia al Provincial, para que cuando la Santa Madre viniese á Salamanca, entrase por su casa; hizolo así, y despues de haber visitado á la Condesa, pidióle entrase á ver á la enferma. Entró la bienaventurada Santa, y púsole la mano sobre el rostro, sin que ella supiese en ninguna manera quién la tocaba, ni menos que estuviese allí la Santa Madre, porque la enfermedad la tenia muy fuera de sí; pero luego comenzó á decir con alta voz, ¿quién me ha tocado que me

siento sana? La Madre comenzó á rogarle que callase y que no diese á entender tan presto la mejoría que habia sentido; mas quiso Dios que los que allí estaban presentes oyesen lo que la enferma habia dicho. Comenzaron todos á agradecer á la Santa Madre la salud que habia dado á la enferma, y á ella dábale mucha pena que lo hubiesen sentido, y decia que por ventura debia de ser el mal que se le habia subido á la cabeza, y á esa causa decia estaba sana, pensando la enferma lo encubriria, por lo que ella le habia rogado; pero ella se sintió tan buena, que decia que jamás se habia sentido en cuerpo y en alma con tan buena disposicion, como en el punto que la Madre le puso la mano sobre el rostro, y así quedó sana y muy devota ella y toda su casa á la Santa Madre y á toda su Religión.

En el Monasterio de Medina estaba la Madre Ana de la Trinidad (que despues fué Priora de aquella casa) enferma de disipela, y de un encendimiento de rostro y narices muy grande, y siempre que la daba esta enfermedad (que era muy de ordinario), eran necesarias muchas sangrías, y la inflamacion era de suerte, que temiendo los médicos peligro de cáncer, trataban de hacerle dos fuentes. Estando allí la Santa Madre Teresa, dióle la enfermedad á esta Religiosa, juntamente con una grande calentura, y llevábanla á acostar las demás, y como lo supo la Santa, hízola llamar; vino la enferma, y sin saber lo que la Madre queria, hincóse de rodillas delante de ella, trájole la mano por el rostro donde estaba la disipela, y le dijo: «Confie, hija, que Dios la sanará.» ¡Oh maravilla de Dios! Que desde aquella hora se sintió la enferma sin calentura, sin disipela, sin dolor y sin enfermedad alguna, y por espacio de mas de veinte años, que despues vivió, jamás le volvió este accidente, con haber sido desde su niñez continuamente acosada de esta enfermedad.

Estando la Santa Madre á la muerte curó en Alba á la Madre Isabel de la Cruz de un grande y contínuo dolor de cabeza y de la vista, tomándole la Religiosa sus manos, y poniéndolas sobre su cabeza y sus ojos.

A otras tres Religiosas, como consta de sus informaciones, les curó de mal de muelas, con solo llegarles con sus manos á ellas. Y lo mismo hizo á un sacristan de las Religiosas de Palencia, que estaba muy acosado y perdido de dolor de muelas,

el cual, como viese salir á la Santa Madre á una fundacion, se puso de rodillas con mucha devocion delante de la Santa, significando su enfermedad y esperando el remedio de su bendita mano; ella le tocó con ella, y luego quedó sano y libre del dolor que le aquejaba. Y no era mucho que quitase enfermedades del cuerpo con la mano, quien sanaba con ella tambien las del alma, pues muchas Religiosas experimentaron que con solo tocarlas, les parecia que las libraba de los trabajos y tentaciones que padecian.

Partiendo la Santa Madre del Convento de Valladolid, entró á ver á una Religiosa de él llamada Francisca de Jesus, que estaba enferma de unas récias cuartanas; ella le pidió con mucha devocion y confianza que le echase su bendicion; la Santa, condescendiendo á sus ruegos, se la echó y le dijo: «Confie, hija, que el Señor la sanará;» y fué así, que luego quedó sana, y no le volvieron mas las cuartanas.

Cuando entró á ser priora en la Encarnacion, con alboroto y turbacion de las Monjas (como arriba escribimos), les dió á algunas desmayos, y á otras mal de corazon; llegábales la Santa con sus manos al rostro, y con ellas llegaba juntamente la mejoría y salud; y porque no entendiesen tenia aquella virtud de sanar enfermedades, no pudiendo negar los efectos que todos veian, disimulaba la gracia, diciendo que tenia consigo una grande reliquia de Lignum Crucis, que tenia aquella virtud, y así era que la traia consigo; pero entonces aquellos milagros obraba Dios por medio de su sierva.

Estando la Santa Madre en Avila, y habiendo de salir á una fundacion, estaba su compañera, que era la Madre Ana de San Bartolomé, más habia de un mes en la cama enferma de unas récias calenturas; la noche antes que se partiese, fuéla á ver la Santa, y hallóla con una gran calentura, y díjole: mire, hija, que se ha de ir conmigo mañana; ella respondió: pues cómo, Madre, no vé V. R. cuál estoy? Replicóle la Madre: mi ida no se puede excusar, y ella habrá de ir conmigo, sin decirle mas palabra. A la media noche despertó tan sana y tan buena, como si no hubiera tenido mal, y acompañó á la Santa Madre su camino, y esto le sucedió algunas veces con esta Religiosa, que es gran sierva de Dios, como se pre-

sume seria la que la Santa habia escogido entre tantas buenas para compañera suya.

A esta misma Religiosa, estando una noche con la Santa Madre (que estaba escribiendo algunas cartas) le dijo: «Hija, si supiera escribir, ayudárame á despachar estas cartas;» ella le dijo que le diese alguna materia para aprender, y dióle dos renglones de su letra, mandándole que aprendiese luego por ellos. Y aquella misma noche escribió la Religiosa una carta, y la ayudó de allí adelante á escribir las cartas á la Madre, sin haberlo aprendido jamás, ni saber leer mas que un poco de romance, y eso con dificultad.

Tambien fué muy milagrosa la aparicion que la Santa Madre hizo en vida á una Monja que estaba á la muerte en su Convento de Salamanca, llamada Isabel de los Angeles, certificándole del premio que Dios le tenia guardado en la gloria. Fué esto tan cierto, que la Santa Madre, siendo con muchos ruegos apretada por la Madre Ana de Jesus, Monja muy anciana en la Orden, y de mucha Religion, y conocida casi en toda España por tal, como ya contamos en la fundacion de Salamanca, confesó la Santa ser así verdad.

Otro aparecimiento semejante hizo la Madre en vida al Padre Gaspar de Salazar, Rector de la Compañía de Jesus, que fué en Avila y en otras partes, y Confesor de la Santa Madre, dándole algunos avisos para el provecho de su alma, estando él hartas leguas de donde la Santa estaba, y con harta necesidad de consuelo. Contó este Padre lo que le habia sucedido al Padre Doctor Enriquez, y él, como confiesa en su dicho, se certificó de la boca de la Santa Madre, ser así como el Rector se lo habia referido.

En Villanueva de la Xara habia una mujer llamada Ana Lopez, que vivia muy afligida porque paria todos los hijos muertos, sin que ninguno pudiese recibir el agua del Bautismo; habia hecho á Nuestro Señor grandes rogativas, y encomendándolo á muchos siervos suyos, y todavía le duraba aquel trabajo. Estaba ya en víspera del parto, y teniendo noticia que estaba en aquel lugar la Santa, vino á ella con mucha fatiga pidiendo remedio; procuróla consolar la Madre, y llamando á la Portera, la pidió una cinta, que ella antes le habia dado, y una Cruz de reliquias, y dándole todo esto á la mujer, le dijo tuviese mucha fé en aquella cinta, por ser de la

Madre de Dios, y que la tuviese consigo hasta que pariese. Hízolo así, y al tiempo del parto parió un hijo vivo, y recibió el agua del bautismo, y lo mismo fué de otros que de allí adelante parió.

Estando una vez en Malagon una buena mujer llamada Seca, panadera de las Monjas Descalzas de aquella Villa, padecía mucho trabajo de un flujo de sangre; fué, pues, á la Santa Madre pidiéndole con mucha devocion la encomendase á Dios y le pidiese le quitase aquella enfermedad; la Santa se quitó una cinta que traia, y dándosela, le dijo que se la pusiese, que por ventura se le quitaria: ella se la puso, y fuéle tan eficaz remedio, que nunca mas tuvo aquel mal. Ha sido grande la devocion que ha habido hasta hoy con la cinta en aquella Villa, y cuantas mujeres han tenido aquel mal, han sanado en poniéndosela, y las que tenian récios partos, luego en llegándoles la cinta, parian. Esto es público y notorio en aquel lugar.

El Padre Doctor Enrique Enriquez, de la Compañía de Jesus, hombre de muchas letras y erudicion, fué Confesor de la bienaventurada Madre Teresa, y á los principios estaba algo incrédulo de lo que otros publicaban de Su Santidad y mercedes que Dios le hacia. Queriendo probar algo de esto, le pidió le alcanzase un íntimo y señalado dolor de contricion; ella ofreció pedírselo á Nuestro Señor, y aquel mismo dia, recogíendose el Padre á oracion en su aposento, sintió luego un suavísimo y no usado gusto en los actos que los Santos dicen que pertegecen al dón de penitencia y contricion, y con muchas y fervorosas lágrimas, duró grande espacio de tiempo en aquel sentimiento grande de sus pecados. Y entonces le dió Dios á entender que alcanzaba esta misericordia por intercesion de aquella Santa. Esto dice el mismo Padre en su dicho, en la informacion de la canonizacion.

Uno de los mas insignes milagros, y mas claro y evidente que la Santa Madre hizo en su vida, fué que, como ya habemos apuntado arriba, á los principios de la fundacion de San José de Avila, estaban sus Monjas muy afligidas y acosadas de estos gusanillos, que comunmente llaman piojos, por ser este un género de inmundicia que se cria en grande abundancia en la estameña ó lana, de que son las túnicas que las Religiosas traen junto al cuerpo. Pidiéronle todas ellas á la Santa Madre

encarecidamente pidiese á Nuestro Señor les librase de aquel trabajo, por la inquietud que les causaba en la oracion. Ella lo hizo y pidió á Nuestro Señor aquella merced con grande instancia. y habiéndosela el Señor concedido, les aseguró á todas las Monjas de aquel Monasterio que vivirían libres de allí adelante de aquella penalidad. Fué cosa que mostró grandemente lo que la Santa podia y valia para con Dios; pues no solamente en aquel Monasterio, sino que en todos los demás de las Monjas, no se vé, ni se ha visto mas há de cuarenta y tres años, rastro ninguno de esta inmundicia, con ser el hábito de sayal y de jerga, y las túnicas de estameña, todo muy ocasionado para lo contrario. De tal manera, que las que estando en el siglo padecian algun trabajo en esto, en tomando el hábito se les quita. Y las que no han de profesar, no participan de este privilegio, como se ha visto muchas veces por la experiencia. Este milagro contiene en sí muchos milagros, porque cuantas Monjas hay en la Orden, que son mas de mil, son tantos milagros; y es lo muy particular, que cada una, supuesto el hábito y modo de vida, viva libre de esta inquietud. Este es milagro permanente por tantos años, y de que son tantos los testigos, cuantas las Monjas de sus Monasterios.

Siendo Predicador de Santo Tomás de Avila el P. M. Fray Pedro Peredo, y Priora en la Encarnacion de Avila la Santa Madre; forzado de la obediencia de su Perlado, fué á predicar á su Monasterio con harto disgusto, por no ir prevenido ni haber visto el Evangelio. Halló á la Santa en el locutorio, y conociendo el disgusto que traia, le preguntó la causa de él. El, respondiendo que nacia de la poca prevencion con que venia á predicar, la Santa le dijo que la confesase y comulgase, y dijese Misa, y fiase de Dios, que le daria que decir. Hizo lo que la Madre le aconsejó, y subiéndose en el púlpito (como él lo confesaba despues), se halló con un nuevo ánimo y espíritu, hasta entonces no experimentado por él, y despues le dijo la Santa Madre que aprendiese á fiar de la obediencia que habia predicado, de manera que no predicaria mejor en su vida, porque habia sido todo cuanto habia dicho cosa ordenada del Cielo. Y fué así, porque (como despues el Padre contaba) en el sermón se le habian ofrecido cosas altísimas, y tales, cuales él nunca jamás pensara. Y procurando él despues acordarse de

lo que habia dicho en aquel sermon, por predicar muchas veces aquel Evangelio, jamás se pudo acordar de palabra ninguna, con desearlo y procurarlo mucho.

Otros muchos y grandes milagros hizo la Santa Madre en vida; mas en la opinion y juicio de los que bien sienten, ninguno por grande que sea llega ni á los libros que escribió, ni al Orden y Monasterios que fundó. Sabemos que muchos Santos han hecho milagros; pero raros son los que los han acompañado con mas alteza y gravedad de doctrina, y con obras mas insignes y heróicas. Y si en algunos Santos Doctores la doctrina suplió los milagros, teniendo la Iglesia por imágen viva de su vida los libros que escribieron, mucho mayor milagro es que una mujer, teniendo un entendimiento no cultivado con estudio ni letras, y antes de recibir estas mercedes de Dios Nuestro Señor, para las cosas sobrenaturales inhábil, á lo menos para entenderlas y declararlas, haya escrito cosas que esceden al ingénio de grandes y prudentes letrados, y en doctrina igualan á muchos Santos, por donde cuanto el sujeto por la condicion de mujer y por la falta de estudio, es menor; tanto es mayor el milagro, como mas largamente escribimos en el libro tercero, tratando de la escelencia de la doctrina y libros de esta Santa.

El otro milagro es haberla escogido Dios para fundar una Orden tan santa, y de tanta perfeccion y ejemplo en su Iglesia, y no solamente haber restituido la Regla primera de Alberto Patriarca, que guardaban antiguamente los Carmelitas en las partes Orientales, sino que tambien fué ella el principal medio para que el Instituto antiguo de la vida eremítica de aquellos Padres de su Orden, que vivian en Egipto y Palestina (que se perdió y acabó en la Iglesia, cerca del año de 630, por la crueldad de Ahumar y de otros Príncipes Sarracenos), se haya reducido y puesto en práctica entre los Religiosos que ella reformó, con tanta puntualidad de silencio y recogimiento de oracion y penitencia, como antiguamente entre aquellos sagrados Monjes. Todo esto es un ajuntamiento de milagros y pruebas grandes de la santidad de la Bienaventurada Madre Teresa de Jesus, que esceden á otras muchas que en particular se pudieran referir.

CAPITULO II.

De los milagros que el Señor ha obrado despues de la muerte de la Bienaventurada Madre Teresa de Jesus, particularmente de la incorrupcion de su cuerpo, óleo y fragancia que salen de él.

En el fin del segundo libro dijimos largamente la incorrupcion del cuerpo de la Santa Madre, donde tratamos mas estendidamente de los milagros que ahora diré con brevedad.

Con cuatro milagros principalísimos honró Nuestro Señor á la Santa Madre luego que murió. El primero fué la incorrupcion maravillosa de su cuerpo. El segundo el óleo que sale de él. El tercero la fragancia y olor. El cuarto el paño teñido en sangre, tan viva y tan fresca, como si entonces la derramara, como mas largamente escribimos arriba. Todos estos son milagros hechos en nuestros tiempos, y á vista de todo el mundo; no por un dia ni por dos, sino que han perseverado por espacio de veinte y tres años que há que se desenterró el santo cuerpo. El cual en todo este tiempo ha sido visto por la gente mas grave de España, así de grandes señores como de Obispos y de otras personas puestas en grande dignidad, que por estar Alba cuatro leguas de la Universidad de Salamanca, no ha habido Maestro ni Doctor grave alguno que movido con la fama de este milagro, no haya querido ir á ver con los ojos lo que la fama publica. Ha sido examinada esta incorrupcion por muchos Médicos graves, así en Alba como en Avila, cuando allá estuvo el santo cuerpo, y todos confiesan y adoran este milagro con que Dios honró á su Sierva, no permitiendo que tocasen los gusanos el cuerpo despues de muerta, á quien en vida no habian tocado los ardores de la carne.

Estaba este santo cuerpo cuando yo le ví, que fué el año de mil y quinientos ochenta y cinco (y de la misma manera está ahora), vestido de su carne, tan tratable, que con el tacto del dedo se hundia y se levantaba. La carne de color de dátíl, aunque en algunas partes está mas blanca. Lo que mas oscuro color tiene es el rostro, que, como cayó el velo sobre él y se quebrantó el ataud, entró la tierra y agua, y así quedó la

color mas perdida en él que en lo demás, pero está entero, de tal manera, que ni en el pico de la nariz (aunque le tiene mal tratado) no tiene rastro de corrupcion alguna. Los ojos están secos, porque se ha gastado la humedad que en ellos tenia, pero en lo demás enteros. En los lunares que tenia en el rostro se tiene aun los pelos. La boca tiene del todo cerrada, que no se puede abrir, y tiene todos sus cabellos en la cabeza, sin que le falte uno. Los pechos llenos y blancos, porque las manos que tenia encima no habian dado lugar á la agua de la cal que los manchase; el vientre tan entero como cuando espiró. Donde se le cortó el brazo, está mas jugoso y aceitoso, porque despide mas ólio por aquella parte que por otra. El otro brazo que está en el cuerpo, que es el derecho, está bueno y sano, y la mano muy bien hecha y puesta como quien echa la bendicion. Los piés están muy lindos y muy proporcionados. Y en fin, todo el cuerpo vestido y lleno de carne, está tan derecho, que con solo arrimarle un dedo en la espalda se tiene en pié, como si fuera todo de una pieza, y le visten y desnudan las Monjas como si estuviera vivo. Y lo que mas es de admirar, que cualquiera parte que se ha cortado del cuerpo, conserva la misma incorrupcion, olor y color del mismo cuerpo, y sale el mismo ólio de ella, como se ve no solo en el brazo que está en el Monasterio de Alba, y la mano izquierda en Lisboa, sino tambien en cualquiera parte de carne, por pequeña que sea; aunque le traigan en el seno con grandes calores, jamás se corrompe, mas que si fuera de acero. Ni pierde las demás condiciones y prerogativas que tiene el santo cuerpo.

No solo el cuerpo está sin corrupcion ninguna, sino tambien (y esto es lo que mas admira) se ha visto muchas veces salir sangre de su carne, á cabo de tantos años de su muerte. Contaré aquí algunos casos, todos ellos acaecidos á personas de grande crédito, que sé yo que por cosa de la tierra no trocaran la verdad. Viniendo la Madre Ana de Jesus, Priora que habia sido de Madrid, á su Convento de Salamanca, y en su compañía el P. Fr. Juan de Jesus Maria, Definidor General de la Orden de los Carmelitas Descalzos, pasaron por Alba, y visitando el santo cuerpo, la Madre Ana de Jesus, mirándole con atencion, vió hácia las espaldas una parte tan colorada, que parecia tenia allí alguna sangre viva. Tocóle con un lienzo, y apretándole un poco, salió luego sangre, y se tiñó el lienzo con

ella. Dióselo luego al P. Definidor, y pidió otro, y llegándole de la misma manera el santo cuerpo, se tiñó como el primero, quedando el cuero sano y sin ninguna señal ni herida. Quedó la Madre tan admirada de esto, y con tan gran devocion, que se quedó por grande rato suspensa, y lo mismo hicieron todos los que venian en su compañía. Yo pedí un paño de estos, y una relacion de todo lo que habia pasado, y se lo enseñé á Su Magestad el Rey D. Felipe II, y fué esta ocasion para que Su Magestad mandase se comenzasen á hacer las informaciones por órden del Nuncio D. Camilo Caeta. Este milagro de la sangre sucedió despues de doce años de la muerte de la Santa Madre, que era suficiente tiempo para que aunque fuera hierro estuviera gastado y podrido. Lo mismo habia sucedido al tiempo que desenterraron á la Santa Madre, á la cual, como le hicieron un rasguño en el pecho al tiempo de vestirla, tenia la sangre tan viva, como si ella misma lo estuviera.

En el santo brazo y otras reliquias de su carne se ha visto tambien esta maravilla. Un Religioso Descalzo de su Orden, viendo el brazo de la Santa Madre, procuró con los dientes como pudo cortar un pedacito, y no alcanzó apenas mas que una telica seca, que estaba levantada un poco de la carne; envolvióla en un papel muy contenido, y mirándolo á cabo de ocho dias, halló en ella una gota de sangre muy viva, que habia pasado tres dobleces de papel, y con gran espanto quitó aquel papel, y puso otro, y salió otra gota de sangre, y esto vieron muchas personas de la Orden, y fué grande y manifiesto milagro. No es menos para admirar lo que sucedió á la Madre Gerónima del Espíritu Santo, Priora del Convento de Carmelitas Descalzas de Madrid, la cual, desenvolviendo un papel donde tenia un poco de carne de la Santa Madre (estando presente la Subpriora del mismo Convento), halló un pañito que estaba junto á la carne, manchado con cuatro gotas de sangre pequeñas, teñidas á la larga. Admiradas de este caso, llamaron á las Monjas de aquel Convento para que lo viesen, y yo le ví otro dia despues que sucedió el caso, y estaba con otra gota mas, y lo llevé para mostrar á los Médicos, y ellos no pudieron hallar causa natural de estos efectos, que nacen de sobrenaturales y divinas causas.

El segundo milagro es el ólio que mana del santo cuerpo, que ha sido tambien milagro permanente desde que se desen-

terró el cuerpo de la Santa Madre hasta el dia de hoy. Y antes que le desenterraran (como ya queda dicho en su propio lugar) salia de él este licor del Cielo con grande abundancia, pues tenia empapada la tierra que tenia junto á sí en el ataud. De esta hubé yo cantidad de una avellana, y estando seca como arena, en envolviéndola en algun pañito ó papel, quedan tan calados y untados con el ólio, como si los hubieran bañado en aceite; y por algunos años que há que le tengo, hace el mismo efecto, y lo mismo han experimentado otras personas que han alcanzado parte de la tierra que estaba pegada al santo cuerpo mientras estuvo en la sepultura. Despues que salió el cuerpo de ella, no parece sino un manantial, porque con haber tantos años, ha sido necesario muy de ordinario envolverlo en sábanas y paños limpios, así por recoger este santo ólio, como porque no se vierta en el arca y túmulo donde la Santa Madre está encerrada. Y á esta causa han sido muchos los paños que empapados en este ólio se han repartido por toda España, y en toda ella son estimados por grandes y singulares reliquias, y por su medio hace el Señor muchos milagros como diré adelante.

El salir este ólio del santo cuerpo, es una cosa tan notoria y tan sabida, como la incorrupcion de él, porque, como se han repartido algunos pedazos pequeños de carne en algunas personas graves y devotas (aunque ha habido hartas descomuniones de parte de su Santidad y de la Religion para que no se tocasse á ella), todas han visto por esperiencia infinidad de veces, y probado como aquella santa carne no corrompida en vida ni en muerte, dá de sí este ólio, símbolo de la grande caridad que esta Santa tuvo viviendo con los prógimos. Yo hube un artexo de un dedo de la mano izquierda tres ó cuatro años despues acá de su muerte, y lo he traído siempre despues acá en los pechos; al principio lo envolví en un pañito de holanda, y habiéndole así tenido un dia, hallé el pañito calado de aceite muy oloroso. Puse otro é hizo lo mismo. Y así fui poniéndole de nuevo cada dia nuevos paños por mas de cincuenta dias, y todos los caló de la misma manera. Y hoy hace lo mismo, que parece fuente manantial; porque si todo el artexo fuera de aceite, se hubiera consumido, por ser la cantidad muy poca.

El olor y fragancia que sale del santo cuerpo (que es el

tercer milagro) escribimos tratando de lo que sucedió cuando le desenterraron, y como para comprobacion de esto habia sanado una Religiosa de su Orden, privada desde su nacimiento del sentido de oler. Pues la misma fragancia conservan todas sus reliquias, todos sus vestidos, papeles, cartas, y aun los mismos originales de los libros que ella escribió por su mano. Que así como la carne corrompida y sucia por el pecado no puede dejar de despedir olor malo de sí; así la santa y pura quiere Dios que huelga bien en la tierra, declarando con este olor que la limpieza de su carne habia sido agradable en sus ojos, y representado juntamente los santos perfumes de sus oraciones haber subido ante el acatamiento divino, y significando el ramillete de flores de virtudes que le olía á Dios mas que pastillas, á semejanza del campo lleno y vestido de flores.

Es este olor muy suave y de mucha fragancia, y tan fuerte, que se ve por esperiencia en todas sus reliquias, que si se juntan á otras cosas olorosas, las hacen perder el propio y natural olor que tienen, y toman el de las reliquias de la Santa. A mí me acaeció poner aquella poca de tierra que dije, y otros pañitos en una caja de pastillas muy olorosas y ricas, y las reliquias con la fuerza de su olor consumieron el que tenían las pastillas, sin que á las reliquias santas se pegase olor alguno de las pastillas, mas que si estuvieran en agua. Lo mismo me pasó con un hueso de un Santo que puse en la caja de estas reliquias, que luego tomó el olor de ellas. Esto es tan cierto como público y notorio.

Queriendo hacer esperiencia de esto en Lisboa, estando la mano de la Santa en casa del Príncipe Alberto, Cardenal y Archiduque de Austria (que gobernaba entonces aquel reino de Portugal), deseando probar esta maravilla por vista de ojos, D. Alonso Coloma (Obispo que ahora es de Cartagena) y otros Caballeros de la Cámara del Príncipe, tomaron con la punta de un cuchillo un poco de algalia, y con tener olor tan fuerte y que tanto se pega, en refregándola en la mano de la Santa, luego quedó sin olor. La Priora del Monasterio de las Descalzas (llamada la Madre María de San José) imaginó si el perder el olor el algalia y otras cosas olorosas, tocando á la mano de la Santa Madre, provenia de llegar á cuerpo muerto, é informándose de un Médico de su Alteza, respondió que no era

esa la causa; antes dijo, que para que estas cosas olorosas se conservasen, las ponian en los sepulcros de los muertos que peor olor tenían. Y parece que esto se funda en la razon natural, porque la fuerza del mal olor detiene el ímpetu del bueno para que no salga á fuera; de donde viene, que sacándole de poder de aquel contrario, prorumpe el olor que estaba reprimido y conservado, así como con el frio se conserva mas el calor interior del cuerpo en el invierno que en el verano. Y por parecerle al Médico cosa fuera de lo que la razon natural y la esperiencia muestra, lo que habia pasado con la mano, quiso él tambien hacer la prueba de esto, y sacó unos guantes que traia de ámbar muy olorosos, y puso la mano santa en ellos, y luego quedaron del todo sin olor; y otro dia, contando el caso, se los mostró á una enferma, que aun todavía estaban sin él. Y esta es una grande confirmacion de que aquel olor no es de la tierra, sino del Cielo.

Para que esta maravilla de este olor fuese mas reverenciada, obró el Señor un milagro en su confirmacion; y fué, que pasando el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios, Provincial de los Carmelitas Descalzos, por el Convento de Monjas de Malagon, llevaba consigo un dedo de la Santa Madre, y mostrándoselo á las Religiosas, dijo: miren cómo huele. Estaba entre ellas una hermana lega, que era algo indevota de la Madre (porque la Santa, siendo viva, la habia mortificado en algunas ocasiones), tomó con esta poca fé el dedo en sus manos, y dijo: ¿este dedo huele? antes me parece que hiede; al punto que dijo esto, salió del dedo tanta fragancia, que le turbó el sentido y le hizo caer de repente en el suelo casi sin él, y levantándose á cabo de rato, decia delante de todas: ahora sí que huele mucho.

El cuarto milagro, que aun dura hasta hoy, es aquel paño de estameña, que por causa de la mucha sangre que le salia (como escribimos en el libro segundo) le pusieron en su enfermedad á la Santa, y la enterraron con él, y á cabo de tanto tiempo se halló con la sangre tan viva, tan fresca, de tan buen color, como si á aquella hora le hubiera salido del cuerpo. Y lo que mas admira, que todos cuantos paños se envolvian en él, los teñia del mismo color de sangre. Esto juzgaron los Médicos por grande maravilla, dando sus razones, como mas largamente habemos contado arriba; pero basta para confirmacion

de esta gran maravilla, que de este mismo paño la parte donde no habia tocado la sangre estaba podrida, como lo estaban tambien los hábitos de la Santa Madre; pero la que tenia sangre, estaba tan buena como habemos dicho, siendo mas conforme á la razon natural todo lo contrario.

Estos son los milagros que llamo aquí permanentes, porque se han continuado y perseverado por tantos años, y á vista de tantas gentes; son milagros notorios y claros como la luz del Sol, y es una como canonizacion que Dios ha hecho desde el Cielo, de la que tanto le amó y padeció por él en la tierra. Y á estos milagros podíamos juntar el que há tantos años que se vé en el Monasterio de Zaragoza de las Monjas Descalzas, las cuales hubieron una correa con que estuvo la Santa Madre ceñida todo el tiempo que estuvo debajo de la tierra, la cual mana continuamente, y despide de sí unas gotas pequeñas de aceite de color de sangre, y con ella se han hecho muchos milagros en aquella ciudad, como diremos en su lugar.

CAPITULO III.

De muchos milagros que se han hecho por medio del cuerpo de la Santa, así con la mano que está en Lisboa, como con otras reliquias de su carne.

Muchos son los milagros que cada dia se hacen por medio del cuerpo y reliquias de la Santa Madre. Pondré aquí los mas principales, y los mas ciertos, y los que mas claramente se muestran ser milagros.

Estando el Conde de Lemos, abuelo del que ahora vive, muy enfermo y peligroso, la Condesa su mujer tenia una poca de carne de la Santa Madre, y púsosela al Conde, y luego mejoró y estuvo bueno. Como habia experimentado la Condesa este efecto en la carne de la Santa Madre, estando en grandísimo peligro D. Gaspar Cortés, hijo del Marqués del Valle, aconsejó le pusiesen un poco de carne de la Santa, y estuvo luego bueno. Lo mismo sucedió con un hijo del Conde de Salinas, al cual, por medio de la misma Condesa, le aplicaron este remedio de la santa reliquia, que le valió mucho

mas que otras medicinas para su salud, pues la alcanzó por medio de ella.

Doña Luisa de Alagon, hija del Conde de Sástago, Virey que fué de Aragon, habia prometido, estando en Zaragoza, de ser Monja Carmelita Descalza; sobrevínole una enfermedad de tercianas récias, que le apretaban y desconsolaban mucho; pidió á las Religiosas descalzas de aquella ciudad alguna reliquia de la Santa Madre, poniendo mas en ella las esperanzas de su salud, que en los Médicos de la tierra; púsola sobre su cabeza y rostro con mucha devocion, suplicando á la Santa la librase de aquella enfermedad. Estuvo luego buena, y reconociendo la merced que Dios le habia hecho por medio de la Santa, se determinó á cumplir su voto, y así dentro de muy pocos dias fué Monja en el Convento de Madrid.

En Villanueva de la Xara habia una buena mujer, llamada Francisca Lopez; tenia una hija, cuyo nombre era Eulalla, enferma de una enfermedad tan grave, que habia perdido el hablar, y apretádosele la boca de tal suerte, que para echarle una poca de agua, aunque le hiciesen mucha fuerza, era imposible abrírsela. De esta manera estuvo dos dias y medio con grande aficcion de su madre y trabajo de la enferma. Viéndose desahuciada de los Médicos de la tierra, acudió á la Santa Madre, y pidió á la Portera de las Monjas de aquella Villa le diesen alguna reliquia suya; viendo su devocion y necesidad, la Priora le dió en una bolsita una poca de carne de la Santa Madre, y luego que se la pusieron á la enferma, abrió la boca, y comió y estuvo buena. Y fué tan notorio el milagro en la casa de la enferma, que estando su padre en el campo, le fueron á pedir albricias, y cuando vino, hicieron lo mismo sus hijos y mujer, y él abrazó á la enferma con gran contento, porque la tenia ya por muerta. Ella le habló y dió cuenta de lo que habia pasado, dando gracias al Señor por lo que habia obrado por medio de su Santa.

El P. Baeza, Fraile de San Francisco de Alba, tenia un oido que le manaba la materia, y por esta causa oia con dificultad. Fué un dia despues de Vísperas al Monasterio de las Monjas Descalzas, y con mucha fé llegó á su oido el santo brazo, y aquella misma tarde sanó del todo, y contándolo de allí á muchos dias, daba mucha priesa que se tomase por testimonio, como muy claro y evidente milagro.

Francisco Gomez, carpintero, vecino de Alba, estuvo mas de mes y medio tan malo de los ojos, que no podia hacer nada, y con las muchas medicinas que le hicieron, le pusieron peor, porque le dió tan gran dolor, especialmente en el uno, que (como él dice) mas le parecia rabia que dolor. Estando en este trabajo, llegó al torno de las Descalzas pidiendo que le encomendasen á Dios y le diesen alguna reliquia de la Santa; la Portera le dijo, que en aquel punto estaban en la Iglesia mostrando el brazo de la misma Madre, que fuese allá luego, y que pidiese se le pusiesen sobre la cabeza y ojos. Hízolo así, y (como él ahora confiesa) al punto que le tocaron, sintió mejoría, porque se le quitó lo récio del dolor, y de ahí á cinco ó seis dias fué á trabajar en su oficio, bueno ya del todo, sin haber hecho otra cosa alguna. Y el que antes estaba con miedo de perder la vista, ahora dice que por los merecimientos de esta Santa le han quedado los ojos muy claros, y tan buenos y sanos como antes.

En el Convento de Malagon habia una Monja Descalza, llamada María de la Trinidad, tenia unas tercianas, y con ellas le sobrevino un flujo de sangre de narices, que le duró desde la hora de Vísperas hasta otro dia; hiciéronle muchos remedios, y ninguno fué de provecho; tenia la Madre María de San Gerónimo, Priora de dicho Convento, un poco de carne de la Santa Madre, y púsosela en las narices, y luego cesó el flujo de sangre. Lo mismo sucedió con otra Religiosa de aquel Convento, que como estuviese mala de tercianas, muy apretada de un dolor de hijada, en tocándola con la carne de la Santa Madre, estuvo luego buena, así de las tercianas como del dolor de hijada, y tan sana y tan libre, como si no hubiera tenido mal ninguno.

Dofia Margarita Laso de Castilla, Condesa de Triburcia, estando de camino para Alemania, entró á despedirse de la Vicaría del Convento de las Descalzas Francisca de Madrid, hallóla en la cama con un grandísimo dolor de cabeza; sacó luego la Condesa un poco de carne que tenia de la Santa Madre, y púsosela en la cabeza, y luego estuvo buena, teniendo todos á milagro tan súbita mejoría.

Tenia la Condesa de Triburcia grande fé con las reliquias de la Santa Madre, por haberlas experimentado. Obraba el Señor por medio de ellas cosas maravillosas, y aprovechábase

de ellas en todos sus peligros. Navegando una vez en compañía de su marido, que iba de España á Flandes, y levantándose tan gran tempestad en la mar, que temieron el anegarse y perderse todos, la Condesa echó en el mar un poco de carne de la Santa Madre, y cesó la tempestad y tormenta; y en agradecimiento de este beneficio, hicieron voto el Conde y la Condesa de traer el hábito de Nuestra Señora del Cármen, á gloria de Dios y de la Santa Madre.

Estaba en la ciudad de Valladolid el Licenciado Antonio de Tamayo muy enfermo, y desahuciado de un tabardillo, y para disponer su alma y de sus cosas, habia enviado á llamar al Canónigo Tamayo, primo suyo, Prebendado en la Santa Iglesia de Palencia. Era el Canónigo muy cristiano y muy devoto de la Santa Madre, y en viendo á su primo, le dijo que tuviese buen ánimo, y tuviese fé, que por la intercesion de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus habia de alcanzar salud. Quitóse del cuello una reliquia de la Santa Madre que tenia dentro de unos viriles, y dándosela á besar, se la colgó del suyo. A las tres de la noche, vió el enfermo á un lado de su cama un bulto blanco, cuya vista le dió gran consuelo y alegría, y junto á él un hombre tendido en la cama, sumidos los ojos, el rostro todo desfigurado y mortal, que le pareció era la figura y retrato de su misma persona, y entendió que aquel bulto blanco era la Santa que le venia á curar. Desde entonces comenzó la mejoría de su enfermedad, de suerte, que el Médico, que vino dentro de dos horas, se espantaba y no lo podia creer, y el enfermo desde aquel punto comenzó á comer, y á dormir, y á estar bueno.

En un pueblo llamado Cardeñosa, en el Obispado de Avila, estaba una mujer endemoniada, y habiendo un Clérigo dicho los Exorcismos, y hechos los remedios ordinarios, que en tal caso suelen hacer, y no habiendo salido el demonio, púsole un poco de carne de la Santa Madre, y salió luego dando tan grandes voces como si le metieran en otro nuevo infierno.

A otra mujer, en la villa de Mancera, del mismo Obispado, le pusieron otra reliquia de la Santa Madre, sin que supiese lo que era, y con grandes extremos confesaba que le atormentaba tanto como el fuego en que ardia, y daba voces diciendo que le quitasen aquella reliquia de aquella arrepticia.

A una criada de doña Bárbara de Tapia, pariente de la Santa Madre, dió una muy grande calentura, y mandando los Médicos que la sangrasen aprisa, su ama le puso una reliquia del cuerpo santo de la Madre, y luego le dió un sueño, y despertó buena y sin calentura, con grande espanto de todos y del Médico, que dijo era gran milagro.

A estos milagros juntaré otro, no menos mararavilloso que los pasados, el cual referiré por las mismas palabras que vino á mis manos, escrito por la Priora y Monjas del Convento de las Dueñas de Salamanca, y firmado casi de todas aquellas señoras Religiosas; dice, pues, así la relacion:

Una Monja profesa de Santa María de las Dueñas de Salamanca, llamada Doña Isabel de Monroy, estaba ciega de ambos ojos, con cataratas, y aunque se las sacaron, quedó de la cura mas ciega que antes estaba; de suerte, que por el Convento no podia andar sin guia, y para comer le habian de poner la vianda en la mano, porque de tal manera estaba de la vista, que no veia género de luz ni resplandor de ella. Fué avisada de una Religiosa, que tenia un poquito de carne en un liencecico de la Santa Madre Teresa de Jesus, que se encomendase muy de veras á ella, y pusiese la santa reliquia sobre los ojos, porque le parecia que interiormente le decian le diese este aviso, y que luego veria; dióle la reliquia martes á diez de Febrero de mil seiscientos y tres. Ella y otras Religiosas se la pusieron sobre los ojos, haciendo todas oracion con la enferma, y desde luego comenzó á ver un poco de resplandor; pero el sábado siguiente, llegando á comulgar con las demás, vió la Santísima Hostia con gran certeza, y al Sacerdote, con lo demás que á la vista se ofrecia; pero no publicó el milagro al Convento, mas díjolo á algunas hasta certificarse mas; luego, otro sábado adelante, que fué á veintiuno del dicho mes, llegó á comulgar, sin guia ni báculo, con admiracion de todas, y como vió que iba con veras el milagro, luego allí lo dijo á la Priora, pidiendo le ayudasen á dar gracias á Nuestro Señor y á la gloriosa Santa. Hízose así, y comenzaron un *Te Deum laudamus*, con mucha devocion y lágrimas, cantándolo todo el Convento, que todo él es testigo de esta verdad, y lo afirman y juran, si necesario fuere. Hasta aquí son palabras de la relacion hecha por las Señoras de aquel Convento.

Una Religiosa Descalza del Convento de Segovia, llamada

María de la Concepcion, estaba privada del sentido del olfato, que no olia cosa alguna. Oyendo decir á las hermanas del Convento la suavidad y fragancia que tenian las reliquias de la Santa Madre, le daba alguna pena no poder gozar este celestial olor. Teniendo un dia en sus manos un pedacico de la carne de este santo cuerpo, comenzó tiernamente á decir, ¿no gozaré yo, Madre, de este olor? Débenlo causar mis pecados, é interiormente suplicó á la Santa Madre le alcanzase esto de Dios, y luego al punto se le abrió el sentido del olfato, y recibió un muy grande y suave olor de la reliquia que tenia en las manos, y despues siempre ha quedado perfecta en este sentido.

Esta misma Religiosa, teniendo en el siglo cierta cosa interior que le daba mucha pena, despues de Religiosa le apretó tanto esta pena, que no la dejaba quietar en la oracion, y aunque hacia lo que podia por desecharla, le duró en la Religion por espacio de cuatro ó cinco años. Estando un dia en oracion, con esta inquietud, púsose un poco de la carne de la Santa Madre en el corazon, pidiendo ayuda y favor de Dios por medio de esta santa reliquia. Fué cosa maravillosa, que luego sintió la mejoría, y estuvo quieta en la oracion, y nunca mas le ha molestado hasta hoy semejante pasion.

No fué menos maravilloso el milagro que nuestro Señor obró en Ciudad-Real, donde estando dos Religiosos Descalzos (llamados Fr. Francisco de la Trinidad y Fr. Juan de la Encarnacion) por Confesores de las Religiosas Descalzas que hay en aquella ciudad, moraban entonces en la casa de un ciudadano muy honrado, llamado Cristóbal de la Zarza, y tenia una señora por mujer llamada Gerónima de Poblete, muy sierva de Dios, que era acosada de ordinario de un dolor grande de hijada. Habian convidado en su casa á cenar á una hermana de Cristóbal de la Zarza, y á su marido, que se llamaba Gerónimo Ruiz, y estando comenzada la cena, le sobrevino á Gerónima de Poblete un dolor de hijada tan récio, que se cayó luego en el suelo como muerta. Con el nuevo suceso cesó la cena y el convite, y con el ruido grande que habia con el accidente de la señora, vinieron los dos Religiosos Descalzos, y entrando donde estaba la enferma, hallaron muy alborotados á todos los que allí estaban, y tan rodeados de la enferma, que no fué posible llegar hasta donde ella estaba. El P. Fr. Francisco de la

Trinidad tenia un poco de carne de la Santa Madre, y esperiencia de muchos milagros, que por medio de aquella reliquia el Señor habia obrado. Y como él no se pudiese acercar adonde estaba la enferma, se la dió á su marido; él se la puso luego en el lado donde tenia el dolor, y en el espacio que se pudiera rezar un Credo, volvió en sí libre de aquel terrible accidente que le acosaba; volviéronse luego la enferma y los demás á cenar con mucho gusto, dando gracias al Señor y á la Santa Madre, por cuyo medio el Señor le habia hecho aquella misericordia.

Habia en Toro un pintor llamado Juan de Atalaya, y tenia para dorar un Sagrario del Convento de Carmelitas Descalzos de aquella ciudad; fué allá el P. Fr. Francisco de la Trinidad (de quien arriba hemos hecho mención), que era Procurador de aquel Convento, á rogarle acabase de dorarle, porque tenian mucha necesidad de él; estaba el pintor tan acosado de un récio dolor de muelas, que dijo no estaba para tomar el pincel en la mano. El Padre le dijo se hincase de rodillas y que tuviese fé, que Dios le habia de sanar por medio de las reliquias de la Santa Madre Teresa de Jesus; díjole un Evangelio, y púsole las santas reliquias que traia en el lado donde tenia el dolor; y apenas habia acabado de ponerlas, cuando con voz alta comenzó á decir el Pintor: que estoy bueno, que no me duelen ya las muelas; y trabajó luego en el Sagrario, sin que mas le viniese aquel dolor. Y quedó con tanta fé con las santas reliquias, que pidiéndole á este mismo Padre un poco de carne, despues (como él confesó al mismo Religioso) sanó de un récio dolor de hijada, poniéndose aquella reliquia; y con ella curó á otra hija suya de otro grave y vehemente dolor.

Habia en la misma ciudad de Toro un hidalgo muy honrado, llamado Francisco Deza, que tenia un solo hijo como de cuatro ó cinco años, llamado Tomás, y con harto miedo de perderle, por estar enfermo de un dolor de costado, que por ser tan niño no le podian ayudar con las medicinas ordinarias, y que le podian ser mas saludables, de que estaban sus padres muy desconsolados y tristes. Eran muy devotos del Convento de Carmelitas Descalzos, y así tenian noticia de las maravillas que Dios obraba por medio de las reliquias de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus. Enviaron á llamar al

P. Fr. Francisco de la Trinidad, el cual, cuando llegó donde estaba el niño, le halló tan caído y triste, como la enfermedad lo pedia. Dijo un Evangelio, y púsole las reliquias de la Santa encima de su cabeza, y luego el niño, mostrando alegría, llamó á su madre, diciendo: Señora, déme de comer; y preguntándole cómo estaba, respondió que ya estaba bueno. Y antes que de allí saliesen los Religiosos comió muy bien delante de ellos, y se levantó muy presto sano y bueno, con grande admiracion y espanto del Médico, y alegría de su padre. De otros muchos milagros ha sido testigo este mismo Padre, que ha obrado el Señor por medio de las reliquias que él trae consigo, que por no alargarme mas de lo justo, no los referiré aquí; como tambien lo haré de otros muchos que pudiera decir, que se han hecho por medio de la carne de la Santa Madre Teresa.

Con la mano de la Santa Madre Teresa, que está en San Alberto de Carmelitas Descalzas en Lisboa, se han hecho muchos milagros, uno de ellos habemos ya contado. Como una novicia que en toda su vida habia tenido olfato, lo cobró poniéndose en las narices esta santa mano. Y á la misma hermana ya profesada le dió una noche, estando todas reposando, un accidente tan récio, que se hacia pedazos, y no bastaban á tenerla tres ó cuatro hermanas; decia que le parecia que le quebraban los huesos y le arrancaban el corazon. Pareció ser esto del demonio, porque jamás habia tenido cosa que á esto se pareciese. Estando todas suspensas y congojadas con aquella novedad, trajeron la mano de la Santa Madre, y se la pusieron, y al punto que le tocó quedó luego libre, como si nunca hubiera tenido mal alguno.

Al mismo Monasterio de Carmelitas Descalzas se recogieron por mandado del Archiduque Alberto unas Monjas Flamencas (que habian pasado grandes trabajos entre Herejes) para estar allí hasta que les diesen casa propia. Entre ellas una Castellana, que se llamaba Catalina del Espíritu Santo, hija de un caballero español llamado D. Luis Carrillo, y sobrina del Cardenal Granvela, por parte de su madre, habia mas de veinte años que ni un dia solo habia tenido libre de dolor de estómago; de esto daban testimonio sus compañeras, y la gran flaqueza que ella tenia; pusiérole la mano en el estómago, y dióle luego un dolor tan grande, que no le podia sufrir, y al

punto se le quitó y quedó del todo sana, sin haberle vuelto mas; y para prueba de esto, comia delante de sus compañeras de manjares que sabian ellas que le solian hacer grandísimo daño, y no le hacian ya ninguno.

Estaba en Lisboa doña Inés de Ayala, mujer del Mayordomo Mayor del Archiduque Alberto, muy mala de parto, y pidió la mano de la Santa Madre, y habiéndole tocado con esta santa reliquia, salió de aquel aprieto, y túvose por milagro, por el gran peligro que estaba. El mismo efecto hizo en otra señora de aquella ciudad, que (como ella despues certificó) parió sin dolores ningunos.

Sucedió tambien otro milagro con esta mano, no menos insigne que los pasados. Habia en Valladolid una señora principal, llamada doña Luisa de Porras; viviendo la Santa Madre, trató de ser Religiosa Descalza de aquel Convento, y estando admitida, detúvose algun tiempo en tomar el hábito, por causa de la enfermedad de una tia suya, en cuya casa vivia. Yendo despues esta señora á Lisboa, dióse de una caida un golpe en los pechos; hízosele en ellos una hinchazon y dureza grande, y vino á estar tan enferma por nueve años continuos, que aun no se podia vestir; en este tiempo la curaron los mejores Médicos y Cirujanos que habia dentro y fuera de Lisboa, sin que la cura aprovechase cosa alguna, por ser el mal muy grande, que, segun decian, eran muchos zaratanes juntos. Apretóla tanto este mal con accidentes, que se vió al cabo de su vida desahuciada de los Médicos. Estando una noche con la congca de la muerte, vió junto á su cama unas mujeres vestidas de blanco, y conoció ser una de ellas la Santa Madre (que habia ya dias que era muerta); comenzó con grandes ánsias á pedirle su ayuda, más para el último trance en que estaba, que para cobrar salud, porque ya estaba sin esperanza alguna de tenerla. Comenzó luego á sentir en sí una grande mejoría, y unos deseos grandes de visitar la santa mano, porque le parecia que en tocando esta santa reliquia, luego estaria buena; y dentro de nueve dias fué creciendo tanto su mejoría, que pudo ir al Monasterio, y tomando la mano con mucha devocion, se la puso en los pechos, y luego al punto se sintió buena y sana. Aquel dia se le cerró tambien una fuente que tenia en un brazo, sin la cual decian los Médicos no podria vivir, y habia ya cinco años que la tenia. A cabo de un mes, como sin-

tiese algun dolor en aquella parte, volvió á ponerse la mano con la misma devocion, y se le quitó del todo, y quedó tan buena y sana, como si no hubiera tenido mal ninguno, sin haber sentido despues mas dolor ni rastro de aquella enfermedad.

En la misma ciudad de Lisboa habia un caballero muy honrado, que por sospechas que el demonio le debia de haber puesto de su mujer, estaba determinado de matarla una noche. El dia antes fué al Monasterio de las Descalzas, y vino á declarar la congoja y mal pensamiento que traia á la Priora; ella le rogó que no fuese aquella noche á su casa, sino que se quedase en el Monasterio de los Padres Descalzos de la misma Orden, para que le consolasen y aconsejasen lo que habia menester. Viendo la Priora que él no salia á ello, ni su ira se aplacaba, ni bastaban razones para quitarle de aquellos malos intentos, sacó la mano de la Santa Madre, y púsosela sobre el corazon, y quitósele luego aquel mal deseo, y quedó sosegado y bueno.

Semejante á esta fué otra cura que hizo la mano de la Santa en el Lic. Tomás de Baeza Polanco (Provisor que fué en el Obispado de Córdoba); estaba en Lisboa con una grave enfermedad, preparándose para hacer la jornada de esta vida á la eterna; determinó de confesarse y recibir los demás Sacramentos de la Iglesia; al tiempo que vino el Confesor, sintió tan grande oscuridad y tinieblas en el entendimiento, que entonces le ponía el demonio, que ni tenia memoria de los pecados, ni discurso para hacer ni discernir cosa alguna. Volvióse el Confesor, sin que el Provisor pudiese comenzar su confesion. Trajéronle la reliquia de la santa mano, y habiéndosela puesto en la cabeza, se le aclaró luego el entendimiento y la razon, y se deshicieron al punto todas aquellas nieblas, que le oscurecian el alma, y se confesó generalmente con tanta satisfaccion, cuanta él decia que nunca habia tenido en su vida, y el gusto que recibió de haber hecho esto tan á su placer, fué parte para que estuviese luego bueno, habiendo sido medio la santa reliquia, así para la salud del alma como la del cuerpo.

Tambien se han hecho algunos milagros con un dedo de la Santa Madre, que traia consigo el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios, Provincial de los Padres Carmelitas Descalzos. Uno fué en el Convento de las Descalzas de Sevilla, donde

habia una Monja llamada Isabel de San Gerónimo, que despues llevaron á Lisboa á ser Superiora. Tenia esta Religiosa una enfermedad que le solia dar de ordinario, y poner en mucho trabajo; y á veces venia á estar tan tullida de un lado, que si no la meneaban no se podia revolver. Un dia de San Miguel le dió aquel humor tan réciamente, y con tan grave dolor en un brazo, que en mas de veinte y cuatro horas no dejó de quejarse, ni le podia menear ni mudarse de un lado á otro en la cama. Acertó entonces estar allí el Provincial, que era el P. Fr. Gerónimo de la Madre de Dios, que llevaba el dedo de la Santa. Hácele poner el dedo encima de la mano, y del lado donde sentia la fuerza del dolor (sin saber ella ni las demás que fuese de la Santa Madre), en el punto que el dedo llegó á la mano de la enferma la meneó, quedando maravillada de la grandeza con que luego sintió subir por el brazo arriba la virtud de aquella santa reliquia, y así se le fué poniendo el dedo por todo el lado tullido, y quedó libre y sana hasta hoy dia, que jamás le ha vuelto á doler, y há mas de quince años que esto pasó.

Con este dedo se curó la Madre María de San Gerónimo, Priora que fué del Convento de Carmelitas Descalzas de Malagon, de una inflamacion que tenia en un ojo muchos años habia, sin que le volviese mas por toda su vida.

Despues vino este dedo á estar en poder del P. Mtro. Fray Juan de las Cuevas, Confesor que fué del Archiduque Alberto y Obispo de Avila; y pasando por Medina del Campo, lo mostró á las Religiosas de aquel Convento, y acabó de sanar una Monja, llamada Juana del Espíritu Santo, de unas reliquias que tenia de unas grandes enfermedades.

CAPITULO VI.

De los milagros que se han hecho por medio de paños teñidos en la Sangre, y con otros del óleo que sale del cuerpo de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus.

Ya dijimos en el capítulo segundo de este libro, y en el fin del libro tercero, como se habia hallado juntamente con el cuerpo un paño teñido en sangre, tan fresca, que todos los pa-

ños y papeles en que se envolvía, les pegaba el mismo color y tintura de sangre. También habemos muchas veces hecho mención del óleo que sale de su santo cuerpo, del cual están empapados muchos paños, que andan esparcidos por toda España y fuera de ella. Y esta es la razón que son innumerables los milagros que se han hecho en muchas partes. De solos estos paños se pudieran traer aquí mas de doscientos milagros, todos ó de personas muy fidedignas y graves, y otros de Religiosos y Religiosas de su Orden. Pondré aquí los mas principales, y los que pueden mover á mas devoción á quien los leyere.

El Lic. Vallejo, Oidor del Consejo del Duque de Alba, en la misma villa tenía un niño de dos años, y estaba tan al cabo, que no había esperanza de su vida; su padre, muy afligido, porque no tenía otro, envió á llamar á Antonio de Zamora, Sacerdote y Capellan del Monasterio de las Descalzas Carmelitas, para que le dijese un Evangelio y le encomendase á Dios. Fuése el Oidor á una Iglesia á oír Misa, por no ver la muerte de su hijo, y su madre hizo otro tanto. Vino Antonio de Zamora, y con la mayor devoción que pudo, le puso un pañito de la sangre que había salido de la Santa Madre, sobre la cabeza del niño, y luego parece que revivió y echó mano al paño, holgándose mucho con él, diciendo: esto es mio, y daba prisa que le levantasen de la cama. El ama, viendo que estaba ya bueno, con gran gozo le tomó en brazos, y lo llevó á su padre, que estaba en la Iglesia esperando las nuevas de su muerte. Antes de entrar oyó el padre la voz de su hijo, y pensando ser de otro niño, no quiso volver la cabeza, por no quedar con mas lástima; entró el ama con el niño bueno y sano en sus brazos, y con el pañito en las manos, que á nadie lo quería dar, y lloraba mucho si se le quitaban. Fué tanto el contento de su Padre, que apenas lo creía. De esto hay muchos testigos en Alba, y está tomado por información en el proceso de la Canonización, como también lo están otros muchos de los que aquí referimos.

A este mismo niño le sucedió, que siendo de edad de cinco años, día de Corpus-Christi, amaneció con calentura, y viéndole su padre así, no quería que saliese de casa, porque no se podía tener en pié; enviando á llamar al Médico, no le hallaron entonces; el padre púsole en la frente un pañito

de ólio, y besóle el niño con devocion, y luego al punto dijo que le levantasen, que estaba bueno, y comenzó á correr por las calles, y no tuvo despues señal alguna de enfermedad.

A Isabel Hernandez, natural de Alba, dió un dolor de costado muy récio, y estando ya desahuciada daba mucha prisa que la llevasen alguna reliquia de la Santa Madre, y lleváronle un pañito de la sangre, y en poniéndosele sobre la cabeza, luego comenzó á mejorar, y se le quitó del todo le calentura delante del que le puso el paño (que fué un Sacerdote), y en levantándose vino á la Iglesia á visitar el cuerpo de la Santa Madre.

En el mismo lugar habia un caballero llamado D. Alvaro de Bracamonte, el cual tenia una niña de tres años que tenia una gran calentura y vómitos de sangre; una noche, estando tan fatigada, que pensaban se moria ya, Antonio de Zamora, Clérigo, hizo traer un pañito de sangre que tenia, y delante de los padres de la niña y de hartas personas que allí se hallaron, se le puso sobre la cabeza, y luego al punto la niña abrió los ojos, y comenzó á hablar con los que estaban allí, y estuvo luego buena, y puso á todos grande admiracion, y nueva veneracion de la Santa Madre.

A la Hermana Ana de la Trinidad, Monja Descalza en San José de Salamanca, dió un dolor en el corazon, que ella nunca habia tenido (porque tenia buena salud), y apretábale tanto, que casi se desmayaba, y con él crecia tambien la calentura. Hiciéronle muchos remedios, mas no le aprovecharon; pusieronle despues sobre el corazon un pañito de la misma sangre de la Santa Madre, y ella le rogó que le alcanzase de Nuestro Señor que le quitase aquel dolor y le hinchase el corazon todo de sí mismo. Luego que se le puso, de allí á un poco le dió mucha congoja, con un sudor en el mismo lugar, y antes de media hora se le quitó el dolor, y nunca mas lo ha sentido; y en lo interior tambien sintió la misericordia del Señor, por la intercesion de su sierva.

En el mismo Convento sanó con un paño teñido del ólio de la Santa una Religiosa llamada Juana de Jesus, la cual, habiendo estado en la cama con una gran postema en la garganta cerca de un año, llegó á tanto extremo, que el Médico, viendo el peligro que habia de que le ahogase, mandó se le

abriese, y por haberle muy grande de perder la vida, ordenó que recibiese primero el Santísimo Sacramento por Viático, y estaba tan apretada, que con mucha dificultad pudo pasar la forma; la noche antes que le habian de abrir la postema, encomendóse muy de veras á la Santa Madre, y con mucha fé púsose un pañito sobre la postema, y á la mañana cuando vino el Cirujano (no sin grande admiracion), halló hecho á lo que venia. La Religiosa estuvo luego buena, y dió gracias al Señor y á la Santa, por cuyo medio habia recibido tan singular beneficio.

Al P. Mtro. Fr. Baltasar Ponce, Provincial de la Orden de Nuestra Señora del Cármen, de los Padres Calzados, siendo compañero del P. Vicario General y Visitador de Castilla el P. Mtro. Fr. Miguel de Carranza, de la misma Orden, le dieron unas tercianas muy récias en Toledo. Oyendo decir las maravillas y milagros que Dios obraba por medio de la Santa Madre, rogó al P. Vicario fuesen por Alba para visitar el santo cuerpo, y pedir á Nuestro Señor salud por medio de la Santa, que aunque iba con las tercianas, no por eso dejó como pudo de acompañar al P. Vicario General. Llegaron á Alba, y fué luego el enfermo al Monasterio, harto fatigado del camino y de su enfermedad, y habiéndole dado un pañito empapado en el ólio que sale del Santo cuerpo, lo tomó en sus manos, y con mucha reverencia y devocion, le besó; y al punto se halló tan bueno, como si no hubiera tenido tercianas ni calenturas, y no le vino aquella tarde el frio y accidente que le solia venir, habiendo cuatro semanas que padecia las tercianas, y con ser el Padre muy combatido de esta enfermedad, tanto, que casi los mas años la solia tener; despues que sucedió este milagro, que fue año de mil quinientos ochenta y ocho, á seis de Setiembre, hasta ahora no ha tenido mas tercianas ni rastro de ellas. Sucedió este milagro en presencia del P. Vicario General y de otros Padres de la misma Orden.

Un caballero Burgalés, llamado Jorge de Valera, pasando á Francia, llevaba consigo una de estas reliquias, y siendo combatido de Hereges, dándole algunos balazos en el pecho, de ninguno recibió daño, con no llevar ningun arma defensiva; y preguntándole cómo no era herido con aquellos golpes y balas que le daban, respondió que tenia por muy cierto que Dios le hacia esta merced, por medio de unas reliquias de la Santa Madre Teresa, que traia consigo.

No fué menor milagro que todos los dichos lo que sucedió á la Hermana Leonor de los Angeles, Religiosa Descalza del Convento de Zaragoza, á la cual antes que tomase el hábito de Religion, le solia manar mucha materia del oido izquierdo; tomando el hábito, procuró disimular su mal en el año del noviciado; pero crecióle con la materia tan grande dolor en el mismo oido, que le parecia imposible poderlo sufrir ya mas, y así, viéndose una noche tan apretada, dió cuenta de ello á su Maestra y Perlada, pidiendo remedio para su mal; ellas la consolaron, diciendo que por ser de noche y no poder llamar al Médico, lo llevase con paciencia hasta la mañana. La Religiosa insistia diciendo el dolor era tan grande, que si le duraba dos horas no tenia remedio de vivir; la Priora (que era la Madre Isabel de Santo Domingo) fué por un pañito de la Santa Madre, y con mucha fé y devocion se le puso en el oido de la enferma, y luego al momento se le quitó el dolor, de suerte que nunca mas lo ha tenido. Despues, haciéndose las informaciones de la vida y milagros de la Santa, por órden del Nuncio en Zaragoza, dijeron á esta Religiosa que dijese el milagro que Dios habia obrado con ella por medio de la Santa Madre; ella, como nunca en su vida habia jurado, dijo, que pues todas las demás lo habian visto, que lo dijesen, que no se atrevia á jurar; la Priora la dijo: en hora buena, hermana, la Santa volverá por sí. Luego que esto pasó, la Religiosa se sintió con calentura, y fuéle creciendo de manera, que pensaban que se moria, y el Médico decia que se iba acabando; la Priora, visitándola, la dijo que si queria estar buena, jurase el milagro; viendo la enferma que cada dia iba peor, determinó con grandes veras de decir el milagro, pidiendo á la Santa Madre le librase de aquella enfermedad; luego que hizo este propósito, sintió en sí notable mejoría, con grande espanto del Médico y de todas las Religiosas, y se quiso levantar, sino que no la dejaron hasta otro dia; y despues, con juramento, con mucho contento confesó por milagro, no solo el primero, sino tambien el segundo.

Un Religioso de la Orden de Santo Domingo (segun contó el P. M. Fr. Domingo Bañes), estando muy malo, y tan peligroso, que no se podia confesar, otro Religioso de los que estaban allí presentes le puso un pañito de la Santa Madre, y el enfermo luego al punto volvió en sí, diciendo: ¿qué me han

puesto que me ha hecho tanto provecho? y pudo confesar y recibir los demás Sacramentos.

Un Visitador de la Cartuja y Prior del Convento de Miraflores, llamado D. Pedro, estaba con un grande dolor de oídos que le atormentaba mucho, y habiéndole hecho muchos beneficios, no se le había quitado el dolor, por ser muy grande; un Religioso de su Orden le dió un pañito del óleo para que se le pusiese; él lo hizo con mucha devoción, y luego se le quitó el dolor; y él despues publicaba esta maravilla con devoción y ternura.

Una Religiosa, llamada María Evangelista, tenía un gran mal de ojos, y aunque le habían aplicado hartos remedios, ninguno bastó á mitigarle alguna parte del dolor: llegó á no poder hacer cosa alguna de trabajo, ni aun confesarse podía; púsose con devoción un pañito del óleo de la Santa Madre, y al punto se le quitó del todo el dolor, sin que le haya vuelto.

Francisco de Morales, vecino de Madrid, tuvo uñas graves cuartanas, con grandísimos accidentes de frios, calenturas y vómitos, junto con un grande hastío, que no apetecía comer cosa alguna; duráronle cerca de siete meses, sin que en este tiempo le aprovecharan remedios corporales y devociones, que hizo muchas. Una Religiosa Descalza, del Convento de Segovia, cuñada de este enfermo, llamada María de San José, que ahora es Priora del Convento de Consuegra, envióle un pañito teñido en sangre de la Santa Madre, y escribióle se le pusiese con mucha devoción, y confiase que Dios le había de sanar por medio de la Santa Madre; él lo hizo, poniéndose el pañito el propio día que había de venir la cuartana, y luego se levantó y anduvo en algunos negocios la mayor parte del día, y á la noche se sintió muy bueno, cenó con mucho gusto, y nunca mas le volvieron ni cuartanas, ni vómitos, ni le quedaron las reliquias que suelen quedar á los que padecen semejante enfermedad.

En Toledo, Leonor de la Madre de Dios, Carmelita Descalza, estuvo enferma de unas grandes calenturas, y harto congojada; una Religiosa púsole un pañito de óleo por la noche, y á cabo de dos horas se sintió buena, sin calentura alguna; á la mañana la vieron todas las Religiosas levantada con mucha alegría y contento, dando gracias á Dios y á la Santa Madre.

Estaba en la ciudad de Toro un Barbero, llamado Francisco Malduerme (al cual confesaba un Religioso del Convento de Carmelitas Descalzos, llamado Fray Francisco de la Trinidad), salió de una Comedia que vió, tan loco y sin juicio, que no le podian tener en la cama; fueron á llamar al Padre, que era su Confesor, y viniéndole á confesar, le halló desnudo en camisa en medio de su casa, haciendo gestos y otros disparates de loco; el Confesor echó de ver no estaba capaz para confesarse, antes le tuvo mucho miedo, y teniendo gran compasion de él, de un pañuelo de lienzo que tenia, que habia sido de la Santa Madre Teresa de Jesus, rompió una venda, y la cosió en un tocado del enfermo; hizo que se le atasen en la cabeza, fuese luego el enfermo á su cama, y al cabo de un rato que estuvo el Padre con él, de sus respuestas y razones, echó de ver que estaba muy en su juicio, y se confesó con él como si no tuviera mal alguno. Volviéndole á visitar otro dia, le halló bueno y sano, sin que mas le volviese aquel trabajo y enfermedad; y como él mismo despues contó, una vecina suya que habia sabido esta maravilla, estando muy enferma de la cabeza, le pidió le pusiese aquella misma venda sobre su cabeza, y él lo hizo, y se le quitó luego el dolor, y quedó buena y sana.

Estando la Madre Inés de Jesus, Priora que fué de las Descalzas Carmelitas de Segovia, muy mala de una hinchazon y dureza que se le habia hecho en el pecho (que decian era zaratan), púsose un pañito de estos del óleo con mucha devocion, y luego se le quitó el dolor, y se fué resolviendo aquella dureza dentro de tres dias, sin que despues haya sentido cosa alguna.

En el mismo Convento tambien se han hecho muchos milagros con estos pañitos. A la Hermana María de la Cruz, que estaba con grandes dolores de gota, poniéndose uno de estos pañitos, se le quitaron al punto.

Otra Religiosa, llamada Ana de San José, que estaba con gran dolor de un mal de perlesía, púsose un pañito del óleo, encomendándose á la Santa Madre, y luego se sintió buena y sin dolor.

La Madre Francisca de la Encarnacion sanó de una erisipela; á otras muchas Religiosas de aquella casa, curaron de otras muchas enfermedades, como consta de la informacion de la Canonizacion de la Santa Madre.

A Agueda de San José, Superiora del Convento de Carmelitas Descalzas de la ciudad de Toledo, estando en la fundacion de Huete, le dieron unas tercianas, y eran tan grandes los frios y calenturas, que los Médicos la dijeron que tenia enfermedad para mucho tiempo; estando un dia con el frio, metieron las Religiosas un pañito del óleo de la Santa Madre en un jarro de agua, y diéronle á beber de aquella agua, y luego se le quitó el frio y la calentura, que entonces comenzaba, cesó, y nunca la tuvo mas.

A esta misma Religiosa le habia sucedido, tres ó cuatro años antes, que estando muy mala de calenturas contínuas por espacio de nueve meses (que era el tiempo de su noviciado en Toledo), el Médico que la curaba dijo que no hallaba remedio, y otros tres que la vieron, dijeron que estaba ética, y así le apartaron ropa y vasos; la Subpriora de aquel Convento, llamada Elena de Jesus, dióle á la enferma un pedazo del hábito y una carta de la Santa Madre; la Religiosa aquella noche púsose en el pecho; á la mañana vino el Médico y la halló sin calentura, y así él como las Religiosas lo tuvieron por milagro, y la Religiosa quedó buen, sin que le volviese mas la calentura. En el mismo Convento de Toledo estaba enferma de unas calenturas una Religiosa llamada Leonor de la Madre de Dios, y la Madre Gerónima de la Encarnacion púsole un relicario de muchas reliquias de Santos que tenia, y como no la dejasen las calenturas, quitóselo, y luego le puso un pañito de la Santa Madre, y al punto sintió la enferma la mejoría, y aquella misma tarde estaba sin calentura ni mal ninguno.

Habia en Pastrana una mujer que habia quince años que no olia: dióle á oler un Religioso Descalzo, llamado Fr. Francisco del Sacramento (que era entonces Maestro de Novicios, y ahora Prior del Convento de Nápoles), una reliquia de la Santa, y luego olió y cobró el sentido que le faltaba.

Por medio de estos pañitos de óleo, han sido muchas las personas que han sanado de dolor de muelas, de cabeza, de calenturas y de otras enfermedades semejantes, que seria cansar al lector si aquí las hubiese de referir.

Solo diré dos milagros, que de dos meses á esta parte ha obrado Dios por medio de estos pañitos, por ser testigo el Sr. D. Francisco Zuazo de Arévalo, Obispo de Girona, y haber

pasado por sus manos, los cuales vinieron á las mias en una carta del P. Fr. Miguel de San Fermin, Provincial de la Provincia de Cataluña, de los Religiosos Descalzos de Nuestra Señora del Cármen, la fecha de ella es de este año de mil seiscientos y seis, donde entre otras cosas dice así:

«Saliendo un dia al campo el Sr. Obispo de Girona, dijéronle (ó no sabe si le obligó el ruido que habia en la casa á preguntarlo), que en aquella casa estaba una mujer endemoniada y muy trabajada; y así quiso entrar á verla, y le comenzó á decir algunas cosas, y estando en esto, se acordó que traia en su pecho un pedazo de los lienzos del óleo de nuestra Santa Madre, y lo sacó para enseñárselo, sin decirle cosa alguna; comenzó luego la mujer á inquietarse, y á hacer muchos visajes y sentimientos; el Sr. Obispo, como vió esto, recogió el pañito en un pañizuelo suyo, y con esto comenzó á quietarse. Segunda vez descubrió el pañito, y se puso la mujer como la primera vez, y diciéndole qué le daba pena, respondió (no se acuerda bien si dijo), ese pañico de Teresa de Jesus, ó absolutamente Teresa de Jesus. Y es de advertir, que esta mujer es mujer ordinaria, y no se puede presumir que tuviese noticia de nuestra Santa Madre, y aunque la tuviera, no podia saber que aquel era lienzo suyo, mojado en el licor que mana del cuerpo de la Santa. Al fin insistió el Sr. Obispo con el pañico en que el demonio saliese de aquel cuerpo, y salió con lo que pretendia. A esta fama le trajeron á su casa otro muchacho tambien endemoniado, y con el mismo pañico le libró. El Sr. Obispo dice que quiere se tome esto por testimonio, porque tiene por manifiesto milagro que Dios ha querido hacer por intercesion de nuestra Santa Madre, y dice, que pues él lo dice, lo podemos creer, porque ya me conocen (dice él), que en esto de milagros soy un poco incrédulo como he visto tantas cosas en el tiempo que he sido Inquisidor.» Y mas abajo prosigue:

«Algunos dias antes, estando un mercader muy malo en la misma ciudad de Girona, sin poder dormir ni comer cosa alguna, llamaron al Padre Superior del Convento de los Carmelitas Descalzos de aquella ciudad, el cual dijo á su mujer que pusiese al enfermo una reliquia que le daria, que era de nuestra Santa Madre, y que para que mejor alcanzase salud para su marido de Dios, por medio de la Santa, ofreciese á Su Ma-

gestad de hacer alguna cosa en honra de ella; hizo voto de vestirse el hábito de Nuestra Señora del Cármen, que es el que trujo la Santa Madre, y dar de limosna unos vestidos ricos que tenia, y así entró la reliquia á su marido, el cual la miró, y juntamente un retrato de nuestra Santa Madre, que estaba con la reliquia, y encomendóse á ella. Comenzó luego á dormir, aunque fué todo soñando, y el sueño era de nuestra Santa Madre, de San José y de la Virgen Nuestra Señora. A la media noche despertó y pidió de comer, y comió bien, y se volvió á dormir, de suerte que cuando los Médicos vinieron al otro dia, dijeron que estaba del todo bueno. Y lo mismo le sucedió al Dr. Menescal (Catedrático de Prima, que fué de Teología de la Universidad de Barcelona), el cual se ha librado de otra enfermedad con otra reliquia que le dieron. Aunque al Señor Obispo de Girona no le hace nada de esto tanta fuerza, porque dice podian las enfermedades haber entonces hecho su curso, sino solo lo que él vió y palpó por sus manos. Procuraré que se tome por testimonio auténtico todo lo dicho, y si fuere necesario lo enviaré con brevedad. Todo esto es de la carta del P. Provincial.

CAPITULO V.

De los muchos milagros que se han hecho por medio de los vestidos, hábito, cartas y otras reliquias diferentes de la Santa Madre.

Luego que murió la Santa Madre, enviaron las Religiosas de Alba un poco de su hábito á la Madre Ana de Jesus, Priora que era del Convento de las Descalzas de Granada. Sucedió en este tiempo que la Duquesa de Sesa, que residia en Vaena, escribió á la Madre Ana de Jesus; encomendase á Dios á don Juan de Guzman, marqués de Ardales, que estaba muy malo, y desahuciado de los Médicos, sin esperanza alguna de salud. Respondióle la Madre Ana de Jesus á la Duquesa, y dentro de la carta envió un poco del hábito de la Santa Madre, para que se lo pusiesen al enfermo. Hízolo así la Duquesa, y luego cobró salud milagrosamente, y á esta causa quedó de allí adelante la Duquesa, y su casa muy devota y agradecida á la

Santa Madre, é hicieron mucha limosna á aquel Convento de Granada.

Habiendo peste en Granada, la Madre Ana de Jesus, Priora de aquel Convento, fué herida con una grande seca y calentura; púsose encima de ella estas reliquias de la Santa Madre con que se durmió y despertó buena, como si no hubiera tenido mal alguno. Lo mismo sucedió á una señora de Granada, llamada doña Catalina Ronquillo, y poniéndose en las heridas estas reliquias, luego se sintió buena, y sin rastro de calentura ni seca. Y á otros enfermos de este mal sucedió lo mismo en aquella ciudad.

El Prior de San Juan, D. Fernando de Toledo, estaba muy malo y muy impedido de gota. Envió á pedir al Convento de las Descalzas de Alba algunas reliquias de la Santa Madre. Las Religiosas le enviaron un poco de velo, que habia sido de la Santa. El se lo puso con mucha devocion, y quedó luego libre de su enfermedad, y fué al Convento á contar á las Religiosas este milagro. Quedó con esta esperiencia y otras que tuvo de la gran santidad de la Madre Teresa, tan devoto, que mandó en su testamento catorce mil ducados para que se pudiesen en renta, y los réditos se fuesen empleando en los gastos de su Canonizacion.

En Medina del Campo, Obispado de Valladolid, estaba don Antonio de Villarroel, hijo de un caballero principal de aquella villa, llamado D. Diego de Villarroel, muy enfermo de una grave y peligrosa enfermedad (que los Médicos llaman caro) que le privaba de tal manera de los sentidos, que para tornar en sí, era necesario darle garrote en los brazos y piernas. Los Médicos, despues de haberle curado y aplicado las medicinas posibles, viendo la poca esperanza de remedio, le desahucieron de la salud y de la vida. La madre del niño, que era una señora llamada doña María Alvarez de Evan, tenian gran devocion con las reliquias de la Santa Madre, envió á pedir á las Descalzas de aquella villa enviasen alguna reliquia de la Santa; ellas le enviaron un pedazo de sábana, todo calado del ólio que sale del cuerpo de la Santa Madre. La señora puso esta reliquia al niño sobre la cabeza, y al cabo de un cuarto de hora que la tuvo, comenzó á llamar á su madre y á sus hermanas con mucha alegría, y desde entonces cobró salud perfectamente, con grande espanto de muchas personas principales que

se hallaron presentes á este milagro, y mas de los Médicos, porque viniéndole á ver dijeron no tenia ya necesidad de cura, porque estaba bueno, y que la santa reliquia lo habia sanado.

Francisca Vazquez, viuda, natural y vecina de Medina del Campo, tenia una hija doncella llamada Luisa de Ordas, de diez y seis años; una noche, entre las nueve y las diez, le dió de repente una muy grave enfermedad de unos temblores y desmayos, que le privaban del juicio y le faltaba la respiracion, porque se le apretaban las ventanas de las narices, con grandísima furia, y esto era tan á menudo, que habia dia que le tomaban mas de cincuenta veces. Los Médicos no atinaban ni conocian la enfermedad, y procurando aplicarle las medicinas que pudieron con mucho cuidado y solicitud, y no se viendo en ella alguna mejoría, le mandaron dar los Sacramentos y olearla. La madre acudió á las Descalzas de aquella Villa á contarles su trabajo. Las Religiosas le dijeron, que si su hija estaba para venir al Monasterio, le pondrian un escapulario pequesito que tenian de la Santa Madre; á cabo de algunos dias, la enferma se animó, aunque nunca le faltaban los mismos desmayos y temblores; fué con su madre y con Polonia de Torres, vecina de aquella villa, al Monasterio, y poniéndole el escapulario con mucha devocion, pidiendo á Nuestro Señor salud por los méritos de la Santa Madre, luego al punto le comenzaron á tomar los desmayos, con tanta furia y tan fuertes como al principio, por espacio de tres horas, á cabo de las cuales se sintió la enferma con gran mejoría, y fué á su casa buena, y con gran ánimo, que le tenia muy perdido, y pasaron mas de cinco años sin que le volviesen estos desmayos, y como á cabo de este tiempo sintiese que le retentaban, volvió á esta medicina celestial (porque no queria ya usar de las de la tierra), y luego que se le puso el escapulario segunda vez, se le quitaron, y no le han vuelto mas.

El dia de la Circuncision, año de mil quinientos ochenta y seis, hizo Nuestro Señor por su sierva un muy manifesto y gran milagro. Estaba en el Monasterio de las Descalzas de Medina una novicia llamada Juana del Espíritu Santo, que habia casi año y medio que estaba enferma de calenturas continuas; por el medio año postrero tenia otros males mayores, porque estaba tullida de gota, ciática y todos los miembros

impedidos; de manera, que un plato que le pusieran en las manos, no le podia tener ni menearse si no la llevaban dos Religiosas. Tambien tenia mal de corazon muy récio, y muy ordinarios desmayos. Pedia muchas veces esta hermana cuando le apretaban los dolores, alguna reliquia de la Santa Madre, y siempre se le olvidaba á la Enfermera. El dia de la Circuncision del Señor, á las tres de la tarde, le pusieron un poco de una faja de la Santa Madre, y al punto que se le pusieron le comenzaron los dolores á apretar tan fuertemente, que ella pensó ser ya llegado el fin de su vida. Habiendo estado así un rato, pedia que se le quitasen, porque no podia sufrir tan récio trabajo. Respondióle otra hermana, ea, hermana, tenga fé y pruebe á levantarse, que estaba vestida, porque la habian llevado en brazos aquel dia á comulgar. No hubo dicho esto, cuando la asió de la mano y la probó á levantar, y ella se tuvo en sus pies, y sintiéndose con fuerzas para andar se bajó ella sola por unas escaleras bien ágrias, llamando á la Priora, y convidando con lágrimas de devocion á todas que diesen gracias á Dios y á la Santa Madre, porque ella estaba sana. Todas estaban maravilladas, viendo cosa tan maravillosa, pareciéndoles como que lo soñaban; pero desde entonces quedó sin calenturas y sin desmayo, y andaba muy bien sin ayuda de nadie.

Una hermana del Monasterio de Alba tenia grande enfermedad de hígado y flemas saladas, y quemábasela la boca; de manera, que con tomar tragos de agua fria de rato en rato, se sustentaba de dia y de noche. Parecíale que no solo la boca, sino tambien la garganta y las entrañas se le estaban quemando, y cuantas medicinas se le hacian, no eran de provecho; duróle esto mucho tiempo. Un dia tomó un pedazo de una manga de la Santa Madre, y púsoselo sobre la garganta, y luego sintió la mejoría y se le fué quitando del todo, y no le ha vuelto mas.

Antonio de la Cueva, vecino de Sevilla, padeció por espacio de muchos años muchas enfermedades en el estómago, y vino á ser tan fatigado, que habia cuatro dias que no podia retener cosa en él. Púsose un pedazo de una sábana de la Santa Madre encima del estómago, y desde entonces de tal manera cesaron estas enfermedades, que nunca mas le han venido semejantes accidentes.

Doña Juana de Ervias, en Villanueva de la Xara, estaba con grandes dolores de parto, muy á peligro de su vida. Púsose con mucha devocion una manga de la Santa Madre que tenia consigo, y luego al punto parió con grande espanto de todos. Lo mismo sucedió en aquella misma villa á doña Esperanza, mujer de Juan Zapata, que estando con grandísimo peligro de un parto, por no poder parir y tener ya la criatura la cabeza fuera; púsose esta misma manga, y luego fué el Señor servido que pariese.

Doña Juana Pacheco de Mendoza, Duquesa de Peñaranda, habia mas de un año que tenia gran mal de garganta, que algunas veces le apretaba muy récio, y habia hecho muchos remedios de sangrías y unguentos, y jamás tuvo mejoría; sabiendo que en el Monasterio de Descalzos de Mancera tenian una camisa de la Santa Madre, envió á pedir al Padre Prior un poco de ella; habiéndoselo enviado se lo puso en la garganta, y lo trujo por espacio de quince dias; desde que se lo puso, sintió tanta mejoría, que no sentia pasion alguna de las que antes tenia. Esto se tomó por testimonio en la misma villa de Peñaranda, y entonces testificó esta señora lo que aquí va dicho.

En Segovia estaba enferma de una grave enfermedad la madre Beatriz del Sacramento, Religiosa Descalza de aquel Convento. Sobrevínole un frenesí tan grande, que tenia espantados á todos. Habiendo algunos dias que estaba con él, no aprovechándole remedio alguno, determinaron las Religiosas de ponerle un escapulario, que en aquella casa hay de la Santa Madre. En poniéndoselo se durmió, y dentro de dos ó tres horas despertó con muy sano juicio y cobró salud. En el mismo Convento han curado otras Religiosas con el mismo escapulario de diversas enfermedades.

En el Monasterio de Medina del Campo estaba otra novicia llamada María de la Concepcion, con unas tercianas dobles tan peligrosas, que el Médico dijo, despues de haberle hecho todos los remedios que supo, que si Dios no le enviaba la salud, ella iba su camino. Purgóla y quedó peor, porque la calentura se le hizo contínua, y las tercianas le apretaban tanto, que alcanzaba la una á la otra con muchas congojas. La enferma, viéndose así, pidió alguna reliquia de la Santa Madre. Pusiéronla un poco de una manga que ella tenia puesta cuando murió.

Al punto que se la puso (que fué cuando habia de venir el frio) se le quitó del todo la calentura, como si no la hubiera tenido. El Médico, que á la mañana la habia dejado tan peligrosa, como á la tarde la halló buena, vió claramente el milagro, y alabó al que le habia hecho por su sierva.

En el Convento de Madrid de Carmelitas Descalzas hay un pedazo de sábana de estameña que fué de la Santa Madre, con la cual se han hecho muchos milagros, porque la llevan á muchos enfermos y mujeres apretadas con los dolores de parto, y vuelven al Convento contando las maravillas que Dios obra por medio de su sierva.

Una hermana del Licenciado Barrionuevo, Depositario general, fué al Convento de las Descalzas por esta sábana, para una sobrina suya, que estaba á la muerte, y desahuciada de los Médicos, y llevándola, púsosela á la enferma, y luego comenzó á estar buena y cobró salud.

Una Religiosa Descalza llamada Luisa de Santo Domingo, del mismo Convento de Santa Ana de Madrid, estaba muy mala de calenturas y vómitos muy peligrosos; los Médicos la querian purgar, ella dijo que no la purgasen, porque nunca habia tomado purga que no la volviese á echar. Los Médicos le dijeron que procurase animarse, porque estaba su salud en la purga, y si la echaba, estaba en grande peligro, y que así seria bien recibiese primero los Sacramentos. Viendo, pues, el peligro en que estaba la Religiosa, le pusieron en el estómago, al tiempo que recibió la purga, la sábana de la Santa Madre, y no la volvió; cosa que jamás habia hecho (y lo que mas espanta, estando con vómitos), y luego cobró salud y estuvo buena.

Doña Estefanía, mujer del Secretario del Prior D. Fernando de Toledo, llamado Valderravano, estaba ya en el extremo de su vida oleada, y desahuciada de los Médicos sin sentido alguno. Envióle una toca que tenia de la Santa Madre doña Orosia de Mendoza y Castilla, que estaba casada con un sobrino de la Santa, y al punto que se la pusieron volvió en sí, y comenzó á mejorar y sanó.

Otra toca de la Santa Madre pusieron á doña Bernardina de Toledo, Abadesa del Monasterio de á dentro de Alba (de quien se ha hecho mencion otras veces), que estaba muy mala y peligrosa de una modorra, y visiblemente vieron la mejoría al

punto que se la pusieron, porque comenzó á hablar, estando antes sin habla, confesó y estuvo buena. A otra sobrina de una Religiosa llamada doña Mayor Mejía, le pusieron la misma toca, que estaba con un grande dolor de cabeza, y al momento se le quitó y no lo sintió mas.

Con la tierra que hallaron pegada al cuerpo de la Santa Madre, se han hecho algunos milagros, particularmente el año de mil quinientos ochenta y cinco, enviando un poco de esta tierra que le habian sacado de entre los dedos de la Santa Madre las Religiosas de Avila á la Madre Isabel de Santo Domingo, Priora que era entonces de las Descalzas de Segovia, que estaba á la sazón muy mala en la cama ética y tísica, y sin esperanza de vida, porque le daban unos temblores muy récios y tenia muy postrada la gana del comer. El dia que recibió la tierra, que fué seis dias antes de Navidad de aquel mismo año, estaba muy mala; luego que la tuvo en su poder con la mucha devoción con que se encomendó á la Santa, se sintió con tanta mejoría, que todas las Religiosas quedaron espantadas, y cobró salud; de manera que estuvo en la calenda y maitines de Navidad, y en las demás fiestas con mucho contento y consuelo. Venian las cartas donde estaba la tierra, pasadas todas del aceite que mana del santo cuerpo, y caló tambien otros muchos pañitos, los cuales repartió entre las Religiosas de aquel Convento.

Con otra poca de tierra sanó de un brazo tullido repentinamente una demandadera de las Monjas de la villa de Cuerva.

En las Navas, tierra de Peñaranda, una mujer casada con Francisco Blazquez habia casi año y medio que tenia tullidas las manos; de manera, que no podia comer sino con mano ajena. Vino á tener una novena al sepulcro de la Santa, y quedó tan buena, que hace cuanto ha menester con sus manos, y cuenta á todos este milagro.

Otros muchos milagros se han hecho por medio de estas y de otras reliquias, como son hábito, escapulario, tocas, correa, túnica y otras cosas que tocaron á la Santa Madre Teresa, que todas las ha querido honrar el Señor con manifiestos milagros, los cuales están esparcidos por las informaciones que hasta ahora se han hecho de su canonización, sin otros que el Padre Doctor Francisco de Ribera, con grande cuidado y fidelidad,

recogió en el lib. 5 de los milagros de la Santa Madre. Solo referiré aquí algunos que hizo Nuestro Señor por medio de estas reliquias, las cuales traía un Padre de la Compañía de Jesus, como refiere el Padre Doctor Ribera, por estas palabras.

Este Junio pasado de mil quinientos ochenta y ocho años, un hermano de la Compañía de Jesus, que vivía en Salamanca, y se llamaba Martin de Gastiatigui Vizcaino, habiendo de ir á su tierra, pidióme á mí algunas reliquias de la Santa Madre, y díle un poco del hábito, y de un paño en que habia estado envuelto el santo brazo; pidiéronle á él allí reliquias, si las traía, en el lugar de Manaria, media legua de Durango, porque estaba allí un hombre llamado Juanes de Goitia, que habia tres años que estaba cuartanario, y á la sazón estaba muy peligroso y desahuciado de los Médicos. El dijo que no traía otras, sino aquellas que le habian dado, y que eran de la Santa Madre, que se encomendase á ella. Pusiéronsele al cuello cuando le habia de venir la calentura, y ni le vino entonces ni despues; antes le dejó este hermano, cuando de allí se partió con salud y con mucha devocion de la Santa.

Como se supo acudían muchas personas á este hermano para que les diese de aquellas reliquias, pidiéndoselas con lágrimas y mucha devocion algunas mas particularmente que estaban fatigadas de tentaciones grandes del demonio, para que se matasen, y de brujas. El se las dió, y despues vinieron á él cinco ó seis personas agradeciéndole el bien que les habia hecho, diciendo que nunca mas habian sentido aquellas tentaciones, ni habian sido fatigadas de brujas. Estas brujas chupaban la sangre á los niños, y les maltrataban mucho, y aun á personas grandes fatigaban de muchas maneras.

En Durango salió á él en la plaza Doña María de Galatraga, mujer de un Regidor de aquella villa, rogándole mucho le diese de las reliquias de aquella Santa, porque estaba su marido muy peligroso y desahuciado de los Médicos, y decia, que pues habian dado salud á otros, tambien la darian á su marido. Dijo este hermano, que no le habia quedado sino un poco del hábito, y que lo quisiera para sí. Ella se lo pidió con muchas lágrimas, y en fin se lo dió. De allí á treinta dias volvió el hermano por Durango, y salió la misma señora

á él á la calle, delante de mucha gente, dando voces y diciendo que por aquellas reliquias habia sanado su marido, y que otro dia despues que se la puso, comenzó á comer y hablar y estar mejor, de manera que los Médicos se espantaron de ello, y á cabo de cuatro ó cinco dias estuvo bueno del todo, y el hermano le vió muy bueno y muy sano. Todas estas personas decian que olian mucho aquellas reliquias, y han quedado en aquella tierra con mucho deseo de tenerlas. Y el mismo hermano Martin Gastiatigui, por la instancia que de allá le hacian por ellas, me dejó un paño, para que esté envuelto en él unos pocos de dias el brazo de la Santa, y le envié á Vizcaya. Hasta aquí son palabras del Doctor Ribera.

CAPITULO VI.

De los milagros que se han hecho con cartas, palabras y retrato de la Madre Teresa de Jesus.

Con papeles y cartas de la Santa Madre ha obrado el Señor muchas maravillas, dando á unos salud, librando á otros de peligros, y quitando muchas tentaciones y aflicciones de espíritu. Primeramente (como habemos referido en el libro primero, y la Santa cuenta en el suyo), un Clérigo, por medio de una carta de la Santa Madre y de sus oraciones, salió de un gravísimo pecado, y viéndose despues apretado de los demonios, que parece que todo el infierno le hacia guerra para que volviese al pecado, con solo leer la carta de la Santa Madre, se defendia de esta terrible tentacion.

El P. Lobo, Predicador Apostólico (como tambien habemos apuntado antes de ahora), estando en Roma muy apretado con unos trabajos interiores, recibió una carta de la Santa Madre, y por medio de ella le sacó el Señor libre de todos ellos.

Un Prior de una casa principal de la Cartuja, hombre muy siervo de Dios y muy fidedigno, me contó que se habia hallado una vez muy molestado de una tentacion grave é importuna, de tal manera, que le traia ya casi vencido, y que sacando un papel que tenia escrito de letra de la Santa Madre, le besó con gran reverencia, y pidió le ayudasen en aquella tentacion y

trabajo, y luego súbitamente cesó la tentacion, y se halló tan libre y con tanto sosiego y recogimiento, como si saliera de tener oracion. Lo cual me contaba él á mí con mucha ternura y devocion.

Uno de los mas insignes milagros que podemos contar en este capitulo, fué el que Nuestro Señor hizo con el Licenciado Pedro Fernandez Barragan, Clérigo y Cura de la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario de la Villa de Valverde, del Arzobispado de Sevilla, el cual, oyendo los milagros y santidad de la Sante Madre, le cobró gran devocion, encomendándose ordinariamente á ella en sus oraciones, y cada dia leia un rato en sus libros. Un dia leyó en el libro que compuso el Doctor Francisco Ribera, de la vida y milagros de la Santa Madre; y viendo en él unas palabras que la Santa Madre escribia desde Sevilla á una Religiosa, que decian: «Bendito sea Dios, que en esta ciudad me conocen por quien soy, que en las demás no me han conocido.» Lo cual decia la Santa por los testimonios que en aquella ciudad la levantaron; causóle esto gran devocion, y se acrecentó mucho ver la grande humildad de la Santa. Agradáronle tanto estas palabras, que acordó de escribirlas en un papel, y traerlas siempre consigo en el seno, para que por medio de ellas el Señor le favoreciese en sus necesidades. Sucedió que estando en una azotea de las casas Arzobiscales de Sevilla con el Licenciado Bernardino Rodriguez, Provisor que era de aquel Arzobispado, teniendo el Provisor un pistolete en las manos, que estaba cargado dias habia, queriendo descargarle, no podia, aunque le pegó fuego por dos ó tres veces, y enfadado se lo dió al Pedro Barragan. Al tiempo que éstendia la mano para dárselo, pegó el fuego y disparó el pistolete, y dió con doce perdigones de plomo en el pecho derecho de Pedro Barragan, como dos dedos de donde traia las palabras de la Santa Madre, y los perdigones, como si dieran en una pared de piedra, volvieron diez ó doce piés atrás. Acudieron todos los que estaban presentes, que pensaban quedaba muerto, y le hallaron bueno sin lesion alguna. El estaba con gran devocion, diciendo que la Santa Madre le habia librado por medio de aquellas palabras, con que tenia tanta devocion. Esto publicó allí delante de todos, que estaban espantados y admirados de verle vivo. Y así se hizo luego informacion de esta maravilla que el Señor habia obrado por su sierva.

Tambien ha querido el Señor honrar el retrato de la Santa con algunos milagros, uno fué (y harto señalado) el que ahora diré. Hernando de Trejo, natural de Sevilla, siervo de Dios y que siempre se ejercitaba en obras de virtud, era por esto muy perseguido de los demonios, hasta aparecérsese algunas veces visiblemente. Estando una vez muy atormentado, porque habia muchos dias que le molestaban y no le dejaban sosegar, fué á tomar una imágen de Nuestra Señora la Virgen María para mostrarla á los demonios, esperando que con eso huirian, y por yerro tomó una estampa de la Santa Madre; y sin ver lo que era, púsola contra los demonios, que con voces que daban le atormentaban. En mostrándoles la imágen, fué tan grande la priesa con que huyeron, dando aullidos, como si con una gran fuerza los echaran de allí. El quedó libre de las molestias exteriores y de las congojas interiores que tenia, y cuenta á todos esta maravilla con mucho agradecimiento y devocion. Fué de allí adelante tan devoto de la Santa Madre, que no andaba jamás sin traer al cuello su imágen. Y en teniendo algun mal su mujer ó hijos, luego se la ponía, y con gran fé que habia de sanar.

Una Monja Descalza estaba con una muy grande afliccion, que habia muchos dias que la tenia, y no hallaba remedio, ni sabia qué se hacer, y viéndose una noche tan apretada por todas partes, tomó un retrato de la Santa Madre para consolarse algo; estúvole mirando y regalándose con él, como si estuviera con ella misma. Estando así, le pareció que veia en su alma los ojos de la Santa Madre llenos de Dios, que con una amonestacion llena de caridad la persuadia que se rindiese á padecer aquella tribulacion por amor de Dios, pues el premio que le estaba esperando era tal, que nadie le podia pensar. Estas cosas obraron en ella de tal manera, que le deshicieron las tinieblas que tenia en su alma, y se la dejaron tan sosegada y gozosa, que se echó bien de ver ser merced sobrenatural, venida por la intercesion de la Santa Madre.

Un Sacerdote de Palencia, muy siervo de Dios, que habia conocido á la Santa Madre, estuvo unos dias con una afliccion grande de espíritu, que en tres dias no le dejó decir Misa. Encomendóse á ella, y estando rezando las Horas, se le apareció y le dijo: «Bien vas, hijo, persevera así.» El se echó á sus

piés, y le pidió la bendición, y ella le dijo: la de Dios. Y dióle una estampa de su retrato, y luego desapareció. Con esto quedó él tan bueno, que pudo luego decir Misa, y guardó con mucha reverencia el retrato, y le tiene hoy día, y cuenta lo que está dicho.

CAPITULO VII.

De los milagros que Nuestro Señor ha hecho con personas que en sus oraciones se han encomendado á la Santa Madre Teresa de Jesus.

No son menores los milagros que Nuestro Señor ha obrado mediante la invocacion de esta Santa, poniéndola muchos en sus oraciones por su intercesora para con Dios, que si estando la Santa Madre viva (como escribimos tratando de la eficacia de su oracion) no le pidió cosa á Dios que no la alcanzase, y el mismo Señor díjole le concederia todo lo que le pidiese, ahora que está gloriosa y tan cerca de Dios, no valdrá menos para con él, ni será menos poderosa para ayudar en sus necesidades corporales y espirituales á quien con devocion y Fé se ayudare para con Nuestro Señor de su intercesion, como lo han experimentado algunas personas.

Diré aquí las necesidades corporales, porque en las interiores y espirituales pienso que son tantos los que por la intercesion de esta Santa han sentido particular ayuda y proteccion de Dios, que fuera nunca acabar el quererlos referir.

Primeramente el P. Presentado Fr. Juan de Montalvo, Predicador del Convento de Santo Tomás de Avila, Religioso de la Orden de Santo Domingo, iba á Valladolid el año de mil quinientos noventa y cinco, y llegó á un lugar que se llama Boecillo, que está tres leguas de Valladolid. Donde queriendo dar de beber á la cabalgadura que llevaba, en un pilon de agua que allí está, el macho se arrojó con grande fúria dentro del mismo pilon, de tal manera, que iba el Religioso á romperse la cabeza en la testera del pilon, que era de piedra. Viéndose en tan gran peligro, invocó interiormente á la Santa Madre (de quien era muy devoto), acordándose de unas reliquias suyas que traía consigo. Paró al punto el macho (con grande admiracion y espanto de los que iban con él),

quedando el Padre colgado de un estribo, sin hacerse daño alguno, hasta que pudo llegar un mozo que traía consigo, y sacarle de aquel peligro. Del cual, luego que se vió libre, contó á todos los que estaban presentes, como el Señor le habia hecho aquella merced, por medio é intercesion de la Santa Madre Teresa de Jesus, como él lo testifica en el dicho que dice en la informacion de la canonizacion.

La Madre Ana de San Bartolomé, Priora que al presente es de Paris (estando el cuerpo Santo en Avila) se halló una vez tan mala, por sentir el cuerpo tan cansado, que no le podia menear ni hacer cosa alguna de muchas que tenia que hacer. Fuése al santo cuerpo, y estúvose allí un rato encomendándose á la Santa Madre, diciéndole que le ayudase y se uniese con ella, porque ella no podia hacer nada; luego se sintió buena y con gran ligereza, y fué á los oficios que tenia, que eran hartos; y por donde quiera que iba, traía consigo el olor de la Santa Madre, como si ella adelante la tuviera; juntamente se hallaba con tantas fuerzas y aliento, que le parecia trabajara mas que cuatro hombres, y en comenzando á hacer la cosa, le parecia que la hallaba hecha como queria, ó como que otra la hacia por ella.

Cuando volvieron el santo cuerpo de Avila á Alba, pasáronle por el Monasterio de Descalzos Carmelitas de Mancera, donde estuvo una noche. Estaba entonces en el mismo Monasterio Fr. Antonio de Santa María en la cama con tercianas dobles, y el P. Prior Fr. Nicolás de San Cirilo, por consolarle, hizo que se levantase y viniese á acompañar el santo cuerpo; él lo hizo con mucho consuelo, y estando con él dando gracias á Nuestro Señor por aquellas maravillas que en la Santa Madre habia hecho, sintió un olor muy suave y particular, que le levantó el espíritu para bendecir mas á Dios. Habíale de venir la terciana menor aquella tarde al anochecer, y no le vino, aunque estuvo allí hasta la media noche. Entonces el Prior le mandó subir á la celda, porque no le hiciese daño velar tanto. Estando en ella tornó á sentir el mismo olor un trato, y despues tercera vez le sintió, y duró mucho. Era este olor el mismo que habia sentido en Alba, estando junto á su sepulcro. A la mañana, cuando le sacaron para llevarle, se despidió de él con lágrimas, encomendándose á la Santa Madre, y rogándole que suplicase á Nuestro Señor no le qui-

tase las enfermedades que tenia, sino que las recibiese y le acompañase en ellas, y ese mismo dia le faltó la terciana mayor, y nunca mas volvieron.

A un Regidor de Palencia, que se le salia una cuba de vino, de suerte que parecia imposible remediarse, él la encomendó á la Santa Madre, y prometió de enviar limosna á su Monasterio. Al punto cesó de irse sin tocar á ella, y la pudieron vender, y él despues envió la limosna, y contó lo que habia pasado.

El Marqués de Almazan, que es ya difunto, estando una vez en su oratorio en oracion (que era muy espiritual y gran siervo de Dios) estuvo allí por mas de dos horas con gran sequedad y trabajo interior, trabajando mucho por tener algun sentimiento y dolor de sus pecados, y viéndose con este trabajo, levantóse en pié para irse y dejar la oracion, y alzando los ojos púsolos en un retrato que tenia de la Santa Madre, y sin saber cómo, dió una grande voz llamando á la Santa que le favoreciese é intercediese por él con nuestro Señor, que estaba muy desconsolado; luego de improviso fué tan grande el sentimiento y misericordias que sintió interiormente, que vino en lo exterior á tener tantas lágrimas, que no se hartaba entonces ni despues de alabar á Dios de lo que habia usádo con él, por medio de la Santa Madre; esto contó á una hija suya Religiosa Descalza llamada Francisca de las Llagas, y á María de San José, Priora del Convento de Consuegra.

Estando una Monja Bernarda del Monasterio de San Quirce de Valladolid muy mala y tullida de un brazo, como oyese los milagros que Dios Nuestro Señor obraba por medio de la Santa Madre, y la devocion que comunmente se le tenia en España, cobróse la ella grande, y un dia en el coro encomendóse mucho á ella, prometiéndole ciertas cosas; al instante se halló libre y buena de la enfermedad, y salió dando voces á las Monjas, para que viesen esta maravilla, y como vieron el milagro tan grande, todos cobraron mucha devocion á la Santa.

Un Padre de la Compañía de Jesus, en el Villarejo, estaba muy malo de una postema; sanó milagrosamente de aquella enfermedad por intercesion de la Santa Madre, como despues refirieron muchos Religiosos de aquella casa.

Antes de pasar adelante pondré aquí un milagro grande que

el Señor obró por medio de su sierva, con una Religiosa Descalza del Convento de Avila, sacado de una carta que la Madre Priora de aquel Convento escribe al P. Provincial de los Carmelitas Descalzos, que él me enseñó al tiempo que este libro se estaba imprimiendo, y por parecerme cosa digna de memoria, y de mucha fé y autoridad, me pareció ponerla aquí por sus mismas palabras; dice, pues, así:

«More Nuestro Señor eternamente en el alma de V. R. Padre nuestro: no sé si por caso se perderá una que escribí á V. R. el dia de San Juan, que fué casi á sus aventuras, y por eso escribo esta para dar cuenta á V. R. como la hermana que estaba tullida, está sana, que aunque lo dije en la carta pasada, el miedo de que se ha de perder me hace repetirlo aquí, aunque en breves palabras, y es, que el dia del Bienaventurado San Juan, á las tres de la tarde, me dijeron unas hermanas querian llevarla al Cristo de la Coluna; á algunas les parecia que no la llevasen, pues era forzoso llevarla en brazos ó en la silla. Así dije, que las que lo quisiesen hacer lo hiciesen, y las que no, lo dejasen. Al fin la llevaron en la silla, y en llegando á la ermita se arrojó en el suelo para entrar de manos gateando, que de otra manera no se podia menear ni un paso; dice que luego sintió en sí un grande aliento interior y exterior, y tanto, que como si mal ninguno tuviera, se puso en pié, y como vió el Cristo, corrió diciendo: Dios mio, y Señor mio, y se echó á sus piés; despues que se levantó de ellos, anduvo tres veces por la ermita con grande aliento, y con él anduvo las demás ermitas, y subió á la de San Juan Bautista, que son siete pasos de la piedra, y los bajó sola. Fué al coro, y aquella noche se desnudó sola, y antes de venir de la huerta, comió y bebió con sus manos, que antes no lo podia hacer, y ha sido Dios servido que ha perseverado. Vá al Refetorio, y anda por toda la casa de la misma manera que ella solia. Todas las personas que sabian su mal, se han quedado admirados de la obra tan maravillosa que Nuestro Señor ha obrado, que fué como la del Paralítico del Evangelio; dícneme que para gloria de Dios y alabanza de Nuestra Santa Madre, es bien que una maravilla como esta quede en memoria y se tome por testimonio; yo así lo pensaba, porque ha sido cosa admirable; mas no trato de cosa, hasta ver lo que V. R. me ordena. En que V. R. me puede creer con toda verdad, y que Nuestro

Señor ha restituido á esta casa uno de los mejores sugetos que en ella habia, así en virtud como en prudencia; bendito sea Su Magestad, que así mira por ella, y vá cumpliendo lo que á nuestra Santa Madre tiene prometido, de que se verian grandes cosas en esta casa. Todas las hermanas andan en pié, gracias á Dios, y postradas á los de V. R. humildemente le suplicamos no nos olvide en sus oraciones y santos sacrificios. Su Magestad nos guarde á V. R. los años que deseo, y todas sus súbditas hemos menester de este Convento de San José de Avila, á 28 de Junio de 1606.

*Indina y menor súbdita de V. R.,
Inés de Jesus.»*

Una Religiosa Descalza Carmelita del Convento de Madrid, llamada Elena de la Cruz, todo el año de su noviciado anduvo desasosegada é inquieta interiormente, que no bastaban medios ningunos para que se quietase. Llegando ya á cabo del año resolvióse en dejar el hábito, y avisó á una cuñada suya que viniese cierto dia, porque estaba determinada de irse con ella. Estando con esta determinacion, fuese á una ermita que está en la huerta apartada, y se desnudó el hábito, escapulario y correa; pero siempre pidiendo favor con grande ánsia á Nuestra Señora y á la Santa Madre, diciéndole: Madre, ¿ahora me quereis echar de vuestra casa? Y luego de improvisó se volvió á vestir con mucha priesa, y se halló tan llena de contento y tan diferente de antes, que admiraba á los que antes la habian visto de otra manera, y pidió la profesasen luego, y la Madre Priora le decia que lo dilatase por que lo viese mejor; respondió que no la aguardasen un momento. Profesó sin que jamás despues de muchos años haya sentido género de desconsuelo, sino mucha alegría y contento.

A la Madre Inés de Jesus, Monja Descalza (Priora que ha sido del Convento de Segovia) le sucedió que siendo Sacristana en aquel Convento, trujéronle un cáliz nuevo, y el mismo dia que comenzó á servir, púsole descuidadamente en una mesa, de la cual cayó en el suelo, que estaba empedrado, y del golpe se abolló y torció, de suerte, que desde la boca del cáliz hasta el pié, no cabian tres dedos. La Religiosa afligida cerró la Sacristía, y fuélo á decir á su Perlada, y hallándola ocupada,

fuese al coro, y puso los ojos en un retablo que habia en él de la Santa Madre, y con mucha confianza y fé en la Santa, le dijo: ¡ay, Madre mia, cómo podríades vos remediarme esta afliccion! y con esto concibió alguna esperanza que le habia oído, y volvió á la Sacristía, y halló el cáliz bueno, sin quebradura ni lesion alguna, encima de la mesa donde le habia dejado.

Una persona Religiosa de mucha autoridad y crédito, dijo á una Religiosa Descalza, llamada Ana de la Trinidad, del Convento de Salamanca, que tenia tan gran dolor en el pecho, que parecia se le juntaba el pecho con la espalda, y padeció este trabajo muchos dias; apretándole el dolor mucho un dia, que pareció se queria ahogar, se encomendó á la Santa Madre, y acabando de comulgar, le apareció la Santa, y le puso una mano en el pecho y otra en las espaldas, y le apretó muy récio, aunque con tanta suavidad, que no sintió dolor, y dijo á esta persona algunas palabras de regalo, y le echó su bendicion, con lo cual se le quitó al punto el dolor, y nunca mas le volvió, y quedóle en el pecho una fortaleza estraordinaria, y su alma con luz y deseos de servir á Dios.

La hermana Catalina Bautista, Religiosa Descalza del Convento de Alba, estando una vez quemando por mandado de la Perlada las tablas del ataud donde habia estado el santo cuerpo, por estar podridas, súbitamente se comenzó á prender el fuego en la chimenea, de suerte que toda ella se ardia. La Religiosa, afligida y atribulada, encomendóse muy de corazon á la Santa Madre, comenzó á pedir su ayuda, diciendo: Madre Teresa de Jesus, ayudadme en esta tribulacion. En el mismo instante se cayó todo el fuego de la chimenea, sin quedar cosa ninguna, y la chimenea segura y libre del incendio. A la misma hermana le sucedió otra vez, que hincándosele un clavo por el pié, disimulólo, y no hizo caso de él pensando no seria nada; vínosele á hinchar el pié y parar tan malo, que no se podia tener en él. Vino el Cirujano á curarla, y habiéndole puesto unas medicinas con unos paños, así para la herida como para la hinchazon, se fué, y como salió de la enfermería, dijo la Religiosa: «Si yo tengo fé en la Santa Madre, no he menester medicinas ni remedios;» quitóse al punto los paños que le habian puesto, y encomendóse á la Santa, y luego se sintió mejor, y se fué sanando la herida y quitando la hinchazon,

de suerte que otro día se levantó, y andaba como si no tuviera mal.

Otra Religiosa del Convento de las Descalzas de Toledo, llamada Teresa de la Concepcion, habia diez años que estaba con una cuartana muy penosa; un día le dió una muy grande con muchos dolores de cuerpo, de manera que pensaban se moria. Púsose en oracion, suplicándole á Nuestro Señor la sanase por intercesion de la Santa Madre Teresa, para poder acudir á los trabajos de su oficio, que era Freila. Parecióle á la Religiosa que vió interiormente á la Santa Madre, que le hacia la señal de la Cruz por todas partes de su cuerpo, diciéndole que tuviese fé, que aquella señal la sanaria. Luego se sintió libre de la cuartana en aquel punto, y nunca mas le vino. De otras dos enfermedades muy peligrosas curó esta misma Religiosa, desahuciada ya de los Médicos, encomendándose á la Santa Madre.

El Licenciado Fernando de Mata, Predicador de la Santa Iglesia de Sevilla, tenia una hermana llamada Francisca de Mata, enferma de una modorra y tabardillo, que al parecer de los Médicos no podia escapar, por ser tan grave la enfermedad. Encomendóla muy de veras á la Santa Madre Teresa de Jesus, con quien él tenia mucha devocion y esperiencia, que le habia favorecido en muchas necesidades. Suplicábale que fuese intercesora con Nuestro Señor por la salud de su hermana. Luego que acabó de hacer esta oracion, sintió tanta satisfaccion de que no habia de morir, que aunque oyó á los Médicos lo contrario, no lo pudo creer, y vióse luego el efecto de su confianza, porque desde aquel punto fué mejorando la enferma y cobró salud.

Muchas Religiosas han curado de diversas enfermedades, encomendándose á la Santa Madre, y otras muchas personas de diferentes estados, como se puede ver en las informaciones hechas para su canonizacion, que si las hubiéramos de poner todas, fuera nunca acabar.

Para remate de este libro me ha parecido poner aquí una carta del P. Fr. Francisco del Sacramento, Definidor general de la Congregacion de los Padres Carmelitas Descalzos de Italia, la cual escribió siendo Maestro de Novicios del Convento de San Pedro de Pastrana de la Congregacion de España á un Religioso Descalzo de la misma Orden; por ella se

verá el espíritu del autor, y el provecho que sentia él con la devocion de esta Santa y otros milagros que en ella refiere la Santa Madre:

«JESUS MARIA.

Nuestro buen Jesus pague á V. R. el consuelo que me envió con la suya, y mucho mas con las reliquias de Nuestra Santa Madre que vinieron con ella, que fué para mí uno de los mayores que he tenido en mi vida, que ni yo le podia disimular, ni cabia en mi corazon tan grande ternura como sentí con ellas. Vinieron al mejor tiempo que pudieran, víspera de nuestro Patron San Antonio, para que con la devocion del Santo y de la Madre se celebrase la fiesta de ambos con la alegría y devocion doblada; y así la hemos celebrado, no como yo deseaba y quisiera, mas creo, segun lo que hemos podido; quisiera yo poder hacer á la Madre una gran fiesta, y honrarla con una solemne procesion, no solo en el noviciado, sino en todo el mundo, mas por no ser canonizada nos hemos estrechado á unas nonadas que en sí lo son (aunque por cumplirse en eso la obediencia que no nos dá licencia para mas) puede ser haberlas la Santa (que tan amiga fué de obedecer) recibido de buena gana. El Oratorio estuvo muy devoto y bien compuesto; la víspera de San Antonio en la plática, les dije á los hermanos la merced que de nuevo nos habia hecho el Señor con la venida de las reliquias, que se aparejasen para venerarlas mucho el dia siguiente, y para comulgar con mayor fervor y devocion en el Oratorio. Ellos lo hicieron, y así les dije hoy Misa en el Oratorio, y comulgaron con harta devocion, y mientras la Misa, tuvimos las reliquias en el altarico que está al lado izquierdo del otro, el cual estaba muy bien aderezado con sus velas, y acabada la comunión y Misa, les dije dos ó tres palabras de la Madre, para encenderlos en su devocion, y para que con fé y amor llegasen á besar sus santas reliquias; ellos lo hicieron así, viniendo de uno en uno hincándose de rodillas, y teniendo los acólitos sus cirios encendidos á los lados, y yo vestido, la reliquia en las manos. Ha obrado esto de tal manera en los hermanos, que creo les ha de ser de gran fruto y aprovechamiento; la devocion se ha conocido mayor; los bienes del alma yo sé que se han aumentado de algunos dias á esta parte, no solo en mi alma (que

esa la siento mejorada, por oraciones de la Santa Madre, por su lectura y ejemplo), sino en las de los hermanos y en los cuerpos se han hecho cosas maravillosas, las cuales no escribo ahora á V. R., porque no he tomado aun de ello plena informacion, y no quiero en esto estenderme ni decir sino lo que fuere pura verdad; harélo cuando entienda que convenga, y me haya mejor informado de lo que he comenzado á saber. Olvidóseme decir, que de que las hubimos venerado todos, cantamos un *Te Deum laudamus* en agradecimiento de las mercedes que el Señor hizo á la Madre y á nosotros en traernos sus reliquias, y esta tarde les hice un poco de plática de sus virtudes (porque á la mañana no hubo lugar), y les dije que compusiesen coplas en loor de la Madre, y les prometí premios de *Agnus Dei*, Misas, Oraciones, etc., á los que mejor y con mayor devocion lo hicieren, y hemos de leerlos el domingo. Con esto creo han quedado los hermanos muy devotos de nuestra Santa Madre, y con muy grandes propósitos de lo ser toda la vida, y de imitalla en sus virtudes, y así espero que Nuestro Señor ha de ser muy glorificado, y nuestra Santa muy honrada, y los hermanos muy aprovechados. Y prosiguiendo en otra carta, dice:

«Todo creo lo ordenará el Señor, de tal manera que la ven-gamos presto á rezar; yo pienso no morirme primero que predique de sus alabanzas, porque yo veo que Nuestro Señor tiene tanta priesa en honrarla cada dia con milagros, que me dá á entender quiere presto sea públicamente honrada de todos. No sé si remití á V. R. una que me escribió el Padre Definidor Fr. Juan de Jesus María, el cual, enviándome un poco de carne suya, me dijo habia pocos dias que en Madrid cierta persona tomó aquella misma carne, y queriendo partirla con un cuchillo, con alguna desestima é indevocion, salió una gota de sangre, con la cual quedó la persona despavorida, compungida, arrepentida y devota de la Santa. Yo mismo dí á oler esta misma reliquia á persona que era muy devota de la Santa Madre, y no tenia olfato, ni le habia tenido muchos años habia, y se le restituyó el Señor, y le tiene hoy dia; ha quitado dolores de muelas sensiblemente, poniendo la bolsica en que las tengo sobre el carrillo, y para que se viese que lo hacia lo que estaba dentro, en apartando la bolsa de allí tornaba el dolor; esto experimentó un hermano profeso de este noviciado.

Otros muchos achaques de cuerpo se han remediado, pero los del alma creo son mas, porque despues que comenzó en este noviciado, la devocion de esta Santa ha crecido en él juntamente la virtud, el fervor, el silencio, la oracion y el aprovechamiento en todo. Yo he visto en este noviciado muchos estados y muchas mudanzas de bueno y de malo, y de no tan bueno; mas nunca he visto tantos ni tan buenos á una como los hay el dia de hoy, que todos en número son quince, muy buenos naturales, y lo sobrenatural muy mejor; estos son solos novicios sin los recién profesos. Todo esto creo ha venido á este noviciado, por la devocion con la Santa Madre y con el glorioso San José, á quien damos una conmemoracion despues del *sub tuum presidium* de la noche, con las mismas velas y pausa que á su Esposa la Virgen. Esto es algo de lo que yo prometí escribir á V. R. cuando estuviese de ello mas certificado; de mí sé decir, que aunque le soy poco devoto, despues que con frialdad me encomiendo á ella en mis dudas y necesidades, y despues que leo sus virtudes y vida, siento en mí mucha novedad en muchas cosas, particularmente en algunos deseos del aumento de su Iglesia, de su Reformacion y de la Religion; en la eficacia del predicar, en la negacion de mi voluntad y resignacion en la divina, que aunque en esto siempre tengo muchas faltas, y nunca acabo de querer todo, y solo lo que Dios quiere, empero son ahora menos en número, á mi parecer, que otras veces, y tengo deseos de que sean muchas menos. Siéntome tan bien favorecido en el gobierno de los hermanos, en el cual me hace Dios merced que haga menos yerros que hasta aquí, descubriéndome los que otras veces he hecho, y declarándome los inconvenientes y provechos que hay en los medios que se me ofrecen, y ver en mi aprovechamiento alguno en estas cosas, despues que se las pido todas á la Santa Madre, me hace desear serle muy mas devoto y fiel hijo de aquí adelante; porque entiendo que si ahora con serle yo muy ingrato é indevoto me favorece tanto, me favorecerá mas si yo procuro mejorarme. Ahora se me acordó una cosa que me contó el hermano Procurador del Desierto, que habia pasado en cierta casa de Monjas nuestras. Háblele la Perlada mandado á una algo, que ella no queria, y bajando esta por una escalera, triste y murmurando, y quejándose interiormente, le apareció la Santa Madre, y le dijo: «¿Y la obediencia, hija?» Otras dos estaban registrando

en tiempo de silencio, y á vueltas debieron de hablar alguna palabrilla escusada, y levantando los ojos á un retrato de la Santa Madre que estaba en aquella pieza, le hallaron con el dedo en la boca, reprendiendo con aquello su poco silencio.»

CONCLUSION.

Con esto doy fin á la historia de tu Sierva, Señor, de las grandezas y maravillas, en la cual mi intencion ha sido mostrar al mundo las obras grandes de tu diestra, y el premio y galardón eterno con que pagas los trabajos temporales de tus Santos.

Mas ¿qué es, Señor, todo lo que hasta aquí he dicho para lo que de tu Sierva se puede decir? Pues de verdad aunque hablara con lenguas de hombres y Angeles, no pudiera llegar á dar la justa alabanza que tu amada merece; porque fué, Señor (como tú mejor sabes), en todo aventajadísima; semejante á aquel verdadero Israelita, en quien jamás se pudo hallar engaño. Escogida de tu mano para ser Maestra y Doctora de tus caminos, y para que en la luz de sus libros viésemos tu luz. Esta es la amadora de sus hermanos, pues por la salud y remedio suyo con tan grandes trabajos, dió principio á tantos Monasterios, cuyo oficio es de dia y de noche aplacar tu ira, é invocar sobre el mundo tu misericordia. Es vaso precioso tuyo, y verdaderamente admirable obra de tu diestra. Mujer fuerte, hecha al molde de tu corazón. No acierto á acabar de contar las grandezas y maravillas que obraste en esta Santa, pues queriendo dar fin á esta historia, parece que comienzo de nuevo. Supla, Señor mio, tu verdad en quien esto leyere, la cortedad de mi pluma, que con esto quedaré satisfecho y contento.

Y tú, Madre Santa (á quien entre los Santos escogidos de Dios, mi alma há muchos años que reverencia con gran devoción, y dá voces del profundo de mi corazón en este valle de miserias), atiende un rato á los ruegos de tu antiguo siervo, y no olvides ahora que estás en la gloria, á quien en otro tiempo tuvistes por compañero y consuelo en tus trabajos. Acuérdate, piadosa Madre mia, de esta alma desnuda de toda virtud y de gracia, envuelta en las tentaciones y lazos de esta vida. A tí suplico cuanto me es posible, que con tus poderosos méritos y con tus continuas oraciones, seas servida de alcan-

zarle salud y vida espiritual, y aquellos bienes eternos por quien siempre suspiro. Entiendo bien, y con verdad lo entiendo que puedes; fio de tu gran caridad que querrás. Espero en la inmensa misericordia del Salvador, que harás con Su Magestad cuanto quisieres. Fio de la palabra que te dió en vida, que no te negará nada en la muerte.

Procurado he perpetuar entre los mortales tu memoria, haciendo cuanto he podido, para que ni el tiempo la borrrre, ni con la edad falezca, ni con los siglos se pierda, escribiendo en tu servicio aqueste libro, para que donde quiera que llegaren mis palabras, vengan á noticia de quien lo leyere en tus obras. Suplícote me ayudes á mí y á todos los hombres, y hallemos en tí verdadero favor con el Señor, pues eres verdaderamente suya, cuyo honor y alabanza sea conocida por todos los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

en la dedicacion de la Iglesia de San Hermenegildo del Convento de los Padres Carmelitas Descalzos de Madrid. Predicado en el año de mil quinientos ochenta y cinco por el P. Fr. Diego de Yepes, Religioso de la Orden de San Gerónimo, Confesor del Rey D. Felipe II, y ahora Obispo de Tarazona.

Por ser este Sermon una como confirmacion de lo que hasta ahora he escrito en este libro, me ha parecido conveniente ponerlo aquí, por el cual se echará de ver el sentimiento que yo siempre he tenido de la santidad de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus y de perfeccion de su Orden; prediquéle estando la Côte del Rey D. Felipe II en Madrid; fué la ocasion fundarse allí por orden del mismo Rey un Monasterio de Padres Carmelitas Descalzos, tres años aun no cumplidos despues de la muerte de la Santa Madre; vá puesto por las mismas palabras y estilo que entonces le prediqué, y dice así:

«Sabiedo yo de boca de nuestra Santa Madre, que esta fundacion era la cosa que mas deseó entre todas sus fundaciones, y deseando con grandísimo afecto el aumento y prosperidad de esta Santa Orden, y habiendo sucedido todas las cosas en la fundacion de este Monasterio muy favorables, no sé cómo se ha rodeado lo que yo deseaba fuese mas aventajado, que era el Sermon de esta fiesta, solo esto haya de ser defectuoso. No puedo entender sino que la Santa Madre Teresa de Jesus, ejercitando el amor que me tuvo viviendo, quiere ahora humillarme y mortificarme, aunque sea á costa suya; mas yo no puedo conformarme con esta voluntad, sino desear en todo la prosperidad de esta su Orden, aunque sea á costa mia; especial en esta coyuntura, adonde tantas circunstancias piden feliz suceso con que se eche el sello á lo pasado y se dé principio á lo que se espera. Mas, pues, la divina Providencia, que en la disposicion de esta Orden, con

tales testimonios ha declarado tener particular cuidado de ella, ha permitido esto, será servido de no faltar en esta necesidad, pues se hace á gloria suya.

Magna erit gloria domus istius novissimæ, plusquam primæ.

Son palabras del Profeta Aggeo; quieren decir: Mayor será la gloria de esta casa postrera, que fué la primera. El propósito de estas palabras se tomó del capítulo tercero del primer libro de Esdras, adonde cuenta la divina Escritura que cuando por mandamiento del Rey Ciro fué reedificado el Templo de Salomon, por industria de aquellos gloriosos Príncipes Esdras y Zorobabel, y Jesus hijo de Josedec, los Sacerdotes vestidos de sus ornamentos, y los Levitas y Cantores con instrumentos de música celebraron una solemnísimá fiesta, en la dedicacion de este segundo Templo, y todo el pueblo con voz de alegría alababa al Señor: *Quoniam bonus, quoniam in sacula misericordia ejus.* Los Sacerdotes y Levitas que habian visto la grandeza, hermosura, ornamentos y riqueza del primer Templo que destruyó Nabucodonosor, deshacíanse todos en lágrimas, acordándose del primero, y viendo el regocijo que se mostraba en la dedicacion de este segundo angosto, pobre y tan diferente de aquel, de manera que no se podian distinguir las voces de los que se alegraban cantando, de los sollozos y lágrimas de los que gemian. Aquí entró el Profeta Aggeo con las palabras propuestas: ¿Quién de vosotros, dice, vió esta casa en su primera gloria y hermosura, y qué veis ahora los que os maravilláis de esto? ¿no os parece cosa muy poca en respecto de la primera? pues oíd la voz del Señor: Mayor será la gloria de este segundo Templo tan estrecho, que la del primero tan magnífico. Oh Padres y hermanos míos, si los que nos alegramos de ver estos Monasterios y nuevas fundaciones de Nuestra Señora del Carmen, hubiéramos visto aquella primera fundacion originada en el Monte Carmelo, los primeros fundadores de ella, y la gloria de que gozó por espacio de dos mil años, como convirtiéramos nuestra alegría en tristeza, y nuestra música en lágrimas, y nuestro regocijo en gemidos; porque podian decir estos Padres lo que respondió el Patriarca Jacob al Rey Faraon, que le preguntó cuántos años tenia; ciento y veinte, pocos y malos, y no llegaron á los dias de mis Padres, porque muchos de ellos vivieron ochocientos, novecientos años. Preguntemos á estos Padres, ¿qué forma de vida tienen, qué perfeccion, qué ejercicios profesan? Podrán responder que comparados á los de sus mayores son pocos y casi

nada; porque como parece en el tercero libro de los Reyes, capítulo diez y ocho, los Fundadores de esta Religión fueron los Santos Profetas Elías y Eliseo, novecientos años antes de la Encarnacion de Jesucristo nuestro Redentor. Su principio fué en el Monte Carmelo, en el mismo lugar adonde el Profeta Elías vió aquella nubecita, como pisada de hombre, que figurando á la Virgen nuestra Señora, fué por entonces el remedio de la gran hambre y esterilidad que el pueblo de Israel padeció en tiempo del Rey Acab, donde entonces hizo en aquel lugar una cabaña donde moró toda su vida. Este fué el primer solar y Monasterio de esta Religión; luego se juntaron con Elías el gran Profeta Eliseo y los otros discípulos que la sagrada Escritura llama hijos de los Profetas, y andando los tiempos, junto con aquella cabaña de Elías, se hicieron otras muchas, donde moraban aquellos Santos Profetas y Ermitaños, y no cabiendo en aquel lugar la muchedumbre de los que se les juntaban, edificaron otros muchos Monasterios, donde se vivia con el rigor y disciplina que el Santo Profeta les enseñó; permanecieron estas Congregaciones en grande aspereza, hasta los tiempos de San Juan Bautista y de los Apóstoles; y entre estas estrellas clarísimas vivió aquel lucero y candela ardiente Bautista, de quien dijo San Juan: *Ille erat lucerna ardens, et lucens*; y así lo afirma Filipo Hierosolimitano, sobre el capítulo primero de San Juan, diciendo: (*Joan. I. Philip. Hierosolimit. in c. Joan. I.*) «Que cuando los Fariseos fueron con aquella solemne embajada de parte del Concilio de los Sumos Sacerdotes á preguntarle ¿quién era? hallaron á San Juan Bautista entre sus hermanos los Carmelitas.» Tal era aquella compañía de Ermitaños que merecieron tener entre sí aquel testigo de Dios, lleno de Espíritu Santo. De allí salió autorizado aquel por cuya predicacion todo el mundo habia de creer en el Redentor; en aquel desierto creció su resplandor, y de su luz fueron hermanos ilustrados en la verdad; y como parece del Evangelio y del libro de los Reyes, el hábito, el vestido y comida de San Juan (*Marc. 4 Reg.*), era el vestido y comida del Profeta Elías. De donde se colige con evidencia que aquel mismo hábito y comida debia de ser de los otros moradores del Monte Carmelo. De esta compañía fueron San Andrés y algunos de los Apóstoles y Discípulos de Cristo. Josepho Antiocheno y Juan Patriarca de Hierusalen (*Joseph. Antioc. Juan. 42. Patriarc. Hierosolimi.*), que fué á los trescientos y ochenta años de la venida de Cristo, afirman de esta Santa Congregacion. «Unos Ermitaños, discípulos y sucesores de Elías,

varones escelentes, y de vida muy perfecta, vivian en el Monte Carmelo al tiempo que Cristo predicó, y despues de la venida del Espíritu Santo dejaron la soledad y contemplacion, y vinieron á Jerusalem á ayudar á los Apóstoles en la predicacion del Evangelio, y fueron con ellos participantes de su destierro y tribulacion; esto afirman los sobredichos Autores.»

Han sido tantos y tan grandes los Santos, que despues de la Pasion de nuestro Redentor vivieron en este hábito, que con vida, doctrina y ejemplos han ilustrado la Iglesia de Dios, que seria cansar, pensar de referirlos, porque de estos salió el gran Basilio, San Cirilo Patriarca Alejandrino, que presidió en el Concilio Efesino, San Hilarion, cuya vida escribió nuestro P. San Gerónimo, San Teodoreto, San Pedro Toma, San Franco, San Simon Stoch, San Andrés Fesulano, otro San Cirilo Hierosolimitano, San Albertano Francés, San Dionisio, San Anastasio, San Gerardo, San Serapion, San Bertoldo, San Angelo Mártir y otros muchos; entre los cuales fué San Alberto, Patriarca de Hierusalen, que habiendo sido primero Monje suyo, despues les dió una Regla Apostólica en que viviesen, sacada de los escritos de San Basilio y de Juan Patriarca de Hierusalen. Esta Regla es pequeña, pero de grandísima perfeccion y aspereza de vida; vivieron conforme á ella muchos años, hasta el tiempo del Concilio Florentino, de manera que si bien lo queremos mirar, de esta Orden salieron todas las que en la Iglesia de Dios florecen y han florecido. De aquí tomaron el silencio, encerramiento y abstinencia de Cartujos; de aquí se derivó el silencio, recogimiento, oracion y soledad á las otras Ordenes Monacales de San Benito, San Bernardo y San Gerónimo, el cual, hablando de sus Monasterios (*D. Hier. ad Paul.*), dice, nuestro Capitan es Elías, y nuestro Alférez Eliseo. De aquí salieron los grandes Pontífices y Doctores que ilustraron la Iglesia Católica con sus escritos y ejemplos; de aquí salieron los grandes Profetas, á cuya voluntad se abrian y cerraban los Cielos, y daban ó negaban la lluvia á la tierra; de aquí salió el lucero del mundo, las estrellas del firmamento, las columnas de la Iglesia y los primeros Predicadores del Evangelio, y los que primero siguieron á Cristo. Pero como fuera del Cielo ninguna cosa tiene firmeza, ni se conserva en un ser; sucedióle á esta Orden lo que suele á las cosas grandes, porque despues de haber navegado esta nave de Cedro, prosperisimamente á vela y remo con el viento en popa, mas de dos mil años, hasta el tiempo del Papa Eugenio IV, que fué

á los mil cuatrocientos y treinta años, cansada la flaqueza humana de tan continua navegacion, descuidándose los Pilotos, y alojando los remeros, y bajando las velas, y no ayudándose del viento, que nunca cesa de soplar, quedó por ciento y cincuenta años en calma, con los daños que en semejante ocasion suelen padecer los navíos que pasan el mar Occéano, porque no pudiendo sufrir la carne tanta aspereza y mortificacion de silencio, vestido y comida, pidieron al Papa Eugenio IV. les mitigase el rigor que en esto tenian, y despues de haberlo muy bien mirado, y consultado con el Consistorio de los Cardenales, y habido sobre ello su acuerdo, les mitigó tres Capítulos, que tocaban al no comer carne y vestir jerga y silencio perpétuo, y aunque fué hecho esto con autoridad del Sumo Pontifice, y con tanta consideracion, y las cosas que se alojaron no eran esenciales de los tres votos, sino muy accidentales. En fin, como fué bajando de su primer instituto, hicieron una pausa de ciento y cincuenta años, de donde vino grande relajacion, hasta que por industria de una santísima mujer, natural de Avila, Teresa de Jesus, Monja de la Regla mitigada, en tiempo de Pio V, habrá veinte y tres años, se restituyó la primera Regla, y se repararon las ruinas que de su mitigación habian sucedido. Hizose Piloto de esta nave, tomó el gobernalle, levantó las velas, esforzó los remadores, y desencalló la nave, y ayudada del Espiritu Santo la ha hecho caminar en veinte y tres años, de manera que en este poco de tiempo se ha cobrado lo que en ciento y cincuenta años se habia perdido.

Dios nos guarde de aflojar por ley los primeros institutos de nuestras Reglas, aunque sean en menudencias. ¿Quién dijera que por no comer carne, ni vestir jerga, ni guardar silencio perpétuo, se habia de estragar una tan santa y tan fundada Religion? Muchos Santos hay en la Iglesia, y muchas Religiones santísimas, donde comen carne, y no visten jerga, ni guardan este riguroso silencio, y perseveran en su integridad; pero esas Religiones y esos Santos comenzaron con esa libertad, y con ella guardan otras cosas que los conservan; pero quien comienza por ahí, ha de perseverar, si no quiere perecer. ¿Quién dijera que por quitar los cabellos á Sanson, habia de perder tanta fortaleza? ¿Qué parecen los cabellos, sino sujeto de inmundicias? Córtanse sin dolor y pesadumbre, y dejan descansada la cabeza; pues en los cabellos está la fortaleza de Sanson; quitarle un cabello, ni cuatro á repelones, no le pusiera en tanta flaqueza; pero

quitárselos todos á navaja, es reducirle á las fuerzas comunes de los otros hombres. Mientras las menudencias están prohibidas por la ley, y se tiene por reprehensible el cometerlas, la cabeza está entera, porque aunque haya algunos defectos en particulares, es como quien quita un cabello á Sanson; no hay ese peligro en el comun, mas cuando por ley se permite, y no son reprehensibles, eso es raer á navaja la cabeza de Sanson, y dejarle tan sin fuerza, que el que antes rompía las maromas, como si fueran hilos de estopa, ahora queda de manera, que le ata una mujer con hilos, y no se puede desatar, y de allí le sacan los ojos, y le hacen moler á una tahona. A este estado trae el desprecio de las menudencias en los que han comenzado á seguir el camino de la perfeccion; si no nacieran no hubiera qué cortar, pero ya que nacieron, hánse de conservar. Dios nos libre de bajar del rigor comenzado; los que eran fuertes, enflaquecen; apodérase de ellos la sensualidad; vienen á cegarse del todo; y á los trabajos y miserias nó imaginables; y los que no tienen fuerzas para defenderse de una flaqueza, se la hacen tener para traer sobre sí una tahona de viciosas pesadumbres.

Famoso es en el cuarto de los Reyes (4. Reg. 9.) el castigo que hizo Dios contra el Rey Acab y la Reina Jezabel su mujer, por haber quitado con tiranía á un vasallo suyo, llamado Nabot, una viña que heredó de sus padres para plantar en ella huerto de flores; hizo con falsos testigos apedrear á Nabot y condenarle á muerte, y secuestrarle la viña, y alzóse con ella, descepóla y plantó su huerto. Nunca fué reprendido de Salomon ni otros Reyes por haber plantado jardines; solo este Rey fué privado y muerto, y la Reina despeñada y comida de perros, por haber convertido la viña en floresta; aun para hacer de jardines viñas, no fuera tan culpable la violencia, pues era mejorar la tierra, y aumentar el provecho de los hombres y servicio de Dios nuestro Señor; mas de viña floresta, esto es muy de gusto de Satánás. Sé de cierto, que un demonio familiar daba á uno cuantos dineros queria, con tal que no los emplsase en dar limosna, ni en prestar á hombre necesitado, ni en plantar, ni edificar, porque todas estas cosas son provecho de los hombres y ocupaciones honestas; pues porque aquella violencia y truco de viña en jardin de flores representaba la relajacion del rigor de las santas costumbres de la Iglesia, en deleites viciosos que la destruyen, quiso la divina justicia ejecutar aquel castigo tan riguroso, para ejemplo de los Perlados, que porque no se echen de ver sus vicios y regalos, permiten y hacen leyes en detrimento

del rigor primitivo en que se fundaron sus Religiones. Vos no estais obligado á ser Religioso y perfecto, mas despues que lo comenzastes y prometistes, no habeis de bajar de allí so pena de muerte.

¿De dónde iba aquel Samaritano, de quien dice San Lúcas que cayó en poder de ladrones, que le robaron é hirieron, y medio mataron? Descendia de Jerusalem á Jericó, de donde iba la Virgen Santisima, cuando perdió á su hijo y descendia de Jerusalem á Nazareth; Jerusalem quiere decir vision de paz, y representa el estado de los perfectos ó que van aprovechando en el conocimiento de Dios, y en la mejoría de sus conciencias. Jericó quiere decir luna ó mudanza; y Nazareth flor. Pues ahora no os espanteis que el Samaritano sea medio muerto, bajando de aquel estado á la mudanza, y que la Virgen pierda su Hijo, bajando del mismo á los regalos de las flores, que este inhumano dolor permitió Dios que padeciese su Madre sin culpa, por escarmentar á los mal recatados, que de altos estados se relajan y allojan; vos bien podeis ser salvo en lo llano, pero si subís á la cumbre, y de allí bajais, daos por perdido. El rico que no mira en pocas cosas ni las guarda, camino va de ser pobre; si quiere no perderse, hasta un grano de trigo ha de mirar y no dejarle perder, pues el que cayó por no hacer caso de estas cosas, si quiere subir ha de hacer mucho caso de ellas. Mandó Nuestro Señor á San Juan en el Apocalipsi (*Apoc.* 2.), que dijese al Obispo de Efeso: «Ya he visto tus trabajos y tu paciencia, y todo el bien que haces; pero tengo contra tí unas pocas cosas que has allojado el fervor de la caridad y devocion, con que me comenzastes á servir (*Esai.* 51.); mira de dónde caiste, y haz lo que primero hacias, porque si no lo haces, yo vengó determinado de removerte de ese estado en que te has quedado, si no hicieres penitencia.» No sé cómo podemos disimular ni vivir teniendo esta sentencia y amenaza de parte de Dios; no dice que estaba en pecado mortal, sino que habia allojado el fervor de la caridad, y por esto le amenazaba con terrible castigo y amenaza con desamparo. Esto mismo nos dice Dios por Esaiás: (*Esai.* 51.) «Oidme los que seguís la justicia y buskais con deseo al Señor; poned los ojos en vuestro Padre Abraham, y mirad atentamente la cantera de donde fuisteis cortados, y procurad conformaros con vuestro principio.» Este caurino siguió la Santa Madre para restaurar las pérdidas y ruina de su edificio, y desencallar la nave que tantos años habia padecido mucho daño, por haberse apartado y allojado del rigor de su primer instituto. Tornó á

la primera Regla rigurosa de San Alberto, y siguió los pasos de los primeros Padres sus Fundadores, en la abstinencia de los manjares, en la aspereza y pobreza del vestido, en el recogimiento y silencio perpétuo, y en todas las demás asperezas en que se fundaron. Pidió al Papa Pío V licencia para fundar un Monasterio en Avila, debajo de esta Regla primitiva, y el día de San Bartolomé de mil quinientos sesenta y dos sacó algunas Monjas que la siguieron del Monasterio de la Encarnacion, y comenzó á ejercitar la Regla que tantos años habia estado suspensa; ha caminado en veinte y tres años con tanta prosperidad esta Reformacion, que sin mucho encarecimiento podemos afirmar que ha sido como la reedificacion del Templo, hecha por Esdras y Zorobabel, pues en veinte y tres años tiene edificados cincuenta y dos Monasterios, veinte de Monjas y treinta y dos de Frailes, que viven con tanta observancia y rigor, que pone admiracion al mundo, y son materia de alabar las misericordias de Dios. Pero si los que nos alegramos de ver esta fundacion tan prosperada y aumentada en tan breve tiempo, y con ornamentos Sacerdotales, y música y cantares, solemnizamos la Dedicacion de este Templo de San Hermenegildo, hubiéramos visto aquel primer Templo en su primera gloria, aquellas fundaciones y Fundadores primeros, aquellos grandes Profetas y Doctores que le dieron principio, aquellos ejercicios de consumadas virtudes, aquella vida Angélica y Apostólica de los primeros Religiosos, sin duda que lloramos de solo ver que nos alegramos en estas angosturas. Pero aquí entra el Profeta y dice: «Quien ha quedado entre vosotros, que vió esta casa en su primera gloria, diga, ¿qué le parece de esta que ahora vé? ¿no es como si no fuese en comparacion de aquella? Sí. Pues oíd la palabra de Dios: veis esta casita pequeña, pues mayor será su gloria que la de la primera, mio es el oro y la plata con que la otra se fabricó, adornó y enriqueció, y yo haré lo que digo. ¿Cómo puede ser eso, Señor? el riguroso y literal sentido de esta profecía, habla y se entiende de la Iglesia del nuevo Testamento, figurada en la segunda edificacion del Templo de Salomon, la cual sin duda es mucho mas gloriosa que el Testamento viejo, figurado en el Templo de Salomon, asi por la magestad de los Apóstoles que en ella presiden, y la ventaja de los Santísimos Sacramentos y sacrificios que en ella se ofrecen, como por la perpétua y eterna asistencia de Dios y hombre verdadero, que mora entre nosotros; pero hablando á nuestro propósito, la gloria de la nueva Reformacion de estos Monasterios es tan grande, que aun-

que la primera fundacion tuvo tan grandes escelencias, sin duda que en algunas cosas esta Reformation le hace ventaja.

Que unos varones robustos, y grandes Profetas, diesen principio y fundasen Religion tan perfecta, no es de maravillar; la complexion varonil lo sufre, y la profecía lo autoriza; pero que una mujer flaca, regalada, enferma y sola haya podido resucitar y tornar al punto de su perfeccion la vida de Elías y Eliseo, Basilio, Cirilo y Alberto, y la Regla y rigor que se cayó de entre las manos á tales y tantos hombres robustos, letrados y Religiosos, la levante una mujer desde un rincon, contradiciéndola todo el mundo; que en tiempo que la carne tan asida está á sus regalos de comer, beber y vestir, y por tan disculpada se tiene en esto por su flaqueza, una mujer con solo su ejemplo pueda traer á otras de su estado á que sigan sus pisadas por camino que, aunque en otros tiempos fué trillado, ya estaba lleno de espinas y ciego de malezas y abrojos, y que este acometan las mas tiernas y delicadas doncellas del mundo, y se arrojen á su seguimiento; esto es de maravillar y de estimar, y aquí podemos decir lo que dice el Eclesiast.: *Innova signa, et immuta mirabilis*: Renueva, Señor, las señales antiguas (*Eccl. 36. n. 6.*), y muda los milagros primeros.

Glorifica tu mano y brazo derecho, y las victorias hechas por medio de valerosos y prudentísimos Capitanes y fuertes combatientes, con armas, carros y caballos házlas ahora por medio de una mujer flaca y delicada, y conozca el mundo quién es el que tales victorias hace. por tan remontados y desproporcionados medios, que acometa una mujer á tomar sobre sus hombros lo que varones fuertes no pudieron llevar. ¿Que en ciento y cincuenta años no se atreviese ninguno de los grandes Religiosos y Letrados que hubo en la Regla mitigada á despertar la primitiva, y que una mujer se atreva y salga con ello tan prósperamente? ¿Que en veinte años viese cuarenta Monasterios, llenos los veinte de las mas delicadas doncellas del mundo, y los otros veinte de hombres nobles y regalados, y que los unos y los otros vivan en vida tan áspera, con tan gran contento, que no puedan imaginarlo los que no lo experimentan? Este es aquel grano de mostaza, de quien dijo por San Mateo (*Matt. 13. núm. 31.*): «Que era el menor de las semillas, y creciendo es hecho mayor que todas las hortalizas, y hecho árbol, las aves del Cielo moran en él.» Aves del Cielo diremos, porque ni acuden á estos Monasterios, ni se conservan en ellos, sino los que

vienen de allá. Diez y seis años he tratado estos Monasterios, muy en particular en sermones, conversaciones y confesiones; no he visto hasta hoy cosa ni oído palabra que me haya ofendido, sino siempre edificado. Yo no sé el Paraiso Terrenal, pero los deleites místicos que de él cuenta la divina Escritura hallo en los que moran en estos Monasterios; no conozco en el mundo Congregaciones, adonde universalmente se sirva á Nuestro Señor con mayor mortificacion y perfeccion que en estos; ellos son los jardines y florestas adonde Nuestro Señor se recrea y se desenoja de los trabajos y ofensas que de los mundanos recibe; los frutos de los árboles de aquel Paraiso, en las almas de estos Religiosos y Religiosas, se manifiestan; la hermosura, riqueza y correspondencia del templo de Salomon, en la paz, caridad y alegría que en esta pobreza tienen, resplandece de manera, que podemos decir con mucha confianza y atrevimiento: mayor será la gloria de esta segunda casa, que fué de la primera. Si preguntamos: ¿Cómo ha sido esto, Santa Madre? responderá lo que San Pablo (2. Cor. 4. núm. 7.): *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus, ut sublimitas sit virtutis Dei, et non ex nobis.* No sé yo quién lo ha hecho, sino la gloria de Dios; conmigo está escondido este tesoro en vasos é instrumentos de barro, para que la grandeza del efecto parezca ser de Dio, y no mio; y así refirió ella en las Adiciones de su vida, que la dijo Nuestro Señor antes que comenzase esta fundacion: «Hija, ya es tiempo que tomes á tu cargo mis cosas, que yo le tendré de las tuyas; recibe todos cuantos Monasterios te dieren, porque te hago saber que hay muchas almas que desean servirme, y no hallan á dónde.» Desde este punto se sintió con fuerzas y virtud para fundar estos Monasterios. «Aquí (dice) (Luc. 7. núm. 36.) experimenté como el decir de Dios, es hacer, y como cuando dijo á la Magdalena: *Vade in pace,* no solamente fué decir, sino hacer;» borrar sus malas inclinaciones, y engendrar hábitos de virtudes, reducir sus pasiones al medio de la razon, y construir todas sus potencias en suma paz y tranquilidad; quiso, pues, Su Magestad glorificar su brazo, y mostrar su poder, haciendo por medio de este flaco instrumento, lo que no se habia hecho por medio de los fuertes, porque pareciese cuya era la virtud que producía tales efectos.

El Angel del Señor mató en una noche ciento y ochenta y cuatro mil del ejército de Senacherib; muchos fueron estos muertos, pero mayor victoria parece, y mas prodigiosa, la que alcanzó Sanson de los Filisteos, matando mil de ellos con

una quijada de un asno, viniendo contra él tres mil armados, y estando él atado con unas maromas fuertes de cáñamo, no quiso Dios que hubiese esta victoria con espada, ni lanza, ni puñal; lo uno, porque la victoria pareciese mayor, y lo otro, porque siendo tan flaco el instrumento, pareciese la fuerza y virtud del principal movedor. Hace Dios sus maravillas por tales medios, que puestos en manos de hombres, quien de ellos se quisiese aprovechar, diríamos que es un asno, porque puestos en razon, parecen desatinos, acometer á tres mil hombres armados un hombre desarmado; y echar mano de una cosa tan inepta, como es una quijada de un asno que estaba echado á podrir, ¿puede parecer mayor desatino? ¡Oh, verdadero Sanson, fortísimo guerrero, que quisistes para mayor gloria vuestra acometer la soberbia del mundo y sus regalos y demasias con un instrumento tan flaco y tan inhábil para semejantes efectos, que si fuera un varon robusto! Dejado á sus fuerzas, dijéramos que desatinaba; pero como los cabellos de Sanson crecieron en la cabeza, y ánimo de esta mujer sierva vuestra, con ella, como con la quijada del asno acometistes á los Filisteos, y con este flaco instrumento salistes con tan gran victoria, que podemos decir que será mayor la gloria de esta fundacion, que fué la primera, que pues tomastes este instrumento para mostrar lo que vos podeis, demostracion ha de ser que dé á entender quién vos sois.

Esto es lo que la Santa Madre Teresa de Jesus dejó escrito en un cuaderno de su mano, que como hubiese padecido muchas dudas y dificultades acerca de las mercedes que Nuestro Señor le habia hecho, temiendo serian ilusiones del demonio, ó su imaginacion (cosa propia de los prudentes recatarse en cosas semejantes, donde el engaño puede ser tan peligroso), despues de muchas y bastantes satisfacciones que tuvo para asegurarse que era cosa del Cielo, lo que la acabó de quietar fué considerar que por medio suyo se harian y prosperarian estos Monasterios, palabras son suyas (Relacion de su vida): «Despues que se comenzaron las fundaciones, se me quitaron todos los miedos que traia de ser engañada, y se me puso certidumbre que era Dios, y con esto me arrojaba á cosas dificultosas, aunque siempre con consejo y obediencia, porque si estas mercedes no fueran de su mano, no me parece tuviera yo ánimo para las cosas que se han hecho, ni fuerzas para sufrir los trabajos y contradicciones y juicios que se han padecido, por donde entiendo, que como quiso Nuestro Señor despertar el principio de esta Orden,

y por su misericordia me tomó por medio, habia Su Magestad de poner lo que me faltaba, que era todo, para que hubiese efecto y se mostrase mejor su grandeza en cosa tan ruin.»

Pero aplicando estas mismas palabras al propósito de Nuestro Mouasterio cuya dedicacion celebramos, ¿fué por ventura tan ilustre el Templo de Salomon, como el que queda ahora ennoblecido? En él queda por morador Dios, y hombre verdadero; aquí tiene este mismo Dios y Señor casa y hogar, muy de otra manera que la tenia en otro tiempo en Israel, de quien dijo Esaias: *Cujus ignis est in Sion, et caminus in Hierusalem*; porque en lugar del Propiciatorio queda el Sumo Sacramento para guarda y amparo, queda ennoblecido con el título y nombre del gloriosísimo príncipe Santo Hermenegildo, el cual, por órden de la magestad del Rey don Felipe nuestro Señor, y por la disposicion de la divina Providencia, les es dado por Patron. Es esta una grande felicidad, y un anuncio de grandes bienes espirituales, que por medio de esta santa Religion esperamos han de venir á estos reinos, y para manifestacion de esto que decimos, entendamos en suma lo que acerca de este Santo Principe ha pasado.

Fué San Hermenegildo hijo mayor del Rey Leovigildo de España, sobrino, hijo de una hermana de los Santísimos Leandro é Isidoro, Arzobispos de Sevilla, y de San Fulgencio, Obispo de Eciija, y de Santa Florentina. Por ser Católico este Principe su padre Leovigildo, que era Arriano, le tuvo preso muchos dias en una rigurosa cárcel en Sevilla, y porque no quiso comulgar (esta Pascua de Resurreccion hubo mil años) de mano de un Obispo Arriano, le mandó matar, y murió de un golpe que le dieron en la cabeza con un hacha, y como refiere San Gregorio, por la oracion y martirio de este glorioso Principe, se convirtió su padre, aunque no tan de veras que tengamos segura su salvacion; pero bastó para que quando murió, dejó encargado á su hijo Recaredo, que sucedió despues en el Reino, que oyese la doctrina de sus tios San Leandro y San Isidoro, y siguiese las pisadas de su hermano Hermenegildo. Pudo tanto la oracion de este Principe y mártir, que desde entonces hasta hoy permanece en España la unidad de la Fé Católica con el aumento y prosperidad que espermentamos, gozando siempre de Reyes Católicos, obedientísimos á la Iglesia.

Visto esto, ¿qué diremos ahora de este secreto en que ha estado tantos años este Mártir, que un Principe heredero de

estos Reinos, de quien ellos heredaron la Fé que confiesan que murió por la confesion y defensa de ella, haya estado mil años sin ser conocido su nombre entre sus vasallos, y que ahora que es Dios servido que se conozca, y sea conocido y celebrado por Santo la primera vez, y casi el mismo dia que se celebra, se dé por Patron á esta Orden, y la primera Iglesia que consagra en su nombre sea esta nueva Fundacion? Dirá alguno, era su historia incierta, y el Autor que la escribió, no conocido ó sospechoso. Fué Gregorio Sumo Pontífice Santo, y uno de los cuatro Doctores de la Iglesia. ¿Pues qué misterioso silencio ha sido este? Digo, que demás del favor que aquí se representa, como está dicho, parece pronóstico y anuncio de que esta Santa Religion ha de ser muro y defensa de la Fé Católica, que pues el instrumento con que Dios despertó en España la Fé, se junta con el que resucitó y reformó la Regla de santas costumbres, y se dan el uno al otro las manos para este edificio, podemos afirmar, que con estos dos brazos quiere Nuestro Señor ayudar á su Iglesia, para que se conserve en ella muchos años la firmeza de su fé y perfeccion de la vida Cristiana. No resucita Dios el nombre de San Hermenegildo de balde, ni para que se olvide otro dia; ni despierta esta santa Religion despues de tantos años que estuvo suspensa, para que torne á dormir mañana; para muchos años son estos fundamentos.

Cuando el Templo de Salomon fué destruido, y el pueblo de Israel fué llevado cautivo á Babilonia, los Sacerdotes que entonces habia, temerosos de Dios, tomaron del fuego del Altar, y escondieronlo en una cisterna seca, donde estuvo muy oculto el tiempo que duró el cautiverio; salidos de la cautividad, entonces se manifestó el fuego. Esto mismo hizo Jeremías del Tabernáculo, y del Arca y Altar del incienso que le escondió en el monte, adonde fué dada la Ley, y dijo á unos curiosos que le fueron á espiar y ver dónde lo ponía; este lugar estará oculto á los hombres, hasta que Dios por su misericordia vuelva su pueblo á su tierra, libre de la cautividad. De manera, que como el fuego, y el Tabernáculo, y Arca del Testamento, se esconde cuando el pueblo se lleva cautivo, y no se manifiesta mientras está en cautividad, así la manifestacion de estas cosas era la señal y certísima prenda de la libertad de Israel: *Cum conversi fuerint ad Dominum auferetur velamen*. Sacar ahora Dios este Príncipe y Mártir despues de mil años que padeció; manifestar el fuego de amor en que ardió en otro tiempo en el altar de su corazon;

descubrir esta Santa mujer, en cuyo pecho, como en el Arca del Testamento, estaba escondida la ley y regla primitiva de santas costumbres y perfeccion Evangélica, prendas son de libertad, y muestras de la gran misericordia de Dios; y que ahora comience á hacer mercedes á su Pueblo de Israel, ella edifica la casa, y San Hermenegildo la toma á su cargo, y la llama de su nombre, él fortifica la fé, y ella reforma las costumbres, y lo uno y lo otro nos dán esperanzas y pronósticos de que esta santa Religion ha de hacer grande fruto en la Iglesia. Vino esta Santa Madre, como ella cuenta (*Vida cap. 40.*) en su vida, una noble vision, que muchos Religiosos, vestidos todos de blanco, estaban con espadas en las manos, y puestos en forma de guerreros, y fuéle dado á entender que aquella Religion habia de defender la Fé Católica de sus enemigos; no declara qué Religion fuese, pero yo tengo por cierto era la suya. No ha levantado Dios árbol tan grande de un grano de mostaza, para derribarle luego; muchas aves quiere que se abriguen y descansen en él; no ha criado este árbol y esta Religion tan estendida en tan poco tiempo, y de tan flaco sugeto, para que se acabe sin dar grandes frutos. Entre ahora el Profeta Aggeo, y diga: *Et tu Zorobabel, et tu Jesu filius Josedec confortamini in Domino.* Ea pues, Padre Provincial, Arquitecto de este edificio; y vosotros Padres, sus compañeros, esforzaos en el Señor, y pues experimentais que tenéis de vuestra parte el favor del Cielo y de la tierra, esforzaos como valientes, conservad las leyes y reglas de vuestros Padres, no se torne á relajar en vuestras manos lo que habeis recibido restituído entero de mano de esta Jaidith; y pues le han tornado á nacer los cabellos á Sanson, y con ellos su fortaleza, pelead como Gigantes, y batid ambas columnas del templo de los Filisteos, y morid todos en la demanda, pues el cuerpo difunto de vuestra Santa Madre testifica con su integridad é incorrupcion el premio que tiene tal muerte, y cuán agradable fué á Dios su servicio y la gloria de que goza en el Cielo, la cual nos dé Su Magestad á todos. Amen.

PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

Donde se ponen varios testimonios de personas graves, doctas y santas, que aprobaron el espíritu de la Santa Madre Teresa de Jesus.

Del amor infinito que Dios tiene al hombre, en ninguna parte dió mayores muestras que en la Cruz; aquí es donde descubrió sus amorosas entrañas, á cuya grandeza no hay lengua ni entendimiento que llegue. Pero del amor tierno y regalado, que es la afición y ternura de entrañas, del trato afable y dulce con que á los suyos se comunica, solo pueden ser testigos las almas, que con la esperiencia lo gustan, que son las que por la pureza de la vida, alteza de contemplacion y fineza de amor, han llegado á decirse y ser esposas regaladas suyas. Porque no hay madre tan solícita, ni esposa tan blanda, ni corazon de amor tan tierno y vencido, que llegue ó se le iguale á la dulzura del trato y familiaridad, y á la blandura de este amor dulcísimo de Dios. Pero ¿quién podrá decir, sino el mismo que lo experimenta y lo siente, las regaladas muestras y suavidad de amor con que Dios trata con estas almas? Es cierto que como ello es, ninguno jamás lo supo ni pudo decir, algo podemos rastrear de lo que ellas dicen y la Escritura enseña. Es Cristo con estas esposas regaladas suyas, como una fuente viva que nunca se agota, y que de continuo mana luz, dulzura, regalo y todo cuanto de él sale son rios de amor y de fuego. De esta ternura y regalo de amar, hay muchos y claros testimonios en la Escritura, en los cuales se nos pone una como imágen de este amor regalado, porque unas veces le llama el Espíritu Santo aposento de vino, otras el mismo vino, y otras licor mucho mejor que vino; otras nos le figura con nombre de pechos, porque no son los pechos tan dulces y tan sabrosos al niño, ni la madre se regala tanto como él, como los amores de Dios son deleitables y sabrosos á los que tratan con él. Otras veces los

significa con nombre de embriaguez, desmayo, paz, que sobrepuja todo sentido, silbo de aire suave, y otros mil nombres que fueran, no bastaran para declarar este amor dulce con que Dios regala á sus amigos. Que como es Dios amor infinito, y bien que sobrepuja á todos los bienes, el alma que de veras le posee, sin duda tendrá un ayuntamiento de bienes y regalos nacidos de este amor infinito.

Y aunque es verdad que todos los justos que están y viven en gracia y amistad de Dios, gozan tambien de su familiaridad y de su trato apacible y dulce, y son ayuntados á Dios con otros mil títulos de buena amistad; pero hace mucha ventaja en estrechura de amor y conversacion, este amor tierno con que Dios regala á las almas que dulcemente ama y tiene por Esposas. Porque los primeros tienen como por Fé lo que los otros gustan con la esperiencia, y así va la diferencia que hay del que gusta la miel, al que solo supiese de su dulzura, por haberlo oido así. Aquellos (cuando mas) huelen alguna parte de esta suavidad (que como está Dios tan cerca del alma, por mil resquicios se siente y se percibe la fragancia de sus olores), pero los postreros llegan á gustar la dulzura de los abrazos de su Esposo celestial; por cuyo medio les comunica Dios su sangre hecha leche, esto es, por una manera dulce y sabrosa. Y así como en las casas de los Reyes hay unos que tienen la puerta abierta para hablar y tratar con el Rey y otros que entran mas adentro, á quien él descubre sus secretos y están siempre juntos con él, los cuales son amigos y privados suyos con quien él conversa y trata amigablemente; así pasa en las almas que tratan con Dios, entre las cuales, las que están unidas y abrazadas con estrecho lazo de amor, son las que gozan de su conversacion suavísima, y á quien él revela sus secretos mas escondidos. Estas son las que experimentan este amor regalado de Dios, del cual ninguna cosa mas á propósito se pudo decir, que lo que dijo San Juan (*Apoc. 2.*), llamando á este amor maná escondido; maná porque es deleite sobre toda manera dulce y suave y sabroso, no con un solo sabor, sino hecho al gusto y sabor, al deseo y condicion del que lo come. Y maná escondido, porque si no es el que lo come y lo gusta, ninguno entiende á lo que sabe, porque la misma esperiencia enmudece la lengua, y la grandeza que por el alma pasa la entorpece para decir la menor parte de lo que ha gustado. Y de aquí vienen á ser estas mercedes y regalos que Dios hace á las almas, tan sin medida, que los hombres no las creen, y muchos no las entienden; porque como dijo bien San Bernar-

do (*Serm. 79. in Canti.*), este lenguaje de amor es algarabía, para quien no ama, y mas que hablar Griego á quien no lo ha estudiado, y la causa de esto dá San Agustin por estas palabras. (*Sermon. 147. de Tempore.*) *Quia in homine carnali, tota regula intelligendi, est consuetudo cernendi; quod solent videre credunt, quod non solent videre non credunt.* El hombre (dice) carnal y que no se levanta su espíritu de la tierra, la regla por donde se rige para entender estas cosas sobrenaturales y divinas, es la costumbre de lo que se ve; por donde lo que suele ver eso cree, y en ninguna manera dá crédito á lo que no ha experimentado por los sentidos, que es lo que dijo el Apóstol San Pablo, que el hombre animal no es capaz para entender las obras y maravillas de Dios, y por esta causa San Dionisio Areopagita (*Dionis. cap. I. de mística Theologia.*), tratando con un discípulo suyo de este misterioso lenguaje, con que Dios trata con las almas, le aconseja no dé parte de esta sabiduría escondida á los sábios ignorantes de la esperiencia de las cosas divinas y celestiales. Y San Agustin (*San Agus. Tract. 26. in Joan.*), hablando de esta lineza de amor y regalo, dice: *Da amantem, et sentit quod dico: da ferventem, da sitientem, et fontem æternæ patricæ suspirantem, da talem, et scit quid dicam, si autem frigidus loquor, nescit quid loquor.* Donde para este lenguaje secreto de amor, pide orejas enamoradas, y despide como á incapaz al que por su frialdad y tibieza no ha merecido gustar de su suavidad y dulzura.

Pero aunque á la rudeza del sentido de muchos se haga increíble este trato amoroso de Dios, los que tienen luz y verdad de la fé, no pueden dejar de confesar y creer los favores y regalos que la Escritura Sagrada cuenta, con que Dios hablaba y conversaba con sus amigos; porque de Moisen dice que hablaba con Dios como un amigo con otro, y lo mismo sabemos de otros Profetas; y antiguamente dijo Dios, que todo su regalo era tratar con los hombres, y en el Nuevo Testamento, donde mas descubrió Dios su amor, fueron tambien mayores los regalos y caricias; como se podrá ver fácilmente discurrendo desde el tiempo de los Apóstoles hasta en el que ahora vivimos. Y dejamos ahora muchos Varones Santos á los cuales apareció el Señor, é hizo otros singulares favores; sabemos que en tiempos pasados hizo lo mismo con muchas Santas, de las cuales, si nubiéramos de hacer aquí memoria, nos faltara antes el tiempo que la materia. Llenas están las historias de los Santos, y apenas se halla ninguna donde no leamos grandes y particulares regalos de Dios. Pues queriendo el Señor mostrar qué la liberalidad grande con que se

comunica tan sin tasa á los que le aman, es la misma en estos tiempos que en los pasados, y que para el bien la gracia, y para el mal la naturaleza son las mismas (que el mismo Dios tenemos ahora, la misma bondad y poder tiene que antes, las mismas influencias envia á su Iglesia, y los mismos favores está aparejado para hacerle), quiso en esta edad postrera darnos tan grande Santa como lo fué la Madre Teresa de Jesus. En la cual juntó muchas de las gracias y dones, que suele repartir entre grandes Santos, para que fuese singular entre muchos. Porque los favores y regalos que el Señor la hizo, la afabilidad y ternura de amor con que trató con ella, es de las mayores que yo jamás he oido, además de los dones tan admirables, y virtudes tan colmadas y perfectas, y otros escelentes privilegios de santidad de que la dotó, con que la hizo aventajada entre muchas Santas, y sin agravio de ninguna, rarísima y perfectísima entre todas.

Porque aunque de muchas Santas leemos que florecieron en grandes virtudes, de otras que tuvieron grandes revelaciones y gozaron grandes favores de Dios, otras que obraron grandes milagros, y de algunas que tuvieron todas estas cosas juntas: pero yo aunque con diligencia lo he considerado, no he hallado Santa ninguna en quien á mi parecer Dios haya puesto mas particulares y estraordinarios privilegios como en la Santa Madre Teresa de Jesus. Porque dejando á parte los dones y gracias naturales, que fué muchas de las que el Señor la dotó, las divinas y sobrenaturales son tantas y tan raras, cuanto en ninguna se han visto mayores.

Porque demás de tanta perfeccion de virtudes y santidad de vida (con la cual llegó con las obras adonde en razon de perfecta y heroica virtud, apenas llegan los fuertes con el pensamiento y deseo); tantos favores y tan estraordinarios de Dios, tanta familiaridad y comunicacion con aquella Soberana Majestad, como si fuera uno de los Serafines mas abrazados en su amor y mas llegados á su privanza; tanta noticia de las cosas del Cielo, tanta conversacion y trato con los moradores de él, como si fuera uno de ellos; tan altos conceptos y sentimientos de las cosas divinas, y tanta luz para declarar los escondidos secretos y ocultos misterios, cual apenas jamás se vió en ninguna tan alta y tan levantada doctrina, como dejó escrita en sus libros (en los cuales en la sutileza de las cosas que trata, en la inteligencia grande con que las penetra, en la delicadeza y claridad con que las escribe, en la suavidad y artificio divino del estilo con que

dá á beber lo que dice y á sentir en el corazon de los que los leen el fuego del Espiritu Santo, que está encerrado en aquella escritura y la manifiesta luz y calor que de ellos sale); muestra ser doctrina inspirada por Dios, aprendida del Cielo y escrita con particular asistencia del Espiritu Santo. El ser Fundadora y Madre de una Religion, reduciendo una mujer sola á tanta perfeccion y estrechura de vida una Orden en mujeres y en hombres tan santa, que parece un retrato de aquella primera santidad é inocencia que en el tiempo de la primitiva Iglesia floreció entre aquellos santos Ermitaños de Egipto y Palestina, y todo esto mediante el divino favor, por su misma mano á fuerza de sus brazos y á costa de sus sudores. Demás de esto, la incorrupcion maravillosa de su cuerpo y otros muchos milagros y maravillas, que por su medio, en vida y en muerte, ha hecho Dios y hace cada dia; todas estas cosas tan extraordinarias, tan nuevas, tan grandes y tan fuera de lo que por el órden y curso ordinario acaece juntas, es un ayuntamiento de milagros, prerogativas y singulares mercedes con que Dios honró esta Santa, las cuales así todas juntas yo no he leido de Santa ninguna. No pretendo comparar los grados y quilates de la santidad y perfeccion, reservando á Dios (que mide los espíritus) el juicio de esto; solamente trato de las cosas que esteriormente sabemos de los Santos; que aunque en muchas de estas no consiste sustancialmente la santidad, pero de ordinario hace el Señor á mayores Santos mayores favores, dá mayor luz, y los toma por instrumento para obras mayores de su servicio y su gloria, como hizo con la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, como yo mas largamente con el favor divino diré en el discurso de su vida, que ahora pretendo escribir: teniendo por fin de mi trabajo que el Señor sea mas glorificado en sus Santos, y que las almas, considerando el trato tan suave de Dios y la facilidad con que se comunica á quien de veras le busca, se animen mas á servirle.

Procuraré, en cuanto aquí dijere, tener por blanco la verdad y fidelidad de la historia, porque con la mentira, ni Dios puede ser glorificado, ni honrados sus Santos. De la mayor parte que aquí escribo de la Santa Madre, soy yo testigo de vista, como el que la trató, confesó y comunicó muchos años. Y lo demás será, ó sacado de las informaciones para su canonizacion, ó de la relacion muy fidedigna. Trataré primeramente el discurso de su vida, que es maravilloso hasta el tiempo en que se dió principio á la nueva reformation de Descalzos. En el segundo lugar diremos, cómo dió principio

á esta reformation, los Monasterios que fundó, y los grandes trabajos que padeció, y de su glorioso tránsito y cosas notables que en él sucedieron. En el tercer libro escribiremos sus virtudes, y en el cuarto sus milagros.

Pero antes de entrar en esta historia, me ha parecido necesario poner primero la comun aprobacion y la grande estima que hubo siempre en España, así en vida como en muerte, de la admirable y singular santidad de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus.

§. I.

De la grande aprobacion que hubo siempre de la Santidad y perfeccion de vida de la Santa Madre Teresa de Jesus.

Suelen los que escriben las vidas de aquellos Santos ó Santas á quien Nuestro Señor ha hecho particulares y extraordinarios favores, para entrar con buen pié en su historia (deseando que se le dé el crédito que tan altas cosas requieren) prevenir al lector, aprobando primero que las visiones, revelaciones y otras mercedes semejantes que los Santos han recibido fueron ciertas y verdaderas. Bien pudiera yo escusar este cuidado, pues la general y comun aprobacion que en toda la Iglesia hay de la santidad y doctrina de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, confirmada con tantos testimonios, no dan ya lugar para que ninguno (si no es que niegue la luz del Sol) pueda dejar de confesar lo mismo. Pero por mi consuelo y devocion que tengo á la Santa, y por el que podrán recibir los que tuvieren la misma, y para que el lector entre en esta historia con la opinion y estima que debe, me pareció apuntar brevemente en este prólogo los testimonios que hay de su vida, libros, santidad y espíritu; procurando por este camino satisfacer a los doctos, y hacer creibles los favores que Dios hace á los ignorantes y rudos; que como animales torpes y terrenos no juzgan mas de lo que ven, ni pasa su fé de sus ojos, remitiéndose en todo á la puerta de los sentidos. Con esto quedará escusado de tomar nuevo trabajo, para juntar reglas de discernir espíritu, y de tratar de visiones, revelaciones y arrobamientos, como lo han hecho otros. Porque en esto pudiérame yo engañar, ó en acertar con las reglas, ó en aplicarlas á los casos particulares, lo cual no se debe presumir de tantos Doctores y tan sábios que referiré aquí que tomaron este trabajo de exa-

minar su espíritu. Pues como ahora veremos, todos los hombres mas «graves, así de letras como de espíritu, que florecieron en tiempo de esta Santa, tomaron este cuidado. Y con la piedra de toque en la una mano, y con las reglas de la Escritura Sagrada y doctrina de los Santos en la otra, iban examinando y regulando su vida, revelaciones y espíritu, y en todo le hallaron tan á nivel, como ahora se verá por sus dichos. Los que aquí pondré sé yo, no por relaciones inciertas, sino por informaciones auténticas, que para la canonizacion de la Santa Madre se van haciendo, en la cual casi todos los que aquí refiero confirman con juramento su dicho.

§. II.

Primer Testimonio de las personas graves y letradas que aprobaron el espíritu de la Santa Madre Teresa de Jesus.

Pues para decir algo de la veneracion y estima, juntamente con la gran devocion que así en vida como en muerte ha habido con esta Santa, comenzaré primero de las personas que la trataron y conocieron en vida, y aprobaron y juzgaron su espíritu, por el que ahora confiesan todos despues de muerta. Pues como la Santa Madre, por una parte, era tan humilde, que se hallaba indigna de que el Señor se acordase de ella, y por otra parte recibiese tantas y tan grandes misericordias de Dios, como todos saben y en este libro iré refiriendo, temiendo por sus pecados (los cuales ella como verdaderamente humilde continuamente lloraba como si fueran muy graves) no fuese engañada del demonio, no se quietaba, ni aseguraba con las mercedes que el Señor le hacia; tratábalas con sus Confesores, buscando para esto los mas doctos y graves, y por su orden y obediencia comunicaba con otras semejantes personas, las mas calificadas y de mayores letras que entonces se hallaron en España; dándole ocasion y lugar para hacer esto con mucha comodidad, el haber discurrido la Santa casi por toda ella, fundando Monasterios de Monjas, y gobernando los que fundó. Fué esta providencia divina, para que estando su espíritu y santidad aprobada de tantos en vida, fuese en muerte venerada de todos. Y porque aquellas cosas que por ser tan admirables y raras pudieran hacer reparar á alguno, acreditadas y aprobadas por tantos, llevasen tras de si la comun opinion de todos.

Comenzando de las personas letradas, que son las que

de ordinario con mucho mas rigor, y (como dicen) á punta de lanza examinan por las reglas de la Escritura Sagrada y doctrina de los Santos Padres, y los que suelen ser prudentemente mas tardos en creer y aprobar estas cosas, que aquellos que las miran con sola piedad, los que la Santa Madre trató y consultó en su vida, son los siguientes:

Primeramente el P. M. Fr. Domingo Bañez, Catedrático jubilado de Prima en la facultad de Teología en la Universidad de Salamanca (que basta esto para decir sus grandes letras, demás de la mucha esperiencia que tenía de muchos años de cosas de espíritu), confesó á la Santa Madre mucho tiempo, y casi desde los principios de su conversion hasta el fin de su vida, que fué por espacio de veinte y cuatro años, la trató y comunicó siempre; y por su parecer, aun estando ausente, se regia y gobernaba en todas sus dificultades, y él hizo tanta estima de la Santa Madre, y tenía tan grande opinion de ella, que predicando en sus honras en el Monasterio de Religiosas descalzas de la misma ciudad, dijo que la tenía por tan Santa, como á Santa Catalina de Sena, y que en sus libros y doctrina la escedía. Y para que mejor se entienda lo que una persona tan grave y tan docta sentía, pondré aquí el testimonio que dió en la informacion para su canonizacion por sus mismas palabras: «Ninguno (dice) puede saber mejor que yo los particulares favores y mercedes que Dios hizo á la Madre Teresa de Jesus, porque la confesé muchos años, y la examiné en confesion y fuera de ella, é hice de ella grandes esperiencias, mostrándome muy áspero y muy riguroso con ella, y cuanto mas la humillaba y menospreciaba, tanto mas se aficionaba á tomar mi consejo pareciéndole iba mas segura.» Y mas abajo, tratando de los particulares favores y mercedes que Nuestro Señor le hizo, dice: «En esta parte hay tantas particularidades, que si no es haciendo un nuevo libro, no se pueden decir por via de testimonio ordinario. Y podrá ser que siendo necesario yo haga algun tratado donde se pueda entender por cuán cierto camino caminó la Madre Teresa de Jesus, muy al contrario de los espiritus burladores que en nuestro tiempo se han descubiertos.» Y mas adelante añade: «Todo el tiempo que la traté, que fueron muchos años, jamás ví en ella cosa contraria á virtud, sino la mayor sencillez y humildad que jamás ví en otra persona. Y en todo ejercicio de virtud, así natural como sobrenatural, era singularísimo ejemplo á todos los que la trataban. Y su oracion y mortificacion fué cosa rara, como

podrán decir todas las personas que en particular la trataron.» Y de su sinceridad y humildad afirma fué la mayor que jamás vió, y casi lo mismo dice de otras virtudes. También dice otras muchas cosas de la Santa y de sus libros, los cuales examinó y aprobó antes que saliesen á luz, por mandado de la Santa Inquisición. En estas breves palabras dice mas de lo que parece; pues confiesa que era necesario hacer un libro para escribir los grandes y particulares favores que el Señor hizo á esta Santa, el cual deseó mucho hacer si sus ocupaciones, que fueron muy grandes, le hubieran dado lugar para ello.

Y antes que salgamos de la Orden del glorioso Santo Domingo, pondré aquí otras personas cuyo testimonio es digno de todo crédito. Entre ellas es el P. M. Fr. Bartolomé de Medina, Catedrático que fué de Prima de la Universidad de Salamanca, el cual, como oyese decir de la Santa Madre tantas cosas y tan estraordinarias, no hacia caso de ellas, ni les daba crédito y estaba mal con ella por lo que de estas cosas habia oido. Pues como la Santa viniese á Salamanca á fundar su Monasterio, procuró mucho verse con él, porque siempre buscaba á la persona que mas dudas y dificultades podia poner en su espíritu, creyendo que este le examinaria mejor, que los que fácilmente se inclinaban á creerla.

Vióse con él, y despues de haberse confesado generalmente, dióle cuenta de su oracion y camino que llevaba, y enseñóle todo lo que tenia escrito de su vida, y quedó con esto tan confundido, como certificado que era espíritu de Dios el que vivia en aquella alma Santa, y visitaba con tan ordinarios favores. Y fué de los que mas aseguraron á la bienaventurada Madre, y se hizo de allí adelante grande amigo suyo, y decia no habia tan grande Santa en la tierra.

El P. M. Fr. Juan de las Cuevas, Provincial que fué de la Orden del glorioso Santo Domingo, y despues Obispo de Avila, conoció muy en particular á la Santa Madre, y ella con el mismo tenor y llaneza que solia, trató con él su espíritu y modo de oracion, y le dió cuenta de su vida; el cual reconoció bien los tesoros que Dios tenia puestos en aquella alma, y fué grande amigo y devoto suyo. Y en la informacion de su canonizacion dice la tiene por grande Santa, y por mujer de aventajadas virtudes. Esto mismo dice el P. M. Fr. Diego de Chaves, Confesor del Rey D. Felipe II, el cual, estando por Prior en Santo Tomás de Avila, la trató y comunicó. El Padre Fr. Juan Gutierrez, Predicador tambien de S. M., y

Fr. Fernando del Castillo (cuyas obras é historias que escribió de su Orden publican su erudicion, doctrina y espíritu), tambien la examinaron y aprobaron. Y mas en particular el P. M. Fr. García de Toledo, Comisario General de las Indias, fué el que con gran particularidad la trató y comunicó por mucho tiempo, y fué el que le hizo escribir su vida, y á quien ella dirige una carta que está en el fin de ella. Tambien el P. M. Fr. Pedro Fernandez, Provincial de la misma Religion (á quien el Rey D. Felipe cometió el ser Visitador y Protector de la nueva reformation de los Descalzos, para que los defendiese y amparase en sus principios, como adelante diremos; hombre de muchas letras, espíritu y penitencia), conoció y trató á la Santa Madre algunos años, porque hacia las veces de Prelado y Confesor suyo, y habiéndola comenzado á tratar con mucho miedo y recato, al fin se rindió como todos los demás, y ayudó grandemente á la Santa en sus Fundaciones, y decia que Teresa de Jesus y sus Monjas habian dado á entender al mundo, ser posible que mujeres pueden seguir la perfeccion evangélica. Como si dijera, que con su grande espíritu y talento habia hecho fácil, hacedero y usado, lo que á hombres parecia tan dificultoso.

No dudó menos de la santidad y espíritu de la Santa Madre otro Provincial de la misma Orden llamado Fr. Juan Salinas, el cual avisaba al P. M. Bañez (como él refiere en su dicho) no liase tanto de virtud de mujeres, y dábale pena que sintiese y hablase tan altamente de las cosas de la Santa Madre Teresa de Jesus; él le respondió, que la hablase y tratase primero que le dijese nada. Acaeció que fué á predicar á Toledo, donde estaba la Santa Madre, y en toda una Cuaresma la anduvo examinando y haciendo grandes experiencias de ella, y quedó tan aficionado y enterado de su santidad, que con ser hombre tan ocupado la iba á confesar cada dia. Despues preguntóle el P. M. Bañez qué le habia parecido de Teresa de Jesus. Respondió, habiadesme engañado diciendo que era mujer; á la fé no es, sino hombre, Varon, y de los muy barbados. Dando á entender en esto su virtud, santidad y valor.

El P. M. Fr. Diego de Yangués fué Confesor de la Santa Madre por espacio de ocho años, hombre de los mas graves y letrados que hoy tiene la misma Orden, y confiesa ser una mujer de grande espíritu y dotada de grandes virtudes y refiere algunas revelaciones particulares que la Santa tuvo,

de Nuestro Señor, y dice en su dicho otras muchas alabanzas y escelencias, dignas de la santidad de la Madre.

Lo mismo que estos Padres tan graves y tan doctos, sintieron otros muchos Maestros, Presentados, Regentes, Lectores de la misma Orden. Particularmente el P. Fr. Pedro Ibañez (que despues fué Regente y Rector del Colegio de San Gregorio de Valladolid), la confesó en sus principios seis años, é hizo un particular tratado dividido en once Capítulos, juntando muchas reglas y documentos colegido de la Santa Escritura y de los Santos, para saber discernir espíritus; y hallándolas todas cumplidas en el de la Santa, se certificó ser de Dios. Holgárame yo poder referir aquí todo lo que este Padre tan docto escribe; pero pondré aquí algunas cosas de las que dice en este tratado, segun que lo permite la brevedad de este Prólogo. «Todas sus hablas, sus cartas, sus cosas veia llenas de humildad, deseando grandemente que sus faltas y miserias pasadas todo el mundo las viese y las hablase, molestándose tambien muy mucho de que la tuviesen por buena. Cuando comenzaron á crecer las mercedes de Dios, moriase en que nadie entendiese cosa de ella, porque no sospechase que era buena.» Y despues que ha contado algunas cosas particulares de ella, dice: «En fin, su humildad es cosa increíble, como dan testimonio los que mas la tratan.» Y mas abajo añade: «Digo que notoriamente se ha conocido favorecer Dios á esta Señora, y que todo quanto podemos decir en certificar su santidad es verdad. Hizo la Casa de San José con espresa revelacion de Dios, y la gran santidad que hay en aquella Casa dá buen testimonio de esto. La pureza de la conciencia de esta Religiosa es tan grande, que nos admira á los que la confesamos y comunicamos, y á sus compañeras, porque se puede decir que todo es Dios lo que ella piensa y trata, todo va enderezado á la honra de Dios y aprovechamiento espiritual de las almas.

Y así ha hecho aquella casita de San José, poniéndola en todo la perfeccion que acá en la tierra se puede poner en mujeres y en varones. Pues si queremos hablar del gran fruto espiritual que sacan los que tratan con esta sierva de Dios, sería nunca acabar; porque es gran maravilla de Dios lo que pasa. No quiero decir nada de mí, porque no lo hay por mis deméritos, aunque tengo tanta esperiencia en mí mismo, que despues que la traté, me ha favorecido Nuestro Señor en muchas cosas, que claramente veia yo ser particular ayuda de Dios. Y así no puedo mas dejar de tenerla por Santa, que puedo decir que no la conozco. Háme dicho muchas cosas que

solo Dios las podia saber, por ser cosas futuras, y que tocaban al corazon y aprovechamiento, y que me parecian imposibles; en todas he hallado grandisima verdad.» Y mas abajo dice: «Todo lo que á esta Santa se le ha revelado, es para grandes afectos espirituales, para gran consolacion de afligidos, todo para grande aprovechamiento en el amor de Dios. Seria prolijisimo querer contarle todo lo que se le ha revelado. Ha tenido grandisimo cuidado de informarse de todos cuantos buenos letrados estaban y pasaban por Avila. Entre otros de quien se informó, fué de un santo Fraile Francisco, que yo conocí, llamado Fr. Pedro de Alcántara, de gran oracion, penitencia y celo de su profesion. Este santo, sin tener mucho á que venir á Avila, Su Magestad le trajo para consolar esta sierva, cuando mas contradiccion le hacian en estas cosas, y le aseguró que era Dios, y que no habia ningun engaño. Y en la manera de cómo veia á Dios, y de las revelaciones y hablas que divinamente se le hacian, le dió entera luz y seguridad. Y como este Varon la dió tanto crédito, y mostró gran particularidad de amistad con ella, todos se rindieron, y desde entonces ha tenido ya gran quietud. De manera, que todos cuantos antes la contradecian (que eran muchos), y todos cuantos han sido consultados en este caso, dan firme testimonio, que sin falta ninguna este espíritu es de Dios, sin haber en ello ningun engaño. Y con ser muchos los que ahincadamente la contradecian y atemorizaban á los principios, todos la tienen por gran sierva de Dios, y le honran en todo lo que pueden.» Estas y otras muchas cosas decia este Padre en aquel tratado, y confiesa que segun las muchas que tenia que decir, tenia necesidad de hacer un grande libro. Esta relacion se hizo seis años despues que la Santa Madre se volvió á Dios mas de veras. Y está hoy en dia de letra del mismo Padre en el Monasterio de San José de Avila de Carmelitas Descalzas, é hizo la Madre gran provecho á este Padre; porque aunque antes era siervo de Dios, despues que trató con la Madre, mudó estilo y vida, de suerte que fué muy santo. Por medio de este Padre comunicó tambien la Santa Madre su oracion y vida con el P. M. Mancio, Catedrático de Prima de la Universidad de Salamanca, y sintió lo mismo que los demás que la conocieron y trataron.

Tambien la confesó y aprobó el P. Fr. Vicente Varron, Consultor del Santo Oficio, y gran letrado, el cual la trató y confesó por espacio de año y medio estando en Toledo. Y ella le pagó muy bien este oficio, que con ella usó por-

que por medio de sus oraciones (como escribiremos mas largamente en el libro tercero) vino á grande perfeccion de vida.

El P. Presentado Fr. Felipe de Meneses, Lector del Colegio de San Gregorio de Valladolid, oyendo tantas cosas de la Santa, fué desde Valladolid á Avila queriendo ver si iba engañada para darla luz, y si no, para volver por ella cuando oyese murmurarla, y quedó muy satisfecho. Y tambien se confesó y comunicó con otro Presentado llamado Lunar, que era Prior de Santo Tomás de Avila; y todos examinaron, y aprobaron, y engrandecieron su espíritu y virtudes; porque era tan grande el resplandor y fuego que de ella salia, que con tener cosas tan singulares y estraordinarias, que á cualquiera hicieran temer, nadie podia dudar en hablándola y tratándola de su gran santidad, y que todos aquellos favores y regalos eran de Dios.

Con los Padres de la Compañía de Jesus no trató menos la Santa Madre que con los de la Orden del glorioso Santo Domingo. Que como en estas dos Religiones veia florecer tantas letras y tanto de oracion y virtud, pareciale que yendo arrimada á la doctrina y enseñanza de ellos, no seria engañada.

Principalmente publica la Santidad de la Madre Teresa de Jesus, el doctísimo Padre y Doctor Francisco de Rivera, el cual, despues de haber escrito con tanta aceptacion sobre los doce Profetas menores, sobre la Epístola de San Pablo ad Hebreos, sobre el Apocalipsi, y estando ocupado en otros trabajos de importancia, tuvo tanta devocion y estima de la santidad admirable y virtudes de la Santa Madre Teresa de Jesus, que sin tener otro fin que le moviese mas que la gloria de Dios, y que tan grande Santa fuese conocida en su Iglesia, y en agradecimiento de algunas mercedes particulares que por su medio é intercesion habia recibido del Señor, como él confiesa, empleó su vejez en escribir un libro de su vida y milagros, donde diciendo cosas tan altas y heróicas de esta Santa, siempre le parece queda corto, como á mí tambien me lo parecerá, despues que haya añadido otras muchas á las que dice. Y para que se diese mas crédito á su libro, bastara su autoridad, por ser un hombre de mucha religion y virtud; en el testimonio que dá en la informacion de su canonizacion, confirma debajo de juramento lo que escribió en su libro. Hizo tambien grandes averiguaciones, y escribió con gran fidelidad todo lo que en el libro dijo, y solo este testimonio bastará para acreditar tanta y tan admirable virtud.

De la misma Compañía de Jesus conoció y comunicó mucho tiempo á la Santa Madre el P. Doctor Enrique Enriquez, hombre muy docto, y que escribió unos libros de Teología Moral, llenos de mucha erudicion y doctrina. Tuvo este Padre particular curiosidad en examinar la vida y revelaciones de esta Santa, como él mismo lo confiesa en el testimonio que dá en la informacion de la canonizacion hecha en Salamanca. Porque como estuviese en Sevilla, y allí fuese Confesor de la Santa Madre el tiempo que ella estuvo en aquella Fundacion (que fué por espacio de un año, donde padeció grandes trabajos, como adelante diremos), la examinó muy de espacio (como él mismo cuenta) en compañía del Padre Rodrigo Alvarez, Religioso de la misma Compañía, hombre de mas de sesenta años, y de mucho espíritu y esperiencia, y que entonces estaba muy incrédulo de las muchas virtudes y dones que el Señor había puesto en la Madre; á lo cual le ayudaba lo uno la grandeza de las mercedes, lo otro la esperiencia que él ya tenía de muchos engaños é ilusiones del demonio, que había topado en muchas y muy señaladas personas, tenidas por muy espirituales: y así había escrito un libro, recogiendo muchos casos particulares y reglas para saber discernir espíritus, y su intento era probar, que por la mayor parte hay grandes engaños y embustes del demonio, particularmente en mujeres. Estos dos Padres juntamente hicieron escribir á la Santa (porque se lo mandó así entonces su Prelado) muy en particular todas las cosas que por ella habían pasado, haciéndola ratificarse en ellas, examinándola y preguntándola, y glosándole y contrapunteando sus libros, palabras y escritos; y despues de haberla examinado tantas veces y tan de propósito, quedaron con grande satisfaccion y esperiencia de su humildad, caridad, admirable oracion, y de la gran discrecion y esperiencia que tenía en cosas espirituales, y así perdieron el demasiado recato y temor que habían tenido. Todas estas son palabras espresas del mismo P. Enriquez, el cual, prosiguiendo en su dicho, dice así: «Tuvo la Madre admirable don en los grados de oracion que los Santos enseñan.» Y los Padres Francisco de Borja, General de la Gompañía de Jesus y Antonio de Araoz, Comisario de la misma Orden, habiéndola tratado y examinado sus cosas, la aprobaron con admirables encarecimientos, y decian: «Que aunque en otras muchas personas habían hallado muchas ilusiones del demonio, en las cosas de la Madre Teresa de Jesus se aseguraban, y aseguraban como cosas dadas de la mano liberal de Nuestro Señor. Y que esto es lo que sabe,

y otras muchas cosas de su perfeccion y buena vida y grande oracion. Las cuales (dice) supe y oí muchas veces decir al P. Gaspar de Salazar, y al P. Balthasar Alvarez, de la Compañía de Jesus, los cuales la habian comunicado muchos años. Y referiré, si fuere menester, muchas revelaciones aprobadas que tuvo la Santa Madre Teresa de Jesus, con grande aprovechamiento suyo y de otros, las cuales no están escritas en el libro que el P. Dr. Francisco de Ribera escribió de su vida con mucho cuidado y acierto.» Y prosiguiendo mas abajo, dice de esta manera: «Esperimenté en ella una gran prudencia junto con una cristiana sencillez, y un valeroso corazon acompañado con señalada humildad; una sencilla obediencia á sus Superiores en cosas dificultosas. Resplandecia en los actos de caridad y de las otras virtudes, y á los que trataba, inflamaba y movia en semejantes actos. Tuvo gran mortificacion y penitencia, y gustaba que sus Prelados y Confesores le mandasen cosas dificultosas y de disgusto. Y en muchas persecuciones que padeció (como fué la de Sevilla) tenia un ánimo invencible y constante, con grande y admirable paciencia, y confianza en Dios. Conservaba una conciencia purisima, con una gran paz y sosiego que Dios la daba. Y supe así de ella como el P. Martin Gutierrez, Rector de la Compañía, que era de Salamanca, que la comunicaba Dios dón de profecía.»

El P. Gil Gonzalez, Provincial de la provincia de Castilla y Visitador de la Compañía de Jesus, y hombre señalado en ella por su gran talento y buenas partes, confesó á la Santa Madre Teresa de Jesus, y la trató por espacio de mas de doce años, y ella comunicó con él las cosas de su espíritu, y las revelaciones y visiones que escribió en su libro; y dando testimonio de su santidad, dice así: «Fué la Madre Teresa de Jesus mujer de grande espíritu y trato con Nuestro Señor, en la cual ví una levantadísima oracion, una continua presencia de Nuestro Señor, con una asistencia grande á lo que era humildad, y así fueron muchas las revelaciones y visiones que tuvo de Nuestro Señor.» Y mas abajo dice: «Conocí que estaba dotada de grandes virtudes, en particular de la esperanza, porque nunca la ví dudar en cosa que emprendia, porque confiaba siempre en Dios por los medios que nunca se pensaban, y venciendo grandes dificultades se hacia cuanto pretendia.»

A esto añadiré otros testimonios semejantes: uno es de otro P. Provincial de la misma Religion, no menos cuerdo y docto que el pasado, llamado Bartolomé Perez, el cual comu-

nicó y trató por espacio de mas de diez años á la Santa Madre, y dice así: «La Madre Teresa de Jesus fué mujer de grande espíritu y oracion, porque siempre que la traté la oí cosas espirituales, con grande espíritu y celo de la Religion, y bien de las almas, en que particularmente echaba de ver que traía muy presente á Nuestro Señor en su memoria. Y hablaba de él con tanto fervor y sentimiento, que mostraba estar de veras encendida en un grande amor de Dios y de su prógimo; tanto, que todas las veces que la trataba y oía hablar, quedaba tan edificado y alentado á servir á Dios Nuestro Señor, que con razon me parecia entonces, y ahora me parece, que la veneraban como á Santa. Y esto mismo que he dicho entendí de todas las personas que la conversaban; porque en todos dejaba olor de santidad. Aprobaron su espíritu muchas personas de muchas letras, espíritu y santidad. Y en los negocios que ví tratar á la Madre, advertí que los trataba con tanta luz y conocimiento, que juzgué ser aquella gran noticia y facilidad, efecto de la continua comunicacion y oracion que traía con Nuestro Señor. Lo cual he visto asimismo ponderar á otros que la trataron.» Y mas abajo dice: «Con el trato y comunicacion que tuve con la Santa Madre, conocí, en la manera que se puede conocer, que fué dotada de Fé, Esperanza y Caridad, en grado heróico; en especial de un grande amor de Dios y de su gloria, y del bien de las almas, y de una grande constancia varonil, para proseguir las obras del servicio de Nuestro Señor que comenzaba, sin que persecuciones y contradicciones se lo impidiesen. En particular la oí algunas pláticas con Religiosos que la visitaban de mucho celo de la Fé, que fué el Instituto de sus Monasterios. Y asimesmo conocí estar la dicha Madre dotada de todas las virtudes, y esto con mucha perfeccion.» Hasta aquí son palabras suyas.

El P. Mro. Geronimo de Ripalda, de la Compañía de Jesus, siendo Rector de Salamanca, y antes estando en Avila, confesó y trató por espacio de cuatro años á la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, y preguntado de su santidad, dice de esta manera: «La Madre Teresa de Jesus fué mujer de grande espíritu y tuvo grande oracion, y por medio de ella Nuestro Señor la comunicó cosas de su servicio, las cuales comunicó conmigo en diferentes tiempos, y por ellas concebí grande opinion de la mucha oracion que tenia y luz que Dios la comunicaba; demás que yo esperimenté esto que digo. Trató las personas mas graves que en aquel tiempo habia en esta Provincia de la Compañía de Jesus, como fueron el Doc-

tor Araoz, Comisario que fué del General, y el P. Lic. Martin Gutierrez, Rector del Colegio de Salamanca, y el P. Mtro. Balthasar Alvarez, que murió siendo Provincial de esta Provincia de Toledo, hombre que en comun estimacion de los Religiosos de la dicha Compañía, era el mas calificado en ministerio de tratar cosas de espíritu y conocerlas, y como tal, tuvo oficio de Prefecto de cosas espirituales, el cual fué Confesor de la dicha Madre Teresa de Jesus por tiempo de seis años; el cual comunicó las cosas de la dicha Madre con el P. Francisco de Borja; y todos estos Padres que he dicho, aprobaron mucho las cosas de la Madre Teresa de Jesus.» Y mas abajo dice: «La Madre Teresa de Jesus fué dotada con muy grande ventaja de Fé, Esperanza y Caridad, y particularmente conocí en ella una puntual y extraordinaria obediencia á sus Confesores en todo lo que le mandaban; y una muy singular confianza en Nuestro Señor contra todo género de dificultades que se ofrecian, y un grande temor de Dios y de sí misma con que andaba siempre recatada de sus mismas cosas, y una muy grande humildad, con la cual comunicaba sus cosas con los grandes letrados y personas de espíritu y ejemplar paciencia, con que sufría todas las injurias que se le hacian.» Todo esto dice el Padre M. Ripalda.

Otro Padre grave de la misma Compañía de Jesus, llamado Juan de Aguila, que confesó y trató á la Santa Madre, dice casi lo mismo, y añade: que además que conoció en la Santa Madre con mucho aumento las tres Virtudes Teologales, con la luz que Nuestro Señor la comunicaba en la oracion, tenia muy alto conocimiento de los Misterios de nuestra Fé y entendimiento de las divinas Escrituras, porque siendo mujer sin letras, entendia muchos lugares de ella en sentidos católicos y acertados, conforme al espíritu de los Santos Doctores, y hablaba y trataba tan altamente de Dios, que se le echaba bien de ver la comunicacion que tenia con él, de la cual entiendo le provenia el acierto y prudencia que tenia en todas sus operaciones.

Seria nunca acabar si hubiese de decir los Padres de la Compañía que la conocieron y confesaron, y con gran prudencia y cordura aprobaron su espíritu, entre los cuales fué uno el P. Martin Gutierrez, que fué Rector del Colegio de Salamanca, gran letrado y Predicador, y hombre de mucho espíritu y oracion. El P. Salazar, Rector de Cuenca, el cual (como refiere el P. Dr. Enriquez en su dicho) decia muchas y grandes cosas de la santidad de la Madre, y siendo Rector

de Avila, la ayudó y favoreció mucho. El P. Santander, Rector de Segovia. El Dr. Paulo Hernandez, Consultor de la Inquisicion en Toledo, el cual solia decir: «Grande es la Madre Teresa de Jesus de las tejas abajo; pero mucho mayor es de las tejas arriba.» A todos estos Padres Religiosos, graves y doctos, con la ocasion de las Fundaciones comunicó la Santa Madre, y todos sintieron de una misma manera de su santidad, virtud y espíritu.

Con otras personas tambien se confesó la Santa Madre, de las cuales pondré aquí de algunos lo que sintieron de su gran perfeccion y santidad.

El Licenciado Gaspar de Villanueva, hombre docto y Vicario de la Villa de Malagon, estando la Santa Madre en aquel lugar, la confesó por algunos meses, y dice así: «La Madre Teresa de Jesus fué mujer de grandísimo espíritu y de singular trato con Dios, y que olvidada de sí mesma y sus comodidades, buscaba en todo la honra y gloria de Dios, y fué dotada de Fé, Esperanza y Caridad en grado heroico y muy levantado. Era humildísima y muy obediente, y de grande castidad, y en otras virtudes (que la pregunta no dice) fué aventajadísima, porque en todo el tiempo que la traté y confesé, me parece era tanta la pureza, que jamás de palabra ni de obra me acuerdo haber visto en ella cosa digna de reprension, sino de mucha edificacion y ejemplo, en tanta manera, que me parece era una de las cosas raras que Dios tenia en la tierra, para que fuese glorificado en ella.»

El Mtro. Cristóbal Colon, Visitador General del Arzobispado de Valencia, confesó muchas veces, comunicó y trató familiarmente á la Santa Madre Teresa de Jesus, y hablando de ella en la informacion de Valencia, dice estas palabras: «Yo tengo á la Madre Teresa de Jesus por una de las mujeres de mas singular espíritu que he visto jamás en la tierra, aunque he tratado con otras muchas personas en diversas tierras y provincias. Porque por medio de la oracion alcanzó señaladísimas cosas; particularmente tuvo un vivo conocimiento y discrecion de espíritu, con que con tratar con muchas personas de diferentes estados, á cada una le atinaba lo que le convenia á espíritu, y lo que le estaba bien y habia de suceder en el discurso de su estado.» Y mas abajo dice: «Fué dotada de escelente Fé, Esperanza y Caridad, en tanta manera, que no temia cosa, ni se encogia por mucho que le faltase todo remedio humano, y así solia decir: «Tengamos ley al que no puede faltar á la suya.» De solo mirarla, parece

respondia interiormente á lo que deseaba un corazon, de manera que si habia alguna duda, no quedaba que preguntar.»

Y añade adelante: «Su humildad con llaneza, no la ví en pura criatura de cuantas he tratado en el discurso de mi vida, y así huia todo favor y loor humano, y cosa que á esto pareciese. Su recato y honestidad era de manera, que parece habia alcanzado del Señor este dón, que cuantos la miraban, se les apegaba un no sé qué de honestidad, que parecia como imposible poderla amar con amor desordenado.» Todos estos que he referido hasta aquí fueron Confesores de la Santa Madre.

§. III.

Testimonio de personas Santas que aprobaron la vida y libros de la Santa Madre.

Aunque todos los que habemos dicho son personas de mucha virtud y santidad, pero aquí quiero poner las que han florecido con admirable y conocida santidad, y decir lo que estos sintieron de la Santa Madre; porque los que de veras han gustado y experimentado las cosas divinas, juzgan mediante el dón de la sabiduría con grande certidumbre de los sentimientos y efectos nacidos del espíritu de Dios. Así como el que teniendo buen gusto y teniendo hecho el paladar á un vino muy delicado, en dándole vinagre ú otro que sea adobado ó contrahecho, percibe luego con la esperiencia del gusto la diferencia del vino mucho mas claramente que el que por sola la vista ú olor, ó teniendo el gusto estragado lo quisiese discernir. Pues muchos varones espirituales que debian tener muchas cosas de nuestro Señor, parecidas á las que obraba en la Santa Madre, aprobaron su espíritu.

Fueron de estos primeramente el Santo Padre Fr. Luis Beltran (cuya santidad es bien conocida en España y fuera de ella, y la testifica muy bien demás de sus muchos milagros, el estar tan adelanté su canonizacion); pues este Santo tuvo no sin divina revelacion particular estima de la vida y virtudes admirables de esta Santa, y de los intentos que tenia de hacer nueva reformation de su Orden (como mas largamente diremos en el lib. 2, cap. 1.), y le escribió, animándola de parte de nuestro Señor, á que diese principio á esta empresa de tanta gloria suya.

El P. M. Avila, bien conocido en nuestros tiempos por

Varon Evangélico y Ministro de los mas fieles y celosos que ha tenido la Iglesia en muchas edades, cuya vida y virtudes son tales, que el P. Fr. Luis de Granada escribió de ella un libro. Pues para que este santo Varon examinase el espíritu y revelaciones de la Santa Madre, escribió ella por mandado de sus Confesores su Vida, lo cual él hizo muy de espacio, y escribió una carta aprobando con algunas razones las revelaciones y espíritu de la Santa, como mas largamente diremos en el discurso de la historia: y el muy Religioso P. Fr. Luis de Granada, escribiendo la vida de este santo Varon, uno de los testimonios mas graves con que prueba que tuvo dón de discernir espíritus, es mostrando el grande acierto que tuvo en examinar y aprobar el de la Santa Madre, por estas palabras: «Acaeció tambien que una gran Religiosa, por nombre Teresa de Jesus, muy conocida en esta nuestra edad por gran sierva de Dios (aunque al principio perseguida de muchos que no conocian su espíritu), viéndose tan acosada de algunos, acudió por orden de uno de los Señores Inquisidores al P. Avila, hombre de grande esperiencia en las cosas espirituales, y dióle cuenta de toda su vida, y despues de haber sido muy bien informado del caso, le respondió en una Carta, que se quietase, y entendièse que no habia en sus cosas engaño alguno, porque todas eran de Dios.» Con lo cual confirma tambien el P. Fr. Luis de Granada la santidad de la Madre Teresa de Jesus, y aprueba su espíritu.

El P. Fr. Pedro de Alcántara, que fué un hombre dotado de grande espíritu y oracion, y que con su industria y trabajo reformó y puso en grande punto la Descalcés de los Padres Franciscos, fué uno de los que señaladamente mas comunicó á la Santa Madre, y en quien ella conoció un grande espíritu y santidad de vida. Este fué el que mas aseguró á la Santa Madre (como ella escribe en su vida) y el que la dió á conocer á D. Alvaro de Mendoza, Obispo de Avila, y el que con su autoridad y buen nombre pudo tanto con el Obispo, que le movió para que diese licencia para fundar el primer Monasterio. Y lo que mas es, que era tanta la opinion que en Avila habia del P. Fr. Pedro de Alcántara, que con haber á los principios, que el Señor comenzó á hacer tantas mercedes á la Santa Madre, muchos de sus confesores letrados y graves que juzgaban no era espíritu de Dios, bastó solo este Padre para darles á entender la verdad, y hacerles mudar parecer. Y solia este santo Padre decir, que una de las almas que habia en la tierra de mayor santidad, era la Madre Teresa de Jesus, y que despues de la Fé, no habia para él cosa

mas cierta, que era ser su espíritu todo de Dios, y así la ayudó mucho en sus trabajos y Fundaciones. Son estos dos Varones que he dicho personas de tan alto espíritu y de tan admirable santidad, que tienen virtudes y vida para ser canonizados. Del uno escribió la vida el P. Fr. Luis de Granada, del otro, que es el P. Fr. Pedro de Alcántara, la Santa Madre, donde en breves palabras escribe virtudes heroicas.

En este número de varones espirituales y muy siervos del Señor, podremos poner al P. Francisco de Borja, General de la Compañía de Jesus y hombre de admirable santidad, y al P. Baltasar Alvarez (de los cuales hemos hecho mencion arriba) todos conocieron bien las prendas de santidad que Dios habia puesto en la bienaventurada Madre Teresa de Jesus. En particular el P. Francisco de Borja quedó tan aficionado á la Santa Madre, y tan satisfecho de su espíritu, que siempre hablaba de ella con grande encarecimiento, y desde que la trató una vez, nunca le dejó de escribir por no perder el trato de tan gran Santa. El P. Baltasar Alvarez, hombre de singular espíritu y dón de oracion (Provincial que fué de la provincia de Toledo), la confesó muchos años y la ejercitó en muchas mortificaciones y en otras pruebas, con las cuales iba cada dia descubriendo mas la fineza de su espíritu, y con mucho provecho y admiracion suya, reconociendo los grandes dones que tenia de Dios.

Entre estas personas contaré al P. Rodrigo Alvarez (Religioso de grande y heroica virtud), que examinó y aprobó el espíritu de la Santa Madre, como arriba dice el P. Dr. Enrique Enriquez. Y particularmente dá testimonio de esto el Licenciado Fernando de Mata, Predicador de la Ciudad de Sevilla y hombre muy espiritual, el cual, en su dicho, despues de haber testificado de su espíritu lo que los demás, dice: «Oí al P. Rodrigo Alvarez de la Compañía de Jesus, Confesor que fué de la Madre Teresa de Jesus el tiempo que estuvo en Sevilla, calificar y aprobar su espíritu por muy cierto, el cual juicio tuvo el dicho Padre despues de haber considerado y suplicado al Señor le diese luz y noticia de lo que en esto habia en la oracion. Y el P. Rodrigo Alvarez era tenido por hombre á quien Dios habia dado dón de discernir espíritus: y en semejantes negocios le comunicaba el Santo Oficio, y fué siempre tenido por dechado de virtud y Religion y grande espíritu: al cual oí decir, que nuestro Señor habia comunicado á la Madre por la oracion muchas cosas de su servicio; las cuales yo he visto en los libros que andan de su vida, y en otros papeles de mano.» Y tambien he oido decir

al P. Rodrigo Alvarez (el cual la habia confesado generalmente) que habia tenido particular dón de castidad, y que era tan virgen como Santa Catalina de Sena. Y sacando una caja de anteojos, dijo: de la manera que esta caja está imposibilitada de tener pensamientos ni sentimiento de carne, así lo estaba ella por particular dón de castidad y limpieza de que Dios la dotó.

Esta aprobacion hizo este Padre tan experimentado y siervo de Dios, despues de haber precedido muchos ayunos, oraciones y otras diligencias. Y estando un dia en oracion en el Coro de su casa, le declaró el Señor por lugares de la Escritura Sagrada, ser espíritu bueno y dado de su mano el que tenia la bienaventurada Madre, y desde entonces comenzó á publicar ser aquel espíritu el Cielo, y dió cuenta á su Provincial (que entonces era el P. Diego de Acosta) de lo que le habia pasado en la oracion, el cual estaba tambien en la misma duda, y con la informacion de este Santo Padre, tan experimentado y espiritual, salió luego de ella, quedó con la misma seguridad y aprobacion de la Santa Madre que los demás.

En este número pondré aqui al P. Julian de Avila, Capellan mayor que fué de las Monjas Descalzas de Avila, hombre de raro ejemplo y virtud, y tenido y conocido por tal en la ciudad de Avila, como se experimentó en su muerte, venerando todos su cuerpo y reliquias como de Santo, como verdaderamente lo era; fué, pues, este santo varon perpétuo compañero de la Santa Madre, el cual la trató y anduvo con ella en sus Fundaciones por espacio de veinte años, y habiendo conocido las admirables virtudes de la Santa, dejó escrito un libro de lo que él vió, y experimentó, y entendió de su santidad. Pero del testimonio que dá acerca de su Canonizacion (que es muy largo y muy grande), saqué yo estas breves sentencias:

«Yo (dice) traté, y conversé, y confesé, y comulgué á la Santa Madre al pié de veinte años poco mas ó menos, y en todas las Fundaciones que se le ofrecieron hasta que Dios la llevó, fui yo el que la acompañaba y servia. Tuvo la fé muy viva y la esperanza tan clara y rara, como se ha podido ver en otros Santos, y la caridad tan ferviente, que ni los trabajos, ni las contradicciones, ni los desvíos y poco favor que la gente le mostraba, ni otras cosas que seria muy largo decir las, la resfriaban en la caridad, ni amor de Dios, que en todo mostraba, que con mucha razon podia decir lo que San Pablo: «¿Quién será bastante para apartarnos de la caridad y

amor de Jesucristo? Yo, como testigo de vista, digo que ninguna cosa adversa, ni próspera, ni que tocase á hacienda ni honra, ni á la vida, ni otra cosa alguna, bastaba para dejar de ir adelante con sus Fundaciones, como persona que andaba al seguro, que Dios no le habia de faltar » Y mas abajo: «En las cosas sobrenaturales que Dios hacia con ella, y en lo que le ayudaba á las Fundaciones, sobrepuja á las mercedes que Dios ha hecho á muchos Santos antiguos, pues Dios hacia por ella cosas tan espantosas y maravillosas.» Y en otra parte: «Nadie podrá negar ni osar decir que Dios Nuestro Señor no se señaló en las cosas de la Madre Teresa de Jesus tanto, como se ha señalado en los muy aventajados y favorecidos Santos de la Iglesia de Dios. Yo, como testigo de vista, sé decir, que tuvo cosas tan sobrenaturales, como las han tenido los Santos mas regalados de Dios, porque yo le daba muy de ordinario el Santísimo Sacramento cada dia, y por la mayor parte se quedaba arrobada; en el cual tiempo le estaba Dios haciendo tantas mercedes y tan señaladas, que aunque ella dejó dicho mucho, fué lo menos lo que dijo en comparacion de lo que Dios le daba á entender de cosas sobrenaturales. Y así entre tantas cosas tan sabidas que Dios le daba á sentir, le daba otras que se pudiesen decir; las cuales son, las que ella misma escribió con tanta verdad, que sé yo que en todo el tiempo que la traté, que serian veinte años, nunca la conocí un pecado venial que á sabiendas hiciese. Y sé de ella, que no lo hiciera aunque hubiera de ganar todo lo que hay en el mundo. Y sé tambien, que era tan grande y tan continua la oracion y presencia de Dios que tenia, que para poderla sufrir, habia menester embeberse y ocuparse en algunos negocios exteriores tocantes al gobierno y aumento de sus Casas de Religion. Item, que el comunicar con Dios sus negocios era de ordinario, y el hablarla Dios, y decirla muchas cosas tocantes á sus Fundaciones, era con mas familiaridad, que se lee de muchos Santos; y esto tenia por la mayor parte acabando de comulgar.»

Quiero tambien poner aquí los Obispos y otros Prelados graves y doctos que ha habido y hay hoy en España; que habiendo tratado á la Santa Madre, sintieron de ella en vida, lo que toda la Iglesia juzga despues de muerta. Primeramente D. Theutonio de Berganza, Arzobispo de Eborá, tuvo gran familiaridad y conocimiento con la Santa Madre, y decia muchas veces se tenia por muy dichoso de haberla conocido en esta vida; y siendo ella viva, sin Orden suya, im-

primió en Portugal el camino de perfeccion que la Santa Madre habia escrito para sus Monjas.

El Dr. Velazquez, Canónigo que fué de Toledo, y despues de haber sido Obispo de Osma, Arzobispo de Santiago. Siendo Canónigo de Toledo, le eligió la Santa por espreso mandato de Nuestro Señor, por Confesor suyo, y él, despues de haberla tratado y confesado, quedó con tan grande devocion y estima de sus heróicas virtudes, que estando en Osma por Obispo, envió por la Santa Madre para hacer la Fundacion de Soria, ciudad de aquel Obispado, y la tuvo primero en su casa, y cuando la recibió se hincó de rodillas. Tanta era como esta la veneracion que tenia á la Santa. De lo cual ella quedó tan confusa, cual nunca debió de estar en su vida.

D. Alvaro de Mendoza, Obispo de Palencia, miraba á la bienaventurada Madre como á santa, y en ese predicamento tenia sus cosas, y aunque al principio procuró impedirle las Fundaciones, quedó despues tan confirmado en el espíritu de Dios que en la Santa Madre vivia, que solia decir que jamás dudaba de cosa, aunque pareciese imposible, como la Madre lo dijese. Y como al principio clamaban tantos, que era locura que una mujer quisiese acometer una empresa tan grande, como era la de la nueva reformacion, y como él con el suceso de las cosas viese al ojo el desengaño, solia decir: ciertamente que nosotros somos los locos, y que ella es la cuerda y la Santa. Y así fué grande amigo de la Santa Madre, y ayudó mucho á ella y á su Religion en los principios, y por todo el tiempo que vivió.

El Arzobispo de Sevilla, D. Cristóbal de Rojas, fué devotísimo suyo, y por esta parte, gran Padre y protector de su Religion.

El Arzobispo de Búrgos D. Cristóbal Vela (que antes habia contradecido la Fundacion del Monasterio de Descalzas de Búrgos, que allí fundó la Santa Madre) quedó con tan gran concepto de ella, que públicamente en un Sermon que hizo en el Monasterio de las mismas Monjas, con gran ternura y casi con lágrimas alabó mucho á la Santa Madre, reprendiéndose á sí por la tardanza que habia tenido en darle su licencia.

El Obispo de Segovia, D. Diego de Covarrubias, Presidente de Castilla, y de los mejores Letrados que hubo en ella, honró mucho á la Santa Madre, y tuvo grande opinion de su santidad, la cual se la pegó á su sobrino D. Juan de Orozco de Covarrubias, Obispo de Guadix, que hoy vive, como lo

muestra bien en el libro que hizo de la Verdadera y Falsa Profecía. Hoy son vivos cuatro Obispos que fueron confesores de la Santa Madre Teresa, que son: el Sr. Dr. Manso, Obispo de Calahorra. El Sr. Dr. Sierra, Obispo de Palencia. El Sr. Dr. Castro, Obispo de Segovia; los cuales engrandecen como es razon la escelencia y santidad de virtudes que en la Santa Madre espermentaron y tocaron con las manos. El cuarto soy yo, que lo que de ella siento, ni lo podré, ni encarecer, ni decir en este libro ni en otros muchos; pero para descanso mio, y cumplir con lo que á esta Santa debo, escribo estos borriones; y adonde no puede llegar la pluma por estar cansada, lo suple la lengua, porque há muchos años (que esto lo saben bien todas las personas mas graves de España, á quien por haber tenido oficio de Confesor de su Magestad el Rey D Felipe II, me ha sido forzoso tratar) que toda mi conversion y deleite es pregonar las virtudes de esta Santa; venerar su santidad y ayudar á sus hijos é hijas, moviéndome solo á esto la gloria de Dios y el celo de las almas, y así la particular obligacion que á la Santa tengo, como tambien mi aprovechamiento.

Entre personas Eclesiásticas y Religiosas podremos tambien contar á D. Fernando de Toledo, hijo del Duque de Alba, y gran Prior de la Orden de San Juan, el cual, como en su vida viese y tratase á la Santa Madre, descubrió luego en ella su profunda humildad y admirable santidad y virtudes. Y desde que la trató, la comenzó á mirar como á Santa del Cielo, y como á persona digna de ser canonizada y declarada por tal acá en la tierra. Y así, queriendo hacer este Príncipe un gran servicio á Dios, y mostrar la devocion que tenia á la Santa Madre, quando falleció de esta vida, que fueron no mas de tres ó quatro años despues de la muerte de la Santa Madre, dejó catorce mil ducados, para que puestas en renta, se empleasen en los gastos de su Canonizacion. Tambien dejó otra parte de su hacienda para fundar en la villa de Consuegra un Monasterio de Descalzas; todo ordenado á honra de Dios y veneracion de la Santa Madre.

Y aunque no la conocieron en vida, la han estimado despues de muerta como á Santa y digna de ser canonizada y protestada con actos públicos y personas muy graves de España. Entre las cuales, el Señor Patriarca y Arzobispo de Valencia, D. Juan de Ribera, en una Fundacion de un Colegio que instituye, deja señaladas porciones dobladas para las festividades y días señalados de algunos Santos; entre los

cuales cuenta á la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, para que despues de ser canonizada, se le haga la fiesta como á los demás; teniendo por cierta su canonizacion, como todo el mundo lo espera.

El Sr. Obispo de Avila D. Lorenzo de Otaduy, hombre doctisimo y muy cristiano, dió diez mil ducados para hacer un Monasterio de Religiosos Descalzos de Avila, y en la escritura que tiene hecha con la Orden, entra diciendo que hace aquella Fundacion á honra y gloria de Dios, y de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus. Y no es mucho diga esto, pues muchas veces repite que para si ya está tan canonizada la Santa Madre Teresa de Jesus, como Santa Catalina de Sena. Que como Obispo de la Diócesis, donde la Madre era natural, tiene bien entendidas sus grandes virtudes y santidad.

Todas las personas que hasta aquí habemos dicho (y muchas que dejamos decir) tan graves, tan santas, tan doctas, de tanta dignidad y autoridad, habiendo conocido y tratado á la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, aprobaron su santidad. Y no sé qué mayor testimonio pueda imaginarse (cuando toca á esta parte) de Santo ninguno, ni qué prueba. ni exámen pudiera hacer la Iglesia, fuera de lo que es un Concilio ó una aprobacion de la Sede Apostólica, que fuese tan suficiente y eficaz como esta. Pues tantos Arzobispos, Provinciales, Prelados de las Religiones, Maestros y Doctores en Sagrada Teología, personas espirituales y santas, examinaron por mucho tiempo por todas vias y modos el espíritu de esta Santa mujer.

Bastante era este número de personas, las calidades y partes de ellas, los oficios y dignidades de todos, para hacer, no un Concilio, sino muchos Provinciales, sin que hiciese falta, ni la cabeza, ni los miembros, ni las letras, ni la virtud, ni el número, ni las demás partes que se requieren.

De personas seglares que conocieron y estimaron la Santa Madre, no quiero hacer mencion, porque seria alargar mas de lo justo esta Obra; solo diré de uno que hasta por todos los que pudiera decir, que fué el Rey D. Felipe II, al cual, mientras vivió, escribía la Santa Madre y avisaba de algunas cosas, y le pedia otras para su Orden; las cuales él concedia con grande liberalidad, y movido de las Cartas y opinion que tenia de ella, fué particular Protector y Padre de su Religion. Y lo mismo hacia la Emperatriz y la Princesa doña Juana, á cuya instancia fué la Santa Madre pasando por Madrid, á posar á las Descalzas. No ha sido menor la devo-

cion del cristianísimo Rey de Francia, el cual, á pedimento de su prima hermana la Princesa de Longavila, y principalmente por devocion á la Santa Madre, pidió á su Santidad Clemente VIII, Monjas de la Orden que ella fundó, y por mandado de su Santidad el Padre General, dió Religiosas, y en un año, con la proteccion y amparo del Rey Cristianísimo, se han fundado quatro Monasterios muy principales en Francia, y cada dia se piden otras Fundaciones.

§. IV.

Testimonios despues de muerte la Santa Madre.

Despues de muerte la Santa Madre, con santo y piadoso celo, tomaron la pluma los hombres mas graves y doctos que en aquel tiempo florecian en nuestra España, para escribir su vida. El primero que tomó este trabajo fué el P. Dr. Francisco de Rivera, de la Compañia de Jesus (como ya habemos referido arriba), el cual con gran diligencia, pocos años despues de su muerte, juntó muchas cosas de las que él y otras personas sabian de la Santa Madre. Y en el mismo tiempo el P. M. Fr. Domingo Bañez, Religioso de la órden del Glorioso Padre Santo Domingo, y Catedrático de Prima de Teología de la Universidad de Salamanca, de quien habemos hecho mencion arriba, procuró hacer lo mismo, como testigo de vista y Padre espiritual de tantos años de la Madre; pero las ocupaciones grandes que tuvo, le malograron estos deseos. Pues como cada dia fuese creciendo en la estima y opinion de todos la santidad de la Madre, crecia juntamente la devocion. Particularmente de su Magestad la Emperatriz hermana del Rey D. Felipe II, nuestro Señor, le fué devotísima, y deseó mucho que el P. M. Fr. Luis de Leon, de la Orden de San Agustin, Catedrático de Escritura de la Universidad de Salamanca (y hombre bien conocido en la Europa, por la grandeza de sus letras é ingénio) escribiese su vida y milagros, pareciéndole (y con justa razon) que ninguno habia entonces en España que mejor pudiese satisfacer á este argumento y á su deseo, y asi le encargó tomase este trabajo, que para el fué de mucho gusto. Tomó luego la pluma y juntó muchas otras cosas que (despues del libro que escribió tan acertadamente el P. Dr. Rivera) descubrió el tiempo y cuidado, y yo le di entonces por escrito mucho de lo que aquí digo; pero fué Dios servido, que muy á los principios, cuando aun no

habia bien escrito cinco ó seis pliegos, muriese el Autor, dejándonos á todos frustrados de nuestras esperanzas. Pero ya que no sacó á luz parto tan deseado, hizo un Prólogo (que anda juntamente con el libro que escribió de su vida la Santa Madre), en el cual (aunque brevemente), con tanta erudicion como verdad, escribe altamente de las maravillas grandes que Dios obró en esta Santa. Pues como yo temiese que el tiempo y olvido no sepultase ó trocarse las obras maravillosas de nuestro Dios, me he atrevido á tomar este cuidado, juntando en este libro todos los trabajos que antes tenia hechos y divididos de la vida y santidad de la Madre.

De la cual, aunque de paso, no dejaré de decir una cosa que han notado muchos, y es una gracia y privilegio que Dios ha dado á esta Esposa suya, que con ser Religiosa de particular Religion, es tan universalmente amada y reverenciada de todas, como si fuera propia de cada una de ellas, y lo que mas admira, es ver, que con ser de ordinario los grandes letrados y Teólogos poco devotos de personas (particularmente de mujeres), que llevan estraordinarios caminos de visiones, revelaciones y arrobamientos, en la Madre falta esta regla; antes por experiencia vemos que quanto mayores letrados, tanto mas estiman sus obras, y son mayores devotos suyos, porque con la luz de la Escritura Sagrada penetran la fineza y quilates de su espíritu, y es como providencia divina, que pues la Santa en vida honró tanto las letras, y fué tan amiga de tratar con buenos y grandes letrados, que solia decir que jamás buen letrado la desayudó, ahora ellos, despues de muerta, la honren y veneren por tantos caminos, procurando engrandecer no solo con palabras, sino tambien con libros, su santidad y perfeccion de vida.

El testimonio mas general de la santidad de esta bendita Madre, es la aclamacion comun de España y de otros reinos, particularmente de Italia, Francia, Alemania, Indias Orientales y Occidentales. Los Reyes de España, asi el pasado como el presente, que Nuestro Señor guarde, han escrito á su Santidad, pidiendo su Canonizacion, y juntamente la Reina nuestra Señora, que es gran devota suya. Lo mismo han pedido el reino de Castilla estando en las Córtes el año de 1596. La Corona de Aragon. Las Iglesias de España en la Congregacion que tuvieron el año de 1595. Y en otro que se celebró inmediatamente despues de esta; las cuales con grandes encarecimientos piden y desean esta Canonizacion.

Lo mismo ha suplicado á Su Santidad un Concilio Provincial, celebrado en la ciudad de Tarragona. Y casi no ha habido en España Arzobispo, ni Obispo, ni Universidad grave, como son las de Salamanca y Alcalá, que no hayan escrito sobre este intento. Todos llaman á una á esta bendita Madre, no solo santa, sino santísima, perfectísima y acabadísima mujer, en todo lo que es perfeccion de santidad y virtud; comunmente es venerada de todos y llamada con nombre de Santa.

Pocos hay de la gente grave de España que no tengan ó procuren alguna reliquia suya, y muchos son los que han esperimentado milagrosamente la virtud de ellas, como contaremos en esta historia.

Su cuerpo es visitado como de Santa de personas muy letradas y graves, y han sucedido muchos milagros dignos de memoria. Y no solo en España, sino fuera de ella se ha estendido tanto esta devocion, que afirma el P. Fr. Diego de Soria, Obispo de lo mas remoto de las Filipinas, en una carta que escribió al Papa Clemente VIII, que es tanta la devocion de los Indios con esta Santa, que á sus hijas, cuando las bautizan, las llaman Teresas á honra de su nombre.

De los mas graves testimonios de fuera de España, de la santidad de la bienaventurada Teresa de Jesus, es el que dá el doctísimo y gravísimo Varon Bocio, en sus libros, por estas palabras: (*De signis Ecclesiæ. tom. I. lib. 12. cap. 13. signo 57.*)

Teresa Hispana, virgo admirandæ sanctitatis, incredibili patientia, humilitate, ac prudentia floruit. In præcibus sæpe extra omnes sensus rapiebatur, in altumque æra toto corpore substollebatur. Edidit libros doctrinæ cælestis plenos, quibus edoceamur vias Christianæ, Divinique vitæ degendæ Sexaginta, ac plura Monasteria, tum virorum, tum fæminarum fundavit authoritate, ac fide cælestium rerum, quas illa patiebatur. Eius cadaver incorruptum persistit, et innumera miracula edidit. Ratio vitæ quam suis Monasteriis perscripsit est supra humanam conditionem, magnæ perfectionis, ac puritatis, quam factis exhibuerunt eius sectatores.

Que en nuestro vulgar quiere decir: Teresa de Jesus, nacida en España, virgen de admirable santidad, fué adornada de increíble paciencia, humildad y prudencia. Con la fuerza de la oracion era muchas veces enagenada de los sentidos, y su cuerpo levantado de la tierra en el aire. Compuso libros llenos de doctrina celestial, en los cuales nos enseñó el camino de la cristiana y divina perfeccion. Fundó sesenta y mas Monasterios de hombres y mujeres, todos por revelacion

que tuvo de Dios. Su cuerpo permanece incorrupto, y ha hecho muchos milagros. El Instituto de vida que plantó en sus Monasterios sobrepuja la condicion humana, por ser de grande perfeccion y pureza, la cual con las obras la han cumplido y cumplen los Religiosos de su Orden.

Casi con la misma veneracion y respeto trata de las cosas de nuestra Santa el P. Antonio Posevino, de la Compañía de Jesus, hombre muy estimado por sus letras en esta Era; el cual, en el principio del libro de la Vida que la Santa Madre escribió (que anda traducido en latin), escribe una carta en alabanza y aprobacion suya. Y sería cosa muy prolija si hubiese de poner varios y graves autores, que así en latin como en romance han escrito, los cuales la llaman Santa, y honran con otros mil renombres dignos de su santidad y alteza de vida.

Con estos testimonios tan graves que habemos apuntado, podíamos ajuntar el ser la Santa Madre Reformadora de una Religion, así de hombres como de mujeres, de las que mas perfeccion profesan hoy en la Iglesia, reduciéndola despues de caída á su primer espíritu y fervor; la admirable doctrina de sus libros, y el gran fruto que en la Iglesia las personas espirituales han experimentado con ellos; la incorrupcion maravillosa de su cuerpo, y lo que mas es, el Olio Santo que de él mana; los innumerables milagros que en vida y en muerte ha obrado el Señor por su intercesion; los trabajos y persecuciones que con ánimo mas que de mujer padeció; las virtudes heróicas que tuvo; las mercedes particulares que Dios le hizo. De las cuales cosas se compone una Santa tan grande y maravillosa, como lo fué la Madre Teresa de Jesus. Y por medio de ellas parece que Dios la canoniza y declara por Santa desde el Cielo. De estas y de otras cosas iremos tratando en esta historia, no todas, porque sería necesario mucho tiempo y muchos mas libros; sino las mas principales, dejando otras tan buenas, que ellas solas bastaran á hacer Santo á quien las tuviera.

FIN.

ÍNDICE.

Pág.

LIBRO TERCERO.

Donde se trata de las virtudes heroicas y otros dones y gracias sobrenaturales con que Dios dotó á la bienaventurada Madre Teresa de Jesus.

- Capítulo primero.—De la perfeccion con que cumplió la bienaventurada Madre Teresa de Jesus los Mandamientos de la Ley de Dios. 5
- Cap. II.—De la grande observancia que la Santa Madre Teresa de Jesus tuvo de los consejos Evangélicos, y primeramente del voto de la obediencia. 8
- Cap. III.—De la doctrina tan alta que la Santa Madre enseñaba de la virtud de la obediencia. 12
- Cap. IV.—Cómo la Santa Madre fué purísima en la observancia de la castidad. 19
- Cap. V.—De la pobreza estrecha que la Santa Madre guardó. 21
- Cap. VI.—De la penitencia y aspereza de vida de la Santa Madre Teresa de Jesus 27
- Cap.—VII.—Cómo la Santa Madre resplandeció maravillosamente en la virtud de la humildad. 35
- Cap. VIII.—Donde se prosigue esta misma materia de humildad de la Santa Madre Teresa de Jesus. 46
- Cap. IX.—De la doctrina que la Santa Madre enseñaba acerca de la virtud de la humildad. 53
- Cap. X.—De cuán agradecida era la Santa Madre Teresa á Dios y á los hombres. 60
- Cap. XI.—De la fortaleza y grandeza de ánimo que tenia la Santa Madre Teresa de Jesus. 64
- Cap. XII.—De la paciencia singular que la Madre Teresa de Jesus tuvo en los trabajos, y del gran gusto que tenia en padecer por amor de Dios. 69
- Cap. XIII.—Donde se prosiguen los trabajos que padeció la Santa Madre Teresa de Jesus. 79
- Cap. XIV.—De los grandes trabajos interiores que padeció la Santa Madre Teresa de Jesus. 86

Cap. XV.—De la gran prudencia y sinceridad de la Santa Madre Teresa de Jesus.	92
Síguense algunos avisos que la Santa Madre daba para la vida espiritual.	102
Cap. XVI.—Cuán alta y sobrenatural fué la oracion que el Señor comunicó á la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, y de cuánta eficacia para alcanzar de Dios lo que pedía.	107
Cap. XVII.—Cómo la Santa Madre tuvo altísimo dón de profecía.	113
Cap. XVIII.—Cómo la Santa Madre por medio de la Oracion alcanzó ciencia infusa de Dios, y de los libros que escribió llenos de admirable doctrina.	122
Cap. XIX.—De la gran estima que ha habido siempre de los libros de la Santa Madre, y del grande fruto que con ellos se ha hecho.	133
Cap. XX.—De la devocion grande que tenía al Santísimo Sacramento.	141
Cap. XXI.—Pónese la doctrina que la Santa Madre enseñaba acerca de este Santísimo Sacramento y de la devocion que tenía á algunos Santos.	146
Cap. XXII.—De la viva Fé y esperanza grande que la Santa Madre Teresa de Jesus tenía en Dios.	151
Cap. XXIII.—Del fuego grande de amor de Dios que tuvo la Santa Madre Teresa de Jesus.	159
Cap. XXIV.—De las muestras que dió la Santa Madre en su vida del grande amor que á Dios tenía. Donde se trata tambien del mucho que Dios le tuvo.	167
Cap. XXV.—De la grande caridad que tenía la Santa Madre con los prójimos.	172
Cap. XXVI.—Del provecho que hizo la Santa Madre en muchas almas.	176
Cap. XXVII.—Tuvo la Santa Madre las virtudes en grado heróico, con una grande mortificacion de pasiones, con que llegó á un estado en esta vida felicísimo.	184
Cap. XXVIII.—De las gracias naturales y sobrenaturales que tuvo la Santa Madre Teresa de Jesus. Donde se trata cómo le comunicó el Señor todas las gracias que llaman gratis datas.	192
De las gracias naturales que tuvo la Santa Madre Teresa de Jesus.	193
Tuvo la Santa Madre gracia de sabiduría, de ciencia, de fé, de profecía, de santidad, y gracia de interpretar la Escritura.	197

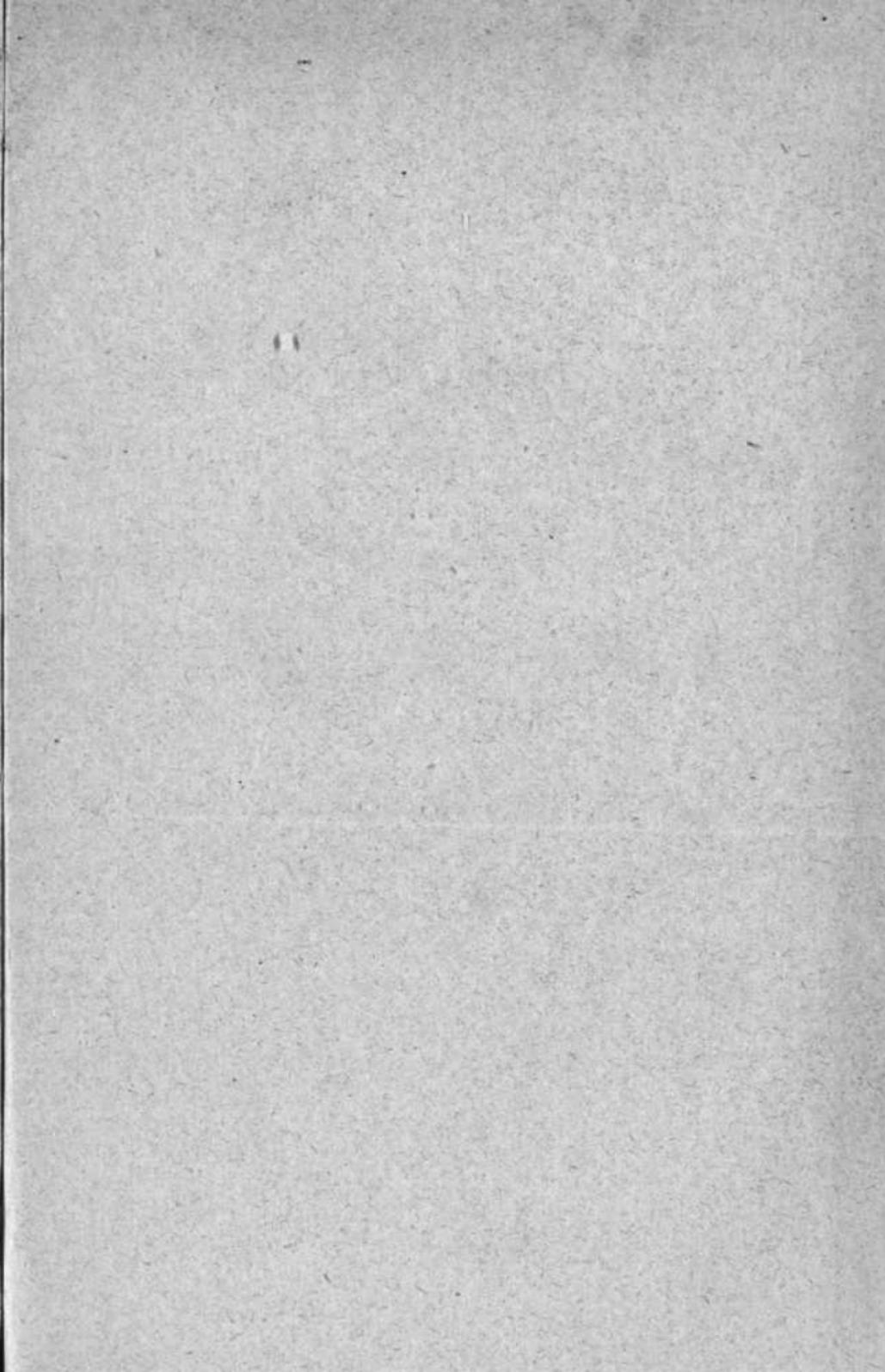
De la gracia de discrecion de Espiritus.	199
Relacion que la Santa Madre escribió para unos Con- fesores suyos, por la cual se echa de ver cuán admi- rables fueron las virtudes de que el Señor la dotó. . .	205
Segunda parte.	215

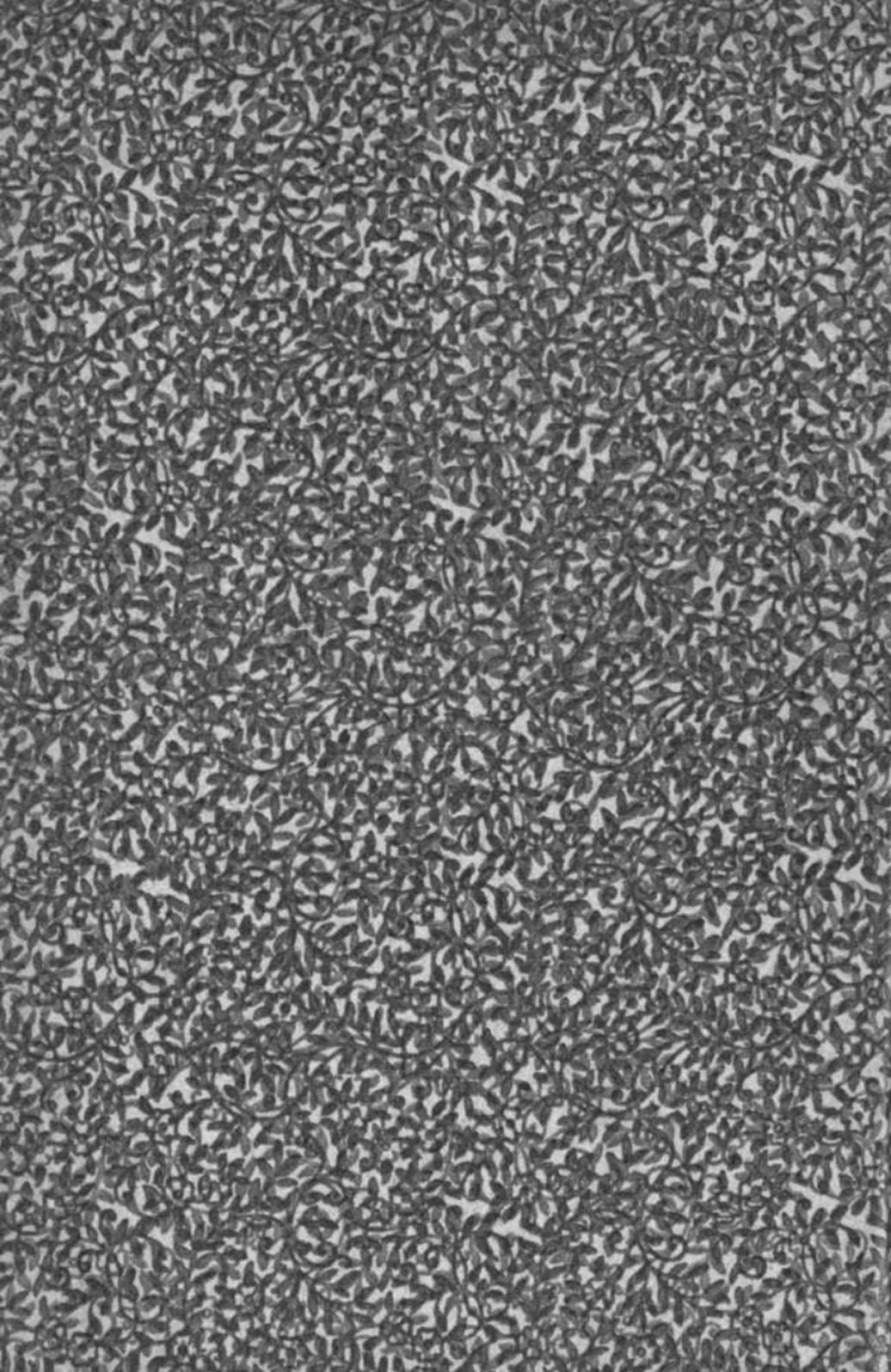
LIBRO CUARTO.

De los milagros y maravillas que Dios obró en vida y en muerte por intercesion de la bienaventurada Ma- dre Teresa de Jesus.	223
Cap. I.—De los milagros que la bienaventurada Ma- dre Teresa de Jesus obró en su vida.	225
Cap. II.—De los milagros que el Señor ha obrado despues de la muerte de la bienaventurada Madre Teresa de Jesus, particularmente de la incorrupcion de su cuerpo, ólio y fragancia que salen de él.	232
Cap. III.—De muchos milagros que se han hecho por medio del cuerpo de la Santa, así con la mano que está én Lisboa, como con otras reliquias de su carne. . . .	238
Cap. IV.—De los milagros que se han hecho por me- dio de paños teñidos en la sangre, y con otros del ólio que sale del cuerpo de la bienaventurada Madre Te- resa de Jesus.	248
Cap. V.—De los muchos milagros que se han hecho por medio de los vestidos, hábito, cartas y otras reli- quias diferentes de la Santa, Madre.	257
Cap. VI.—De los milagros que se han hecho con car- tas, palabras y retrato de la Santa Madre Teresa de Jesus.	265
Cap. VII.—De los milagros que Nuestro Señor ha hecho con personas que en sus oraciones se han enco- mendado á la Santa Madre Teresa de Jesus.	268
Sermon de la Dedicacion de la Iglesia de San Herme- negildo, del Convento de los Padres Carmelitas Des- calzos de Madrid.	280
Prólogo de la primera edicion.	294









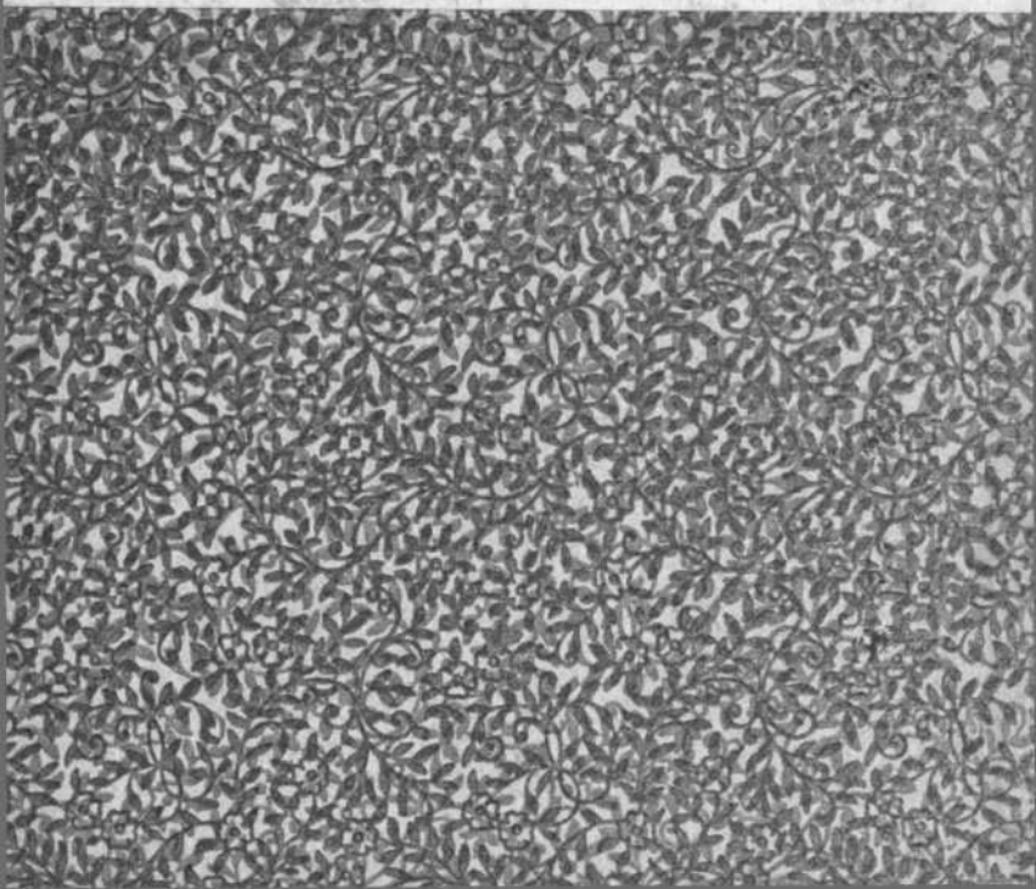
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN III

Libros escritos exclusivamente sobre Santa Teresa de Jesús.

Número.....	203	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	11	Precio de adquisición. »
Tabla.....	5	Valoración actual.....	»



STU



YRPPES

VIDA
Y MILAGROS
DE
S. A. TISSES.

203.

2
